



SOMBRAS NOCTURNAS

LAURA MORALES

EDICIONESBABYLON.ES

ADVERTENCIA

Este libro contiene algunas escenas sexualmente explícitas y lenguaje adulto que podría ser considerado ofensivo para algunos lectores y no es recomendable para menores de edad.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

©2016, Laura Morales
Colección Idum nº2

Ediciones Babylon
Calle Martínez Valls, 56
46870 Ontinyent (Valencia-España)

e-mail:

publicaciones@edicionesbabylon.es

<http://www.edicionesbabylon.es/>

ISBN: 978-84-16318-83-4

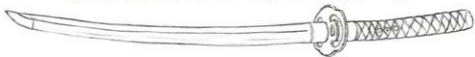
Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico,

fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

A mis sobrinos, mis demonios favoritos

CAPÍTULO 1



—¡Vamos, Jen, tienes que ser más rápida!

Jennifer levantó la rodilla y estiró la pierna, dispuesta a golpear con vigor a Aaron en el pecho, pero el muchacho fue mucho más rápido que ella; se apartó hacia un lado. Si no lo hubiera hecho, ahora estaría dolorido e intentando respirar.

Ella giró sobre sí misma y lanzó un puñetazo, golpeando con impulso el estómago de su contrincante. El cuchillo que portaba en la otra mano silbó a tan solo unos centímetros del rostro de él.

Aaron estaba asombrado por la

facilidad con la que Jennifer aprendía. Su fuerza había aumentado considerablemente, así como su destreza.

La muchacha se agachó e hizo un barrido con su pierna derecha, intentando tirarle, pero él de nuevo fue mucho más rápido y saltó por encima de ella.

Jen no lo esperaba, despiste que Aaron aprovechó para empujarla, haciéndola caer de bruces al suelo. Se sentó sobre el firme trasero de ella y le colocó los brazos en la espalda.

—Estás muerta —rio, dándole un cachete en las nalgas.

—Apártate —lo amenazó.

—¿O qué? ¿Me vas a pegar? Te tengo

bien atrapada.

Jen soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes? —quiso saber.

Ella sintió cómo la presión de sus brazos disminuía, por lo que, con un ágil y rápido movimiento, se soltó y se puso en pie, dándole la espalda.

—Vaya, no está mal —aplaudió él.

Pero Jen aún no había terminado su entrenamiento... Se colocó la camiseta, dejando a la vista el sujetador. Entonces, se volvió.

—Me has ganado... —Se cruzó de brazos, provocando que sus pechos se juntasen y parecieran aumentar de tamaño.

Aaron no pudo dejar de mirar su voluptuosa delantera. Tragó saliva.

—La próxima vez no te lo pondré tan fácil —sentenció la joven.

Se acercó hacia él a paso lento, contorneando las caderas. Cuando lo tuvo frente a ella, con rapidez movió su mano directa a la entrepierna del chico, haciéndole doblegarse con un gemido de dolor.

—Joder, Jen... —Ella le soltó y él cayó de rodillas al suelo.

—Nunca subestimes a una mujer —dijo Jennifer dándole unas suaves palmaditas en la cabeza.

Entonces, oyeron una fuerte carcajada y aplausos. Ambos se giraron hacia donde provenían: Raven.

—Vaya, vaya... Aaron, nuestro mejor hombre, vencido por una chiquilla —

habló la recién llegada.

—Qué manía con tratarme como una niña, ¿no lo soy! —se quejó Jen.

Raven sonrió. Sus blancos dientes contrastaban con su dorada piel. La mulata tenía el pelo negro muy corto y de pincho, con el flequillo peinado hacia un lado y azul eléctrico. Sus ojos eran de color miel, pero Jen había descubierto que cuando se enfadaba, brillantes motas violetas aparecían en sus iris. Eso se debía a su gen de bruja. De hecho, era una de las más poderosas del clan.

—Jen, Nathaniel te reclama. No le hagas esperar —indicó Raven mientras se volvía y los dejaba solos de nuevo.

Aaron se puso en pie y se acercó a

Jen. Le cogió del brazo con fuerza, lanzándola hacia la pared, pero la chica giró sobre sí misma y derrapó en el suelo con los pies.

Cuando se incorporó, se encontró frente a frente con su contrincante. Su rostro mostraba odio, odio porque ella le había vencido una vez más.

Jen dio varios pasos hasta chocarse con el frío mármol, momento que él aprovechó para acorralarle entre sus fuertes brazos y la pared.

—Sabes que no me gusta perder, Jen.

—Tienes que estar más atento. Las mujeres tenemos un poder especial sobre los hombres, ya lo sabes —se mordió los labios.

—Lo estás haciendo otra vez.

—¿El qué? —se los lamió.

—Si sigues así, no tendré más remedio que hacerlo.

—No te atreverás...

—Oh, vaya que sí lo haré...

Jen miró al chico. Su pelo castaño estaba alborotado y sus ojos claros mostraban impaciencia.

Aaron cogió un largo mechón del cabello negro con mechaz rojas de ella y lo enredó en sus dedos. Los ojos verdosos de la joven también brillaban por el deseo.

Ambos ansiaban desnudarse y hacer el amor allí mismo. Él pareció leerle el pensamiento y la besó con pasión a la vez que la cogía del trasero y la elevaba del suelo, colocándola sobre sus

caderas mientras apoyaba la espalda de la joven en la pared.

Aaron hundió la cabeza en el cuello de ella y la besó bajo el lóbulo de la oreja mientras su perilla rozaba su fina piel.

—Aaron... —gimió—. Aquí no..., Nathaniel me llama...

—Que le den a tu padre —la calló con un profundo beso.

Sus lenguas jugueteaban mientras ella notaba la excitación del chico.

—No... No puedo... —movió la cabeza hacia un lado—. Por favor... Quizá sea importante...

Aaron, resignado, la dejó caer al suelo.

—Te lo compensaré, ¿vale? —Jen le

colocó el pelo y la camiseta.

—Anda, ve —le dio un nuevo cachete en el trasero, alentándola.

Jen salió de la sala de entrenamiento y se dirigió por los largos pasillos hasta la de reuniones, donde su padre solía pasar casi el día entero.

Nathaniel Hunter era el líder y fundador del Clan *Venatori Noctis*, donde los mejores hombres y mujeres del mundo entero se formaban como Cazadores de la Noche; de ahí el nombre del grupo. Ser miembro significaba acabar con toda vida sobrenatural: vampiros, demonios, fantasmas, licántropos, brujas...

Pero Raven era un caso especial... Bruja, y de las más poderosas, era la

mejor amiga de Rose, madre de Jen. Ella y Nathaniel nunca estuvieron casados, realmente ni se querían. Jen nació por un descuido cuando Nathaniel apenas tenía veintidós años, pero jamás se lo echaron en cara mutuamente, pues ambos amaban a su hija. Jennifer había sido lo mejor que había ocurrido entre ellos. Raven fue la única que sabía que Rose estaba embarazada, pues la bruja se lo ocultó a Nathaniel hasta el momento en el que apareció en la puerta de su ahora jefe, cubierta de sangre, herida y con un bebé en brazos.

Rose había sido asesinada por un demonio a los pocos días de dar a luz. Intentó proteger a su hija y lo consiguió, a cambio de su propia vida.

Raven había intentado revivir a su amiga, pero ni siquiera con todo su poder pudo hacer nada. Entonces huyó con la niña al único lugar donde ambas estarían seguras.

Desde aquel día, jamás se habían separado. La bruja apenas aparentaba cinco años más que la hija de Nathaniel.

Jen llegó al portón lleno de grabados que daban la bienvenida, pero si eras un enemigo, un terrible embrujo acabaría desintegrando tu cuerpo, mortal o inmortal. Dos soldados armados con ballestas abrieron las gruesas hojas, permitiéndole pasar. Allí se encontraba su padre, sentado en un cómodo sofá frente a la chimenea ahora encendida, leyendo algunos libros antiguos. Era un

hombre de cuarenta y cinco años con largo pelo rubio, ojos azules y muy atractivo. A su lado, la incombustible Raven le esperaba de pie.

—Hola, papá —saludó al acercarse, interrumpiendo su lectura.

—¡Hola, pequeña! —replicó mientras dejaba sus libros a un lado—. Te he hecho llamar por algo importante.

—Tú dirás. —Tomó asiento en el sofá de una plaza que se encontraba frente al del hombre.

Raven les ofreció unas copas que ellos aceptaron gustosamente.

—Hoy es el día —respondió Nathaniel tras dar un largo trago a su *whisky*.

—¿Hoy? —se asombró. Jamás pensó

que ese momento llegaría—. No sé si estoy preparada... —Aunque ya tenía veintitrés años, era demasiado joven para pasar el ritual.

—Te he estado observando —dijo Raven, la mano derecha de su padre—. Eres buena. Quizá tengas que perfeccionar tu técnica, pero sé que lo harás bien.

—¿Confíais en mí?

—Por supuesto, hija. Has vencido unas cuantas veces a Aaron, y él es el mejor de todos nosotros.

Jen no sabía qué decir, se sentía confundida. Llevaba años esperando esa gran oportunidad, pero ahora tenía miedo...

—Antes de nada, tendrás que

completar todos los pasos de la ceremonia de iniciación. Si lo haces, te convertirás en Cazadora de la Noche — explicó la bruja.

Ser Cazador de la Noche era el mayor honor que un humano podía tener. Cada día llegaban cientos de personas deseosas de ingresar en el clan. Algunos pasaban las pruebas, otros ni siquiera tenían el derecho a intentarlo.

—Ve a prepararte, el ritual será en unas horas. Si lo pasas, esta noche saldrás de caza —sentenció su padre mientras regresaba a su lectura.

Raven acompañó a su amiga hasta su cuarto. Este apenas estaba amueblado: un armario, una cama de matrimonio, un escritorio y algunas estanterías con

libros.

—Tienes el uniforme sobre la cama —le indicó la bruja—. Recuerda: nada de maquillaje ni perfumes. No, tampoco desodorante —dijo al ver que Jen abría la boca.

—Raven, huelo a perra...

—Te dejo que te prepares. —La ignoró—. Pon la mente en blanco. Relájate o te dolerá.

Lo que faltaba, Raven metiéndole miedo... Bastante tenía ya. Había asistido a otros rituales y en algunos tuvo que taparse los oídos por los gritos de los iniciados.

—De acuerdo. Ir como una cochina. Mente sucia, no —se burló Jen.

—Idiota...

Raven se marchó cerrando la puerta tras de sí, dejándole a solas.

Cogió unas toallitas desmaquillantes y mirándose al espejo del armario comenzó a quitarse todo resto de pintura de la cara. Desobedeció la orden de su amiga y se pasó una toallita húmeda por las axilas, después se hizo una coleta alta, dejando caer su larga melena ondulada. Miró la ropa que había sobre la cama. El uniforme de mujer consistía en un vestido ajustado de tirantes en color blanco y sandalias romanas, con tiras casi hasta la rodilla.

Se quitó los *leggings* y camiseta negra que llevaba y se puso el vestido. Le quedaba muy bien, aunque dejaba poco a la imaginación —el escote era cuadrado

y no enseñaba nada, además de llegar por encima de las rodillas—, pero lo cierto era que aquella ceremonia resultaba más espiritual que otra cosa...

Cada iniciado tenía su propio uniforme, el cual guardarían como un gran tesoro. Jen nunca había entendido por qué tenían que hacerlo, tan solo era un simple traje...

Tras ponerse las sandalias, se miró al espejo. Se veía rara con la falda; ella adoraba los *leggings*, los vaqueros y los pantalones de imitación a cuero. Eran más cómodos para moverse.

Caminó hasta el ventanal y miró a través del cristal. El sol se había escondido ya y los jardines comenzaban a desaparecer en la oscuridad de la

noche.

Aquel lugar donde se encontraban era una especie de fortaleza, un edificio gigantesco con forma de castillo. Su dormitorio era una de las torres. Siempre le había gustado estar sola y aquel resultaba ser el mejor lugar para conseguirlo.

Podía ver cómo sus compañeros, algunos ya armados cazadores y otros futuros iniciados, se adentraban en el edificio. Algunos de ellos quizá pudieran asistir a su ceremonia.

Su corazón latía a mil por hora. Estaba nerviosa, muy nerviosa. En ese momento alguien llamó a la puerta y corrió a abrir.

—Papá... Pasa, por favor.

—Quiero hablar contigo antes del ritual.

Ambos se sentaron sobre el mullido colchón.

—Pequeña, hoy es un día muy importante para ti. Debes tener la mente vacía de malos pensamientos.

—Lo sé...

—Quiero contarte algo que jamás me habría atrevido a revelarte... Es sobre tu madre.

—¿Qué ocurre?

—Ella... Rose era como Raven. Tenía poder, pequeña.

—Eso quiere decir...

—No sabemos si has heredado su poder o no. Raven no es capaz de ver más allá en tu mente. Si tuvieras un

mínimo poder, ella lo habría sabido con tan solo tocarte.

—¿Puede que algún día aparezcan?

—No estamos seguros... Por el momento, eres una humana más, como yo —colocó algunos cabellos que se habían soltado de la coleta de su hija—. Eres una de las mejores; has tenido un gran maestro.

—Aaron no es el único. También tú me has enseñado mucho.

—Aaron es un buen chico. Me gusta.

—Sé por dónde vas... Entre él y yo no hay nada, papá.

—¿Y por eso os ven juntos por los rincones?

—Tengo veintitrés años, me gusta disfrutar de la vida —le guiñó un ojo.

—Estos jóvenes de hoy... Solo pensáis en lo mismo.

—La vida es corta, hay que disfrutar. *Carpe Diem*, papá.

—Sí, sí, sí, sí. Tened cuidado, ¿vale? Avísame si tienes pensado hacerme abuelo.

—¡Anda ya! Ni lo sueñes.

Nathaniel besó la frente de su hija y se puso en pie, dispuesto a marcharse.

—Papá...

—¿Sí, pequeña?

—¿Y si el ritual no sale bien?

—Lo hará. Confío en ti y en Raven.

Y se marchó.

Miró el reloj de su mesita de noche y se dio cuenta de que faltaba poco para que comenzara la ceremonia. Se quitó

todas las joyas que llevaba, *piercings*, anillos, colgantes... Observó la imagen que le devolvía el espejo por última vez. Respiró hondo y salió del dormitorio. Era la hora.

De camino al salón ceremonial intentó vaciar su mente, tal y como Raven le había enseñado, pero fue incapaz; tan solo podía recordar las palabras que Nathaniel había dicho de su madre. ¿Una bruja? Si ella heredaba el poder y resultaba ser maligno..., ¿sus propios amigos intentarían matarla?

Por los pasillos se encontró con sus compañeros de entrenamiento, que la felicitaron por su gran momento, pero ella hizo caso omiso. Entonces notó unas fuertes manos que rodeaban su cintura y

que frenaron sus pasos.

—Jen, estás preciosa...

Ella se volvió al escuchar la voz de Aaron.

El chico había tenido dos años atrás un ritual perfecto, sin ningún contratiempo. Lucía en su antebrazo derecho la marca de la ceremonia: una gran runa que representaba el poder. Ella no había entendido nunca para qué servía exactamente, hasta que su padre se lo explicó.

Aaron le cogió de la mano y juntos entraron en el salón. Allí le esperaban los cazadores y cazadoras más veteranos —entre los que el muchacho se encontraba—, su padre y Raven.

Se encontraban situados en círculo,

esperando a la iniciada. Rodeaban una gran circunferencia hecha con sal, en cuyo centro había una estrella de cinco puntas dibujada con el mismo elemento.

Treinta personas vestían negras capas largas, cuyas capuchas tapaban sus cabezas.

Aaron ocupó su lugar tras dar un fuerte apretón a Jen, infundiéndole ánimos, y se colocó su capa mientras le guiñaba un ojo. Todos inclinaron sus cabezas al entrar ella en el círculo sagrado.

Se colocó en el centro de la estrella y cerró los ojos. Respiró profundamente, hasta que su mente estuvo completamente en blanco.

—Hermanos —habló Nathaniel—,

hoy es un gran día. Mi hija Jennifer recibirá la marca que la convertirá en Cazadora de la Noche. Si no existe objeción por vuestra parte, Raven comenzará con el ritual.

Nadie abrió la boca, por lo que la bruja dio comienzo a su trabajo.

Ella, también vestida con la capa, echó hacia atrás la capucha, dejando al descubierto su cabeza. Caminó hacia la mesa ceremonial donde tenía todo preparado y tomó una pluma de águila real y una vela.

Mientras regresaba al lado de Jen, quemó la pluma, que ardió enseguida. Con el humo rodeó a la muchacha, impregnando su ropa y piel de aquel desagradable olor, pero la joven ni

siquiera se inmutó. Su subconsciente se encontraba lejos de allí.

—Hermanos, hermanas... Espíritus de brujas blancas, bendecid a Jennifer con la marca de los protegidos. Unid vuestros espíritus con el suyo — manifestó Raven, pidiendo ayuda a sus ascendientes.

La bruja cogió el puñal que llevaba en su cinto y, tras comprobar el filo, cogió la mano derecha de la inconsciente iniciada, cortándole la yema del dedo índice.

Aaron era el encargado de ayudar a la bruja, por lo que le acercó una copa de oro con piedras preciosas incrustadas. En el interior de esta había unas extrañas plantas que hicieron al chico

arrugar la nariz.

Raven apretó con fuerza el dedo sangrante de Jen, dejando que algunas gotas cayeran en el interior del cáliz y se mezclaran con aquellas flores. Después, ella misma se cortó su yema, mezclando su sangre con la de la muchacha.

Aaron cogió una *katana* de afilada hoja plateada y mango de color negro. La sujetó con fuerza mientras la bruja dejaba caer algunas gotas de aquella extraña mezcla sobre la hoja.

—Yo os invoco, poderosas antepasadas. Bendecid esta arma, símbolo de protección.

En la fina hoja se formaron cuatro runas: lealtad, amor, sabiduría y protección. Estas ayudarían al portador

del arma a acabar con criaturas inhumanas.

—Ahora, Jennifer. Bebe.

La chica, aún inconsciente, tomó la copa dorada con las dos manos e ingirió el asqueroso brebaje. Raven le quitó el cáliz e inmediatamente cogió la *katana* que Aaron aún sostenía.

—Jennifer, este será el alargamiento de tu brazo. Te pertenecerá hasta el fin de tus días, protegiéndote para realizar tu misión.

Jen flexionó los brazos y estiró las manos a la altura de su cintura, esperando el arma.

La bruja colocó la *katana* sobre ellas, el mango apoyado en la mano izquierda y la punta en la derecha.

Esperaron unos segundos; era el momento más importante de la ceremonia. Las runas dibujadas en la hoja debían grabarse para siempre, a modo de tatuaje, en el brazo o en la mano que empuñaría la espada.

Pero nada ocurrió.

—Raven... —Nathaniel estaba preocupado.

—No... No sé qué ha podido pasar... ¡He seguido todos los pasos, como siempre! —la mujer empezó a ponerse nerviosa.

Aaron intentó tranquilizarlos, pero todos los asistentes comenzaban a cuchichear. Raven se acercó a Nathaniel y le susurró:

—Nat... Me temo que ha ocurrido...

—Los castaños ojos de la bruja comenzaron a llenarse de lágrimas—. Si no lo consigue, jamás podrá ser miembro del clan...

—¡No lo permitiré! ¡Haz lo que sea!
—le ordenó.

No iba a dejar que le separaran de su única hija. Si se convertía en bruja... Si no sabían qué poder había heredado... No. No la mataría. Jamás. Antes prefería morir él mismo.

Raven inclinó la cabeza, sumisa. Tenía que pensar con rapidez. Sin previo aviso, Aaron llamó su atención:

—Raven, ¡mira!

El antebrazo de Jen comenzó a tener un extraño brillo. Raven respiró aliviada, sonriendo a Nathaniel, que

también se tranquilizó. Las runas mágicas se estaban grabando en su piel. Los espíritus de las brujas blancas habían aceptado a la chica.

El círculo de sal había comenzado a resplandecer cuando, de pronto, del suelo salió un haz de luz que cubrió por completo a Jennifer.

Los reunidos exclamaron de asombro y preocupación. Nunca había ocurrido algo así.

Nathaniel corrió en ayuda de su hija, pero Raven y Aaron se lo impidieron. No sabían qué ocurría, no podían permitir que el líder pereciera.

Jen se encontraba en un hermoso claro. A su alrededor había cientos, ¿o

eran miles?, de verdes árboles de todas clases: pinos, abedules...

Allí, frente a ella, había un círculo formado por piedras del tamaño de unas manzanas, y en medio de estas, una especie de altar de granito, con extraños dibujos grabados. Había algo en ese lugar que le invitaba a acercarse.

Sin vacilar, lo hizo. Se adentró en el círculo, notando cómo una increíble energía se colaba por cada poro de su piel.

De pronto, una sombra apareció frente a ella. Parecía una mujer, pero no estaba segura.

Entonces aquel espectro se convirtió en una joven de cabellos rojos como el fuego y ojos verdes como la hierba que

había bajo sus pies.

—Jennifer... —escuchó la dulce voz que salía de los labios de aquella hermosa mujer.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Quién eres?

—Creo que tu padre te ha hablado de mí...

—¿Rose? —se atrevió a preguntar.

—Hola, hija —le cogió de las manos—. No sabes cuánto tiempo llevo deseando este momento...

—No puedo estar aquí, es mi iniciación como Cazadora de la Noche...

—Se sentía incómoda ante aquella presencia que decía ser su madre.

—Lo sé. Solo me permiten estar contigo unos minutos —se acercó a ella

y le acarició el rostro—. Te pareces tanto a tu padre... Dime, ¿cómo está?

—Por mucho que lo niegue o intente ocultarlo, sé que te echa de menos — aquella caricia le llenó de gozo. No se había dado cuenta hasta ese momento de cómo había añorado tener una madre—. No puedes hacerte a la idea de cuántas veces me he acostado llorando, intentando recordarte...

—Oh, pequeña... Sabes que siempre estaré en tu corazón mientras no me olvides. Tengo que decirte algo, antes de que sea demasiado tarde...

—¿Qué ocurre?

—Aquel día, Raven tuvo una especie de premonición; sabía que venían a por ti. He de serte sincera: jamás he

entendido la razón, nadie quiere contarme nada...

Pero Jen no le estaba escuchando, pues su mente comenzaba a regresar a su cuerpo.

—¿Heredaré tu poder? —preguntó al fin.

—Es posible, hija. Es la hora. Tienes que despertar. Te quiero, Jennifer, no lo olvides nunca...

—Yo también te quiero, mamá.

«Busca a Lucifer», escuchó en un susurro; era como si su voz se hubiera convertido en una suave brisa que danzaba a su alrededor. Parpadeó un momento y cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, distinguió su armario.

Se restregó los párpados y se incorporó. Sintió un peso a su derecha, sobre el colchón.

—Al fin despiertas...

¿Aaron?

—Menudo susto nos has dado... —
Raven se encontraba a su izquierda.

—¿Cómo fue el ritual? —quiso saber la recién iniciada, que seguía frotándose los ojos.

—Dímelo tú. ¿Cómo te sientes? —
preguntó la bruja.

Jen miró su antebrazo derecho, donde distinguió las runas mágicas.

—Me siento... bien —sonrió.

Raven soltó un suspiro satisfactorio. Todo había salido a pedir de boca. Le explicó lo que había ocurrido durante la

ceremonia.

—Raven..., la vi... Vi a mi madre...

Aaron no pudo creer lo que la muchacha decía. Rose llevaba muerta veintitrés años...

—Tenía el cabello como el fuego y ojos verdes, como las copas de los árboles en primavera.

—Es cierto... Era ella... —Raven no se explicaba cómo Rose había podido contactar con Jen si aquellas runas protegían a los cazadores de cualquier hechizo o intento de meterse en sus mentes... ¿Y si no había salido del todo bien el ritual?

—¿Qué te dijo? —quiso saber el muchacho.

—Apenas hablamos... Me dijo que me

quería, pero también que no podía decirme si heredaría sus poderes o no... Prometedme una cosa: juradme que si veis que llego a ser un peligro para el clan, acabaréis conmigo.

—Ni lo sueñes —respondió Aaron poniéndose en pie—. Jamás mataría a un hermano. Y mucho menos a ti.

—Tampoco cuentas conmigo —Raven se cruzó de brazos.

—¡Juradlo! —gritó la chica con rabia.

Pero Aaron se dio media vuelta y salió del dormitorio, bastante enfadado.

—¿No te das cuenta? Por mucho que os empeñéis en ser amigos con derecho a roces íntimos, se ha enamorado de ti. ¿Cómo pretendes que acabe con la vida

del ser al que más ama en el mundo?

Estaba convencida de que Raven deliraba. ¿Cómo se iba Aaron a enamorar de ella?

—¿Por qué iba a mentirte? —La amiga de su madre se sentó a su lado en el mullido colchón—. Tú —puso un dedo sobre la frente de la joven— también lo estás de él, y no me digas que no, porque escucho tu corazón a metros de distancia cada vez que estáis cerca.

—Raven...

—No te inventes excusas. Aquella estúpida promesa que os hicisteis de no enamoraros el uno del otro, ambos la habéis roto. Anda, ve a hablar con él.

Se pusieron en pie y salieron del dormitorio. Ninguna de las dos habló

mientras bajaban las inclinadas escaleras de la torre, y cuando llegaron al segundo piso ambas fueron por caminos separados.

Jen llegó al cuarto de Aaron. Tenía la certeza de que se encontraba ahí en aquel momento. Levantó la mano para llamar a la puerta, pero se detuvo.

Pensó durante unos segundos en las palabras de Raven; tenía razón, estaba enamorada de él. ¿Desde cuándo? Ni siquiera lo sabía.

Se dispuso a golpear la madera, pero una voz la frenó:

—Jen...

Ella se volvió.

—Aaron, tenemos que hablar...

—Si vas a intentar convencerme, será

mejor que te largues. No estoy de humor.

—No venía por eso... Es sobre nosotros. Creo... Creo que me he enamorado de ti.

Con rapidez, el chico abrió la puerta de su habitación y agarrando del brazo a la muchacha tiró de ella hasta el interior. Sin soltarla, cerró la puerta tras de sí.

—Aaron, yo...

Pero él la atrajo hacia su fuerte y musculoso torso, callándola con un profundo beso. En aquel momento sobraban las palabras. El joven bajó sus manos por la espalda de ella, rozando sus caderas y acabando en su trasero.

Sin dejar de besarse, caminaron hacia la cama del chico, mientras que, entre beso y beso, él se iba desnudando.

Primero la camiseta, dejando al descubierto su pecho. Después una bota y otra... Al toparse Jen con la cama, él la ayudó a desnudarse, quitándole el vestido ceremonial que aún llevaba puesto, dejándola semidesnuda, con ropa interior también de color blanco.

Jen se sentó en la cama. Tenía a su alcance las caderas de él, por lo que estiró los brazos y le quitó el cinturón, desabrochando después el botón y la cremallera del pantalón. Se mordió el labio mientras le miraba de reojo.

Aaron se deshizo de los pantalones, quedándose en *boxers* negros, los cuales mostraban su irremediable erección.

Ella se tumbó sobre el lecho y con el

dedo le indicó que se acercara; él cumplió sus órdenes. Se colocó sobre ella y la besó con ardor.

Los besos del chico cambiaron el rumbo hasta el lóbulo de la oreja, lamiendo la piel de su cuello hasta su pecho, tapado con el sujetador. Con destreza y rapidez se deshizo de este y continuó con sus abrasadores besos hacia su estómago. Besó su ombligo y su vientre, hasta que sus labios rozaron el encaje de las braguitas, que le quitó lentamente.

Jen deseaba sentirle dentro inmediatamente, algo de lo que él se dio cuenta por la manera en que respiraba.

Se deshizo de sus calzoncillos y con ambas manos separó las piernas de la

chica, que se mordió el labio en espera.

Notó cómo se adentraba en ella lentamente, haciéndola gemir.

Sus movimientos fueron cada vez más rápidos y acompasados mientras la besaba con pasión.

Aaron llevaba tiempo deseando contarle a Jen lo que sentía por ella, pero no encontraba ni el momento ni el valor suficiente para hacerlo. Tenía miedo de que le rechazara..., pero ese temor acababa de desaparecer. Jen era suya.

Gotas de sudor recorrían el pecho del chico mientras sus caderas bailaban al mismo son, con besos largos y húmedos. Sus lenguas jugueteaban sin descanso, hasta que la muchacha llegó al orgasmo.

Segundos después, él también alcanzó el clímax. Se echó a un lado y ella se apoyó sobre su pecho.

—Ahora entenderás la razón por la que no lo haré... —dijo besándola en la cabeza.

—Al menos espero que me avises cuando creas que no estoy haciendo las cosas bien...

—Lo haré, te daré una buena patada en el culo.

—Más te vale... —suspiró—. Aaron... Esta noche era mi noche, mi gran momento. Mi primera caza, por la que he estado dos décadas preparándome...

—Te prometo que mañana te llevaré de caza. Lo harás muy, muy bien, de eso

estoy seguro.

Ella se levantó, dispuesta a recoger su ropa y marcharse a su cuarto.

—Jen... Duerme esta noche conmigo.

Ella le miró y sonrió. Desde luego que lo haría.

CAPÍTULO 2



Las primeras luces del alba obligaron a Aaron a abrir los ojos. Se los frotó y se estiró cuan gato, emitiendo un gruñido. Se giró esperando despertar a Jen, pero en el lugar donde ella había dormido tan solo estaban las arrugadas sábanas.

Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Se levantó de la cama, buscó sus vaqueros y, tras coger una toalla, se dirigió a los baños compartidos. Cuando entró, Xiu, el mejor amigo de Aaron y Jen, salía de allí.

—Buenos días, chaval —saludó el recién llegado.

—Ey, Aaron. Enhorabuena por lo de Jen —le golpeó en el hombro—. Aunque... anoche no salisteis de caza...

—Hubo un pequeño contratiempo...

—¿Qué ocurrió? —los rasgados ojos oscuros de Xiu se entrecerraron.

Aaron iba a responder cuando Lily, otra de las recientes iniciadas, salió por la puerta. Miró al chico con ojos de deseo mientras se mordía el labio.

Xiu observó cómo se iba meneando las caderas. Aaron también lo vio, pero a cambio recibió un collejón.

—¡Eh! Tú estás con el bombón de Jen, deja algo para los demás —lo amonestó Xiu mientras se frotaba el pelo, bastante húmedo, mojando la cara de panoli que se le había quedado al

chico—. Como ella se entere de que miras a otra, te cortará los huevos...

—Eres idiota... ¡Solo me gusta Jen! Me ha sorprendido que ella me...

—Mira, chaval —colocó sus manos en los fuertes hombros de Aaron—, es la ley del Murphy ese: cuando uno está pillado, salen pretendientes como setas...

—¡Bah! Tengo que ducharme —apartó los brazos del japonés—. Por cierto, ¿has visto a Jen?

—No, pero ya sabes... Estará entrenando.

Xiu se marchó, despidiéndose con un movimiento de manos.

Aaron entró en los baños. Estaba dividido en dos partes, la de hombres y

la de mujeres, aunque todos usaban ambas instalaciones. Si las duchas de mujeres estaban ocupadas, cualquiera de ellas podía usar la de los hombres y viceversa. Los lavabos eran conjuntos, con enormes espejos frontales.

Aaron comprobó si había alguna ducha libre y se metió en ella, cerrando la puerta que ocultaba desde su cuello hasta las rodillas. Abrió el grifo de agua fría y se metió bajo el chorro. Aquella era la mejor forma de despejar el sueño.

Se sentía bien. Feliz. Pletórico. Había pasado la mejor noche de su vida con Jen. Le había hecho el amor dos veces y aún deseaba volver a hacerlo. Tenerla bajo su cuerpo o sobre él le hacía sentirse completo.

Había cerrado el grifo, pero al notar su erección tuvo que volver a abrir el agua fría para borrar aquellos sucios pensamientos o no podría salir de la ducha en horas.

Cuando se calmó, abandonó el cubículo con la toalla en la cintura. Caminó hasta el vestuario y se puso ropa cómoda: unos vaqueros y una camiseta de manga corta; quería invitar a Jen a comer, para celebrar su recién estrenada relación sería además de intentar relajarla, pues esa noche sí saldrían de caza. No había excusas.

Se peinó con un poco de gomina, dando forma a su alborotado cabello. Por primera vez en mucho tiempo, se afeitó la barba y la perilla. El reflejo

que veía en el espejo le gustó y esperó que a Jennifer también. Por último, usó su perfume favorito.

Salió de los baños y se dirigió al gimnasio, donde supuso que ella se encontraba. Varios compañeros le saludaron a su paso, felicitándole por el noviazgo.

Se topó con Xiu, que le sonrió.

—Eh, tú... ¿Por qué coño le has contado a la gente lo mío con Jen? —inquirió Aaron de malos modos.

—La gente pregunta y sabe demasiado —replicó el japonés—. Yo solo confirmo lo evidente.

—Tú lo que eres es un gay cotilla.

—Eh, eh, eh, mi orientación sexual ya la conocen todos, y bueno, si te dejaras,

seguro que a ti también te gustaría —le dio un suave codazo mientras le guiñaba un ojo.

—¡Aaargh! Me desesperas. Como se entere Jen de que has sido tú, te cortará las pelotas.

—¡Oh! Pelea de gatas... Seguro que te gusta.

Aaron dio por imposible aquella conversación. Se ponía muy nervioso cada vez que Xiu sacaba aquellos temas, pues nunca sabía si algo de lo que dijera podía enfadar a su amigo. Intentaba evitarlo, pero parecía que a este le encantaba meterse con él y ponerle colorado.

Se alejó mientras este no dejaba de reír, a sabiendas del nerviosismo de

Aaron.

Entrar en el gimnasio y ver a guapas chicas haciendo pesas o corriendo le excitó. Buscó a Jen con la mirada, sin resultado, y al preguntar a varias de las presentes estas respondieron que no la habían visto.

Entonces, Lily, la joven que se lo había quedado mirando en el baño, se acercó a él con su toalla y una botella de agua en las manos.

—Si buscas a Jen, está boxeando —y bebió un trago, dejando que algunas gotas de agua cayeran de sus labios y bajaran por su cuello, hasta su húmedo pecho.

Aaron tragó saliva y se alejó, sin darle siquiera las gracias.

Allí estaba ella, dando puñetazos al saco. Llevaba un top deportivo que dejaba su estómago y ombligo a la vista y unos pantalones cortos. Su pelo, recogido en una alta coleta, se movía violentamente con cada rápido movimiento.

Era tan bruta que ni siquiera se había puesto los guantes; tan solo unas vendas cubrían sus manos y muñecas.

Verla golpear con tanta fuerza y rapidez le ponía como una moto. Además, aquel pantaloncito le hacía un trasero perfecto...

—Si no dejas de mirarme el culo, tendré que decírselo a mi novio. —Se giró hacia él—. Es muy alto y fuerte, ¿sabes?

—Quizá tenga que partirle la cara —
respondió—, yo soy mucho más fuerte.

Y guapo. Y *sexy*. Y...

—Vaya... Si sigues así, tendré que
dejar a mi novio e irme contigo. —
Avanzó hacia él—. Si lo hiciera..., ¿qué
pasaría?

Aaron acortó la distancia entre ellos y
acercó su rostro al de la muchacha.

—Pues pasaría que tu novio tendría
un problema. Te haría ciertas cosas que
seguro que a él jamás se le habrían
ocurrido. —Hizo un amago de besarle,
pero se apartó—. Pero como tienes
novio..., tendré que respetarlo —afirmó
mientras le agarraba con suavidad de la
barbilla.

Dio un paso hacia atrás, alejándose

unos centímetros de ella.

—Tenía una cita con mi novio, pero quizá pueda anularla y salir contigo —sonrió Jen.

—Perfecto. Te espero en la entrada. No se lo digas a tu chico —le guiñó el ojo y se marchó de allí.

Tras ducharse, Jen se puso unos cómodos *shorts* vaqueros, una camiseta de tirantes y unas sandalias, cuyas tiras se enrollaron en sus tobillos. Se dio algo de color en el rostro y se echó perfume. Dejó su pelo ondulado suelto, peinando sus mechones rojos para que se vieran bien; era su color favorito, por eso había escogido dicho tono para teñirse las puntas. Cogió una mochila y metió sus cosas personales: documentación,

móvil, dinero. Después se dirigió a la entrada, donde Aaron le esperaba apoyado en la balaustrada de las escaleras.

—Hola, pequeña. —La besó dulcemente—. ¿Nos vamos?

La joven se dio la vuelta y de un salto se subió a la espalda de él, agarrándose a su cuello y enganchando las piernas en sus caderas. Aaron sonrió mientras colocaba sus manos a su espalda, bajo el trasero de ella, ayudándose con el peso.

—¡Arre! —bromeó Jen.

Pero él también iba a bromear. Fingió que se iba a caer y ella gritó, provocando que el chico riera con ganas.

—¡Bobo! —le golpeó en el hombro
—. ¿Dónde me llevas?

—Tenemos que celebrar que ya eres Cazadora de la Noche. Y también que ya somos novios oficiales.

—Voy a matar a Xiu...

—No te preocupes, ya le daremos su merecido, *ha, ha, ha* —simuló risa malvada, a la que ella le siguió.

Caminaron así, «a caballito», hasta el enorme garaje donde guardaban los mejores coches del clan: BMW, Porsche, Lamborghini, Aston Martín, Mercedes... Todos de altísima gama.

—¿Qué hacemos aquí? —quiso saber ella mientras ponía los pies en el suelo.

Aaron sacó de su bolsillo unas llaves y se las mostró.

—Hoy el Lamborghini es nuestro.

—Pero... ¿Cómo...? —estaba alucinada.

—Tu padre me dio las llaves. Esta noche nuestra misión será en *Inferno*, ya sabes cuánto me gusta ese local...

Inferno era la discoteca de moda, la más lujosa y cara de la ciudad, nido de cientos de criaturas. Un lugar peligroso.

Aaron se sentó en el asiento de cuero del conductor y puso el contacto, bajó la capota y convirtió el flamante Lamborghini Gallardo LP 570-4 Spyder Performante en descapotable. Le encantaba ese coche.

Jen se sentó a su lado, colocándose las gafas de sol. Él la imitó y se puso las suyas.

—¡Adelante! —gritó ella.

El chico no se hizo de rogar y tras meter la marcha, pisó el acelerador, saliendo de allí a toda velocidad. Atravesaron los jardines rápidamente, llamando la atención de todos los que allí se encontraban.

Las puertas de la finca se abrieron con rapidez, dándoles vía libre hasta la carretera.

El edificio se encontraba a treinta kilómetros de la ciudad, escondido tras un bosque. Un escudo mágico lo protegía de posibles criaturas y sombras nocturnas que quisieran atacarlos.

Aaron disfrutaba de la velocidad. Conducía demasiado deprisa y temerariamente, pero era bueno con el

volante y eso le gustaba a Jen, tanto como que el viento rozara su piel y despeinase su cabello.

La ciudad de Nueva York se erguía frente a ellos, con sus majestuosos y altísimos edificios. El clan había viajado por todo el mundo, pero desde que ella nació y apareció con Raven en la puerta de Nathaniel, dicha urbe había sido el lugar donde más tiempo habían pasado. Trece años allí habían sido suficientes para que ella se conociera palmo a palmo la urbe.

—¿Dónde me llevas a comer? — quiso saber.

—He reservado en *Di Carlo* una de las mejores mesas.

—¡Vaya! La última vez que intenté

reservar una, me dieron cita para tres meses después.

—Pequeña, uno tiene sus trucos... Y no. No voy a decírtelos —sonrió.

Di Carlo era el mejor restaurante italiano de Nueva York, un local que solo las estrellas de cine y demás gente adinerada podían permitirse.

Aaron frenó con un fuerte derrape en la puerta del local, donde un aparcacoches abrió la puerta de Jen, ayudándola a salir. Después su novio le entregó las llaves al muchacho, que con sumo cuidado se llevó el flamante vehículo.

—Aaron, no creo que vayamos vestidos para la ocasión...

—Tú relájate y disfruta —le ofreció

su brazo y ella lo aceptó, gustosa.

Entraron en el local, donde Jen pensaba que todas las miradas se dirigirían hacia ellos, pero no fue así; nadie se percató de su presencia.

Jen miró alrededor. Había mucha gente, entre ellos algunas estrellas de cine, de la música o del mundo del deporte, algo que a ella ni le llamó la atención.

El *maître*, un joven pelirrojo con pecas en las mejillas, los atendió.

—Bienvenidos. Un placer, Aaron. ¿Me seguís, por favor? —dijo el chico con una sonrisa.

La pareja siguió al joven hasta una mesa, adornada con un bonito jarrón con margaritas de colores. Les dejó las

cartas mientras les comentaba que enseguida estaría de vuelta.

—¿De qué le conoces? —quiso saber ella.

—Es Ray Lodwood. Pronto ingresará en la orden.

—¿Cómo le habéis encontrado?

—Su madre, Liza Lodwood, contactó con nosotros. Por lo visto tiene un don.

—¿Qué clase de don? —dejó a un lado el menú y se interesó por lo que Aaron decía.

—Puede ver fantasmas y espíritus desde que era pequeño. Liza pensó que era la típica época en la que los niños tienen amigos invisibles...

—Pero fue creciendo y eso no desaparecía... Vaya, puede sernos muy

útil.

—Desde luego que sí.

En ese momento llegó el aludido con una botella de vino en la mano.

—Os invita la casa —dijo Ray.

La pareja lo agradeció mientras él llenaba sus copas.

—He de felicitarte —comentó Jen—. Bienvenido.

—Aún no me lo puedo creer —respondió el muchacho, eufórico—. Mi padre me contó mil historias sobre vosotros —habló en voz baja—. Enhorabuena a ti —se dirigió a la chica.

En ese momento, se quedó paralizado y con los ojos dirigidos hacia tres mesas a la izquierda de donde ellos se encontraban.

—Están aquí, ¿cierto? —quiso saber Aaron.

—Hay dos de ellos. Un hombre y una mujer. Son ancianos. Parecen los abuelos de la niña rubia.

Jen se dispuso a sacar un arma mágica de la mochila, pero Ray le agarró del brazo.

—Tranquila. No le harán daño. Protegen a su nieta. Son... como sus ángeles guardianes, pero sin alas.

—¿Cómo puedes diferenciarlos?

Jen estaba asombrada.

—Es por su aura. Los espíritus guardianes la tienen de un color rosáceo y la de los fantasmas es gris. Os lo explicaré más detenidamente cuando me una a vosotros.

—¿Y cuándo será eso? —habló de nuevo ella.

—Dentro de unos días —respondió Aaron por el chico.

Este asintió.

—Os recomiendo el *risotto* de setas o los escalopes con macarrones y salsa a la pimienta y parmesano —comentó Ray.

—Quiero probar las dos cosas. Lo compartiremos. Gracias, Ray —agradeció la muchacha.

El pelirrojo se marchó en busca de su pedido, dejando a la pareja sola. Regresó a los pocos minutos con una parrillada de verduras para picar mientras esperaban.

Tras terminar, llegaron sus platos, que

degustaron con ganas, pues tenían bastante hambre. Como postre pidieron unos helados de sabores.

Entonces, Jen comenzó a rascarse el antebrazo, justo donde tenía tatuada la runa protectora.

—Estate quieta, por favor, me estás poniendo nervioso —pidió Aaron.

—Me quema la runa... —susurró para que no pudieran escucharla.

Aaron la cogió de la muñeca y la hizo girarla, para poder observar el dibujo. La marca estaba en relieve, con un extraño color rojizo. Comprobó la suya; estaba igual.

—Enhorabuena, pequeña. Tu primera caza comienza.

—¿¡Ahora!?! —dijo demasiado alto,

tanto que algunos comensales se giraron para mirarlos—. ¡Lo siento! —se disculpó.

—Exacto, ahora —confirmó el chico.

—No estoy preparada... —susurró.

—Claro que lo estás. Vamos, tienes que encontrar a la criatura.

En ese mismo momento, Ray apareció.

—Tengo un mal presentimiento —dijo el recién llegado.

—Hay algo aquí. Nosotros también lo hemos sentido —respondió Aaron.

—No es un fantasma. Es algo más poderoso.

—Ray, ¿puedes localizar su aura? —preguntó ella.

—Lo intentaré.

El muchacho entornó los ojos, concentrándose. Miró el salón entero, comensal por comensal, hasta que le localizó.

—Segunda mesa a la izquierda, con la chiquilla de pelo rizado —habló al fin.

Disimuladamente, los cazadores miraron hacia donde Ray les indicó, descubriendo la causa de la quemazón de sus runas.

—Es un demonio —explicó Aaron—. Uno de rango superior. O es un íncubo..., o la mano derecha de Lucifer —terminó de explicarles el experto cazador.

—Pues espero que sea un íncubo —deseó Ray.

—Solo hay una forma de saberlo... —Jen se puso en pie, quitándole con

destreza el delantal al pelirrojo y poniéndoselo ella. Se soltó la coleta tapando parte de su rostro, cogió sus platos vacíos y el salero, y a paso firme se fue acercando a la mesa del demonio.

—Buenas tardes —saludó—. ¿Desean algo más? —preguntó mientras les retiraba los platos.

Uno de ellos rozó el salero, que cayó encima del brazo de la criatura. Esta apartó con rapidez el brazo sobre el que la sal había caído, provocándole una quemadura.

—¡Lo siento! —Jen dejó los platos sobre la mesa, cogió una servilleta e intentó limpiarle la herida, fingiendo no haber visto nada—. Lo siento mucho... Es mi primer día...

—¡Apártate! ¡No me toques! —gritó el demonio.

Jen pudo oler el olor a carne quemada, algo de lo que nadie más pareció darse cuenta, ni siquiera la muchachita que estaba frente a él, la cual parecía estar en trance. El demonio golpeó la copa de vino y el rojo líquido cayó sobre los pantalones de ella.

—Oh... He de ir al lavabo a limpiarme esto... ¡Lo siento de veras! —se disculpó de nuevo mientras se alejaba de la mesa.

Miró de reojo al demonio, que estaba visiblemente enfadado. Para ir al baño pasó cerca de la mesa donde Aaron y Ray la esperaban.

—Largaos de aquí. Sacad a esta gente

rápidamente, no es un incubo. Creo que esto se va a poner muy feo —susurró mientras se alejaba tras coger su mochila.

Jen corrió a los servicios de señoras y se metió en ellos. Se limpió como pudo la mancha de los vaqueros, pero no le resultó nada fácil.

De repente, comenzó a escuchar gritos fuera. Deseó que Ray y Aaron estuvieran bien y que hubieran conseguido sacarlos a todos sanos y salvos.

Cogió los grilletes de acero, bañados en agua salada y hechizados por Raven, que eliminarían los poderes de cualquier criatura mientras los llevara puestos. Intentó salir del baño, pero la puerta estaba atascada.

—Joder...

Mala señal...

Entonces, por debajo de la puerta comenzó a entrar humo negro. ¡El local estaba ardiendo! ¡Tenía que salir de allí como fuera! Corrió hasta la ventana del baño, pero el pestillo tampoco se abría. Hizo fuerza, usó toda la que pudo, pero no hubo forma, el pestillo no se movió ni un ápice. Aquel demonio le había encerrado como a un ratoncillo en una jaula.

Miró de nuevo hacia la puerta, donde descubrió que aquel humo no era un humo cualquiera... Una extraña figura se formaba con él.

—Mierda...

Intentó usar los grilletes para golpear

el cristal, pero no usó la fuerza necesaria, únicamente creó un fuerte estruendo.

Se volvió y aquella figura ya estaba completa. Era el demonio. Vestía un caro traje negro de Armani, sin corbata y con una camisa blanca, cuyos primeros botones estaban desabrochados. Se colocó las solapas de la chaqueta mientras hacía crujir su cuello.

Su media melena, rubia y algo despeinada, le recordó por un instante al actor de una de las películas de moda. Por un instante pensó si habría poseído su cuerpo.

Tenía unos increíbles ojos azules, y a pesar de la distancia que los separaba, podía distinguir brillantes motas verdes

en sus iris. Para colmo, era irremediablemente atractivo.

—Vaya, vaya, una zorrita que juega a ser cazadora —habló el demonio con una suave e hipnotizante voz.

—No sé de qué me hablas —respondió ella, que había escondido los grilletes a su espalda.

—¿Crees que soy estúpido? He visto la marca de tu brazo. —Se levantó la manga de la chaqueta y la camisa, mostrando la quemadura que le había hecho apenas unos minutos atrás—. Tan solo un Cazador de la Noche sabe el efecto que tiene la sal en nuestra piel—. La herida era horrible, estaba ulcerada y era tan profunda que casi se podía ver el hueso—. Por suerte curará en menos de

una hora. Sin embargo, tú no tendrás la misma suerte.

Jen sujetó con fuerza los grilletes y con un impulso corrió hacia él, con el acero por delante, dispuesta a ponérselos en las muñecas. Había practicado mucho y era rápida. Pero el demonio lo fue todavía más: se convirtió en humo, haciendo que la chica chocara violentamente contra la pared.

Ahora la criatura se encontraba en el lugar donde ella había estado, junto a la ventana.

Embistió una vez más contra él y el demonio se convirtió de nuevo en humo, apareciendo en la puerta.

—Me encantan estos juegos. Es divertido jugar con tu presa para luego

devorarla —su melosa voz mostraba una increíble tranquilidad.

Pero el corazón de Jen palpitaba a mil por hora. Necesitaba con urgencia su *katana*...

Una vez más intentó lanzarse contra el demonio, pero este finalmente se cansó. Golpeó con furia el pecho de Jen. Su delgado cuerpo voló por el baño, hasta golpear su espalda con el cristal del ventanal, haciéndolo añicos.

Su columna chocó con el frío y duro asfalto del callejón. Intentó moverse, pero no podía. Sentía un fuerte dolor en sus vértebras. Era tan terrible que no pudo ni levantar los párpados. Cuando consiguió abrir los ojos, el demonio se encontraba frente a ella.

—Es una lástima que tenga que matarte —se agachó a su lado y cogió a la chica del cuello, elevándola hasta que sus pies dejaron de rozar el suelo—. Eres muy bonita y tienes un cuerpo precioso. —Con su mano libre recorrió su escote, rozando sus pechos y bajando hasta su vientre—. Podría darte mucho placer, ¿sabes?

Jen intentó quitar la mano de la criatura de su cuello, pues el aire comenzaba a faltarle.

—Me... Me rindo... —pudo decir ella con un hilo de voz—. Haré cuanto desees...

El demonio, confiado de su poder de persuasión, dejó a Jen en el suelo, soltando su garganta. Él le miró a los

ojos, consciente de que había conseguido hechizar a la morena. Sus iris verdes le recordaron a la primavera que comenzaba a florecer tras un frío invierno.

—Soy Karesh, mano derecha de Lucifer. A partir de ahora me obedecerás en cuanto te ordene.

—Estoy para servirte, mi señor — inclinó la cabeza a modo de reverencia, algo que a él le encantó.

—Dime, ¿has venido sola? —dijo un paso hacia ella y le quitó algunos mechones que le tapaban los ojos—. ¿Hay más cazadores contigo por aquí?

Ella miró a sus iris azulados.

—No, mi señor Karesh, estoy sola. Demasiado sola —dijo sensualmente—.

Habéis prometido darme placer... Hacedlo, os lo ruego —acortó el espacio entre ellos.

Karesh se mordió el labio. El rostro de ella tenía varios cortes, al igual que sus brazos y piernas, a causa de haber roto el cristal.

Rozó con su pulgar la sangre de una de las heridas que ella tenía en la mejilla y después lo lamió. Sus ojos se volvieron completamente negros y Jen pudo ver cómo sus colmillos comenzaban a alargarse.

Su corazón latía a mil por hora.

Karesh parpadeó y sus ojos tuvieron nuevamente el brillante color azul y sus colmillos desaparecieron.

—Tu sangre es deliciosa... Dime,

¿por qué tu corazón late tan deprisa?

—Nunca he estado con un demonio...
Y mucho menos con la mano derecha de
Lucifer...

Entonces él la besó con ganas y ella se dejó. Karesh deseaba hacerle mil y una cosas, todas sucias, para causarle tanto placer que jamás deseara a otro hombre que no fuera él, pero en el momento en el que a punto estuvo de desabrochar los vaqueros de Jen, el demonio sintió una fuerte presión en su garganta. Se apartó de la muchacha y se llevó las manos al cuello. ¡Eran grilletes! Tuvo que apartar sus manos, pues comenzaron a quemarse. Estaban bañados en sal.

Se volvió y a su espalda se encontró

con dos chicos, uno rubio y otro pelirrojo. Aaron golpeó con fuerza la rodilla de la criatura, haciéndole caer al suelo.

Karesh miró a la muchacha, que se encogió de hombros.

—Maldita zorra... ¡Me has engañado!
—gritó el demonio dispuesto a enfrentarse a ella, pero sus fuerzas le abandonaban.

—Tu poder está desapareciendo. La magia del metal lo está absorbiendo —respondió ella—. Me doy cuenta de que ni siquiera las criaturas sois capaces de resistiros al poder de seducción de una mujer.

—Eres una hija de p... —pero no pudo acabar la palabra, pues un fuerte

puñetazo impactó en su mandíbula.

—Jamás vuelvas a besar a mi chica —amenazó Aaron mientras se acercaba a Jen—. ¿Estás bien? Ella miró la ventana por donde había salido disparada y Aaron entendió lo que había ocurrido. Se dio la vuelta y observó la espalda de su novia: estaba intacta, tan solo tenía unos rasguños.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó el pelirrojo, que sujetaba con fuerza las cadenas de los grilletes del ahora agotado demonio.

Pero ella no dijo nada. No dejaba de mirar a la criatura.

—Ray, creo que vas a ingresar en el clan antes de lo que esperábamos...

—afirmó Aaron mientras se acercaba a

Karesh.

Y le dio una patada tan fuerte en el rostro que lo dejó inconsciente.

CAPÍTULO 3



—¡No vuelvas a hacerlo nunca más!
—gritaba Aaron muy enfadado.

Jen se cruzó de brazos, también cabreada.

—Si no lo hubiera hecho, no le habríamos capturado —se defendió mientras intentaba estirarse los pliegues de la falda.

—¡Podía haberte matado!

—¡No iba a hacerlo! Su poder no era rival para mí.

—No te confíes tanto, pequeña — habló por fin Nathaniel, que se encontraba junto al gran ventanal del salón de reuniones, alejado de la pareja

—. Eres buena, pero no has cazado nunca un demonio. No sabes qué artimañas son capaces de usar.

—Los kahli comen carne humana —explicó Raven, que cada vez parecía más el perrito faldero de Nathaniel—. Son una especie de vampiro-zombi. El sabor de la carne humana les pierde. Son capaces de cualquier cosa por alimentarse.

—No volverás a salir hasta que yo lo ordene —sentenció su padre.

—¡Y una mierda! —gritó Jen—. Llevo años preparándome para esto. He capturado al kahli, algo que jamás habéis hecho ninguno de vosotros —los señaló uno a uno—. Así que me niego a quedarme aquí encerrada.

—Es por tu bien, hija.

—¿Mi bien? ¡Mírame! Estoy viva y coleando, con la misma mala leche de siempre. Tan solo tengo arañazos. Así que no. No me lo vais a prohibir.

—Jen tiene razón —Raven le apoyó por primera vez esa noche—. Llevábamos mucho tiempo tras el demonio. Ahora está en nuestras mazmorras, es hora de aprovecharlo.

—Yo lo haré —se adelantó la morena.

—Ni lo sueñes. No quiero que te acerques a él —sentenció Aaron.

—No me pienso acercar a él. Te recuerdo que las mujeres tenemos un terrible poder de persuasión y enseguida cumplís nuestras órdenes —comentó

Jen.

—No es cierto.

Jen se acercó despacio hasta él, sin dejar de mirarle a los ojos. Aaron sintió que se perdía en ellos, sin darse cuenta de que ella estaba tan cerca que apoyó sus pequeñas manos sobre su musculoso pecho.

Entonces le besó. Lentamente sus manos fueron bajando por su estómago hasta su vientre. Cuando sus dedos rozaron el botón del vaquero, lo desabrochó, bajando después la cremallera. Sin dejar de besarle, dejó caer el pantalón del chico hasta las rodillas.

Él no era consciente de nada hasta que escuchó las fuertes carcajadas de

Raven y Nathaniel.

El chico se apartó de ella, sin entender qué pasaba.

—Anda, súbete los pantalones —rio Jen.

Aaron bajó la vista hasta sus piernas, donde encontró sus vaqueros. Rápidamente se los subió.

—¡Joder, Jen! —Aaron se puso como un tomate—. ¡Eres imbécil!

Nathaniel tuvo que sujetarse en el poyete de la ventana; estaba muerto de la risa y le dolía hasta la barriga de tanto hacerlo.

—Has tenido suerte de que Xiu no estuviera aquí —bromeó Raven.

Lo que le faltaba al rubio; entonces sería el hazmerreír del clan...

—Ten cuidado con él —pidió Nathaniel a su hija tras recuperar el aliento, sentenciando su decisión.

Aaron salió enfadado del salón. Jen, sonriendo, fue tras él.

—Aaron, espera.

El chico se paró de repente y se giró hacia ella:

—Me la pagarás, Jen.

—Tranquilo, solo quería que vieras que no soy inútil...

Aaron le cogió del brazo y tiró de ella hasta la puerta de los aseos.

—¡Todo el mundo fuera! ¡Ahora! —gritó foribundo.

Los pocos que allí estaban volaron, no querían meterse en líos y obedecieron al cazador. Cuando se

marcharon, Aaron atrancó la puerta con el palo de una fregona.

—Aaron... —jadeó.

Estaba asustada, nunca le había visto así. Se dirigía hacia ella con el ceño fruncido, y su enfado parecía haber empeorado.

Jen chocó contra la puerta de uno de los váteres. Entonces él la cogió de nuevo del brazo y la empujó hasta la fría pared de mármol blanco. Los lavabos estaban a su derecha y la empujó hasta ellos. La besó con fiereza mientras sus fuertes manos levantaban la falda, le quitó hábilmente las braguitas y con su mano buscó aquel recóndito lugar donde toda mujer es vulnerable.

—Aaron... —susurró casi sin aliento.

Se deshizo de sus pantalones y colocó a Jen sobre sus caderas, adentrándose en ella con celeridad.

—Te dije que me las pagarías.

La espalda de la joven rozaba el mármol con cada embestida, cada vez más rápidas e intensas. Ella no pudo más y soltó un gemido de placer, provocando espasmos al chico, que enseguida llegó al orgasmo.

—Te lo advertí —la besó—. No quiero que ningún otro hombre, demonio o criatura vuelva a rozar esta boca —avisó él.

—Y si lo hacen..., cumpliré el castigo que me impongas —se mordió el labio—. Siento si te molestó, pero no podía quedarme de brazos cruzados...

—Lo sé —le apartó el cabello de los ojos—. Pero no sé qué hubiera hecho si llega a ocurrirte algo —besó su nariz.

—Deberíamos salir... Estarán preocupados, quizá piensen que nos hemos matado —rio.

Tras recomponerse, y recuperar Jen su ropa interior, Aaron quitó la fregona de la puerta y la abrió. Frente a ellos se encontraron a Nathaniel, seguido de los últimos cazadores que había en los baños, los cuales dieron la voz de alarma.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —quiso saber el líder.

—Nada que os incumba —respondió su hija saliendo a toda velocidad de allí.

El hombre miró a Aaron, que fingió

seguir enfadado. Tampoco le contestó. Él también se marchó.

Jen esperaba a su chico escondida y cuando le oyó acercarse salió de su escondite, sobresaltándole.

—Joder, Jen...

—Lo siento.

—Tengo una idea. Ese extraño poder que tienes...

—¿El que sin darte cuenta te dejó sin pantalones delante de mi padre? —rio.

—Ese... —carraspeó—. Quisiera saber si también es válido para todo el mundo...

—Entiendo... Quieres saber si con los demás también es efectivo.

Él asintió.

—Tendremos que probarlo en algún

momento. Si me disculpas, me voy a mi cuarto, estoy como si me hubieran lanzado contra una ventana —Jen le guiñó el ojo. Se alejó de él, meneando sensualmente las caderas, siendo consciente de que su falda se movía y que la estaba mirando.

Subió a la torre y entró en su dormitorio; al cerrar la puerta se encontró de bruces con Raven, que había entrado sin permiso.

—Por Dios, Raven, ¡qué susto! ¿Qué haces aquí? —Se llevó la mano al corazón, que casi se le sale del pecho.

—Nathaniel me ha contado lo ocurrido. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha golpeado?

—Te contaré la verdad —respondió

ella—. Nunca había visto tan enfadado a Aaron..., pero entonces, lo hizo: su mano se perdió en mis bragas, llegando a...

—¡Para, para, para! —le cortó—. No quiero saber el resto.

—No pretenderás que le cuente a mi padre lo que sus deditos hicieron, ¿no?

—¡Por favor, no!

—Cierto es que discutimos unos minutos... Y bueno...

—¡Pero cállate ya!

Jen se carcajeó.

—Ni que nunca te hubieran hecho algo así, un aquí te pillo, aquí te follo...

Pero Raven estaba callada, de brazos cruzados.

—Oh... Vale... Lo siento, Raven... No quería...

—Tranquila, Jen, no pasa nada. Estoy acostumbrada. ¿Qué hombre no huiría al decirle que soy una poderosa bruja y que me cargo criaturas y sombras nocturnas?

En ese momento la puerta se abrió con brusquedad. Era Nathaniel.

—¿Qué hacéis aquí? ¡Deberíais estar interrogando al kahli! —bramó.

—Ya voy, ya voy...

Jen salió del cuarto, dejando solos a su padre y a su amiga.

—No me gusta ese demonio... Vigila sus pasos, por favor —rogó el hombre.

La bruja fue en busca de la joven, que había sido demasiado rápida y ya se encontraba en las mazmorras, frente a la puerta de la celda donde custodiaban al

demonio.

Raven se mantuvo oculta hasta que ella entró. Quería ver qué hacía o decía a la criatura. Le daría esa confianza, pero si veía que estaba en peligro, no dudaría en usar sus poderes y salvarla.

Jen nunca había entrado en las mazmorras y mucho menos cuando una criatura de la noche tan poderosa se encontraba en ellas. La celda estaba iluminada con antorchas y el demonio permanecía encadenado. Su traje de Armani estaba completamente destrozado, y lo que quedaba de chaqueta, a sus pies, convertida en ceniza. Su camisa estaba abierta, mostrando un pecho lleno de heridas, y sus pantalones presentaban manchas de

sangre. Se encontraba de pie, con grilletes en tobillos y manos. Tenía los brazos en alto, por encima de la cabeza, pues las cadenas colgaban del techo. Lo miró con horror. Cierto era que una criatura así merecía aquello y mucho más, pero era ella quien debería haberlo hecho.

—Vaya... Pero si eres tú, la torpe camarera... —habló él.

—Karesh...

—Veo que también hay brujas por aquí —miró hacia donde se encontraba su amiga.

—Raven es poderosa. Ten cuidado con ella —avisó la chica mientras le daba la espalda.

—Entiendo... Dime tu nombre —

replicó el demonio.

Jen dio varios pasos hacia él, que levantó la cabeza y le miró. Su bonita cara estaba llena de sangre, proveniente de su ceja y su labio partidos.

—¿Quién te ha hecho esto? —quiso saber, ignorando su pregunta.

—Un japonés gay y un cazador bastante guapo.

Xiu y Aaron...

—No me has dicho tu nombre —insistió el kahli.

—¿Tan importante es saberlo?

—Tú sabes mi nombre, es justo que yo sepa el tuyo.

—Jen.

Por un momento sintió lástima por aquel demonio; era muy atractivo, pero

sus ojos mostraban tristeza. Demasiado odio.

—Háblame de ti. —Comenzó el interrogatorio.

—Veamos... Nací hace mil seiscientos setenta y un años. Soy virgo, mido un metro ochenta...

—No me vengas con gilipolleces. Sabes a qué me refiero. ¿Quién te creó y para qué?

—Nadie me creó. Soy hijo legítimo de Lucifer, el señor de la noche. Una mortal me llevó en su vientre durante casi un año. Cuando nací, la devoré —sonrió, mostrando una perfecta dentadura.

—Eres un monstruo.

—No tanto como tú o tus amigos. Tu

orden ha matado a miles como yo durante años. ¿Qué os diferencia de nosotros?

Ella no supo qué decir. Tenía razón.

—¿Por qué te creó? —insistió ella.

—No tengo ni la más remota idea.

Supongo que lo pasaría muy bien con aquella mortal, ya me entiendes... Sois deliciosas.

—Por eso intentas llenar el vacío que tienes en tu corazón, ¿verdad? Hipnotizando a tus víctimas sin importarte su edad, violándolas y luego alimentándote de ellas, ¿cierto?

La sonrisa de Karesh desapareció de su rostro.

—¿Cómo...? —No podía creer que hubiera dado en el clavo.

—Tengo muchos dones, entre ellos ver en los ojos. Algo terrible ha tenido que pasarte.

—¡No es de tu incumbencia, estúpida mortal! —gritó el demonio mostrando sus afilados dientes.

Pero Jen no se amedrentó.

—Sea lo que sea, cierto es. No me importa. Tampoco me interesa el dolor que vas a sentir si no empiezas a hablar —su rostro sereno cambió—. ¿Vas a decirme dónde se encuentra tu papaíto?

—¿En serio crees que estoy dispuesto a revelarte su paradero?

—Puede ser por las buenas...

—Cogió un bisturí de una de las mesitas que había en la celda y regresó hasta él—. O quizá por las malas...

El demonio intentó revolverse y apartarse de ella, pero las cadenas se lo impedían. Karesh sabía que aquellos utensilios eran de plata pura, bañados en agua salada.

—¡No puedo decírtelo! ¡Si lo hago, me matará! —gritó la criatura.

—No si antes acabamos con él.

—¿En serio creéis que podéis acabar con el Rey de las sombras? —sonrió sarcástico.

Pero ella le ignoró. La afilada hoja del bisturí rozó el pecho del demonio, que gritó de dolor mientras de su herida salían burbujas, síntoma de quemazón.

—Sé que será difícil, pero con ayuda de su hijo, quizá podamos. Siempre y cuando quieras colaborar —comentó

ella con una sonrisa ladeada.

Le hizo otro corte en el hombro, manchando la camisa de color carmesí. Ella pudo ver dolor en sus ojos. Dolor que no era causado por las heridas.

—Si me dices dónde está, haremos un trato.

—¿Qué tipo de trato? —preguntó Karesh intentando ocultar el tormento que sentía.

—Perdonaré tu vida y nos servirás. Sé que puedes percibir otras criaturas a kilómetros.

—Ya tenéis a un pelirrojo que distingue las auras...

¿Cómo era posible que lo supiera? Al ver la cara de desconcierto de Jen, el demonio sonrió.

—Era mi siguiente víctima, después de la chiquilla. Los aurines están deliciosos.

—Vaya... Estabas siguiéndole.

—No, fue pura casualidad.

—Bueno, dime, ¿aceptas mi trato? —
acercó el bisturí a su mejilla.

—Quítame las cadenas.

—Raven, sal de ahí. Sé que estás escondida desde que he llegado —dijo sin volverse.

La bruja lo hizo. Se sentía mal por haber espiado a su mejor amiga. Se acercó hasta ella y miró fijamente al demonio.

—Eres la bruja, ¿no?

Pero ella, en lugar de contestar, dijo:

—Jen, ¿podemos hablar un segundo?

A solas...

—Da igual donde vayamos. Él puede escucharnos —respondió esta.

Raven miró con recelo al demonio, que sonreía.

—¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre hacer un pacto con él?

—Nos sirve más vivo que muerto. Además, si de verdad desea devorarme, querrá estar vivo. Aunque si le maltratamos un poco, hará más caso..., ¿no crees?

Jen cogió un cubo de metal de la mesa. El kahli abrió los ojos desmesuradamente. Era como si fueran a salirse de sus cuencas. Sabía lo que había dentro: agua salada. Jen metió sus dedos índice y corazón en el frío líquido

y los acercó a la piel desnuda de su vientre. Dibujó una runa en sus abdominales mientras él gritaba de dolor.

—¡Lo haré, joder! ¡Lo haré!
¡Cumpliré cuanto me pidáis!

Jen miró aquella marca, que se quedaría en su piel hasta el fin de sus días. Debía de doler demasiado, más de lo que ella podía imaginar. No pensaba que hubiera sido tan fácil que aceptara el trato.

—Raven, trae las pulseras y las llaves de los grilletes —ordenó Jen.

—Ni a tu padre ni a Aaron les va a hacer gracia...

—No me importa. Este demonio es mío y cumplirá todas mis órdenes.

Prepara tu puñal, voy a vincularle.

—¡Por los dioses, Jen! ¡El golpe contra la ventana te ha frito el cerebro!

—¡Hazlo! —gritó su amiga.

Raven, resignada, obedeció a la muchacha. Regresó enseguida con la afilada hoja y lo demás que le había pedido.

Le ofreció las pulseras de acero, bañadas en agua salada y hechizadas, y Jen las colocó en las muñecas del demonio, que aguantó el dolor como pudo. Después le quitó los grilletes de las manos y pies. Este cayó al suelo de rodillas, débil.

La cazadora cogió el puñal de Raven y con la hoja, tan fina como un papel, se hizo un corte en la yema del dedo índice

de su mano izquierda, dejando que varias gotas de sangre cayeran al suelo, cerca del diablo. Este, al oler la sangre, salivó. Estaba hambriento. Sus colmillos crecieron, pero sabía que no debía hacerlo o acabarían matándole. Además, se encontraba demasiado cansado como para defenderse.

Raven se colocó a las espaldas del kahli y le agarró del pelo, tirando con fuerza hacia atrás, obligándole a mirar a Jen.

—Esto te va a doler, Karesh... — avisó la cazadora.

Jen cogió el cuchillo y le hizo un corte en la fina piel del pecho, arrancándole un gemido. Cuando las primeras gotas de sangre fluyeron, la

chica puso su dedo ensangrentado encima de la herida.

Karesh gritó con fuerza. Intentó apartarse, pero Raven le tenía bien agarrado.

Al demonio le costaba respirar. Aquellos rituales en los que un humano y una criatura unían sus sangres era el castigo más tormentoso que podía existir para ellos.

Alertados por los gritos, Aaron, Nathaniel, Xiu y Ray, el pelirrojo, acudieron en su ayuda.

Cuando los tres expertos cazadores vieron lo que allí ocurría, corrieron a apartar a la chica del demonio, pero Raven les indicó que no lo hicieran, pues si el ritual no se completaba, ella

podría morir. Cabía la posibilidad de que su sangre se infectara con la demoníaca y acabara con su vida. Eso, o convertirse en uno de ellos.

Jen no sufría dolor alguno; sin embargo, Karesh sentía como si le clavaran mil cuchillos en cada rincón de su cuerpo. Enseguida su castigo terminó y, exhausto, el demonio se puso en pie. Respiraba con mucha dificultad.

—¿Qué me has hecho? —quiso saber la criatura mientras cogía aire como podía.

—Estás vinculado a mí. No podrás hacerme daño y cumplirás todas y cada una de mis órdenes.

—¡Yo no cumplo órdenes de ningún mortal! —gritó el demonio caminando

hacia ella, pero Jen se cruzó de brazos y ni se movió—. ¡Lo haré a mi manera!

—Venga, inténtalo. Sé que tienes hambre y deseas mi carne. —Al ver que su rostro cambiaba, le ofreció su brazo desnudo—. ¡Vamos!

Aaron corrió hasta ella. No iba a permitir que el demonio le rozara, pero la joven estiró el brazo, deteniéndole.

—Ni te acerques, Aaron —amenazó Jen.

El chico dio unos pasos hacia atrás y sacó su pistola, con balas de plata rellenas de sal, dispuesto a disparar si hacía falta.

—No te harán daño —dijo Jen al ver que el demonio retrocedía—. Tienes hambre, vamos.

Sus colmillos afilados y sus ojos completamente negros indicaban que estaba ansioso. Dio varios pasos hasta colocarse frente a ella. Cogió su brazo con sumo cuidado, sintiendo la sangre recorrer sus venas. Con fiereza intentó hundir sus dientes en la fina carne de Jen, pero no pudo. A tan solo un centímetro de ella, paró. Lo intentó desde otro ángulo, pero tampoco pudo.

—Pero, ¿qué...? —Karesh no entendía nada.

—Ya te lo he dicho: te he vinculado a mí. No puedes hacerme daño. Intenta herirme. Vamos.

El demonio lo intentó una vez más, intentó agarrarle del cuello, pero sus manos ni siquiera pudieron rozar su

garganta.

—No podré hacerte daño físicamente, pero puedo hacerlo de otra manera...

Karesh, demasiado veloz para que los mortales pudieran verle, se encontraba a la espalda de Aaron. Le había quitado el arma y le apuntaba en la sien, mientras con la otra mano le agarraba del cuello.

Raven gritó y Jen se volvió, asustada.

—No lo harás —ordenó ella.

La criatura quitó el seguro del revólver mientras Raven, Xiu, Nathaniel y Ray sacaban sus armas. Jen les hizo un gesto para que las bajaran. Nadie iba a resultar herido.

—No puedes disparar —habló de nuevo la muchacha—. Sabes que no puedes hacerlo. Si lo haces, en veinte

segundos estarás muerto.

Karesh apretó lentamente el gatillo. Deseaba matarle, comer su carne y beber su sangre, pero era cierto que no podía. No podía desobedecer a aquella muchacha.

—Tira el arma. Deja a Aaron y ven aquí —ordenó.

Karesh no quería. No deseaba cumplir sus órdenes, pero algo en su interior, más fuerte que él, le obligaba a hacerlo. Soltó la garganta del chico y tras devolverle su arma, regresó al lado de ella.

—No soy tu puto perro faldero — Karesh había recuperado su bonito rostro de ojos azules y dientes perfectos.

—No pretendo que lo seas. Nadie —

le miró a los ojos—, y repito, nadie de este edificio será herido, ¿entiendes?

—Me quieres encerrar aquí, ¿y ni siquiera podré alimentarme?

—Xiu y Ray te buscarán alimento. ¿Te sirven otras criaturas? —preguntó Jen.

—La sangre humana es más deliciosa...

—No voy a traerte humanos para que te alimentes. Tú eliges.

—La carne es carne y la sangre es sangre. Da igual si es humana o de sirena —rio.

—Sígueme. Papá, necesito las llaves de la celda de al lado.

Nathaniel se las entregó y ella se dirigió a la sala en cuestión seguida por

el demonio, y abrió la puerta.

—Sírvete. Después ve a lavarte y cambiarte. No me apetece que todos te vean cubierto de sangre. —Jen empujó al demonio dentro de la celda y cerró la puerta con llave.

Gritos y asquerosos sonidos de piel desgarrándose hicieron que se tuviera que tapar los oídos hasta que dejaron de escucharse.

Entonces, percibió unos golpecitos en la puerta.

—He terminado —dijo la voz de Karesh.

Jen abrió la puerta intentando no desviar la mirada de él. No quería mirar ni su ropa llena de carne ni qué había hecho el demonio con aquel

cambiaformas, pero sus ojos no obedecieron a su mente. Su vista se dirigió al otro ser, pero tan solo pudo ver brazos desmembrados y vísceras manchando el suelo.

Tragó saliva. Si eso le había hecho a otra criatura, ¿qué le haría a un humano? No quiso ni pensarlo.

—Ve con Xiu, haz cuanto él te ordene, ¿entendido? —pidió Jen.

Xiu la miró. Ella notó el pavor que sentía. Entonces, Aaron cubrió a su amigo.

—Yo iré con ellos —dijo este.

Jen agradeció con su mirada lo que su chico iba a hacer.

Ray los siguió, quedándose por lo tanto Jen sola con su padre y la bruja.

—Jennifer... ¿¡Qué has hecho!? —
gritó su padre.

—Papá, es el hijo legítimo de Lucifer. Hicimos un trato: nos ayudará a encontrarle. Además, con su poder podemos detectar a miles de criaturas y acabar con ellas.

—¿Has dicho que es el hijo de Satán? ¿El mismísimo Diablo? —«Oh, oh», pensó para sí mismo. No era buena idea...

Ella asintió.

—¿En serio crees que un demonio...?

—Kahli —le cortó su hija.

—¿Kahli? ¿Su mano derecha? ¿Crees que él nos va a ayudar entregando a su padre?

—Hay demasiado dolor en sus ojos.

Si realmente es su heredero, hará lo que sea para destruirle y reinar él.

—Es joven y atractivo, ¿te das cuenta del daño que puede causar?

—No si acabamos con los dos a la vez. ¿No lo entiendes? Es un gran peón en esta partida.

Nathaniel lo sopesó durante unos instantes. Su hija llevaba razón, tenerle de su parte los ayudaría mucho. Si Lucifer desaparecía, sus demonios también lo harían, pero no los de Karesh y sus «hijos». Podrían aprovecharse de su poder durante años.

—A partir de ahora, las criaturas que cacemos serán su alimento. No quiero que ninguno de mis cazadores resulte herido —sentenció el hombre.

Ella asintió. Le dejaría cazar a sus anchas.

Raven no abrió la boca; aquello le parecía una completa locura, pero no era quien para decir nada.

Xiu, Ray y Aaron escoltaron al demonio hasta los vestuarios. Todo el que se cruzaba en su camino se quedaba mirándolos, susurrando alertados acerca de la presencia de un demonio en sus instalaciones. Al entrar por la puerta, todos cuantos allí había se quedaron de piedra.

—A no ser que queráis ver un demonio en pelotas, largaos —ordenó Aaron con muy mala leche.

Todos recogieron sus cosas; algunos

sin vestir, recién salidos de la ducha, envolvieron sus cuerpos en las toallas y salieron pitando de allí.

Le acompañaron hasta una de las duchas mientras Karesh se quitaba la camisa y la tiraba al suelo. Los zapatos, calcetines, pantalón y boxers fueron después, quedándose completamente desnudo. completamente desnudo. Tan solo llevaba puestos los grilletes de plata.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó el demonio a un absorto Xiu.

El japonés ni respondió, estaba completamente anonadado ante la perfección del hombre que tenía frente a él.

Aprovechó que Ray y Aaron se

deshacían de sus ensangrentadas ropas y dio un paso hacia Xiu.

—Si me ayudas a escapar de aquí, prometo que este cuerpo será todo tuyo —cogió la mano del chico y la posó en su pecho, cerca de la herida que Jen le había hecho.

Xiu tragó saliva. Jamás había visto un hombre así.

Karesh dio otro paso, acortando cada vez más la distancia entre ellos, pero de repente, el demonio sintió un frío cuchillo en su garganta. Aaron le había pillado por sorpresa.

—Aléjate de él. —Le agarró del pelo y tiró con fuerza—. Jen te ha ordenado que no hagas daño a nadie.

—No le iba a hacer ningún daño, tan

solo quería darle placer —se defendió el kahli.

Xiu pareció salir de su ensoñación.

—Déjale, no me afecta ni lo más mínimo —respondió este.

Aaron le soltó y guardó el cuchillo en su cinturón, donde siempre le llevaba, y Xiu empujó con fuerza al que había intentado seducirle.

El demonio entró en la ducha, y tras cerrar la puerta abrió el grifo del agua fría para lavarse a conciencia. No podía entender cómo había podido caer en las redes de una estúpida mortal. Para colmo, las pulseras que tenía puestas en las muñecas le quemaban la piel. Dentro del cubículo intentó convertirse en humo y desaparecer, pero el hechizo se lo

impedía. Tenía que hacer lo que fuera para salir de allí.

—Xiu, joder, no te dejes embaucar por un puto demonio —le regañó Aaron.

—Llevo tanto tiempo sin estar con un chico que cualquier cosa me deja atontado... Lo siento —dijo su amigo.

Enseguida terminó la criatura de ducharse y Aaron le entregó ropa interior, unos vaqueros y una camiseta blanca, los cuales se puso con rapidez, temiendo que le cortaran el cuello.

—Voy a darme yo también una ducha —habló Xiu—. Necesito relajarme... Nos esperan días muy duros.

Se quitó la camiseta y la ropa, sin ser consciente de cómo Ray le miraba. Sí, el pelirrojo lo iba a pasar muy, muy bien

en aquella orden.

CAPÍTULO 4



Llegó la hora de la cena y todos quedaron en el gran salón comedor. Esperaban que Jen y Aaron aparecieran, pero tardaban demasiado, así que, por orden de Nathaniel, empezaron sin ellos. Pero Aaron no tardó en hacer acto de presencia, acompañado por Karesh.

Al verlos entrar por la puerta, todos los cazadores sintieron la presencia del demonio; desprendía maldad por cada poro de su piel.

Comenzaron las exclamaciones, cuchicheos y preocupaciones: le tenían miedo.

Aaron se dirigió a la mesa de

Nathaniel y se sentó en su silla, junto a Raven. Karesh quiso sentarse también, pero el cazador se lo prohibió.

—Es el sitio de Jen —dijo Aaron.

—Pues que yo vea, ella no está aquí —comentó.

—Me importa una mierda —respondió de malos modos—. Es su lugar y nadie lo va a ocupar.

Karesh dio un paso hacia atrás y se cruzó de brazos. En ese mismo momento Jen entró por la puerta, y los cuchicheos, que parecían haberse calmado, comenzaron de nuevo. Tenía que explicarles qué ocurría y qué pasaría a partir de entonces.

—¡Escuchadme todos! —dijo en voz alta para que pudieran oírle. Estos

dejaron sus cubiertos y prestaron atención—. Los rumores que habéis oído son ciertos. Karesh, por favor... — La criatura caminó hasta donde ella se encontraba—. Como habréis imaginado, es un demonio.

—Kahli —le cortó él.

—Kahli —corrigió; hubo exclamaciones de miedo—. Pero tranquilos, está de nuestra parte. No podrá haceros daño alguno, a ninguno de vosotros. A cambio de su vida, nos ayudará a encontrar a su padre.

—¿Y quién es su padre? —preguntó una de las cazadoras.

—Mi padre es el príncipe del Infierno, el señor de los muertos, el devorador de almas... Lucifer.

Los murmullos se convirtieron en silencio. Se respiraba el miedo en la sala. No se fiaban de aquel demonio.

—Como os he dicho, no tenéis de qué temer, no podrá haceros daño, cumple mis órdenes —continuó explicando Jen.

—¿Y cómo sabemos que es cierto? —quiso saber otro muchacho.

Jen se volvió hacia Karesh.

—Quítate la camiseta —ordenó ella.

—¿Aquí? ¿Ahora? Los preliminares son importantes... Invítame al menos a una copa —le guiñó un ojo y mostró una sonrisa perfecta.

—No me toques las narices, kahli.

—Qué aburrida eres... No sé qué tendrá que hacer Aaron para contentarte...

—Pues cosas que tú jamás me harás. Quítatela.

El demonio obedeció. Se despojó lentamente de la camiseta, a sabiendas de que ella le miraba fijamente. Le gustaba. Era parte de su poder como demonio. Jen, inconscientemente, miró su pecho y vientre. Era escultural. Tragó saliva, y al darse cuenta de que él sonreía le dio la espalda.

—¿Podéis ver sus marcas? —señaló la cicatriz de su cuello—. Nuestras sangres están unidas. Y esta otra —señaló la runa de su vientre, evitando mirarle—, es...

—¡Estáis vinculados! —gritó Lily alarmada.

—Sí, está vinculado a mí. Por eso

cumplirá todas mis órdenes. No puede tocaros a ninguno sin mi consentimiento.

—Por lo tanto —habló Nathaniel mientras se ponía en pie—, os prohíbo a todos y cada uno de vosotros que le hagáis daño. Él es valioso, puede ayudarnos, no solo con sus hermanos e hijos demonios, sino con muchas otras criaturas. ¿Entendido?

Los presentes callaron, a modo de asentimiento. Nathaniel suspiró; sabía que la convivencia iba a ser complicada. Jen se sentó a su lado, seguida de Karesh.

—¿Puedo sentarme con vosotros? Hay una silla libre... —preguntó el demonio.

—Quédate de pie, mirando —

comentó Raven. No le gustaba aquel íncubo.

Entonces, Karesh estiró la mano hacia la mesa, cogió una de las botellas de vino y se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Aaron, bastante cabreado con el maldito demonio.

—Beber. El alcohol anula las ganas de matar —sonrió y miró a Jen.

Los comensales de su mesa también miraron a la chica, que se encogió de hombros.

—Haz lo que te dé la gana, pero ponte la camiseta, por Dios —pidió ella.

Karesh, sonriente, le hizo caso.

—Tendré que ayudaros, pero lo haré

a mi manera. —Después dio un largo trago al vino—. No seré jamás vuestro perrito faldero, por mucho que un hechizo me obligue.

—Harás cuanto se te ordene — increpó Xiu, que también se encontraba en la mesa, junto a Ray.

—No es mi intención que seas ningún perro, pero para qué negarlo, serías una mascota muy mona —Jen le lanzó un mendrugo de pan y Karesh lo cogió al vuelo.

—Ja, ja, ja —rio sarcásticamente el demonio—. Niñata...

—¿Qué has dicho? —Raven estaba cabreada. Muy cabreada.

—Esa mierda de vínculo no me ha cortado la lengua, así que hablaré cuanto

me plazca —respondió el kahli.

—Eso es algo fácil —Xiu cogió el cuchillo y se lo enseñó.

—Si cortas mi lengua, jamás podré poner en práctica con ninguno de vosotros —los señaló a todos— las magníficas habilidades que he adquirido con los años. He probado de todo, pero aún no lo había intentado con un asiático *taaan* mono como tú —se relamió.

Xiu se puso colorado. Dejó el cuchillo con fuerza en la mesa y se levantó dispuesto a golpearle, pero Aaron le miró y negó con la cabeza, pidiéndole que se tranquilizara y no le hiciera caso.

—Jamás dejaría que un ser como tú me tocara —se defendió el japonés.

—Tarde o temprano me buscarás —
rio la criatura, dando un gran trago a la
botella.

—Ahora que estáis todos aquí... —
habló Nathaniel—, quiero que os hagáis
cargo de Ray y Karesh. Debéis
protegerlos con vuestra vida si hiciera
falta, especialmente a Ray. Debéis
enseñarle cuanto sabéis. Ellos dos serán
vuestros protegidos.

—¡Y una mierda! —gritó Aaron
furioso, poniéndose en pie—. No pienso
ser la niñera de ese gilipollas —señaló
al demonio.

El aludido se puso en pie.

—Para ti, guapetón, *señor* gilipollas.
Recuerda quién soy. Si no puedo
matarte, otro lo hará por mí. Yo tampoco

necesito a un gallina que me vigile. —
Karesh se sentó de nuevo en el suelo.

—Ya basta —dijo Jen bastante tranquila, mientras jugaba con su comida —. Es una orden de mi padre, el jefe del clan, hay que obedecerle aunque no nos guste. Es parte de nuestro juramento, así que, Aaron, siéntate, por favor.

El muchacho la obedeció, no sin antes lanzar una mirada asesina al kahli, que no les prestaba atención.

—Si alguno de vosotros le hace algo, os castigaré severamente —sentenció Nathaniel.

Entonces, Jen dejó su tenedor en el plato y se puso en pie, arrastrando la silla.

—No tengo apetito, disculpadme. —

Y se alejó.

Aaron le siguió.

—Jen, ¿te encuentras bien? —la cogió de la mano.

—Tengo dolor de cabeza, escucharos discutir lo ha aumentado. Necesito una ducha y descansar. Te veo mañana —le besó dulcemente en los labios y se soltó.

Ella se alejó y él regresó al salón, donde todos comenzaban a marcharse a sus habitaciones. Xiu esperaba a Aaron acompañado por Ray. El kahli también estaba allí.

—Nathaniel nos ha ordenado encontrarle una habitación y ropa —habló Ray.

—No necesito habitación. Nunca duermo. Pero la ropa sí me vendría bien

—dijo el demonio.

—Podremos prestarte algo, parece que usamos todos la misma talla — comentó Xiu.

La criatura miró al japonés y le guiñó un ojo. Éste, rojo como un tomate —sin realmente saber si era porque le gustaba o porque se moría de ganas de partirle la cara—, se dio media vuelta y salió del comedor.

De repente, Aaron le cogió de la pechera.

—Ni se te ocurra hacer daño a mi amigo o juro que te ahorcaré con tus propias tripas —le amenazó.

—*Tranquiiiilo*. Me gusta bromear. No es mi tipo, pero sí del de ese pelirrojo tan mono —miró a Ray.

—Lo que a mí me guste, es problema mío, no tuyo —respondió el aludido.

Aaron soltó al demonio y miró a su nuevo compañero.

—¿También eres gay? —quiso saber Aaron.

—Sí. Tu amigo me gusta, es guapo, inteligente y...

—¡Para ya! —le cortó Karesh—. Si queréis os preparo una cena romántica, con velas, vaselina, condones y... Ray, enfadado, se marchó de allí rápidamente para no golpearle, pues se moría de ganas. Aaron le lanzó otra de sus miradas asesinas. Si de verdad mataran, Karesh habría muerto mil veces en lo que llevaban de noche.

—Qué panda de aburridos que sois.

No aguantáis ni una bromita —Karesh sonrió de nuevo. Le encantaba meterse con los humanos. Eran tan débiles...

—Pues tus bromas no tienen ninguna gracia, Karesh.

—Bah, no tenéis sentido del humor. Me largo, voy a dar una vuelta por el recinto, que veo que voy a pasar bastante tiempo aquí.

Dejó la botella de vino completamente vacía sobre la mesa y se fue, bajo la atenta mirada de Aaron y los restantes cazadores que quedaban en el salón.

Karesh deambuló por todo el edificio, topándose con miradas de temor, odio, expectación y otras que no pudo

reconocer. Le tenían miedo, eso era bueno. O quizá no. Su miedo podía convertirse en valor y quizás acabaran cortándole el cuello.

Bajó la mirada e hizo caso omiso a los comentarios y susurros. Tenía el oído tan desarrollado que podía escuchar ciertas conversaciones a muchos metros de distancia, incluso si eran susurros.

Entonces, lo oyó. Alguien tarareaba una hermosa canción que hablaba del amor imposible. Agudizó el oído y siguió el sonido de aquella dulce voz hasta los vestuarios donde hacía unas horas se había duchado.

Entró despacio, procurando no hacer ruido. Caminó hacia las duchas y en uno

de los bancos vio la ropa de la chica que cantaba: Jennifer.

Ella cerró el grifo y tras ponerse la toalla alrededor del cuerpo, abrió la puerta. Caminó descalza hasta las taquillas, abrió la suya y cogió su neceser. Después se acercó a los lavabos y se lavó los dientes mientras el agua caía de su pelo mojado al suelo.

Escupió los restos y se miró en el espejo. Se enjuagó y se miró de nuevo en el espejo. Le dio un vuelco el corazón; Karesh estaba tras ella. Se volvió con rapidez, sujetándose la toalla a la altura del pecho.

—¡Karesh! Joder... ¡No vuelvas a asustarme así o acabaré clavándote el cepillo en un ojo!

El demonio se carcajeó con ganas.

—¿Se puede saber qué haces aquí? — quiso saber ella, mirándole a los ojos sin soltar la toalla.

—Escuché una canción y seguí la voz. Resulta que eras tú. Me has sorprendido.

—Si no te importa, me gustaría vestirme.

Él dio un paso hacia atrás, dejándole pasar. Jen regresó a su taquilla y cogió un pantalón corto de deporte y una camiseta de tirantes, además de su ropa interior. Bajo la atenta mirada del demonio se metió en uno de los urinarios. No pensaba desnudarse ni vestirse delante de él.

Cuando escuchó el pestillo, Karesh se acercó hasta allí y se apoyó en la puerta

de madera.

—Sé que no te caigo bien —habló él.

—A ninguno —puntualizó ella.

—No tienes por qué hacerlo. Si rompes el hechizo desapareceré y no volverás a saber de mí. Perdonaré vuestras vidas.

—Como si fuera a fiarme de ti...

—¿Acaso yo tengo que fiarme de tu palabra? Te ayude o no, me mataréis al final. Total, no temo a la muerte —se encogió de hombros.

—No deberías tener miedo a la muerte. Debes tenérmelo a mí —sonrió. Sabía que él no podía verla.

—Bah. Si no me da miedo morir, ¿por qué debería sentirlo por ti?

De repente Jen abrió la puerta y él

estuvo a punto de caerse, pero se recompuso enseguida.

—Porque te haré la vida imposible. Sé obediente y quizá tengas algunos años más —le mostró una hilera de blancos dientes.

Karesh gruñó.

La chica hizo caso omiso de su presencia y regresó a los lavabos, donde recogió su neceser. Al volverse, el kahli estaba de nuevo frente a ella.

—¿Me dejas pasar? —pidió, pero él la ignoró.

Dio un paso a su derecha y este le cortó el paso. Dio otro a la izquierda e hizo lo mismo.

—Te he pedido que te apartes —le amenazó ella.

—Ya —se cruzó de brazos, sin hacerle caso.

Entonces él acortó el espacio entre ambos, obligando a Jen a retroceder. Su semblante era serio. Demasiado serio.

—No puedes hacerme daño... —susurró.

El trasero de la chica rozó el mármol de los lavabos. Karesh estiró la mano hacia ella, que cerró los ojos, temiendo lo peor. Pero no sintió ningún dolor. Abrió los párpados y ante sí vio un pañuelo de algodón. Karesh frotó sus ojeras y las comisuras de sus labios.

—¿Se puede saber qué haces? —apartó de un manotazo el pañuelo.

Jen dio un paso a su izquierda, dejando hueco entre ellos, pero sus pies

mojados resbalaron con el charco que el agua de su cabello había formado en el suelo. La cabeza de Jen dio contra la columna de mármol y su cuerpo cayó sobre los fuertes y rápidos brazos del diablo.

Él la ayudó a incorporarse y comprobó que estaba entera.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él, con una indescriptible preocupación por esa humana.

—Creo que sí... —se llevó la mano a la frente, que le dolía bastante.

—Te has hecho una brecha...

Karesh sintió en sus fosas nasales el ferroso olor de su sangre. Sus ojos se volvieron completamente negros y sintió sus colmillos crecer. De repente, con un

fuerte control sobre sí mismo —que jamás pensó que podía tener—, agarró a Jen de la cintura y la sentó sobre los lavabos. Cogió su pañuelo y lo dejó unos segundos bajo el frío chorro de agua.

Después lo estrujó y una vez dejó de chorrear, limpió la sangre de la herida, que recorría su sien.

—¿Qué estás haciendo? Eres demasiado amable. —Sin saber por qué, Jen acababa de naufragar en el mar de sus ojos.

—Protejo mis intereses —le agarró de la barbilla para que dejara de mover la cabeza.

—Vaya, ¿ahora te intereso? —¿Por qué no podía dejar de mirarle?

—Por supuesto. Si tú vives, yo también. No permitiré que mueras sin haberme dejado libre.

—Sabes que no lo haré —confesó, aunque no entendía por qué razón lo había hecho.

—Lo sé, pero al menos me lo pasaré pipa. Por cierto —se apartó—, ¿tienes frío o es que te alegras de verme?

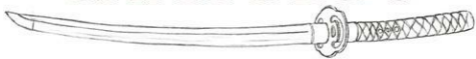
Ella no entendió a qué se refería el demonio hasta que le vio bajar sus ojos hasta su pecho. Jen miró su escote, hasta que descubrió la razón: no llevaba sujetador y sus pezones se habían endurecido, marcándose por debajo de la camiseta.

—¡Serás gilipollas!

Dio un saltito hasta el suelo y salió

corriendo del baño. La risa del demonio aún resonaba en sus oídos.

CAPÍTULO 5



Cuando los primeros rayos de sol saludaron al nuevo día, Aaron fue en busca de su chica; tenían que entrenar con el demonio por mucho que le odiara, así quería ver qué sabía hacer, además de poseer una lengua tan venenosa.

Llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta. Entonces la abrió despacio, descubriendo que Jen estaba profundamente dormida, tumbada boca abajo y con el cabello recogido en un rápido y desmarañado moño.

Entró en el cuarto y cerró sin hacer ruido. Caminó hasta la gran cama y se tumbó al lado de ella, recorriendo con

sus dedos los suaves gemelos para subir por su muslo, provocando que la piel se le pusiera de gallina. Después su mano se desvió hasta su estómago y bajó hasta su vientre.

—Buenos días, pequeña —le susurró al oído mientras su mano se colaba en sus braguitas.

—Si sigues así, vamos a tener un problema muy serio...

—¿Ah, sí? ¿Qué problema?

—Pues... —Se volvió hacia él con una sonrisa—. Tendré que atrancar esa puerta y no saldremos de aquí en todo el día.

—Me gusta la idea —la besó con avidez.

Ella se enganchó a su cuello mientras

él intentaba bajarle los pantalones cortos, pero, de repente, la puerta se abrió.

—¡Jen!

La pareja se separó rápidamente y miraron hacia la entrada.

Xiu.

—¡Lo siento! —gritó el japonés cerrando de nuevo.

Aaron se enfadó con su amigo por la intromisión; en cambio, Jen no lo hizo. Xiu siempre era educado y llamaba antes de entrar y siempre esperaba respuesta. La muchacha se puso en pie y recolocándose el pantalón, lo hizo pasar.

—Xiu, entra, por favor —pidió ella.

—Lo siento... —estaba avergonzado

—. Creo... Creo que tenéis que ver lo que está pasando en la sala de entrenamientos... Karesh...

—¿Qué ha hecho ese desgraciado? —gritó Aaron poniéndose rápidamente en pie.

—¡Esperadme un segundo, que me cambio de ropa! —pidió Jen, que cogió sus leggins y una camiseta.

Los tres salieron del cuarto de Jen y bajaron las angostas escaleras de la torre hasta el segundo piso. Con la misma rapidez llegaron al primero y se dirigieron a la sala de entrenamientos. Todos los cazadores se arremolinaban en círculo, expectantes y eufóricos por la pelea. Nos recién llegados se hicieron hueco entre sus compañeros hasta que

consiguieron ver qué pasaba: Karesh peleaba contra Ray en una lucha de *bokken*, las espadas de madera que usaban en *aikido*. Jen los observó con atención. Sabía que el demonio no estaba siendo cruel con el pelirrojo, pues si usaba toda su fuerza, el chiquillo ya estaría muerto en el suelo.

Ray atacaba una y otra vez a la criatura, que parecía no cansarse nunca. Entonces, cuando el demonio iba a atacar, Jen se coló en el círculo.

—¡Así no, Ray! —Karesh se asombró de verla allí—. Si atacas incesantemente, acabarás tan cansado que con un solo golpe él o cualquier otra criatura acabará contigo. —Le quitó el arma y la giró con su mano, mientras se

enfrentaba al ser de ojos azules.

—No pego a las chicas —dijo la criatura.

—¿Ah, no?

—No. Yo me las como —mostró sus afilados dientes, haciendo que todos retrocedieran, haciendo más grande el espacio entre los contrincantes.

—No te tengo miedo, kahli —le retó.

—Deberías —advirtió el demonio entrecerrando los ojos.

—¿Quieres dejar de cacarear y atacarme?

—No creo que quieras.

—Oh, vaya, sí que quiero. Gallina —le hizo un gesto con la mano, incitándole a golpearla.

Nadie le llamaba cobarde. Entonces,

con su arma en alto, corrió hacia ella, donde sus maderas chocaron con fuerza. Por inercia, Jen cayó de rodillas al suelo con el arma en alto, aguantando la furia del demonio. Aaron quiso ayudarla, pero Nathaniel, que vigilaba junto a Raven cada movimiento de este último, se lo impidió.

Ella estiró como pudo su pierna derecha para hacerle la zancadilla, pero él dio un salto hacia atrás, apartando su arma. La chica atacó con la espada hacia las rodillas de él, pero el diablo la esquivó.

Ágilmente, Karesh giró sobre sí mismo y golpeó con fuerza la espada, partiendo la madera en mil pedazos. Con rápido paso, se puso tras ella y le agarró

del cuello con una mano mientras ponía el arma en la garganta de la joven y guapa cazadora.

—Si fuera una hoja de verdad, estarías muerta —rió el demonio.

—¿Seguro? —sonrió ella.

Jen dio un fuerte codazo al demonio en el estómago, obligándole a soltar su cuello y bajar el arma, momento que aprovechó para agarrarle del brazo y, con mucha fuerza, voltearle sobre su menudo cuerpo. La espalda del demonio chocó estrepitosamente contra el suelo.

Le había vencido.

Todos aplaudieron a Jen, que los saludaba exitosa, pero su victoria se esfumó. Karesh se recompuso con rapidez y sin que apenas pudieran avisar

a la muchacha, este se lanzó hacia su contrincante. Sus fuertes piernas le golpearon las rodillas, haciéndola caer al suelo de espaldas.

El demonio, con la espada de madera en mano, se sentó a horcajadas sobre ella y colocó una vez más el arma contra su garganta.

—Nunca deis la espalda a una criatura, os atacará sin piedad —explicó el kahli sin dejar de mirar a Jen—. Ahora sí estarías muerta. Cortadle la cabeza, así no volverá a levantarse —insistió.

Nathaniel asintió, Karesh tenía razón. Ninguna criatura puede levantarse sin cabeza. Pidió que todos regresaran a sus quehaceres. Karesh aún seguía encima

de Jen, que intentaba deshacerse de él, sin éxito. Aaron quiso ir en su ayuda, pero Raven se lo prohibió; tenían una importante reunión con Nathaniel.

—No le pasará nada, lo que temo es por él... —rio Xiu.

Ray también rio. El japonés le miró. Tenía unas graciosas pecas en la cara que le daban un aspecto más aniñado.

Entre los dos tiraron de Aaron, que no perdía de vista los movimientos del demonio.

—¡Quítate de encima! —Jen le golpeó con fuerza en el pecho.

—No.

—¡Me haces daño, imbécil!

—No es verdad.

—Si no te apartas, acortaré tu vida, te

mataré en cuanto te descuides.

—Ya estoy muerto. Muerto de aburrimiento. —Se agachó. Acercó tanto su rostro al de ella que Jen se quedó paralizada.

—¿No lo hueles? —dijo él a unos centímetros de sus labios.

—¿E-El qué? —se sentía aturdida.

—Huele a miedo. A sangre. A muerte...

—¿Alguien ha muerto? ¿Alguno de mis compañeros? —se alarmó.

—No... —Aspiró con fuerza, disfrutando del olor de la muchacha—. Aún no, pero pronto lo habrá.

—¡No matarás a nadie! —con fuerza le apartó de ella—. Si lo haces, te destruiré, pero antes dejaré que Aaron y

Xiu te hagan puré.

—Sabes que no lo haré. Si quisiera, este edificio habría volado por los aires hace horas. Te necesito viva, ya te lo he dicho.

Se puso en pie, dejándola libre. Le ofreció la mano para ayudarla a levantarse, y ella, tras pensarlo unos segundos, se la cogió.

—Sígueme —dijo Jen mientras se colocaba la ropa—. El Consejo tiene una reunión importante.

—¿Y qué pinto yo en vuestras reuniones? —se cruzó de brazos.

—Eres la pieza principal de esta partida. Vamos.

Los que allí quedaban entrenando vieron cómo se marchaban juntos.

—Atacaremos esta noche —habló Robert, uno de los más experimentados cazadores.

—¿Dónde pensáis atacar si no tenéis ni puta idea de dónde se esconde? —habló Aaron.

—Para eso hemos convocado al kahli —respondió Raven—. Él nos lo dirá.

El aludido y Jen entraban en ese momento en el salón.

—Nunca le encontraréis sin mí —comentó Karesh—. Soy la llave para entrar en su territorio.

—Explícate —pidió Nathaniel.

Karesh se sentó en una de las sillas vacías y se sirvió una copa de vino, que cogió de la mesita.

—Veréis —dijo un trago a su bebida
—. Mi padre se esconde bajo tierra.

—¿En túneles? —preguntó Marian,
otra veterana.

—No, bajo tierra... A ver cómo lo
explico... —jugueteaba con su copa
mientras se mordía el labio, esperando a
que alguno se diera cuenta de lo que
intentaba decir.

—En el Infierno —soltó Jen.

—¡Punto para la macizorra! —rio el
demonio señalándola con el dedo.

—¿Y cómo pretendéis que lleguemos
al inframundo? —dijo Xiu.

—¡Eres un portal! —Jen habló de
nuevo.

Karesh levantó su copa al aire.

—Jen, dos puntos; consejo, cero.

¿Cómo sabes todo eso? —la escudriñó con la mirada.

—No tengo ni idea... ¿Suposiciones? Y otra cosa... ¿Cómo piensas que crucemos el portal?

—Eso es cosa mía, preciosa —dio un último trago a su copa y se marchó, dejando al consejo con la palabra en la boca y mil preguntas sin formular.

Habían pasado cuatro días desde que planearon atacar a Lucifer con ayuda de su hijo. Karesh seguía en sus trece, haciendo la vida imposible a los cazadores, ganándose cada día nuevos enemigos.

Era 31 de octubre, momento en el que el velo entre el inframundo y el mundo

mortal caía, haciendo que miles de malignas criaturas pisaran la tierra de los vivos para alimentarse de ellos.

Ya estaban preparados para salir. Todos llevaban negras y cómodas ropas para ocultarse en la oscuridad, y sus armas, que probarían la sangre de cualquier criatura que se cruzara en sus caminos.

Jen se había recogido el pelo en una coleta alta y se había puesto unos *leggings* que imitaban al cuero, con una camiseta de tirantes ajustada y una chaqueta de cuero negra. Esa misma chaqueta la llevaban todos y cada uno de los que asistirían a la caza.

Ray no pudo participar, no estaba entrenado ni iniciado, por lo que se

quedó bastante triste en el edificio, aguardando a que ellos llegaran.

Xiu, Aaron, Jen, Nathaniel, Raven, Lily, John, Bob y Rina siguieron a Karesh hasta donde este les había indicado. Los coches que llevaron se quedaron aparcados cerca del lugar, por si tenían que salir corriendo de allí.

El edificio que se erguía ante ellos era muy antiguo. Las paredes tenían un color negruzco, como si se hubiera incendiado hacía muchos años ya. Las ventanas estaban tapiadas con ladrillos y la puerta era de hierro, con los cristales rotos. Karesh subió los destrozados escalones y les hizo una señal para que le siguieran.

Xiu y Lily estaban un poco asustados,

nunca habían tenido una caza de ese nivel, por lo que Jen, valientemente, se adelantó y corrió escaleras arriba hasta llegar al lado del demonio.

Ella desenvainó su *katana*, que colgaba de su espalda.

—No tendrás que usarla por el momento. No hay nadie en casa —sonrió él.

Pero a ella le daba igual. La llevaría en la mano sí o sí.

Karesh empujó la puerta, cuyo fuerte chirrido erizó la piel de Aaron. Este iba tras su chica, la cual estaba decidida a seguir al kahli, pero el joven le agarró del brazo.

—Jen... No me fío del demonio... —dijo Aaron en voz baja.

—Ni yo. Pero no podemos hacerlo sin él. Tengo que matarle, tengo que acabar con el Diablo. Solo así vengaré a mi madre.

—¿Cómo sabes que fue él?

—Ella me lo dijo el día de mi iniciación.

—¿No lo habrás imaginado?

Jen le lanzó una mirada triste. Ya no estaba segura.

—No importa. Hay que acabar con él. Punto —sentenció ella.

—¡Vamos! —los interrumpió el demonio—. Es la hora.

—¿Dónde está la puerta que permite entrar a las sombras? —quiso saber Xiu.

—Guapetón, aún parece que no lo has entendido... Yo soy ese velo. La hora de

las brujas está a punto de llegar, mis dedos dibujarán las runas que darán permiso a las criaturas para salir y para entrar. O quizá para llamar a mi padre y que venga en mi ayuda...

—No lo harás —amenazó Jen.

—Puedo hacerlo... —se plantó ante ella.

Rápidamente Raven se adelantó y le agarró con fuerza de la entrepierna.

—No lo harás. Nos ayudarás —la amenaza de Raven hizo que Xiu se carcasease.

—Oh, sí, nena, sigue así —rio Karesh.

Pero a Raven no le hizo gracia. La bruja lanzó un silencioso hechizo y sus manos comenzaron a quemar. El

demonio empezó a sentir que sus zonas íntimas ardían, pero no precisamente por placer...

—¡Joder! ¡Apártate, bruja! —dijo un salto hacia atrás y comprobó si su «arma sexual» seguía intacta—. No vuelvas a hacerlo. —Aquella mirada de color azul se tornó negra como el carbón—. Serás poderosa, pero jamás conseguirías detener al kahli.

—¡Ya basta! —gritó Nathaniel—. Karesh, continúa, por favor.

—Gracias, Nathaniel. Un por favor no está nunca de más —rio la criatura.

El demonio entró por la puerta seguido de Aaron y Jen, que llevaban sus armas preparadas. Todos ellos llevaban espadas, *katanas* o afilados

cuchillos, fáciles de usar y bastante eficaces.

Atravesaron la gran entrada; las escaleras que daban al segundo piso estaban derruidas, como si una bomba hubiera caído en el duro mármol. Karesh giró a su derecha hasta un enorme salón, completamente desprovisto de muebles. Las paredes estaban negras, resultado de un incendio; o al menos eso pensó Jennifer. El demonio caminó hasta la gran chimenea, que era lo único que parecía mantenerse en pie en esa casa.

Nathaniel, Lily, Bob, John y Rina cubrían las espaldas de sus compañeros.

Karesh dibujó con sus dedos una runa en el aire. Raven, Xiu, Aaron y Jen, los cuales portaban linternas, vieron que el

dibujo tenía un color anaranjado, como si estuviera hecho con fuego.

De pronto el edificio tembló. La chimenea se convirtió en una oscura espiral que enseguida abrió una especie de portal, y en un abrir y cerrar de ojos, el kahli había desaparecido de su vista y aquel portal se cerró de inmediato.

—¡Ha escapado! —gritó Raven.

Todos se volvieron hacia donde el demonio había estado hacía unos segundos. Frente a ellos solo veían la chimenea. Aaron palpó la piedra por todas partes, buscando algún resquicio donde poder entrar en el inframundo. Nada.

—¡Será cabrón! ¡Era una trampa! —bramó Aaron muy enfadado, mientras

golpeaba con fuerza la chimenea.

—Nos ha mentido desde el principio... —se lamentó Xiu.

Jen soltó un fuerte rugido y apretó los puños. ¡No podía creer que los hubiera engañado! ¡Iba a matarle! Dirigió la mirada hacia Raven, culpable de que el hechizo no diera el resultado que ellos querían, pero, de repente, el edificio tembló de nuevo, provocando que bajo sus pies el suelo comenzara a agrietarse y que el techo cayera sobre sus cabezas. Aaron abrazó a Jen, pensando que así podría protegerla, cuando de pronto el portal se abrió.

Con sus armas preparadas, esperaron a que aquellas criaturas —fueran lo que fuesen—, salieran de allí dispuestos a

atacarlos, pero no ocurrió nada.

Impaciente, Nathaniel se adelantó, dispuesto a entrar en el portal, pero Jen le agarró con fuerza del brazo y no se lo permitió; algo salía del agujero.

Karesh llevaba la ropa, las manos y el rostro manchados de un oscuro y pegajoso líquido. Todos supieron que era sangre, pero no estaban seguros de si era suya o no.

—Karesh... —Jen caminó hacia él, mientras este intentaba limpiarse, sin éxito, aquella sustancia de la cara—. ¿Qué ha ocurrido?

Sus ojos eran completamente negros y estaban algo vidriosos. Parpadeó un par de veces y volvieron a ser de aquel hermoso color azul.

Aaron apartó a Jen de un empujón y agarró del cuello al demonio.

—Has intentado engañarnos. Morirás por tu traición —cogió su afilado cuchillo y lo puso en su garganta.

Pero Karesh no se resistió. Sus ojos cambiaron rápidamente de color y sus dientes crecieron en un segundo. Dio un paso, mientras la hoja de plata quemaba su piel. Dio otro y Aaron, sin soltarle, tuvo que retroceder. Tenía demasiada fuerza, más de la que había imaginado.

Dispuesto a rebanarle el pescuezo, Jen corrió hacia ellos y abrazó la cintura del demonio a su espalda. Tiró de él hacia atrás, separándolos.

—¡Nadie va a matar a nadie! —gritó ella, poniéndose delante del demonio.

Este le gruñó, pero entonces ella le abofeteó con fuerza, dejándolos a todos estupefactos.

—A mí no me vuelvas a gruñir —amenazó ella señalándole con el dedo—. No eres un puto perro. Has traicionado nuestra confianza. He intercedido por ti, he conseguido mantenerte con vida, ¿y así me lo pagas? Tenía que haberte torturado... —Cogió su *katana* y con la afilada punta le amenazó—. Intentaste tendernos una trampa.

—Quería deshacerme de vosotros, es cierto —habló el demonio al fin—. Envíe a mis criaturas a que se encargaran de vosotros. Uno a uno, lenta y horripilantemente... Pero no pude...

Tus palabras aparecieron en mi mente, clavándose en mi cerebro como mil cuchillos... Y...

—Continúa, antes de que decida cortarte la cabeza —advirtió ella, dispuesta a cumplir con su amenaza.

—... Los maté. A todos. ¡A mis hijos! ¡Mis criaturas! —se miró la sangre de las manos—. Eran parte de mí, parte de mi cuerpo, ¡y he matado a cientos por tu culpa!

Karesh cayó de rodillas al suelo, con lágrimas en los ojos. Por unos segundos, Jen se apiadó de él. No podía imaginar cómo debería sentirse al acabar con los seres a los que dio la vida. Seguramente no hubiera sido agradable para ellos, eran unos monstruos, pero seguían

siendo sus hijos. Entonces, se agachó frente a él.

—Karesh...

—Seréis los únicos humanos que han entrado en el Infierno —se limpió las lágrimas con un trozo de camiseta que estaba algo más limpio y se puso en pie—. Deberéis cumplir todas mis órdenes. Si no lo hacéis, jamás saldréis de allí.

Nathaniel sintió que su corazón palpitaba a mil por hora. ¿A qué se debía esa repentina sensación? ¿Era lástima? ¿Temor?

—Coged vuestras manos y no os soltéis, veáis lo que veáis o escuchéis lo que escuchéis. ¿Entendido? —advirtió el demonio.

Todos le obedecieron, guardaron sus

armas a sus espaldas y se agarraron con fuerza de las manos. Jen iba en primer lugar, seguida por Aaron, que no pensaba soltar a su chica por nada del mundo.

Karesh cogió con fuerza la pequeña mano de la muchacha.

—Deberías cerrar los ojos —le susurró al oído.

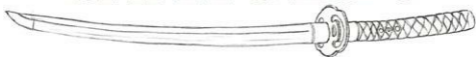
Ella le miró y él asintió. Su instinto le decía que confiara en él, mientras que su razón decía lo contrario. Finalmente, tras coger aire, los cerró.

—Allá vamos. El viaje al fin del mundo acaba de empezar.

Karesh sonrió. Su mano dibujó una runa, distinta a la que abrió el portal, y se introdujo en él.

De pronto, la oscuridad los tragó sin dejar rastro alguno en aquel abandonado edificio.

CAPÍTULO 6



Aquel lugar era horrible. Los gritos de terror se metían en sus oídos. El olor a carne putrefacta inundaba sus fosas nasales y esos sonidos a miembros desgarrándose les provocaban náuseas.

Jen no quiso abrir los ojos en ningún momento, pues sabía que, de hacerlo, acabaría vomitando, y cuando creyó que no aguantaba más, sus pies rozaron el suelo. Aquello había acabado.

Se sentían mareados, como si hubieran atravesado el túnel del espacio/tiempo que Alicia había cruzado para llegar al País de las Maravillas, pero aquel lugar no tenía

nada que ver. Ninguno se atrevió a mirar, hasta que escucharon la voz de Karesh.

—Ya hemos llegado.

Parpadearon y observaron el entorno. Se encontraban en aquel salón frente a la chimenea, el mismo que habían abandonado. Se habían soltado de las manos, excepto el demonio, que no había soltado la de Jen, a la que agarraba con fuerza.

—Bienvenidos al Infierno —tiró de la chica hasta la puerta principal.

Todos los siguieron.

—Aún estamos en Nueva York... —dijo Rina.

Karesh negó con la cabeza y con una sonrisa de oreja a oreja empujó la

puerta.

—Bienvenidos, mortales.
Bienvenidos a mi hogar.

Se asomaron a la entrada, pero ninguno se atrevió a salir. Aquel lugar era idéntico a Nueva York, con sus edificios altos, sus calles, sus tiendas... Pero todo estaba destruido, como si mil tornados hubieran arrasado la ciudad. Oían gritos, gente pidiendo auxilio, y todo olía a carne quemada.

—Creo que aquí vais a pasar mucho calor. Yo que vosotros me quitaría las cazadoras —advirtió el kahli.

Jen soltó su mano y bajó la cremallera de su chaqueta, se quitó la vaina de la *katana* y se deshizo de la prenda, que tiró al suelo, quedando en camiseta de

tirantes.

Nathaniel imitó a su hija y después lo hicieron los demás.

—¿Ahora es cuando te salen los cuernos y el rabo del culo? —bromeó Xiu.

—Mira, en el trasero no, pero tengo un buen rabo entre las p...

—¡Karesh! —Jen le golpeó con fuerza en el pecho—. No me toques las narices.

—¡Ha sido él! No creo que os gustara ver cuál es mi verdadera forma —había amenaza en sus palabras—. Debéis obedecerme en todo y no cuestionar nada de lo que os diga. Ah, y si os entran ganas de matarme, pensadlo bien: sin mí jamás saldríais de aquí.

El demonio les dio la espalda y bajó los destrozados escalones con aire chulesco.

Jen se colocó de nuevo la vaina en la espalda, pero llevó su *katana* en la mano; no quería perder tiempo. Bajó tras Karesh y corrió hasta alcanzarle.

—Hay algo en ti que no entiendo... — El demonio se dio cuenta de que ella tenía dudas. Preguntas que no sabía si tenía ganas de responder.

—¡Por Satán! ¡Qué parlanchina eres! —levantó las manos al cielo con un teatral movimiento.

—Imbécil...

—A ver, ¿qué coño quieres saber?

—Tiene que haber una razón por la que estás haciendo esto. Sé que no solo

estás obligado por el vínculo. Hay algo que te empuja a ayudarnos...

—Me gusta el mundo mortal. Su música, la comida basura, la naturaleza, el mar... Las películas porno... —Jen puso los ojos en blanco—. Y... los humanos. Los íncubos o súcubos, aunque no lo creas, no son tan especiales como vosotros. Tenéis sangre caliente, deliciosa... Y, como verás, aquí carecemos de todo eso.

Jen miró alrededor. Solamente destrucción.

—Algo más tiene que haber... —ella siguió insistiendo.

—Creo que llamáis demasiado la atención aquí —ignoró a la chica. Paró en seco y la muchacha casi chocó contra

él—. Regresad al edificio, iré a buscaros algo que tape vuestro delicioso olor. ¡Vamos! —gritó.

Todos le obedecieron y una vez entraron en la casa, Karesh desapareció, convertido en humo negro, como aquel que Jen había visto en el baño del restaurante.

Segundos más tarde, esa misma humareda apareció dentro del salón, formándose la figura del kahli. En sus manos llevaba unas horribles prendas negras y mugrientas.

—Ponéoslas —ordenó. Las dejó caer al piso y cada uno cogió una.

Nathaniel se la puso sin rechistar. Cuando Aaron lo imitó, aspiró el olor de la prenda.

—¡Joder! ¡Esto huele a muerto! —se la quitó de inmediato y la tiró al suelo.

—Yo prefiero oler a cadáver antes que ser uno de ellos —decía Xiu mientras se ponía la capucha de la capa.

—Chico listo —observó el demonio guiñándole el ojo.

Se colocaron en fila, uno junto a otro. Karesh los olió, uno por uno, hasta llegar a Xiu. Disfrutó del aroma que aquellas mugrientas prendas intentaban cubrir. Con Jen y Raven hizo lo mismo.

—Bien, estamos listos. Os llevaré directamente hasta donde mi padre se encuentra. Os haréis pasar por mis esclavos, ¿entendido? —les ordenó.

Todos asintieron sin poner pegas. Taparon sus cabezas con las capuchas y

escondieron sus armas mientras salían por la puerta.

—Ah, una última cosa... No intentéis salvar a nadie. Veréis cosas horribles... Ni pestañeéis u os mataré —los señaló con el dedo.

Caminaron cabizbajos, procurando no llamar la atención. Karesh iba al frente, seguido por Nathaniel y Aaron. Bob iba el último, cubriendo las espaldas de todos.

A cada paso que daban, sus estómagos se revolvían. Había cadáveres por las calles, algunos sin cabeza, a otros les faltaba algún miembro o más adelante los encontraban lejos de sus dueños.

En los rincones más oscuros podían

distinguir los rojos y brillantes ojos de a saber qué criaturas. Pero, entonces, el kahli paró sin avisar. Nathaniel levantó un poco la mirada y tragó saliva. Estaban rodeados de diablillos del tamaño de chimpancés, con afilados dientes, orejas puntiagudas, grandes garras, pequeños cuernos rojos en sus frentes, rabitos como lanzas y negras alas de murciélago.

Xiu no pudo evitar sonreír, eran como los diablos que les mostraban en los dibujos animados y en los libros. Entonces, uno de ellos gritó, sobresaltando a los humanos.

—No. Yo los encontré. Son míos. Si sois buenos, quizá os los deje para jugar —sonrió el kahli.

Los diablillos, como niños a los que les habían regalado juguetes nuevos, comenzaron a dar saltitos y a aplaudir, mientras extraños sonidos salían de sus bocas.

Uno de los más pequeños, aprovechando que su amo estaba distraído, se acercó mucho a Raven. Estaba asustada, si los descubrían tendrían un grave problema. Por suerte, el kahli se percató justo cuando el diablillo iba a levantar la capa de la bruja.

Golpeó con fuerza la mano de la criatura y esta gritó, apartándose inmediatamente.

—He dicho que son míos. Al próximo que vuelva a tocarlos sin mi

consentimiento... —amenazó con un gruñido y el color de sus ojos cambió.

Los diablillos se hicieron a un lado dejándolos pasar. Jen los miró detenidamente; sus pieles eran rojizas tirando a marrón y tenían una extraña forma, pues parecían escamas, pero estaba segura de que no lo eran.

Rina sentía que iba a vomitar de un momento a otro, ver aquellas criaturas desmembrando cadáveres o devorándolos era incomprensible. Sus instintos cazadores deseaban hacer algo, pero tenían que obedecer al demonio si querían salir con vida de allí.

No supieron durante cuánto tiempo caminaron, pero comenzaban a sentirse cansados y sedientos. Habían andado

bastantes kilómetros hasta que llegaron al Federal Hall, lugar donde George Washington fue nombrado primer presidente de los Estados Unidos. No quedaba en pie ni un solo cristal, las columnas estaban destrozadas, pero la oscuridad se distinguía en cada rincón.

—Hemos llegado. No habléis. No parpadeéis. Ni siquiera respiréis. No os va a gustar lo que vais a ver, os lo aseguro —avisó el kahli.

Karesh abrió la puerta del edificio. Un nauseabundo olor salió de allí con una ráfaga de viento. Los humanos tuvieron que tapar sus bocas y narices con la capa, que no olía ni la mitad de mal que allí. El demonio entró y todos le siguieron en silencio.

El lugar era realmente espeluznante y aterrador. Habían cientos, miles de cuerpos humanos empalados formando un pasillo, cuyas cabezas, prendidas en fuego, hacían de antorchas. Carnes quemadas, desmembradas, chorreantes de sangre... Rina acabó vomitando a un lado de la fila. Karesh no pudo evitar sentir lástima de ella. El cuerpo humano era fuerte, pero no hasta esos extremos. No era lo mismo ver aquello en una película de miedo que presenciar el terror de los rostros mutilados.

Ninguno se atrevió a levantar la vista del suelo.

Conforme fueron avanzando por el largo pasillo, aquel fétido olor ya no les era tan desagradable, pero aún seguía

siendo imposible respirar. De pronto, el demonio paró frente a una puerta que medía más de cinco metros de alto y tres y medio de ancho. Era roja como la sangre y en ella había esculpida la cabeza de un cancerbero.

El kahli apoyó su mano sobre la madera y el animal dibujado pareció cobrar vida. Cerró los ojos y abrió sus fauces, para volver a la misma posición que antes. La puerta se abrió de par en par y ante ellos vieron una gigantesca sala. Estaba llena de columnas y extrañas pinturas rojas en las paredes; parecía el salón real, como los que aparecían en los castillos de las películas de reyes y caballeros. Frente a ellos se alzaba un trono hecho con piel

humana, y sentado en él había un hombre —si podía llamársele así— con cabello corto y rubio y unos bonitos ojos azules. Era completamente diferente a lo que los cazadores habían imaginado.

El Diablo comía con ganas algo que parecía ser un muslo de pollo, pero en lo más profundo de su ser sabían que no lo era. Karesh caminó con prisa hasta su padre, seguido por los humanos hasta estar lo suficientemente cerca para ver el rostro de Satán.

Al verlos, se rechupeteó los dedos y dejó los restos de su comida en una bandeja.

—¡Vaya! ¡Pero si es mi hijo, Karesh! ¿A qué se debe tu agradable visita, después de tantos años? No me digas, te

has cansado de la humanidad —sonrió.

—He venido a disculparme. No debí haber pasado tanto tiempo fuera del Infierno. Te traigo un regalo —señaló a las diez andrajosas capas.

—¿Humanos? Ya tengo muchos humanos...

—Estos son especiales.

—Bah, todos son iguales. No los rechazaré, ha debido de ser complicado traerlos a todos en un solo viaje.

—Lo ha sido, padre.

—Hijo, te veo cansado... Ven, come algo. —Le ofreció la bandeja, donde quedaban algunos restos de comida.

Al demonio se le hizo la boca agua. Llevaba demasiadas horas sin comer y no se había dado cuenta del hambre que

tenía hasta ese instante.

—Más tarde quizá; acabo de comerme a uno de ellos.

En ese momento se escucharon unos pasitos que corrían desde el fondo de la sala. Karesh se volvió, y tal fue su sorpresa que Jen se dio cuenta de que el demonio casi trastabilla con sus propios pies.

Un pequeño de unos cinco años, con cabello rubio y rizado, tan dorado como el trigo, y ojos tan azules que parecía que un trozo de cielo, se había colado entre ellos. Se abalanzó sobre él con un salto y el demonio le abrazó con fuerza.

—Los niños me han dicho que habías venido ¡y no los creía! —dijo el pequeño con su angelical voz.

—Aidan, ¿qué haces aquí? —le apartó unos rizos del rostro.

—Se comió a su niñera —bromeó el Diablo.

—¡No es verdad! Los niños vinieron a buscarme —respondió el crío.

Karesh se dio cuenta de que había sido su padre quien había mandado a los diablillos —convertidos en dulces niños — a buscarle, pero lo que no entendía era cómo le había encontrado. El hechizo que existía en la sangre de Aidan era bastante poderoso, ni siquiera él había sido capaz de encontrarle.

—Pensé que así regresarías a mi lado —confesó el demonio acomodándose en su trono humano.

—No tenías por qué meterle en esto.

Hubiera venido por mi propio pie — respondió Karesh sin soltar al niño.

—Había rumores de que los cazadores te habían retenido —habló su padre—. Pensaba usarle para liberarte, pero ya lo has hecho tú, sin mi ayuda.

—Haylel... —alguien susurró en la sala.

El diablo se movió incómodo en su asiento, mirando por doquier. No encontró a la persona que conocía aquel nombre, su verdadero nombre...

Entonces, Nathaniel se descubrió el rostro y se quitó la capucha, dejando caer la nauseabunda capa al suelo.

—Hola, Haylel —habló el hombre.

El Diablo, que no había reparado en él, le miró fijamente.

—Nathaniel...

—Hola, *hermano* —Nathaniel cogió el arma que escondía en su espalda.

La hoja silbó en el aire.

Jen y Aaron se quitaron las capas y se miraron, asustados. Sus manos buscaron inmediatamente sus armas.

—Papá, ¿le has llamado hermano? — La joven tenía los ojos abiertos de par en par. No podía creer lo que escuchaba.

—¡Vaya! ¡Qué sobrina más bonita que tengo! —Haylel aplaudió—. Ven aquí, pequeña, quiero verte bien.

Jen miró a Karesh, que asintió imperceptiblemente.

Caminó hacia el diablo con cautela y agarrando con fuerza su *katana*. Subió

los escalones y se situó frente a él.

—Tienes los ojos de tu madre —dijo él; al rozar la mejilla de la muchacha, esta dio un paso hacia atrás.

—¿De qué conoces a mi madre? —preguntó sin entender nada.

—Era muy conocida en el mundo sobrenatural. Siento mucho su pérdida —mintió.

Jen estiró su brazo derecho y amenazó al Diablo con su afilada hoja de plata.

—No hables de mi madre. No tienes ningún derecho.

—Pequeña, baja tu arma. No podrás hacer nada con ella.

Jen giró sobre sus pies y la *katana* silbó en el aire. Después miró al demonio. En su mejilla izquierda había

un pequeño corte, donde emanaba sangre tan roja que parecía negra. Haylel se llevó la mano a la herida y vio el oscuro y espeso líquido.

—No está mal, has sido rápida —se sorprendió—. Espero que seas tan valiente como tu madre cuando la maté.

El Diablo se puso en pie. En su mano apareció una enorme espada de fuego que rápidamente proyectó hacia Jen; la joven la detuvo con su propia *katana*.

El impacto hizo caer a la muchacha, la cual rodó por las escaleras. Aaron corrió hacia ella, mientras esta se ponía en pie con rapidez.

—Somos muy pocos, no podremos con él —dijo la cazadora.

—Es valiente, Nathaniel —el Diablo

estaba impresionado con la chica—, tanto como su madre, que la protegió con su vida, pero también es imprudente..., como tú.

Haylel lanzó su *katana* con fuerza hasta los humanos. Xiu fue rápido y se tiró sobre Raven, evitando que le pasara algo. Su mentor se lanzó al suelo, veloz. Sin embargo, los demás no tuvieron tanta suerte. La espada había insertado, cuan pincho moruno, a Lily, Bob, John y Rina, convirtiéndolos en llamas al instante.

Raven gritó y el pequeño Aidan también lo hizo.

La espada de fuego desapareció de los cuerpos calcinados de los cazadores y reapareció en la mano de Lucifer.

Estaba dispuesto a utilizarla de nuevo, pero Karesh usó su poder para atrapar a su padre entre gruesas y poderosas cadenas.

—¡Karesh! ¿Qué estás haciendo? — gritó el Diablo; le había pillado desprevenido, no entendía la razón por la que ayudaba a los mortales que se habían atrevido a bajar al Infierno.

—Me salvaron la vida, es el turno de que yo les devuelva el favor — respondió su hijo.

El demonio corrió hasta Jen, que ya se había puesto en pie, y le entregó al pequeño niño rubio.

—Llévatelo, te lo ruego —pidió el kahli.

—Pero...

—¡Hazlo!

Jen miró al pequeño, que no dejaba de llorar; se había agarrado con fuerza a ella, y escondió la cara en su cuello.

—Karesh...

Pero no pudo decir nada más, pues un espeso y oscuro humo rodeó a los cazadores que habían sobrevivido. Cuando la humareda desapareció, se dio cuenta de que se encontraban en el edificio abandonado, frente a la chimenea que había sido su portal.

Aaron y Nathaniel corrieron a la entrada, descubriendo que se encontraban en el auténtico Nueva York.

Estaban a salvo. O eso pensaban...

—¡Los ha matado como si nada! — gritó Raven, que cayó al suelo de

rodillas con lágrimas rodando por sus mejillas.

Xiu se agachó y abrazó con fuerza a su amiga, la cual no dejaba de balbucear. Jen sintió sus ojos humedecerse y comenzó a hipar. El pequeño Aidan notó cómo el pecho de la chica se movía con rapidez, y tras secarse sus propias lágrimas con el dorso de la mano, la miró. Sus bonitos ojos verdes estaban inundados.

—No llores —pidió el niño, haciendo pucheros—. Ellos te salvaron la vida.

Jen miró al pequeño, al que aún abrazaba con fuerza.

—Murieron para que vosotros pudierais vivir —habló de nuevo con su infantil voz.

Jen no podía entender cómo un niño de tan corta edad podía entender todo cuanto pasaba a su alrededor.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó la chica entre sollozos.

—Madele me lo explicó. No soy tan pequeño como creéis —cogió el rostro de la muchacha entre sus manitas y apoyó su frente en la de ella—. Siento que tus amigos ya no estén...

El corazón de la joven dejó de latir desenfrenadamente y lo hizo despacio. Estaba calmada, en paz. Y todo gracias a Aidan.

—¿Qué me has hecho? —quiso saber ella, mirándole a los ojos.

—Es un don que tengo —el pequeño no había soltado su rostro—. Le gustas.

—¿A quién?

—A mi p...

Pero no pudo terminar la frase, porque frente a ellos apareció aquel oscuro humo. Con sus armas en la mano, esperaron preparados para atacar. La humareda se convirtió en esa figura ya conocida por ellos. Karesh.

El niño saltó de los brazos de Jen y corrió hacia el demonio, abrazándose a su cintura. Pero el kahli cayó de rodillas al suelo. Jen se dio cuenta de que estaba herido.

—¡Karesh! —se apresuró a llegar hasta él, descubriendo que su camisa tenía un manchado de oscura sangre. Rasgó la camisa y se encontró con una enorme y horrible herida que cruzaba su

pecho entero. Tenía tan mala pinta que hasta Aidan se preocupó.

—Tenemos que llegar cuanto antes a la fortaleza, aquí no podemos ayudarte... Pero vamos a tardar demasiado... —decía la joven mientras intentaba valorar la herida.

—De eso me encargo yo —dijo el demonio con la voz entrecortada. Le costaba respirar.

Cerró los ojos y de nuevo la negra niebla apareció. Estaban en casa.

Xiu y Aaron llevaron al demonio como pudieron hasta la sala que usaban como enfermería y le tumbaron en una camilla. Nathaniel, Raven y Jen, que había cogido al niño de la mano, fueron tras ellos.

Jen se agachó frente al pequeño.

—Se pondrá bien, ¿vale? —dijo mientras le apartaba los rizos de la cara.

—No estoy preocupado, sé que lo hará —sonrió, tranquilizando a la chica.

—Largaos todos, necesito estar sola —pidió Raven.

Nathaniel no se fiaba de ella, odiaba a los demonios más de lo que quería admitir. Uno mató a su mejor amiga, ¿por qué debería salvarle la vida?

Pero el hombre quiso confiar en ella, la bruja sabía que era importante, le necesitaban para acabar con Lucifer, no haría ninguna estupidez. O al menos eso quería creer.

Todos se marcharon, dejándolos solos, pero Aidan se soltó de la mano de

Jen y entró en la sala. Apartó a la bruja de la camilla y subió como pudo a ella, sentándose al lado del demonio.

—No deberías estar aquí —le reprendió la bruja.

—Tu poder no puede ayudarle, el mío sí.

Karesh estaba medio inconsciente, ajeno a lo que pasaba a su alrededor.

El pequeño puso sus blancas manitas sobre el pecho del kahli y Raven, asombrada, vio cómo la herida dejaba de sangrar y cicatrizaba.

—No puede ser... —La bruja se llevó las manos al corazón—. Es imposible...

El pequeño, satisfecho, se limpió la oscura sangre en sus pantalones y miró a la mujer.

—Eres...

—Un ángel —dijo alguien a su
espalda.

Jen.

CAPÍTULO 7



Jen limpiaba con esmero la sangre seca de la herida del demonio, que seguía inconsciente. Le iba a quedar una fea cicatriz durante unos cuantos años, hasta que desapareciera del todo.

Entonces, Karesh abrió los ojos.

—Si sigues tocándome así, vas a tener un problema... —bromeó.

Ella sonrió y meneó la cabeza.

—¿Dónde está Aidan? —preguntó él mientras se incorporaba.

—Raven le llevó a dormir. Te ha salvado la vida.

—Tengo que agradecersele a la

brujita *sexy*.

—A ella no, a tu ángel.

—Pero... ¿Cómo...? —Karesh estaba tan sorprendido que no pudo articular palabra.

—Pude ver su alma pura a través de sus ojos. Tienen un brillo especial. — Metió en el agua la gasa manchada de sangre y la limpió. Tras escurrirla, siguió limpiando la herida del pecho del demonio—. Te tiene mucho cariño, ¿de qué le conoces?

Pero Karesh no respondió. Agachó la cabeza y se mantuvo en silencio mientras se removía incómodo en la camilla.

—Lo siento —se disculpó Jen—. No tienes por qué contármelo.

Cuando escurrió de nuevo la gasa y continuó con su labor, el demonio le agarró con rapidez de la muñeca, sobresaltándola.

—Aidan... es mi hijo... —Levantó la cabeza y miró a la joven con intensidad.

—¿Tu hijo? Entonces, ella...

Parecía que estaba dispuesto a hablar, por lo que se sentó en la camilla a su lado. Pensó que Karesh soltaría su mano, pero no lo hizo.

—Se llamaba Anazel. Era tan hermosa que nada más verla me enamoré de ella. Su cabello era largo y dorado como el sol y sus ojos tan azules como el mar. Su blanca piel era tan suave... Ella fue quien se atrevió a acercarse a mí, a pesar de lo que era. Como si no le

importara... —Jugueteó con las pulseras que Jen llevaba en la muñeca—. Pasamos unos años muy felices, tanto que llegué a amarla, amarla de verdad. Pero un día desapareció y no volví a verla en casi dos años, hasta que nos encontramos por casualidad en Florencia y conocí a Aidan; mi hijo. Entonces fue cuando me di cuenta de lo que ambos eran. —Una lágrima rodó por su mejilla—. Me pidió que desapareciera, que me llevara a nuestro hijo donde nadie pudiera encontrarle... Y así lo hice.

—¿Nunca sentiste su poder? —Él negó con la cabeza—. ¿Y cómo es posible? Los ángeles tienen un aura tan pura...

—Estaba tan cegado por el amor que no supe darme cuenta...

—¿Qué pasó con Anazel? —Casi temió hacer aquella pregunta, se estaba metiendo de lleno en el dolor del demonio y sabía que no era buena idea.

—La mataron delante de mí, de mi hijo. Nunca supe quién fue, pues intenté huir con Aidan, que apenas tenía tres años.

—¿Y cómo pudieron matar a un ángel?

—Ni siquiera yo lo sé... Vi una luz brillante que me cegó. Me la arrebataron sin poder ni siquiera despedirme...

Karesh no pudo seguir hablando, pues las lágrimas se lo impidieron. Jen sintió una inmensa tristeza por él. Tenía

entendido que los demonios y los ángeles no podían estar juntos, pues una guerra se desataría.

—La guerra es una mentira que alguien se ha inventado. —Kareesh pareció leer su mente. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Los ángeles jamás osarían enfrentarse a nosotros, sus defensas han caído y están demasiado débiles.

—¿Y vosotros no aprovecharíais esa situación?

—¿De qué sirve luchar si vas con ventaja? —sonrió—. No, no lo haríamos, yo ni siquiera lo intentaría, pues hice un pacto con ellos hace muchos, muchos años: cuidaría a Aidan y le protegería con mi propia vida con

tal de no apartarme de él. Tampoco me alzaría contra ellos, ni mis diablillos tampoco.

—¿Y tu padre?

—Está viejo y cansado. Que haya encontrado a mi hijo solo significa una cosa... Quiere que yo sea el nuevo gobernante del inframundo.

—¿Y qué harás? —Jen estaba asustada ante la idea de que él decidiera obedecer a su padre.

—Si lo hago, Aidan subirá al cielo, donde le entrenarán para matarme. Entonces, puede que la guerra de la que habla la gente sí ocurra.

La muchacha tragó saliva. Si eso pasaba, la raza humana estaría en peligro, y no eran suficientes cazadores

como para evitarlo. Karesh notó su nerviosismo y le cogió la otra mano.

—Prométeme que si hago alguna estupidez, no será nuestro hechizo el que me haga daño... Serás tú quien lo haga. Por el bien de Aidan y de vuestra raza, deberás hacerlo. Es un híbrido, el único en este universo. Si mi padre consigue que haga lo que él desea..., algo peor que una guerra se desatará. Ahora, prométemelo.

Jen no tenía palabras para responder; era lo mismo que les había pedido a Aaron y a Raven si ella mostraba algún tipo de poder.

—De acuerdo, te prometo que lo haré —dijo finalmente, mirándole a los ojos.

—Júrame que si me ocurre algo,

cuidarás de él como si fuera tu propio hijo.

—Lo juro. —Ni siquiera supo por qué le había prometido eso. ¿Cómo iba a criar ella a un niño?

Karesh, más tranquilo, sonrió. Abrazó con fuerza a la chica, que instintivamente le devolvió el abrazo. Ninguno de los dos fue consciente de que Xiu entraba en ese momento en la sala y los había visto en aquel íntimo gesto. Este esperó unos segundos y carraspeó con fuerza. Jen y Karesh rompieron el abrazo como si fuera algo normal y habitual en ellos, tras lo que dirigieron la mirada hacia él.

—Veo que estás bien —comentó el japonés. El demonio asintió—. No

quiero entrometerme, pero..., ¿se puede saber por qué estabais abrazados? — Había enfado en sus palabras.

—Xiu, no es lo que piensas... —La voz de Jen sonaba tranquila—. Lo que me ha contado ha sido difícil para él, tan solo intentaba consolarle. —Saltó de la camilla al suelo.

—¿La vida, complicada para alguien que tiene todo lo que desea? —era odio lo que notaron en las palabras del recién llegado.

Jen abrió la boca, pero Karesh cogió su mano.

—Yo se lo contaré —habló él.

El kahli le narró de nuevo la historia, pero esta vez ya estaba más tranquilo, no iba a llorar frente al chico.

—¿Un ángel? ¿En serio? ¡Vaya! — Xiu estaba asombrado, jamás lo hubiera imaginado.

—Es un híbrido, no un ángel completo. Todo sería más fácil si lo fuera —dijo Karesh bajando de la camilla.

No llevaba camiseta y sus vaqueros seguían ahí, manchados de sangre negra.

—Si me lo permitís, necesito una ducha —pidió el demonio.

—Karesh... La herida aún está sin cicatrizar...

—Tranquila —revolvió el pelo de la chica, que le dio un manotazo para que no volviera a hacerlo—. Me curaré pronto, tan solo necesito sentirme relajado y descansar un poco.

A paso lento salió de la sala, dejando solos a Xiu y a Jen.

—Convoca una reunión urgente con el Consejo, por favor —pidió ella.

Xiu sabía que cuando ella pedía algo así, no era nada bueno.

Minutos más tarde, el Consejo estaba reunido. Raven se había sentado a la derecha de Nathaniel mientras Jen lo hacía a la izquierda de su padre, con Aaron a su lado, el cual le cogía la mano con cariño. Xiu lo hizo junto a la bruja.

Cuando todos estuvieron en silencio, Jen se puso en pie y proclamó:

—Gracias por venir y disculpad las horas que son, pero esto es importante. La pérdida de nuestros cazadores ha

sido dura y los ánimos en la orden están a flor de piel. Nadie se atreve a regresar al inframundo y los entiendo. Tampoco yo lo deseo. Pero Karesh nos ha revelado algo que nunca imaginamos que pasaría... Existe un híbrido en nuestro mundo.

Los cuchicheos comenzaron a romper aquel perturbador silencio.

—¿Un híbrido? ¿Qué clase de híbrido? —preguntó Raven, muy interesada.

—Ángel y demonio.

En aquel instante, todos callaron. Sabían lo que significaba.

—¿Dónde está ese híbrido? ¿Te lo ha contado? —preguntó una de las mujeres.

—Por supuesto. Me ha confiado ese

secreto, pero mis labios están sellados. No diré nada más por el momento. Hay que prepararse, debemos estar prevenidos. Lucifer lo quiere, pero no sabemos para qué.

Jen miró a Xiu, como pidiéndole silencio, y él asintió. También guardaría el secreto.

—Pero ese no es el único tema que quiero tratar —continuó ella.

—Habla pues, hija mía —dijo Nathaniel.

—Quiero saber por qué todos me habéis ocultado que conocéis a Haylel. —Estaba enfadada. Muy enfadada.

Miró a todos y cada uno de ellos, que agacharon las cabezas.

—¿Raven? —Esta miró hacia otro

lado—. ¿Aaron?

Pero él bajó la cabeza también, sin decir nada.

—¡Todos los sabíais excepto yo! ¡Me habéis mentido! ¡Esto es increíble!

Jen les dio la espalda y salió corriendo de allí, pero en la entrada se chocó con Karesh, que estaba apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados, entorpeciendo su camino.

—¿Tú también lo sabías? —le preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—Estoy tan sorprendido como tú. — Le cogió de la mano y la arrastró hasta la mesa, bajo la atenta mirada de Aaron, al que no le hizo ninguna gracia que él la tocara—. Creo que le debéis una

explicación. Ahora —ordenó el demonio.

—Nathaniel... —Raven miró al hombre, el cual se tapó la cara con las manos.

Aquel incómodo silencio puso más nerviosa todavía a la joven.

—Veo que no tenéis intención de contármelo. Suéltame, Karesh —increpó ella.

—No. No te vas a ir de aquí sin que te cuenten la verdad. Recuerda que tienes el poder suficiente sobre mí como para ordenarles que lo hagan.

Jen, al ver que nadie hablaba, sopesó las palabras del kahli. Podía obligarlos a hablar...

—Jen, cariño —habló al fin su padre

— Es algo complicado...

— ¡No quiero más mentiras! —gritó su hija.

— Aunque mi magia esté atrapada en estas cadenas de plata —acarició sus grilletes en forma de pulseras—, mi poder sigue activo... Ninguno habéis recordado que puedo leeros la mente —rio Karesh.

Jen lo miró; algo había descubierto. Todos desviaron sus miradas hacia él. Algunos tenían miedo, a otros les daba igual.

— Aaron... —sus ojos verdes le suplicaban que le contara la verdad, pero él apartó la vista.

— Entonces... Si mi padre y el tuyo son hermanos... ¿Eres mi prima? —

Primero estaba alucinado, no podía creerlo, pero de pronto, soltó una carcajada—. Espera... —Cogió de la mano a la muchacha y la miró—. Necesito probar tu sangre...

—¿Para qué? —la chica le miró con el ceño fruncido.

—Tengo que comprobar una cosa. Confía en mí.

—Está bien. —Cogió el afilado cuchillo que escondía en su bota derecha y se hizo un pequeño corte en la mano.

Karesh observó con atención el color de la sangre que emanaba de la herida. Era roja; humana. Lamió el ferroso líquido y disfrutó de su sabor ante la atenta mirada de todos.

—Karesh... —Jen estaba tan asustada

que no era capaz ni de moverse. Temía que el hechizo no fuera del todo efectivo y acabara haciéndole algo.

—Podéis estar tranquilos, no tiene ni una pizca de sangre de demonio en sus venas —soltó su brazo, que había dejado de sangrar—. Pero eso quiere decir...

Con la velocidad de un rayo, el kahli se situó junto a Nathaniel, que le miraba con temor.

—Dame tu brazo, cazador —pidió el demonio.

El hombre miró a su hija, que asintió. Esta quería saber qué se traía entre manos aquella criatura.

Aaron observó la herida de su chica, ya curada, mientras ella no perdía de

vista al demonio. Karesh repitió los pasos con Nathaniel. Su sangre no era tan deliciosa como la de Jen, pero también descartó que fuera de demonio.

—Estáis limpios. Aunque seáis parientes míos, no tenéis mi sangre, por lo que, con mucho gusto, seguiré tirándole los trastos a tu chica —dijo mirando fijamente a Aaron.

—Ni se te ocurra acercarte a ella —amenazó éste, dando un paso hasta situarse frente a él.

—Lo haré si ella lo decide.

—¡Dejad de discutir! ¡Aún no habéis respondido a mi pregunta! —gritó Jen, cada vez más enfadada.

Al ver que nadie abría la boca, finalmente Karesh lo hizo:

—No te lo quieren decir porque es cierto que mi padre mató a tu madre.

Inmediatamente, el demonio recibió en la mandíbula un fuerte puñetazo de Aaron, que le hizo tambalearse. Xiu saltó por encima de la mesa, se situó tras él y le agarró los brazos, colocándolos a su espalda mientras su amigo continuaba golpeándole a la criatura.

—¡Aaron! ¡Déjale! ¡Xiu, por favor!
—gritó la chica.

Jen intentó sujetar el brazo de su novio, pero este se zafó de ella, empujándola con tanta fuerza que cayó al suelo. Su mano aterrizó antes que su cuerpo, dislocando la muñeca.

De pronto, la puerta de la sala se

abrió con brusquedad formando un gran estruendo. Todos miraron hacia allí, descubriendo a un chiquillo rubio de pelo rizado y ojos como el cielo.

—Ya están aquí... —dijo el pequeño.

—¿Quién es ese niño? —quiso saber Raven.

—Aidan, cielo, ¿de quién hablas? —preguntó Jen, acercándose a él mientras mantenía erguida su muñeca torcida.

—Mis criaturas —habló Karesh—. Os han encontrado.

Xiu y Aaron le soltaron de inmediato y miraron a Nathaniel.

—Dad la voz de alarma. Es hora de cazar —ordenó el hombre con una sonrisa. Comenzaba la diversión.

—¿Qué hacemos con Aidan? —Jen se

dirigió al kahli.

—Huye con él. Tú —gritó a Raven—. Haz uno de tus hechizos. No deben detectarlos. Si lo hacen, todos estaremos perdidos.

—¿Él es...? —la bruja no pudo terminar la frase.

—Sí, él es el híbrido —respondió Karesh acentuando aquella palabra que tanto odiaba.

—Dame tu colgante —pidió ella a Jen.

Esta le entregó su colgante de cuarzo rosa con forma de prisma alargado, cubierto por florituras plateadas. Raven apretó entre sus manos la piedra y susurró unas palabras en un idioma ininteligible, incluso para el demonio.

El kahli desapareció convirtiéndose en humo y apareció de nuevo poco después, portando la *katana* enfundada de Jen.

—Te ruego que le protejas. No permitas que nadie se lo lleve. Y tened cuidado, algunos fantasmas trabajan para mi padre —rogó Karesh, cogiendo de las manos a la muchacha.

Aaron se acercó a ellos y, tras apartar al demonio con brusquedad, besó con efusividad a su chica.

—Ya está el perrito marcando territorio —bromeó el demonio mientras revolvía dulcemente el cabello ensortijado del pequeño, que se abrazaba a su pierna.

Aaron le ignoró.

—Ten cuidado, por favor —pidió el cazador.

—Estaremos bien, no te preocupes —respondió ella acariciando su rostro.

Nathaniel apoyó su mano en el hombro de su hija.

—Cuida de él. No olvides tu teléfono, te llamaré cuando salgamos de aquí.

Raven se acercó a ellos.

—Ya está casi listo. Necesito un mechón de pelo de Aidan —dijo esta mirando a Karesh.

La criatura cogió el cuchillo que Aaron llevaba en su cinturón y cortó uno de los rizos de su hijo, que entregó después a Raven. La bruja terminó el hechizo quemando el cabello del niño y bendiciendo con el humo el colgante de

cuarzo.

—Ya está —se lo entregó y Jen se lo puso.

—¿Cómo voy a salir sin que nos vean? —quiso saber la cazadora.

De repente, el suelo tembló con fuerza bajo sus pies. Comenzaron a escuchar gritos y extraños sonidos que producían aquellas molestas criaturas.

—Yo me encargo de eso —afirmó Karesh.

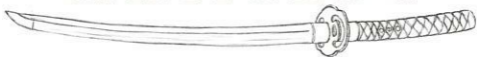
Agarró de la mano a su hijo, se acercó a la joven, los abrazó a los dos y desaparecieron convirtiéndose en una negra niebla.

El grupo que allí quedaba recurrió a sus armas. La puerta de la sala se abrió con brusquedad y varias criaturas

entraron por ella.

Los cazadores de sombras estaban listos para la batalla.

CAPÍTULO 8



Aquel viaje convertidos en humo la mareó. Había sido incluso peor que el portal hacia el inframundo. Cuando su cuerpo al fin se convirtió en carne, músculos, huesos y pelo, acabó vomitando. Sin embargo, Aidan se encontraba perfectamente.

Karesh sintió lástima por ella. Le caía bien, pero era un poco incordio.

Cuando la muchacha consiguió recomponerse, se dio cuenta de que se encontraban en la habitación de un hotel.

—¿Dónde estamos? —preguntó mientras entraba en el baño y se mojaba un poco la cara.

—En París —respondió escuetamente mientras cogía en brazos a su hijo.

—¡Estamos muy lejos de casa! ¿Cómo me encontrarán? —no podía creer que Karesh le hubiera enviado a miles y miles de kilómetros de su hogar y su familia.

—Si sobreviven, los traeré de vuelta. Aidan, cariño, cuida de Jennifer, ¿vale? Ella te protegerá también.

El niño asintió y se abrazó a su cuello. Después le dejó en el suelo.

—Tráelos de vuelta, son mi familia —ordenó la muchacha mientras se acercaba a ellos. Karesh vio cómo sus ojos suplicaban que lo hiciera.

Lo haría, los protegería.

—Pronto los tendrás aquí, te lo

prometo —respondió él.

Ella le abrazó fuertemente, con la esperanza de que cumpliera su palabra.

—Tened cuidado, por favor.

—Vaya, ¿te preocupa que el hijo de Lucifer siga vivo?

Ella rompió el abrazo.

—Si tú mueres, ellos morirán. Así que sí, me preocupo por ti.

Karesh sonrió. Sabía que ella le estaba utilizando y que al final acabaría matándole, pero aún quedaba tiempo y él tenía ganas de divertirse.

Sin que ella pudiera evitarlo, el demonio la besó en los labios e inmediatamente se separó con una perversa sonrisa.

Jen, muy enfadada, desenvainó su

katana y se dispuso a atacarle, pero él, aún sonriendo, se convirtió en humo negro y desapareció.

—¡No vuelvas a hacer eso nunca más!
—le gritó al espacio donde él había estado.

Con los puños apretados, dejó su espada sobre la mullida cama, que era al menos de dos metros de largo y otros dos de ancho. Entonces vio que el pequeño Aidan la miraba.

—¿Qué? —dijo ella.

—Le gusta pasarlo bien. Es muy divertido, siempre está haciendo bromas —sonrió.

—No me gustan sus bromas, Aidan.

—Tú le gustas.

—Claro que le gusto. Está hechizado.

Tiene que hacer todo lo que yo le diga.
¿Tienes hambre? —cambió de tema.

El pequeño, que se había sentado sobre la cama, asintió. Jen abrió la mininevera y encontró agua, zumos, algunas chocolatinas y refrescos.

—Solo hay chocolate... —le enseñó uno de los paquetes.

—Vale.

Cogió tres de las cinco que había y le dio dos al niño, quien se las comió con ganas. Ella abrió la suya. No se había dado cuenta del apetito que tenía hasta que dio el primer bocado.

—Dame tu mano —pidió el pequeño.

Ella obedeció y Aidan puso sus diminutas manos sobre su esguince. Jen sintió un relajante calor sobre su muñeca

que le calmó de inmediato el dolor.

—Ya está. —El chiquillo sonrió.

Jen movió su mano; Aidan había usado su poder para curarla.

—¡Es fascinante! —no podía creer que lo hubiera hecho.

Se levantó hasta donde se encontraba la nevera y cogió una botella de agua, y cuando quiso darse cuenta, el chiquillo se había quedado dormido en la cama. Usar su poder le agotaba. Se acercó y se arrodilló frente a él; era precioso. Le apartó algunos rizos de la frente y sonrió.

—No me extraña que tu padre te quiera tanto. Eres un angelito, literalmente —su sonrisa se ensanchó—. Nunca había visto uno.

El pequeño se removió e inconscientemente agarró la mano herida de la chica. Intentó soltarse, pero si lo hacía, seguro que le despertaba.

Entonces cogió la *katana* de su espalda y la dejó cerca de ella en el suelo, donde acabó sentada. Apoyó la cabeza en la cama y cerró los ojos un instante.

Se quedó profundamente dormida.

Sintió que alguien la despertaba, pero no quería abrir los ojos de puro cansancio. Entonces, escuchó la voz de Aidan.

—¡Jen! ¡Despierta! —le zarandéo este con fuerza.

Ella reaccionó. Cuando sus pupilas se acostumbraron a la oscuridad, pudo

distinguir una fina niebla por toda la habitación.

Problemas.

Se puso rápidamente en pie con la *katana* en mano y encendió las luces del cuarto. Se arrepintió de haberlo hecho.

Frente a ella se encontraba un espectro, blanco y humeante, con brillantes ojos y uñas y dientes afilados. Flotaba sobre el suelo, al igual que sus raídos ropajes. Resultaba terrorífico.

Los espectros eran muy diferentes de los fantasmas; estos vagaban sin rumbo, molestando. Sin embargo, los espectros iban en busca de almas. Podían hacer mucho daño a los vivos, causándoles pavor. Se alimentaban de ese miedo, del terror que sentían.

Jen cogió al niño en brazos, que se agarró con fuerza a ella. Esta amenazó al espectro con su arma.

—¿Quién te ha mandado, espectro? ¡Contesta! —gritó. No entendía cómo los habían podido encontrar si tenían el hechizo de Raven.

Perono obtuvo respuesta.

La criatura alargó la huesuda mano hacia ellos. Jen le atacó, pero el espectro fue rápido y la apartó. Ella se dio cuenta de que aquel ser no sabía lo que era Aidan, pues si no, los hubiera atacado ya. Quería el alma del niño, pero también jugar...

La chica saltó sobre la cama y se lanzó con la espada en alto hacia la criatura, pero esta se convirtió en humo.

La afilada hoja cortó aquella niebla, que enseguida recuperó su forma habitual. Estaba demasiado cerca de Aidan. El niño retrocedió hasta chocarse con la pared; si el ser estiraba la mano, podría tocarle, y ella no lo iba a permitir.

Corrió de nuevo hacia la criatura y consiguió, con un solo golpe, que su huesuda mano se desvaneciera. La plata hizo mella en él. Por suerte, era un material valioso, dañaba a todas las criaturas.

Entonces, olvidó que el niño era su objetivo y se volvió hacia ella, con aquellos afilados dientes. Profirió un fuerte grito que los obligó a los dos a taparse los oídos, pero Jen no soltó el arma. Por mucho que le dolían los

tímpanos, se dirigió a él con rabia. La *katana* rozó lo que parecía ser su hombro derecho y la criatura aulló.

Ella se lanzó de nuevo por encima de la cama. El filo de su arma se incrustó en el pecho de aquel ser, que acabó convirtiéndose en humo gris. Jennifer cayó de bruces al suelo y cuando se incorporó, la niebla había desaparecido por completo.

—Se ha ido —dijo Aidan apoyado en la pared, temblando de miedo.

Jen corrió hacia él gateando sobre la cama y se arrodilló frente al niño, mirándole todo el cuerpo.

—¿Estás herido? ¿Te encuentras bien? —Apartó el cabello de su carita.

El pequeño asintió y se abrazó a su

cuello. Estaba tan asustado que se echó a llorar. Entonces, le cogió en brazos.

—No ocurre nada, Aidan. Ya ha pasado. Pronto tu padre estará aquí.
Shhhh.

De buenas a primeras se le ocurrió tararear una canción de cuna mientras caminaba por la habitación y mecía al pequeño.

Minutos más tarde, el niño se había quedado dormido en sus brazos. Le tumbó en la cama, pero él, dormido y haciendo pucheros, se abrazó de nuevo a su cuello. Entonces se sentó en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero de madera y acomodándose como buenamente pudo; iba a ser una noche muy larga.

—Ojalá lo consigas, Karesh. Tráelos de vuelta, por favor —suplicó en voz baja. Cerró los ojos y suspiró. Era tal la paz interior que aquel ángel le transmitía que se quedó dormida enseguida.

El panorama era desolador. El edificio ardía y los cazadores salían de allí con rapidez, pues la estructura amenazaba con desplomarse.

Los demonios habían causado estragos. Decenas de cazadores yacían muertos por todas partes. Otros, heridos, intentaban huir de aquel infierno.

Su padre estaba jugando con él, sabía que amaba la raza humana, incluyendo aquellos cazadores. Estos se libraban de sombras nocturnas, dejando el camino

libre al demonio. Habían empezado a caerles bien, le gustaban. Eran todos una familia, a pesar de no tener la misma sangre recorriendo sus venas. Se amaban unos a otros, algo que él jamás conseguiría tener. Aun así, no estaba dispuesto a que sus hijos, sus criaturas demoníacas, destruyeran su mundo y le apartaran de su pequeño.

Enseguida localizó a Aaron, que intentaba deshacerse de dos diablillos.

Karesh caminó a paso lento hacia él cuando, de repente, las criaturas se convirtieron en un amasijo de carne y sangre negra. Aaron miró a su alrededor y le vio. Pudo ver dolor en su rostro, incluso algo de rabia. Aun así, corrió hacia él.

—Están dentro, no pude ayudarlos a salir. Nos rodearon en el comedor e intentaron encerrarnos, pero conseguí escapar —explicó el cazador con el corazón a mil.

El kahli, sin decir nada, desapareció convertido en humo mientras que él se veía obligado a usar de nuevo sus armas.

Karesh apareció en el pasillo principal del edificio, el cual estaba envuelto en llamas. Cuerpos de cazadores y demonios formaban una triste alfombra que él tuvo que pisar. Caminó entre los cuerpos, intentando no rozar ninguno hasta que llegó al gran salón donde las llamas consumían las mesas y las sillas.

En una esquina pudo ver al Consejo reunido: Raven intentaba apagar el fuego mediante hechizos mientras Nathaniel y Xiu, con el resto de miembros, se defendían.

Entonces, Raven le vio. Vio su rostro entre las llamas. Y estaba muy enfadado. Caminó a través del fuego, sin preocupación, como si su cuerpo fuera ignífugo.

A tan solo unos pasos de los humanos, Karesh mostró sus afilados colmillos y sus ojos se volvieron negros como el carbón.

—¡Karesh! —le llamó la bruja.

Pero él estaba fuera de control. Su pecho se agitaba con rapidez, parecía que intentase aguantar su enfado, pero de

repente un sonido gutural salió de su garganta e hizo temblar de pavor a los mortales.

Raven aprovechó para reunirse con sus amigos.

—No puede controlarse... Creo que...
—no pudo terminar la frase. Estaba aterrada. Más de lo que quería aparentar.

—Jen se encuentra muy lejos y nosotros estamos atrapados. Nos matará a todos —habló Xiu. El valor que había mostrado tan solo unos momentos antes se desvaneció.

De pronto, en un abrir y cerrar de ojos el cuerpo humano de Karesh había desaparecido por completo. Una gigantesca mole de fuego se irguió ante

ellos y destrozó el techo del edificio, que se hizo añicos.

Aquella criatura envuelta en llamas tenía dos pequeños y curvados cuernos en la frente, afilados dientes del tamaño de espadas y garras enormes. Una larga cola bailaba tras su espalda, y duras pezuñas se habían clavado en el suelo con fuerza. Sobre sus hombros se desplegaron dos enormes alas de dragón.

La criatura profirió un fuerte grito que les recordó a un tiranosaurio rex, pero mucho más terrorífico.

Dio un paso hacia ellos, lo que provocó que el suelo temblara bajo sus pies y parte del techo cayera frente a donde estaban. Raven se abrazó a

Nathaniel y Xiu se mantuvo quieto. Si tenía que morir, lo haría luchando.

Karesh los miró. Vio al japonés con sus armas, dispuesto a defenderse, y sonrió. Era valiente, se dijo el demonio. En una milésima de segundo, el kahli lanzó un segundo grito y levantó los brazos a la altura de sus caderas. Sus palmas llameantes estaban abiertas y pudieron ver cómo se cerraban lentamente, hasta convertirse en puños. Entonces, todos y cada uno de los demonios y diablillos explotaron, llenando cada rincón de carne putrefacta y sangre negra.

Había acabado con ellos de tan solo un gesto. Raven se dio cuenta de lo poderoso que era aquel demonio, le

había subestimado. Karesh les dio la espalda y se marchó, destrozando todo a su paso, momento que los cazadores aprovecharon para salir de allí.

La criatura caminó a pasos agigantados hasta donde Aaron se encontraba. Al ver que los demonios habían desaparecido, se sentó sobre el césped y respiró tranquilo. Pero no había sido consciente de la presencia de aquella criatura de fuego. El suelo tembló tanto que pensó que era un terremoto, hasta que lo vio. Se puso con rapidez en pie, muy asustado, mientras veía cómo aquella mole disminuía de tamaño a cada paso que daba, hasta llegar a él. Ahora era Karesh, aquel demonio que su chica había vinculado.

Llevaba un traje gris y una camisa blanca. Se arreglaba los puños y el pelo. Después le miró.

—De nada —dijo este seriamente.

—¿Dónde están? —quiso saber Aaron, sin ni siquiera agradecersele.

—Saldrán antes de que el edificio se derrumbe por completo.

Justo cuando se derrumbaba el que había sido su hogar durante años, Nathaniel y los demás, junto a un reducido grupo de cazadores, salían de él para reunirse en el jardín junto a la gran fuente, su punto de encuentro en caso de emergencia.

Aaron corrió hacia ellos.

—¿Estáis bien? —preguntó, preocupado.

Ellos asintieron. Algunos estaban heridos, pero ninguno de gravedad.

Karesh se había acercado a ellos a paso tranquilo, limpiándose el polvo de su traje. Raven le miró fijamente.

—¿Qué? —protestó el demonio al sentir todas las miradas en él—. ¿Qué esperabais? ¿Unos cuernos gigantes? ¿O que me convirtiera en carnero?

—Eras terrorífico —habló Xiu, todavía en *shock*.

—Esa es la idea, humano. Tenéis que sentir pavor al verme. —Dio un paso hasta colocarse frente a él y entrecerró los ojos—. Tienes miedo —sonrió.

—¡No te tengo miedo!

—¿En serio? —dio otro paso. Unos centímetros más y sus frentes se rozarían

— Estás temblando. —Entonces dio dos pasos hacia atrás—. Hacía siglos que no usaba mi verdadera forma. —De repente sintió un pequeño mareo y cayó de rodillas sobre el cuidado césped—. He usado todas mis fuerzas y estoy agotado...

—Necesita alimentarse —dijo Raven.

—¿Y si no le damos lo que quiere? Que se muera —respondió Aaron cruzándose de brazos.

—Está bajo la protección de Jen. Tenemos que ayudarle —comentó Nathaniel.

—¿En serio estáis dispuestos a que nos traicione? —Aaron estaba enfadado—. Me importa una mierda lo que tu hija diga. Ella no está al mando.

—Aaron, no hables así de mi pequeña. Yo soy el que manda aquí y os ordeno que le ayudéis.

—¡Necesita nuestra sangre y nuestra carne! ¿Acaso pretendes que le dé un trozo de mi brazo? Va a ser que no. — Desde luego, el cazador no estaba dispuesto a obedecer.

—Tan solo necesito algo de sangre, para ponerme en pie al menos... Del resto me ocupo yo... —dijo Karesh sin poder levantar la cabeza.

Le ignoraron durante unos minutos. Nathaniel hizo recuento de los supervivientes. Con todos ellos y Jen no llegaban a la treintena. Más de cien cazadores habían perecido bajo las garras de demonios menores.

Karesh parecía que escuchaba sus pensamientos.

—Si me ayudáis, yo os devolveré el favor. Podréis enterrarlos a todos... —
pidió en voz baja.

—Yo lo haré —dijo Ray, dispuesto a darle su sangre.

Caminó hacia el kahli y se arrodilló frente a él, ofreciéndole su brazo desnudo. Karesh levantó la cabeza como pudo y le miró.

—¿No tienes miedo de que pueda matarte? —rio.

—No. No puedes hacerme daño.

—Me gustas. Eres valiente. —Agarró su brazo con las dos manos y clavó con fuerza sus afilados colmillos en la fina carne del chico, que aguantó el dolor

como pudo.

Notaba cómo succionaba su sangre cuan vampiro. El demonio le miró y pudo ver sus ojos completamente negros. Se estaba recuperando. Acabó más pronto de lo que Ray había pensado.

—Gracias —agradeció el demonio con una sonrisa.

Karesh se sentó un momento en el suelo, recuperando el aliento bajo la atenta mirada de los cazadores.

—¿Dónde queréis que los deje? —preguntó este.

—Me... Me gustaría incinerarlos —pidió Nathaniel.

—Del fuego me encargo yo —dijo el demonio mientras se ponía en pie.

Desapareció en su particular forma, convertido en humo, y cuando se quisieron dar cuenta una montaña de cadáveres se alzaba ante ellos. Karesh apareció a su lado. Nathaniel se arrodilló y los supervivientes le imitaron, uniendo sus manos en plegaria.

—Señor, acoge a tus hijos en tu seno, han sido valientes y merecen un sitio a tu lado —rezó Raven, en nombre de los supervivientes.

Nathaniel asintió, dando la señal al kahli. La criatura chasqueó los dedos y aquellos cuerpos sin vida se convirtieron en una gran bola de fuego.

Raven no pudo evitar echarse a llorar. Habían perdido muchos cazadores, amigos y hermanos. Apartó la mirada y

hundió la cabeza en el pecho de Xiu, que le abrazó con fuerza mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Aquellos lamentos de dolor ablandaron el corazón de Karesh. Si tuviera el poder de devolver la vida a los muertos, reviviría sin dudar a aquellos valientes que lucharon contra los traidores de sus hijos, sus creaciones. Pero no podía. Se sintió tan frustrado que desapareció de allí.

Cuando Jen abrió los ojos, se desperezó, sin percatarse de la chaqueta gris que había sobre la cama, junto a sus pies. Entonces escuchó el grifo de la ducha.

Miró su teléfono móvil. No tenía

ninguna llamada de Aaron, ni tampoco de su padre.

Se puso en pie y observó el lugar donde Aidan debía estar durmiendo, pero no se encontraba allí. Muy preocupada le buscó por toda la habitación: por debajo de la cama, en el armario, bajo el escritorio y por último en el baño.

Cuando pasó por la puerta entreabierta pensó que el niño estaría allí, pero se llevó una extraña sorpresa: Karesh.

Estaba completamente desnudo y le daba la espalda, sin darse cuenta de su presencia. El agua caía por su cuerpo, bajando por su columna hasta el trasero. Un tatuaje que parecían ser unos

mandamientos adornaba su hombro izquierdo. No podía dejar de mirarle. Era perfecto en todos los sentidos.

—¡Joder! —gritó sonrojada mientras salía de allí.

El demonio se giró rápidamente.

—¡Jennifer! —le llamó él.

Ella apenas se atrevió a volver a entrar.

—Pasa, por favor. No creo que te dé miedo lo que tengo entre las piernas. Tu novio tiene lo mismo que yo. O eso creo —rio.

Y entró sin atreverse a levantar la cabeza, así que fijó la vista en el suelo.

—¿Dónde está Aidan? —preguntó.

—Supongo que estará desayunando.

—¿Cómo que supones? —Le miró

frunciendo el ceño—. Es tu hijo, ¿deberías saber dónde está!

—Sabe cuidarse solo. También necesito un poco de intimidad a veces.

Sin darse cuenta, Jen cerró la puerta.

—Oh, oh... —dijo Karesh en voz baja.

—¿Por qué dices *oh, oh*?

—Jen, nos acabamos de quedar encerrados...

—¿¡Qué!?! —no podía ser cierto lo que escuchaba.

La chica comprobó lo que el demonio le acababa de decir. Tiró del pomo y lo giró, pero no tuvo suerte. En efecto: estaban atrapados.

—Por eso la puerta estaba entreabierta.

—¡Haz algo para sacarnos de aquí!
—pidió ella, notando cómo el temor se apoderaba de su cuerpo. No le hacía ni pizca de gracia estar encerrada con un demonio y menos si este se encontraba completamente desnudo.

—Ya lo he intentado... Y no puedo.

—¿Y convirtiéndote en humo?

—Pequeña, estoy demasiado débil para usar mi poder.

—¡Mierda! ¿Y ahora qué hacemos?

—maldijo en voz alta.

—Mientras esperamos a que Aidan venga a rescatarnos... podemos jugar a algo —dijo la criatura sensualmente mientras daba un paso hacia ella.

—Ni lo sueñes. ¡Abre la maldita puerta! —respondió y le empujó con

brusquedad. ¿En serio pensaba que era tonta? Sabía perfectamente que le estaba mintiendo, quería aprovecharse de ella ahora que nadie podía escucharlos.

—¿Por qué no? Nunca lo has hecho con un demonio. Ni con el kahli. Ni conmigo. —Dio otro paso hacia ella.

Jen retrocedía a cada paso que él daba, hasta que chocó contra la pared. Él le atrapó entre el frío y húmedo mármol y sus brazos.

—Pruébame. Si no te gusto, Aidan y yo desapareceremos de vuestras vidas, para siempre —dijo el kahli rozando con sus labios el cuello de ella.

—Karesh... ¡No puedo! ¡Amo a Aaron! —Puso sus pequeñas manos sobre el pecho del demonio, guardando

las distancias—. Jamás me lo perdonaría...

—¿Él? No tiene por qué enterarse. Yo no se lo diré.

—¿Y yo? ¿Crees que podré vivir con la conciencia tranquila? No...

Pero no pudo terminar la frase: Karesh le besó con ansia y ella no se apartó. Le gustaban aquellos labios, sabían dulces y a la vez eran picantes. Y entonces, deseó más. Se abrazó a su cuello y le besó con ganas. Sus lenguas jugueteaban mientras él escondía sus manos por debajo de su camiseta y acariciaba su espalda.

El demonio la atrajo hacia él; quería tenerla muy cerca. Ella pudo notar su erección a través de la fina tela de sus

leggings. El deseo le podía, su razón estaba nublada. Él se dio cuenta de que ella quería más, al igual que él, y entonces lo hizo. Se apartó y le quitó la camiseta de tirantes, dejándola en sujetador. Después, con un rápido movimiento, bajó sus mallas y sus braguitas, que ella terminó de quitarse velozmente.

Las manos del kahli fueron rápidas y desabrocharon su sujetador. La dejó completamente desnuda y la observó durante unos segundos. Era la humana más perfecta que había visto en toda su vida.

Jen le besó nuevamente. Deseaba sentirle de inmediato dentro de ella. Él también lo quería. Le necesitaba. Karesh

la levantó del suelo y la colocó sobre sus caderas. Caminó con ella así, sin dejar de besarla hasta el chorro de agua tibia que aún corría de la ducha.

—Karesh...

Y se adentró en ella con rapidez, haciéndola gemir.

Aquellos movimientos acompasados, rápidos y después lentos le estaban volviendo loco. Era completamente deliciosa. El cuerpo humano era de lo más interesante...

El agua, el calor que ellos sentían y aquel momento tan íntimo no pudieron evitar que Jen llegara al orgasmo. Tras ello, él también lo alcanzó.

Karesh tenía razón. Había disfrutado como nunca. Era el mejor polvo que

había echado en su vida. Pero había un pequeño problema... Necesitaba más. Quería sentirse muy de cerca de aquel ser de ojos azules.

El demonio se ofreció para lavar el precioso cuerpo de la chica y esta se dejó. La esponja recorrió cada rincón de su cuerpo, haciéndole sentirse en la gloria. Después se envolvieron en toallas.

—Tienes que abrir la puerta —pidió ella.

—O... podríamos quedarnos aquí un rato más... —besó sus labios nuevamente.

—¿No sería más cómodo en una cama?

—Tienes razón. Ahí podría hacerte

mil y una cosas.

—¡Pues ábrela!

Él probó a girar el pomo y ¡bingo! La puerta se abrió. Ambos salieron al dormitorio, donde no había nadie que pudiera verlos.

Cuando Jen quiso darse cuenta, estaba tumbada en la cama y sus ojos comenzaron a cerrarse, presa de un sueño incontrolable.

CAPÍTULO 9



Cuando Jen abrió los ojos, se encontró con la mirada azulada de Karesh fija en la suya.

—Buenos días —saludó él, sonriente.

Ella también sonrió y se dio la vuelta, dándole la espalda. Pero entonces recordó lo que había sucedido la noche anterior y se levantó de inmediato.

—¡Tú! ¡Me hechizaste! —le culpó señalándole con el dedo.

—¿De qué estás hablando? —Se puso en pie—. Sabes que no puedo hacerlo. Sigo teniendo los grilletes —se defendió mientras le mostraba sus muñecas.

Ella se acercó hasta él y comprobó

que ahí seguían.

—¿Dónde está Aidan? —preguntó Jen.

—Supongo que estará desayunando.

—¿Cómo que supones? Oh, mierda...

—se dio un golpe en la frente con la mano.

—¿Qué?

—Así empezaba todo...

—¿Has dormido bien? Te noto cansada después de lo de ayer.

—Joder... ¿Entonces es cierto que tú y yo...? Ya sabes...

—¿Que nos acostamos juntos en la ducha? Sí. ¿Y que deseabas a gritos más? También.

—¡Mierda! No, no, no... —Se levantó de la cama y comenzó a dar vueltas por

la habitación.

—Jen...

—¡Ahora no! Déjame que piense. —
Cogió algunos mechones de pelo y tiró
de ellos. Si seguía tan tensa, acabaría
arrancándoselos.

—Jennifer.

— ¡¿Qué?! —gritó, mirándole con una
mezcla de ira e incredulidad.

—Fue un sueño.

—¿Cómo? —No entendía nada.

—Soñaste conmigo.

—¿Estás seguro? Era demasiado
real... —cruzó los brazos sobre el
pecho. Otra vez se estaba riendo de ella.

—Eso es porque yo también soñé
contigo. Nos unimos de una forma un
poco extraña... Se llaman sueños

astrales.

—¿Su-Sueños astrales?

—Jen, estás incómoda, lo noto en tu mirada. Date una ducha, te traeré algo para desayunar y te lo explicaré.

Jen asintió. Lo necesitaba. Se metió en el baño sin cerrar la puerta del todo, no quería quedarse encerrada. Cuando se relajó un poco, salió a la habitación con una toalla alrededor del pecho y el pelo suelto y mojado.

Allí estaba Karesh, dejando la bandeja del desayuno sobre el colchón.

—No tengo ropa limpia... —dijo ella.

—Iré a buscarte algo. Mientras —comenzó a desabrocharse la camisa—, ponte esto —y se la entregó.

Ella la cogió. La verdad es que era un

auténtico placer ver su torso desnudo, inspirador de las más perversas fantasías sexuales de cualquier mujer.

Se metió de nuevo en el baño y al cabo de los minutos regresó con la camisa puesta —que casi le servía de vestido— y se sentó en la cama, frente al demonio.

Jen tenía hambre, por lo que apuró su desayuno bajo la atenta mirada del khali. Cuando terminó, este apartó la bandeja y se acomodó a su lado.

—Dime, ¿qué es eso de los sueños astrales? —pidió la joven. Sentía curiosidad por saber qué eran.

—No suelen ocurrir muy a menudo. Es cuando existe un hechizo de vínculo entre dos personas. Bueno..., suele ser

más bien entre una criatura y un mortal, como en nuestro caso.

—¿Y por eso tengo sueños eróticos contigo? —enarcó una ceja.

—No exactamente... Normalmente ocurre cuando uno o ambos sienten algo por el otro.

—¿Insinúas que me gustas? —dijo ella.

Él asintió y Jen soltó una carcajada.

—¡No me hagas reír! ¿Cómo voy a sentir algo por ti?

Karesh le cogió de las manos y se acercó más a ella.

—¿Tan descabellado sería? —quiso saber él.

—N-No lo sé —titubeó.

Él se aproximó aun más. Tan solo

unos centímetros separaban sus rostros.

—Si de verdad no sientes nada por mí, ni siquiera una pizca, dime que pare.

—Se movió dispuesto a besarla. Ella no dijo nada y cerró los ojos.

Pero en ese momento, la puerta se abrió y Aidan corrió hasta ellos.

—¡Papá! —gritó al verle y saltó a sus brazos.

Jen se alegró al comprobar que el pequeño estaba sano y salvo, pero en ese momento Aaron también entró en la habitación.

—¡Aidan! ¡No vuelvas a darme esos sustos! —le regañó el recién llegado.

Entonces, le vio. Vio a su chica sobre la cama junto al demonio.

—¡Aaron!

Jen saltó del lecho y corrió a abrazarle, pero él no le devolvió el gesto.

—¿Qué ocurre? —quiso saber ella.

—¿Por qué tienes su camisa? —Miró por debajo de la tela—. ¡Estás desnuda!

—Aquí sobramos —dijo el demonio, que se puso en pie y se convirtió en humo, tras lo que desapareció con su hijo de allí.

—Me tuve que dar una ducha y él me prestó su camisa hasta que encontrase algo de ropa para mí.

—Ya...

—¿No confías en mí? —se separó de él dando un paso hacia atrás.

—En él, no.

—¿Hubieras preferido que ande

desnuda por aquí u oliendo a espectro?

—¿Has dicho *espectro*?

En ese momento, alguien más irrumpió en la habitación:

—¡Jen!

—¡Papá! —Corrió a sus brazos y le estrechó con fuerza—. ¡Estáis bien!

—Pequeña, pensé que jamás volvería a verte —acarició su rostro.

—Por Dios, ¡tenéis que contarme qué pasó!

Xiu entró por la puerta.

—¡Xiu! —le abrazó y comenzó a besarle incontables veces por toda la cara.

—¡Aaaaargh! ¡Deja de besuquearme!

—Sé cuánto te fastidia, así que no —y soltó otra ristra de sonoros besos.

—¡Ya *valeee!* —Ella se apartó entre risas—. Ten, Karesh me ha dado esto para ti. —Le dio un vestido, unos zapatos y ropa interior.

Ella lo cogió y se metió en el baño. Poco después salió con el vestido puesto mientras se cepillaba el pelo. Todos se habían marchado, excepto Aidan, que estaba de regreso.

—Vamos, te están esperando —pidió el pequeño con una gran sonrisa.

Dejó el peine sobre la cama y se puso los zapatos planos. Cogió de la mano al niño y salieron del dormitorio. Caminaron por un largo pasillo hasta llegar a unas escaleras y bajaron dos pisos hasta un enorme *hall*, donde Aaron los esperaba.

El chico la miró con cariño. Estaba preciosa con aquel vestido rojo y ajustado en el pecho, cuya tela caía por su estómago hasta sus rodillas. El demonio tenía buen gusto para la moda.

Cuando estuvieron uno frente al otro, él la besó. Después, los dos cogieron de la mano a Aidan y se dirigieron al salón. La cazadora se dio cuenta de que aquel lugar no era el hotel donde habían pasado la noche.

—Jen.

Su padre le pedía que se sentara a su lado en el largo y cómodo sofá que había frente a un enorme televisor de pantalla plana, sobre una gran chimenea.

—Tenemos que contarte algo —dijo ahora Raven, que estaba al lado de su

padre.

Karesh y Aaron permanecieron de pie. Su chico estaba junto a ella, mientras que el demonio se encontraba apoyado con los brazos cruzados en la chimenea, ahora apagada, mirando al techo.

Xiu y Ray se habían sentado en otro sofá frente a ellos.

—Me alegro de que estéis todos bien.
—Se sentía feliz por verlos allí, magullados pero vivos—. ¿Qué ocurrió? ¡Tenéis que contadme todo!

—Jen... —su padre buscaba las palabras correctas—. Nos superaban en número. Incendiaron el edificio...

—¿Cuántos? —respondió ella secamente, directa al grano.

—No llegamos a treinta cazadores vivos... —dijo Xiu en un hilo de voz.

Los ojos de Jen se inundaron en lágrimas. Entonces se puso en pie de inmediato y con un ágil y rápido movimiento le quitó a Aaron una de las dagas que llevaba en su cinturón y corrió hacia Karesh, que no esperaba aquel ataque.

La hoja de plata rajó la mejilla del demonio, y después se clavó en su hombro derecho.

—¡Te ordené que los salvaras! ¡Te supliqué que los ayudaras! —Le atacó de nuevo, pero Xiu fue más rápido y la cogió de la cintura, elevándola del suelo y apartándola del demonio, el cual sangraba, manchando su nueva camisa

de sangre negruzca—. ¡Es todo culpa tuya! ¡Tú los creaste y les ordenaste que los mataran! ¡Nos has traicionado! — Estaba furiosa. Si no hubiera sido por su amigo, se hubiera lanzado de nuevo hacia él y le habría clavado el filo en el corazón.

—¡Jennifer! ¡Ya basta! —gritó su padre.

Cuando pareció calmarse, Xiu la dejó en el suelo, pero no la soltó; no se fiaba un pelo de ella.

—Karesh vino en nuestra ayuda, pero ya era tarde... Muchos habían perecido. Él nos salvó —le explicó Aaron.

—Tenías que haberlo visto, Jen —añadió Ray—. Era monstruoso. Enorme. Su auténtica forma causa terror.

—Karesh... ¿Es eso cierto? — preguntó la joven.

Pero el demonio no dijo nada, tan solo le miró decepcionado.

—Tengo que obedecerte, ¿recuerdas?
—Mostró a todos las pulseras hechizadas—. Eran mis hijos, mis creaciones... —había dolor en sus palabras.

—Karesh... Yo...

Xiu soltó a Jen y esta tiró el cuchillo al suelo. Caminó hasta él y le miró.

—Lo siento... —bajó la cabeza, arrepentida de lo que había hecho.

La criatura iba a decir algo, pero Nathaniel le cortó:

—¿Qué pasará ahora? —preguntó, preocupado.

—Enviaré más —respondió el kahli con tono áspero.

—¿Y por qué no viene tu padre directamente en lugar de mandar a sus vasallos? —habló Ray.

—Está muy viejo y su poder va menguando. Tiene miedo del poder de Aidan, puede ser su destrucción o su conversión —comentó Karesh.

—¿Conversión? —dijo Raven, interesada.

—El poder de Aidan es especial. Su mitad ángel podría destruirle; en cambio, su otra mitad demoníaca puede darle la fuerza que necesita.

—¿Entonces? —habló Xiu, que se había mantenido al margen.

—Siente terror por esa criaturita, el

único híbrido que puede salvar a la Tierra... —Karehsh continuó con su explicación—. O destruirla.

—Tenemos un grave problema —dijo Aaron—. No podemos enfrentarnos a todos ellos, no somos suficientes, y algunos estamos heridos.

—De eso me encargo yo. —El demonio caminó hacia adelante. Al pasar justo al lado de Jen rozó imperceptiblemente con sus dedos la pequeña mano de ella—. Conozco a alguien que me debe un favor. No os va a gustar, ni vosotros a él, pero... puede ayudarnos.

—¿Dónde le encontraremos? —quiso saber Jen, que se había acercado a él.

Karehsh se frotó las manos.

—Preparaos para salir de fiesta —
sonrió.

No lo decía de broma, sino completamente en serio. Tras explicarles dónde se encontraban — aquel edificio era la vivienda habitual del kahli, situada en Manhattan y escondida a la vista de criaturas—, Jen, Xiu, Raven, Aaron y Ray se vistieron con la ropa elegante que Karesh les había prestado.

Montaron en una limusina que el demonio alquilase y se dirigieron a *Hell's Fire*, la discoteca de moda de Nueva York.

Cuando llegaron, un edificio de seis plantas se erguía ante ellos. El cartel

luminoso con el nombre del local tenía una pantalla de televisión y las letras bailaban entre llamas anaranjadas. Luces de colores adornaban la gran puerta, custodiada por dos enormes gorilas.

—Bonito lugar, pero..., ¿cómo piensas que entremos? Vamos armados, ¿recuerdas? —Raven tenía razón, llevaban sus cuchillos escondidos bajo sus ropas.

—No os preocupéis, entraremos sin problemas por la parte de atrás. Seguidme —dijo el demonio, con una enorme sonrisa.

Rodearon el edificio. Él iba en cabeza seguido por Jen, y Aaron, que vigilaba la retaguardia. Llegaron a un

callejón sin salida donde solo había una puerta que vigilaba otro hombre.

—Por aquí no podéis pasar —dijo este de malos modos.

—Tengo entrada VIP. Necesito hablar con él —respondió Karesh.

—No.

—¿Quieres que te enseñe mi invitación? —amenazó el demonio.

El hombre enarcó una ceja.

—He dicho que no. Si queréis entrar, hacedlo por la puerta principal, siempre y cuando mis compañeros os dejen pasar —rio socarrón. ¿En serio creía que un demonio de pacotilla iba a colarse delante de sus narices?

Entonces, con un rápido movimiento, Karesh partió el cuello del hombre, que

cayó desplomado al suelo.

Las chicas ahogaron un grito.

—No está muerto, despertará en un par de horas —miró a Jen—. No es humano —confesó en un susurro.

El demonio empujó la puerta de metal y se adentró en el local.

—Está despejado, vamos —los avisó.

Todos le siguieron. Aquella era una salida de emergencia, pues según entraron, la estridente música *techno* dance sonó en sus oídos.

Estaba lleno de gente, especialmente mujeres. Todos bailaban, ninguno estaba quieto si no era para pedir las copas en la barra.

—¡Divertíos un poco y tomad algo, yo invito! —gritó Karesh lo suficientemente

alto como para que le oyeran—. ¡En cuanto le encuentre, os buscaré!

Y se marchó. Jen se encogió de hombros.

—¡Hace años que no salimos! ¡Disfrutemos! ¡Bebamos en salud de nuestros hermanos! —dijo ella.

Todos asintieron. Estaban tristes por sus amigos y compañeros, pero no iban a conseguir nada si no avanzaban y aceptaban la pérdida. Caminaron hacia la barra y pidieron unos chupitos de tequila. Elevaron sus vasitos al aire.

—¡Por los *Venatori Noctis* caídos! —brindó Raven.

Y sus cristales chocaron. El fuerte líquido bajó por sus gargantas.

—¡Otra! —pidió Ray.

Y brindaron de nuevo.

Karesh caminó despreocupado entre la multitud. Era consciente de las miradas que se clavaban en él. El noventa por ciento de los que allí estaban eran criaturas, sombras nocturnas como él. El otro diez por ciento, humanos que no tenían ni idea de que se acababan de meter en la boca del lobo. Literalmente.

Llegó al reservado donde él debía de encontrarse. Y allí estaba, rodeado de bellezas que rellenaban su copa una y otra vez. Todas iban ligeras de ropa, pero ninguna estaba desnuda — conociéndole, algo bastante raro—. Se encontraba sentado en un cómodo sillón

con ellas alrededor o sentadas a sus pies.

Allí la música era menos estridente, podían hablar sin gritar.

—Veo que no has cambiado —Karesh se plantó frente a él con los brazos cruzados.

El hombre levantó la vista. Sus ojos azules, mucho más que los del demonio, le miraron con expectación.

—¡Vaya, vaya! ¡Pero si es el kahli!

Al escuchar aquel nombre, las chicas salieron de allí a toda velocidad, dejándolos solos. Le tendió la mano a modo de saludo, pero Karesh ni se movió.

—Vamos, no estoy armado —rió el moreno.

Karesh comprobó por el latido de su corazón que no mentía; entonces, estrechó con fuerza su mano.

—Axel...

—Vamos, Karesh, siéntate y toma algo conmigo. —Llenó un vaso con *whisky* y se lo ofreció a la vez que el demonio se sentaba cerca de él—. ¿Qué te trae por aquí? —Llenó su vaso y lo apuró de un trago.

—Vengo a que me devuelvas el favor que me debes.

—¿A qué se debe? —se incorporó intrigado.

—Es por Aidan... Y porque he encontrado al último de los *Electos Lucem*.

Axel abrió los ojos de par en par y

movió la cabeza mirando a todas partes, deseando que nadie le hubiera escuchado.

—Hablemos en un lugar seguro. Sígueme —pidió Axel.

Las dos criaturas se pusieron en pie y se alejaron de allí. Subieron por unas escaleras de caracol hasta el primer piso, donde Axel tenía su vivienda. Atravesaron un horrible y oxidado pórtico de hierro que dio a un pasillo, donde encontraron una bonita puerta de madera blanca, en la que había talladas dos hermosas diosas griegas con los ojos vendados y espadas en sus manos.

Axel empujó las dos hojas de madera que se abrieron a la vez. Frente a ellos había un enorme y elegante salón, con

columnas blancas que iban del suelo al techo y diversas estatuas griegas. Un largo sofá negro a juego con una mesita baja de té y algunas plantas lo adornaban.

En la pared donde se encontraba el sofá había un enorme mural con una colorida foto de Nueva York.

—¿Te gusta? —preguntó Axel con una sonrisa.

—No está mal —se sentó en el sofá y se cruzó de piernas.

Axel caminó al otro extremo del salón junto a otra puerta de madera, en esta ocasión de color negro y custodiada por dos de sus hombres. Karesh los conocía. Habían peleado con él la primera vez que pisó la discoteca hacía ya tantos

años que ni lo recordaba.

—Marchaos. Que nadie nos moleste o sufriréis las consecuencias. ¿Entendido?
—los amenazó.

Estos asintieron y desaparecieron de allí. Axel cogió la botella de *whisky*, dos vasos y se sentó junto a su invitado. Los llenó y le ofreció uno.

—Cuéntame, ¿cómo has encontrado al último elegido de la luz? —quiso saber Axel.

—Es una historia muy larga —Karesh dio un trago a su vaso.

—Resúmela entonces.

—Los *Venatori Noctis* me atraparon y me obligan a ayudarlos. —Le mostró sus pulseras de plata.

Axel enarcó una ceja y soltó una

carcajada, pero su sonrisa se esfumó al tener la impresión de que no era ninguna broma.

—Tienen una bruja y es muy poderosa. Tuve que llevarlos al Infierno

—Kareh continuó relatando su «problema».

—¿Y sobrevivieron? —el otro hombre estaba interesado en su historia.

—Tenía a Aidan.

—¿Tu padre? ¿Y cómo coño lo ha descubierto? —Dio un respingo y se sentó al borde del sofá.

—No lo sé... Pero tuve que sacarlos de allí. Después nos atacaron.

—¿Quiénes? —miró expectante al demonio.

—Mis pequeños.

—Oh, vaya... Cuánto lo siento —lo decía de verdad. Él también había tenido que matar a alguna de sus creaciones—. ¿Y cómo sabes quién es el *Electos Lucem*?

—Noto su poder cada vez que estoy a su lado y me atrae más de lo que creía.

—¡Vaya! Bien, vayamos al grano: ¿qué quieres que haga por ti?

—Ayúdanos a encerrar a mi padre.

—¿Encerrarle? Complicada tarea. ¿No te interesaría matarle y así reinar en el Infierno?

—No tengo ninguna intención de quedarme en ese maldito lugar. Me gusta este mundo de color. El Infierno me aburre, aunque si das con el demonio adecuado, puede ser la mar de divertido

—sonrió de medio lado mientras que daba vueltas a su vaso—. ¿Lo harás?

—Necesitaré a muchos de los míos... Pero soy hombre de palabra y cumpliré mi promesa, saldaré mi deuda.

—Trato hecho —ofreció su mano, que Axel estrechó con fuerza—. Sé que te mueres de ganas de conocer al elegido, pero aún no estás preparado —sonrió picaronamente.

—¿Estás de broma? ¡Quiero conocerlo ya! ¿Es hombre o mujer?

—No te lo diré. Aún no —y se puso en pie.

Caminó hasta la puerta. Axel dejó su vaso en la mesa y fue tras él.

Regresaron al local donde resonaban las canciones de moda. Desde lo alto de

la escalera podían divisar la sala entera. Karesh vio a Jennifer y sus amigos bebiendo y bailando. Ella contoneaba las caderas frente a Aaron. Xiu, Ray y Raven bebían chupitos, uno tras otro. Si seguían así, acabarían tan borrachos que, como ocurriera algo, el demonio tendría que hacerlos desaparecer de inmediato, por lo que bajó con rapidez hasta ellos.

—¡Ya es suficiente! —gritó a la bruja y a sus amigos, que se sobresaltaron—. Tenemos que irnos —se dirigió a Aaron y a Jen.

—¡Primero tengo que ir al baño! —dijo Jen entre risas.

Esquivó cuerpos de bailarines hasta el servicio, del que salió enseguida. Iba

sonriendo, pero alguien le entorpeció el camino y chocó con él.

—¡Lo siento! —se disculpó ella levantando la cabeza.

Se encontró con un joven moreno de ojos tan azules como el cielo y una sonrisa ladeada que mostraba unos dientes blancos como la nieve.

—¡Hola! No me has dicho tu nombre —dijo Axel acercando sus labios a la oreja de ella.

—Soy Jennifer.

—Axel, encantado —le dio dos besos, dejando a la chica descolocada —. ¿Bailas?

—N-No puedo... —titubeó. Era tan encantador y *sexy* que se sentía atontada —. Me... esperan.

—¿Me permites al menos invitarte a una copa?

—Creo que he bebido demasiado...

Se dirigió hacia la derecha, quería escapar de allí, pero él le cortó el paso. Dio otro a la izquierda y Axel hizo lo mismo. No tenía intención de dejarla marchar.

—¿Te importa...? —No sabía qué hacer, pero se sentía irremediabilmente atraída hacia él.

El hombre cogió su pequeña mano. Estaba ardiendo.

—Solo un baile y te dejaré ir —pidió él.

Jen miró hacia donde se encontraban sus amigos. Estaban hablando con Karesh, por lo que decidió regalar un

rápido baile a aquel inquietante y atractivo hombre.

Sabía que era una criatura, pero no estaba segura de qué era exactamente. ¿Cambiaformas? No, sus pupilas eran normales. ¿Elfo? Tampoco, no tenía orejas puntiagudas. ¿Vampiro? No, ni se hubiera acercado a ella con el colgante que llevaba; además, los habían erradicado. Entonces... ¿qué era?

Al otro lado de la sala, Xiu vio cómo Jen se unía a la pista de baile con un desconocido y comenzaban a danzar. Ella parecía incómoda, por lo que dio un disimulado codazo a Karesh, que se volvió inmediatamente.

Su rostro ardió de rabia. ¿Qué coño

hacía Axel?

Desapareció de allí dando fuertes empujones a aquellos que entorpecían su camino hasta que llegó a ellos. Agarró con fuerza a Axel del hombro y le obligó a separarse de la muchacha. Ella, al ver al demonio, suspiró aliviada.

—Jen, es hora de marcharnos —dijo Karesh cogiéndola de la mano.

—¡Es ella! —rio Axel.

Pero el kahli le ignoró y se llevó a la chica de allí. Caminaron deprisa hasta el resto del grupo, a los que apremió a marcharse. Salieron del local por la puerta trasera por la que habían entrado; el cuerpo del vigilante continuaba tirado en el suelo.

Jen miró al demonio, el cual no había

soltado su mano en ningún momento.

—Te prometo que despertará pronto. No es tan fácil matarle —respondió este, calmando los nervios de la chica.

—¡Karesh! —gritó alguien a su espalda.

Axel. Y no venía solo: al menos doce de sus hombres los habían acorralado en el callejón. Aaron intentó ver de quién se trataba, pero no pudo; dos fuertes y altos jóvenes estaban delante de él.

—No nos has presentado formalmente. Vamos a trabajar juntos, ¿no?

La criatura empujó a sus escoltas y caminó hasta los cazadores.

—¡Tú! —gritó Aaron.

—¡Oh, vaya! ¡Menuda sorpresa!

Aaron Tyler, ¡cuánto tiempo sin verte! —sonrió—. Veo que estás bien acompañado.

—¿Os conocéis? —Jen estaba desconcertada.

—Bueno, podría decirse que sí —habló Axel—. Tuvimos hace mucho tiempo una extraña relación.

—¿Relación? ¿A qué te refieres? —Jen estaba empezando a hiperventilar. ¿De qué se conocían? ¿Y desde cuándo?

—Trabajé para él —aclaró Aaron sin dejar de mirar con fiereza a aquel hombre—. Pero eso fue hace mucho tiempo, antes de convertirme en *Venatori Noctis*.

Jen soltó la mano de Karesh y se acercó a Aaron.

—¿Qué clase de relación? ¿Por qué te uniste a él? —esperaba una respuesta convincente y que borrara aquellas cosas sucias que pasaban por su mente.

—No sabéis quién soy, ¿verdad? —preguntó Axel, pero no obtuvo respuesta—. Vaya, pensé que todo el mundo me conocía... No todas las criaturas de este mundo tienen la ventaja de tener absoluta inmunidad.

—No puede ser... ¿Tú eres...? —Raven no pudo terminar la frase. Estaba estupefacta.

—El príncipe Nikklai... —Jen no podía creer lo que había salido de sus labios—. Por eso sentí esa atracción hacia ti...

—Axel Turner, príncipe Nikklai, a

vuestro servicio —dijo el licántropo haciendo una reverencia.

Todos estaban asustados, excepto Aaron y Karesh. El demonio puso los ojos en blanco. Axel era un teatrero. Le encantaba llamar la atención.

—Tenemos que marcharnos —ordenó el kahli empujando a Axel—. Pronto me pondré en contacto contigo.

—¿Ya os vais? Os invito a una copa —ofreció Axel.

—Ya han bebido suficiente. Dejadnos pasar —amenazó Karesh a los hombres de Axel, que no se movieron de su sitio—. Vuestro señor será impune, pero yo soy el kahli y puedo convertirlos en cenizas a todos con tan solo chasquear los dedos —su amenaza estaba plagada

de odio.

—Es cierto lo que dice. Acabó con cientos de demonios en unos segundos —habló Ray, como si eso fuese a ayudarlos.

Pero aquellos licántropos no estaban por la labor de obedecer a un demonio.

Entonces Axel los obligó a apartarse, pero los cinco hombres sentían demasiado odio hacia Karesh y no iban a permitir que saliera con vida de allí. El demonio había matado a manadas enteras, destrozando familias por puro placer.

—¡Os he ordenado que los dejéis pasar! —los azules iris de Axel brillaron con intensidad y les mostró unos afilados dientes. Si seguía así,

contemplarían una conversión nada agradable..

Los licántropos bajaron la cabeza a modo de redención, pero antes de que dejaran espacio para que los cazadores se marcharan, estos se habían esfumado. Una niebla negra cubrió el callejón.

—Maldito viejo zorro... Te encanta desaparecer —sonrió.

CAPÍTULO 10



—¡No puedo creer que nos lo ocultase! —gritaba Jen, furiosa, dando vueltas por el salón.

Le habían contado a Nathaniel lo ocurrido en la discoteca.

—Fue hace tiempo, antes de convertirme en cazador —se defendió Aaron.

—¡Me importa una mierda! ¿Qué pensarán tus amigos y compañeros? ¡Un cazador no puede aliarse con una criatura! —la chica estaba fuera de sí.

—Jen... —Raven se puso en pie, intentando calmarla—. Nosotros lo hemos hecho. Nos hemos aliado con un

demonio. Nada más y nada menos que con el kahli.

—¡No somos aliados! ¡Está bajo mis órdenes! —bramó.

Aaron no abrió la boca. Jen tenía razón, debía habérselo contado antes. Se sentía mal. El remordimiento le carcomía.

—Jen, ya basta —habló su padre, sentado junto a Xiu y dos miembros del Consejo—. Es un hecho del pasado, déjalo estar.

—¿Que lo deje estar? Axel se aprovechará de ello durante... *Oooh*, ¡ya entiendo! Lo sabías desde el principio, ¿verdad, papá?

Pero el hombre no dijo nada, tan solo la miró, cruzado de brazos.

—¿Raven? —Su amiga apartó la mirada—. Estupendo. Veo que os importo una puta mierda a todos. Gracias.

Se dio media vuelta y salió corriendo de allí.

—¡Jen! —Aaron quiso ir tras ella, pero Nathaniel le agarró por el hombro.

—Déjala sola un rato, se le pasará —le dijo en un intento por tranquilizarle.

Corrió en dirección a las escaleras para subir a su nuevo dormitorio, pero Karesh se interpuso en su camino. Chocó contra él sin darse cuenta.

—¡Ten más cuidado! —dijo el demonio. No estaba de humor.

Pero entonces vio sus ojos verdes

anegados en lágrimas, y cómo ella se volvía dispuesta a subir por los escalones.

—*Wow, wow, wow*. Espera —le sujetó del brazo—. ¿Qué ocurre?

Pero ella no pudo hablar. El nudo que tenía en su garganta cada vez se hacía más grande. Quería soltar aquella rabia como fuera.

Karesh sintió como su corazón palpitaba a mil por hora. Quería abrazarla y consolarla, pero su mente le decía que no era buena idea. Mas el hielo que lo recubría se había derretido, dando paso a un reconfortante calor.

—Eh, no pasa nada. Estoy aquí para ayudarte, ¿de acuerdo? —La abrazó con fuerza—. Haré cuanto desees para...

—Sácame de aquí —le cortó ella.

—Como desees —besó su cabello—.

Cierra los ojos.

Ella los cerró sin dudarle, mientras notaba cómo sus cuerpos se convertían en humo.

Jen sintió la brisa en su rostro, que despeinaba su cabello.

—Ya puedes abrirlos —dijo Karesh, sonriendo.

Ella abrió los ojos lentamente y se quedó boquiabierta: se encontraban en lo más alto de la Torre Eiffel. Observó hasta donde su vista alcanzaba: los jardines de Champs de Mars estaban solitarios; al lado contrario se encontraba el Palais de Chaillot, más

conocido como Trocadero. También podía ver el Arco del Triunfo y cómo los barcos paseaban a felices parejas por el Sena. París era hermosa tanto de día como de noche.

—Karesh... Esto es precioso... —No tenía palabras para definir cómo se sentía en aquel momento.

Su sueño era visitar aquella romántica ciudad junto a Aaron, cogidos de la mano y cenando en aquellos barcos-restaurante, pero aquel amor que sentía por él desaparecía con cada mentira.

Y lo peor de todo es que se sentía culpable de aquella situación.

Karesh se sentó en el suelo y apoyó su espalda contra el muro de hierro. Ella le imitó segundos después.

—Tú no tienes la culpa —a pesar de haber leído su pensamiento, vio tristeza en sus ojos—. Los humanos sois así, os decepcionáis los unos a los otros constantemente, incluso a vosotros mismos. —Karesh se acercó más a ella.

—No sé por qué me siguen tratando como a una cría. Creo que soy lo suficientemente madura como para entender lo que pasa —agachó la cabeza con tristeza.

—Tú eres madura, y valiente, más de lo que imaginaba. Ellos son los inmaduros. Ocultarte la verdad no está nada bien, eso lo único que hace es que te decepciones continuamente. Además, eres metro sesenta de mala leche —sonrió.

—Idiota —le golpeó en el hombro con una sonrisa.

—Es cierto. También eres muy bonita —confesó.

—No es verdad, no tengo nada de especial.

—Claro que lo eres. Axel se fijó en ti.

Pero ella dejó de sonreír. No quería saber nada de aquel licántropo.

—Jen... ¿Estás segura de que Aaron te quiere?

—¿Por qué dices eso? —le miró a los ojos. El azul de sus iris se podía ver aunque los envolviera la oscuridad más absoluta—. ¿Qué quieres decir?

Vio que ella se ponía nerviosa.

—Nada, tonterías mías. Olvida lo que

te he dicho.

Ella lo dejó estar y miró las luces de la ciudad. Deseaba quedarse ahí toda la noche. Se frotó los brazos. Aún llevaba puesto el vestido y comenzaba a tener frío.

Inmediatamente el demonio se quitó la chaqueta de su traje y se la puso a ella sobre los hombros.

—Gracias —sonrió—. ¿Sabes? Me estás empezando a caer bien.

—Entonces no acabes conmigo cuando esto termine —dijo él con tono triste.

—Aunque no quisiera, Aaron se encargaría de deshacerte de ti. No le gustas.

—Ni él a mí. Pero me da igual. Tan

solo deseo que Aidan esté a salvo, me aseguraste que cuidarías de él.

Jen apoyó su cabeza en el hombro del demonio.

—Lo haré. No dejaré que nada malo le pase —prometió.

Karesh sonrió. Ninguno habló durante unos minutos. Los ruidos de la ciudad inundaron sus sentidos.

—Jen...

—¿Sí?

—¿Alguna vez has sentido que no perteneces a tu propio mundo? —preguntó él, aunque no sabía realmente qué respuesta deseaba escuchar.

—Todos los días. Me convertí en *Venatori Noctis* por ellos, mis amigos. Mi familia. Pero echo de menos ser una

chica normal que sale de fiesta, que va de compras o a la peluquería y que queda para comer con sus amigas.

—Te entiendo.

—Soy buena cazadora, tienes que admitirlo.

—Eso es cierto.

—Pero no me gusta. Todas las criaturas existimos por alguna razón. Algunos os pasáis de listos, pero no hacéis daño. Otros sí. Disfrutáis con el dolor humano. Dime, ¿cómo te sientes cuando comes nuestra carne o bebes nuestra sangre?

—¿En serio quieres saberlo?

Jen se apartó de él y asintió sin dejar de mirarle.

—La sangre, al igual que a un

vampiro, nos da vida. Nos sentimos eufóricos y poderosos. Sin embargo, la carne humana es deliciosa, como el mejor manjar del mundo. La comida basura nos alimenta, pero no nos quita el hambre.

—¿Necesitas comer y beber a menudo? —Estaba entusiasmada con aquella conversación, pero no entendía por qué se sentía así.

—No necesariamente. Podemos estar semanas sin alimentarnos, pero nuestro poder mengua.

—¿Desaparece vuestra magia?

—No, no me he explicado bien... Nuestro poder sigue ahí, pero nos sentimos tan hambrientos que podemos crear problemas...

—Oh, entiendo... De todas formas, es asqueroso.

—Si fueras un demonio, lo verías de otra forma.

—¿Qué se siente siendo el kahli?

—Serlo no es nada del otro mundo. No puedo tomar decisiones ni hacer nada sin el consentimiento de mi padre. Ser un demonio poderoso es más divertido. Al menos, puedo tener todo aquello que deseo.

—¿Alguna vez no has conseguido lo que tanto anhelas?

Karesh miró a la muchacha.

—Claro. No siempre se puede tener lo que deseas —le dijo con sinceridad.

—¿La echas de menos?

—Todos los días pienso en ella. Le

agradezco haberme dado a Aidan. Es lo más importante de mi vida, aunque Anazel también lo fue para mí.

Ella sonrió, pero de pronto su rostro se volvió triste y sus ojos se humedecieron.

—¿Qué ocurre? —Karesh acarició su cabello.

—Aidan te quiere y confía en ti. Los míos no confían en mí para contarme qué ocurre. Tampoco lo suficiente para decirme que tú y yo podemos ser familia.

—No sé si exactamente lo somos o no, pero cierto es que te lo han ocultado durante toda tu vida.

—Si tu padre es Haylel..., ¿mi padre también fue un ángel?

—Creo que la historia es más complicada de lo que imaginamos... —
Cogió su pequeño rostro entre sus manos para mirarla fijamente—. Te prometo que le obligaré a contarte la verdad, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—¿Quieres regresar? —preguntó él.

—No.

Se acopló de nuevo a su lado, apoyando su cabeza en el hombro del demonio.

—¿Significa que somos amigos? —
bromeó ella.

—Siempre que no me claves tu *katana* en el corazón —rio él.

—Y siempre que tú no me muerdas una pierna —soltó una risita.

—Trato hecho.

La joven cerró los ojos y la brisa acarició su rostro, despeinando su cabello ondulado.

—Jen...

—¿Sí? —Por un momento pensó en darle un buen puñetazo. ¿Es que acaso no iba a callarse y dejarla descansar un rato?

—¿Le amas?

Durante unos segundos, Jen se mantuvo en silencio, pensando.

—Le quiero más de lo que creo que merece —respondió con sinceridad.

—No, no hablo de querer, hablo de amar. Dar tu vida por él, dejar todo lo que tienes y eres por Aaron; tu familia, tus amigos, tu recién adquirido título de

cazadora...

Ella se incorporó y se puso en pie. Se apoyó en el frío metal y miró hacia abajo. Estaban muy muy alto.

—Siento haberte hecho esa pregunta, lo siento. —Karesh se situó a su lado.

—No te disculpes. Solo es que... No sé qué es lo que siento ahora mismo por él. —Le miró. Sus ojos azules parecían brillar en la oscuridad.

—Estás enfadada, por eso dices esas palabras.

—Quizás.

—¿Te apetece una copa?

—Me vendría bien, gracias.

Karesh colocó sus fuertes manos en las caderas de ella. Jen le miró sorprendida.

—Agárrate bien a mí, no quiero que te pierdas de camino —sonrió con picardía.

La chica se colocó la chaqueta metiendo sus brazos por las mangas, y después se abrazó a él. Apoyó su rostro en el pecho del demonio y cerró los ojos. Karesh le apretó contra su cuerpo.

La muchacha sintió en sus pies aquel cosquilleo que ya era habitual cada vez que desaparecían convertidos en humo.

—Ya puedes abrir los ojos. Estamos en casa —susurró el demonio cerca de su oído.

Jen los abrió, deseando que no fuera verdad y que aún siguieran en la ciudad.

—Oh...

—¿Qué? ¿No querías una copa? —
dijo mientras llenaba dos vasos.

Ella observó la habitación. Era un pequeño saloncito con un sofá de tres plazas frente a una chimenea. Recorrió la estancia y se dio cuenta de que allí había un amplio dormitorio, con una gran cama de matrimonio y un enorme vestidor.

—¿Es tu cuarto?

—Sé que querías tranquilidad. Aquí nadie se atrevería a entrar, te lo aseguro —dijo él ofreciéndole uno de los vasos de fino cristal.

—Parece que estás ligando conmigo —
rio.

—Vaya... Me has pillado —una
sonrisa apareció en su rostro.

—No sé si asustarme y salir corriendo por que me hayas traído a tu habitación, donde, por cierto, Aidan no está, y tú has confesado que estás ligando conmigo —chocó su vaso con el del demonio.

—Preferiría que no salieras corriendo, pues entonces sí creerían que entre tú y yo ha pasado algo —alzó su *whisky* y bebió.

Jen se quitó los tacones y caminó hasta el sofá, donde se acomodó. Apuró su bebida y pidió otra.

—¿No crees que ya has bebido suficiente? —preguntó el demonio mientras rellenaba de alcohol su vaso.

—Es posible, pero me gusta este asqueroso líquido —miró el vaso vacío.

Karesh se encogió de hombros y se sirvió otra copa. Después se sentó junto a la cazadora.

—Dime, ¿de qué conoces al príncipe Nikklai? —preguntó ella mientras subía sus piernas al sofá y le miraba.

—Le salvé la vida hace mucho tiempo —jugó con su vaso.

—¿Qué pasó?

—Creo recordar que fue hace más de setenta años... ¿Has oído hablar de la guerra entre espectros y licántropos? —Ella asintió—. Fue una de las batallas más sangrientas de la historia. Los espectros habían conseguido el poder suficiente como para enfrentarse a Axel y reclamar su título del Príncipe de las sombras.

—Recuerdo que el Consejo me habló de ello antes de mi iniciación —le contó ella.

—Bien. Al resto de criaturas no nos interesaba que ellos obtuvieran aquel poder, por lo que los demonios también participamos en la masacre. Uno de los espectros hirió gravemente a Axel. Pensé que sería bueno tener como aliado al príncipe, así que salvé su vida, curé sus heridas y él juró devolverme el favor.

—Vaya. No lo hubiera imaginado jamás. Eso nunca me lo dijo mi padre.

—Te lo estoy contando porque ahora somos amigos. Nadie lo sabía, es un secreto entre Axel y yo.

—Me siento halagada. Has confiado

en un humano —rio.

—Bueno, no eres una humana cualquiera, eres una *Venatori Noctis*, y además valiente.

—Desde luego que soy valiente. Si no lo fuera, jamás me hubiera atrevido a atraparte.

—Pero tienes miedo.

—No es cierto —respondió indignada.

—Claro que sí. Jen, eres valiente, en serio, pero eso no significa que no sientas miedo. Lo normal es tenerlo.

—Tener miedo es de cobardes y yo no lo soy.

—Vaya, he descubierto otra faceta tuya.

—¿Cuál?

—Además de valiente, guapa y tener mala leche, eres muy cabezota —se carcajeó.

—¡No es cierto!

—¿Ves? Lo que yo decía.

—¡Eres idiota! —Jen le golpeó en el hombro.

—E irresistible, confíésalo —sonrió.

Jen se puso en pie y dejó su vaso vacío sobre la mesita de cristal. Caminó sobre el frío suelo y se asomó al ventanal. Descubrió que tenía un balcón y abrió las puertas para salir del dormitorio. Karesh se levantó y se acercó a ella.

—Tienes una casa preciosa —dijo la joven observando los jardines, iluminados con farolillos.

—Eres la única que ha dicho algo... Nadie me ha dado las gracias por haberos salvado. —Dio el último trago a su copa.

—Gracias —se volvió hacia él y le miró—. Gracias por haber mantenido tu promesa. Sé que es por el hechizo —dijo antes de que él hablara—, pero como bien dijiste, podrías haber mandado a otro para matarnos.

—No tiene tanta gracia si no lo haces tú mismo —sonrió.

—Creo que debería marcharme, pero...

—Pero... ¿qué?

—Sé que Aaron estará ahí ahora. No estoy de humor para verle.

—Puedes quedarte aquí si quieres.

Duerme en mi cama.

—Karesh...

—Tranquila, me echaré en el sofá. Tengo un nuevo juguetito lleno de música —sacó de su bolsillo un móvil de última generación—. ¿Quieres bailar?

—¿Ahora? —ella estaba confundida.

—¿Cuándo si no? Hay que disfrutar de la vida y de los pequeños placeres que nos da. Y bailar es uno de ellos. Quizá así te relajes un poco.

—Está bien. Pero te advierto que no se me da bien...

El demonio buscó en su teléfono alguna canción que pudiera servirles. Tenía de todo: *rock*, música clásica, *pop*... Hasta que encontró una bonita

pieza de violín.

Dejó el móvil apoyado en la barandilla y ofreció su mano a la muchacha, que la aceptó gustosa. Él hizo una reverencia y ella le imitó con una sonrisa. Jen pensó que era el inicio de un vals, pero se equivocó. Era una romántica melodía. Él colocó su mano sobre la cadera de ella y le atrajo hacia él.

La muchacha no se separó. Se encontraba tan bien a su lado que Karesh se dio cuenta de que su respiración había cambiado. Se estaba quedando dormida.

Con una sonrisa la cogió en brazos y la llevó hasta el dormitorio. La echó sobre el mullido colchón y se sentó a su

lado. Le parecía tan bonita que le era imposible dejar de mirarla. Sentía la tentación de meterse en la cama con ella, pero le había dado su palabra de que no lo haría. Apartó algunos cabellos del rostro y sonrió.

Después se levantó y echó la chaqueta que ella se había quitado por encima de su pecho. Tras ponerse ropa cómoda, salió de allí. Recuperó su teléfono móvil de la terraza y se tumbó en el sofá. Se puso los cascos y se relajó al ritmo de la música.

Jen abrió los ojos despacio. Se desperezó y se sentó en la cama. Miró alrededor y vio que era el dormitorio de Karesh. Necesitaba lavarse la cara y

despejarse, tenía un fuerte dolor de cabeza debido a todo lo que había bebido la noche anterior. Entró en el baño y se llevó una ¿agradable? sorpresa: Karesh desnudo dándole la espalda.

—¡Mierda! —gritó ella y la puerta se cerró de golpe.

El demonio, que no se había percatado, se volvió y abrió la puerta.

—¡Pero tápate, por Dios! —Jen se cubrió los ojos con las manos, evitando mirarle.

—¡Qué mojigata! Como si no hubieras visto a un hombre en pelotas —rio.

—¡Claro que sí! ¡Pero no a ti!

—Es mi habitación, y si quiero ando

desnudo. Si no te gusta, márchate, nadie te prohíbe estar aquí —dijo seriamente.

Pero Jen no se atrevía a moverse. Escuchó cajones y el armario abrirse. Supuso que estaba buscando algo de ropa. Al cabo de unos minutos, entreabrió los ojos y se encontró con el rostro de Karesh a unos centímetros de ella.

—Ya está. No estoy desnudo, ¿contenta? —dijo mientras se apartaba. Llevaba puesto un pantalón corto de deporte.

—Gracias...

Él le dio la espalda y entró de nuevo en el baño. Desde donde encontraba, Jen podía ver su cuerpo perfecto. Su espalda era fuerte y ancha. Sus brazos,

musculosos. Una vez más, aquel tatuaje de su hombro izquierdo llamó su atención. Entró en el cuarto y con sus finos dedos recorrió cada línea de aquella eterna marca.

Karesh sintió un escalofrío que le erizó la piel.

—¿Qué es? —preguntó mientras intentaba descifrar lo que decía—. ¿Es un mandamiento?

—Es una promesa —replicó el demonio secándose un poco el pelo con una toalla—. No conseguirás traducirlo, es la lengua de los muertos.

—¿Y qué dice?

Él se dio la vuelta y se apoyó en el lavabo.

—*Mi ángel guardián, el hermoso*

custodio de mi espíritu, el protector que me conforta y me envuelve con su canto dulce y cálido.

—Es por Aidan, ¿verdad?

Él asintió.

—Me recuerda que hay una parte buena en mí, algo que nada ni nadie podrá borrar. Seré un demonio, un capullo, un devorador, pero también soy un buen padre.

—Sé que lo eres. Un tatuaje no tiene por qué demostrar a nadie algo que es cierto —respondió ella, mirándole fijamente.

—Gracias —sonrió.

—Creo que debería irme ya...

—Sí, seguro que están preocupados. ¿Pensarán que te he secuestrado o algo?

—No creo...

—Bah, me importa una mierda —se carcajeó y ella también rio.

Ambos fueron hasta el saloncito, donde Jen cogió sus tacones. Llevándolos en la mano, caminó hasta la puerta y salió del cuarto. Karesh se apoyó en el marco.

—Gracias por lo de anoche —le dedicó una amplia sonrisa.

—Cuando quieras repetimos —le guiñó el ojo.

En ese momento, ella se dio la vuelta y se encontró con Aaron. Su cara mostraba una mezcla entre sorpresa y rabia. Los ojos de Jen se abrieron como platos y salió corriendo de allí. No se sentía con ánimo y ganas de enfrentarse

a él.

Karesh le saludó con una sonrisa de oreja a oreja. Sabía que Aaron iría a por él, por lo que esperó en la misma postura mientras ella desaparecía.

Y así fue. El cazador estaba furioso.

—¿Qué ha pasado aquí? —apretó los puños, aguantando las ganas de pegarle.

—Nada que te incumba —el demonio se cruzó de brazos.

—¿Qué ha sido eso de agradecerte lo de anoche? ¿Qué le hiciste? —su enfado iba en aumento.

—Pues algo que le gustó. Y mucho —su sonrisa se amplió. Estaba celoso.

—¿¡Qué le hiciste!?

La sonrisa de Karesh desapareció. Estaba cansándose de ese estúpido

cazador. Parecía un adolescente celoso.

—¿Quieres saber qué hicimos? ¿Con pelos y señales? —dio un paso hacia Aaron—. Estuvimos hablando toda la noche, algo de tú deberías haber hecho hace mucho tiempo. Necesitaba un amigo. Te necesitaba a ti, pero tú estabas demasiado ocupado tratando de ocultarle toda la verdad a...

Pero Aaron no estaba dispuesto a que él abriera la boca. Lanzó su puño contra la cara del demonio, aunque el golpe jamás llegó. Karesh le agarró con fuerza del cuello.

Sus ojos se volvieron completamente negros y sus colmillos crecieron con rapidez.

—El deseo de Jennifer de protegerte

ha disminuido... Un poco más y dejarás de importarle. Y entonces, me desharé de ti el primero —le amenazó.

Los pies del chico habían dejado de rozar el suelo y el aire comenzaba a faltarle.

—Su-Suéltame —pidió en un susurro.

—Dejad de mentirle. No merece que la tratéis así —avisó la criatura—. Si lo seguís haciendo, procurad no estar cerca de mí cuando me ordene acabar con vosotros.

De repente, la mano que sujetaba su cuello se abrió, dejándole caer al suelo mientras luchaba por seguir respirando. Karesh estaba de rodillas, apretándose con fuerza las sienes y reprimiendo un grito a causa del fuerte dolor que sentía.

Aaron miró hacia su derecha. Raven había acudido en su ayuda y había lanzado un poderoso hechizo al demonio.

—Maldita bruja... ¡Serás la segunda en caer! —gritó la criatura.

Jen escuchó gritos y subió rápidamente las escaleras. Vio aquella escena con dolor.

—¡Raven! ¡Para! —pidió a su amiga, agarrándose a su brazo.

—¡Ha intentado matar a Aaron! —replicó esta.

—¡No es cierto! —dijo como pudo Karesh.

—No puede hacerlo, no sin que yo se lo ordene —habló Jen con seriedad mirando a Raven.

Pero al ver que esta no dejaba libre del hechizo al demonio, tiró sus zapatos al suelo y caminó hasta Karesh.

—Rompe el hechizo o le daré mi sangre y mi carne —ofreció su brazo al demonio, que la miró sin entender—. Si lo acepta, será lo suficientemente fuerte para romperlo por sí mismo. No creo que os apetezca verle enfadado.

Raven se dio cuenta de que su mejor amiga hablaba en serio, por lo que deshizo el encantamiento, dejando libre a Karesh, que cayó agotado de lado. Ella se sentó junto a él y colocó su cabeza sobre sus piernas.

Aaron estaba confuso, no entendía muy bien qué acababa de pasar.

—¿Por qué le defiendes? —protestó

al ver cómo su chica ayudaba al kahli.

—Hemos hecho un pacto. Es el único que no me miente, me dice las cosas tal y como son, me trata como a la adulta que soy. Ninguno de vosotros se merece que siga siendo su amiga, ni su novia ni su hija —vociferó, puesto su padre estaba allí, así como el Consejo y los cazadores supervivientes.

—Jen... —Aaron se acercó e intentó acariciar su brazo, pero ella le empujó.

—No me toques —amenazó.

—Hija —se pronunció Nathaniel—. Vamos abajo, hablemos como adultos.

La muchacha miró a Karesh, que parecía recuperarse.

—Ve, me reuniré con vosotros en unos instantes —dijo este,

incorporándose.

Ofreció sus manos a la muchacha para ayudarla a ponerse en pie y ella las aceptó.

—Gracias —sonrió.

Karesh le devolvió la sonrisa y se metió en su dormitorio, cerrando la puerta tras de sí. Ella cogió sus zapatos y bajó al salón, donde, sentada en el sofá, los esperó. No tenía demasiadas ganas de escuchar más mentiras, por lo que decidió que si oía una más, le pediría al demonio que la hiciera desaparecer de allí.

Enseguida se reunieron en el salón. Xiu, Ray, Aaron y Nathaniel se quedaron de pie, no pretendían atosigar a Jen, que se había acoplado en uno de

los sofás. Aidan quería estar allí, pero su padre, que acababa de entrar por la puerta, con uno de esos trajes que le sentaban como un guante, le pidió que saliera. El niño se enfurruñó y se cruzó de brazos, enfadado. Karesh sonrió. Entonces escucharon unos ladridos.

—¡Un perrito! —el pequeño corrió tras el animal. Ya tenía juegos para un buen rato.

El demonio cerró la puerta, para que nadie del servicio pudieran escucharlos.

—Hija... —Nathaniel fue el primero en hablar.

—Yo hago las preguntas —respondió ella—. Primero, ¿por qué el Consejo me ocultó que Lucifer mató a mi madre? Y segundo, ¿por qué nadie me dijo que él

era mi tío?

—Desde que tienes uso de razón —habló Rachel, miembro del Clan—, has sabido que un demonio mató a tu madre. Es cierto que se te ocultó que había sido él, pero eso no cambia las cosas. Tampoco te contamos que erais familia, pues...

—Temían que hubieras heredado sangre de demonio. —Karesh, que estaba apoyado en la chimenea, terminó la frase por ella—. ¿En serio creéis en esa leyenda?

—¿Leyenda? ¿De qué habláis? —Jen no entendía nada.

Pero nadie respondió.

—La conoces, Jen —dijo Xiu—, la leyenda del elegido. Aquel que junto al

ángel custodio hará desaparecer las tinieblas que amenazan a la humanidad.

—Claro que la conozco, pero no pensaréis que yo...

—No hay magia en tu interior, Jen — confesó Karesh—. Si la hubiera, la habría descubierto. Si tuvieras ese poder, podría ver tu aura a kilómetros de distancia.

—¿Puedes ver el aura? —Raven se sorprendió.

—Por supuesto. Tu aura es poderosa, Raven, más de lo que había imaginado. Hace unos momentos he podido comprobarlo. Pero no es del todo increíble. Si no tuviera estas cadenas — se miró las muñecas—, jamás podría doblégarme a ti.

—Quizá su poder aún no ha despertado —dijo Nathaniel—. Si no, ¿por qué mi hermano quiso acabar con ella?

—Puede que se tratara de un error..., o que Lucifer tenía demasiada hambre aquel día —rio el demonio.

—Raven, siempre nos has contado que Jen podría haber heredado el poder de su madre —comentó Robert, otro miembro del Consejo.

—Es cierto, pero según dice Karesh, no hay magia en ella. Eso nos da una ventaja: Haylel no vendrá a por ella —respondió la bruja.

—Vendrá a por ella, y a por todos vosotros. Está deseando saber por qué razón le he sido desleal —el demonio

parecía preocupado—. El Diablo es traicionero.

Jen intentaba asimilar tanta información en su cabeza. Todo aquello tenía sentido, pero ella nunca se había sentido especial.

—Aún hay una pregunta que no me habéis respondido —habló la muchacha, que jugaba con el bajo de su vestido—. Si Haylel es Lucifer, es un ángel caído. Entonces, tú... —se dirigió a su padre.

—Es una historia muy larga...

—¡Papá!

—Está bien, está bien... —Soltó un suspiro y comenzó su relato—: Haylel y yo nos amábamos, éramos dos hermanos inseparables. Nos convertimos en unos expertos luchadores, nos gustaba cazar

sombras nocturnas. Antes de crear la Orden, él y yo habíamos exterminado la raza vampírica. Juntos éramos invencibles, hasta que él hizo un pacto con un poderoso brujo. Ansiaba más, amaba el sabor de la sangre en sus manos. El brujo le convirtió en un demonio, una criatura infernal... Aquel hechicero se dio cuenta del terrible hechizo que había hecho, y antes de morir a manos de su creación le encerró en el Infierno, lugar que Haylel creó nada más convertirse en Lucifer.

—Te culpa de su desgracia —dijo Karesh—. Repetía una y otra vez que tú eras el culpable de todo lo ocurrido, pero nunca me dijo la razón.

—Fue por Rose. Él la amaba y se

puede decir que yo se la quité. Por eso me odia —rio con ironía.

—¡Ahora lo entiendo! —respondió Aaron—. Tú le quitaste lo que más amaba, así que él intentará quitarte lo que tú más ames.

—De momento lo ha conseguido, ha destruido tu sueño, aquel que con tanto esfuerzo construiste. —Raven cogió con cariño de la mano a Nathaniel, quien sonrió—. Pero al menos tu pequeña sigue viva, con nosotros, y tiene un buen protector —miró a Karesh.

—Ya que estamos con las sinceridades..., ¿por qué no confesáis vuestros pecados? —sonrió el demonio. Le encantaba meter cizaña entre ellos.

—¿¡Más mentiras!?! —regresó el

enfado de Jen, que se puso rápidamente en pie.

Raven y Nathaniel se miraron. El kahli tenía razón. No más mentiras.

—Jen, cariño —su padre caminó hasta ella—, te lo habíamos ocultado porque no sabíamos cómo reaccionarías... Raven y yo estamos juntos.

—¿Juntos? ¿En qué sent...? ¡Oh! Vaya... ¡Joder, eso es asqueroso! ¡Puaj!

Raven se carcajeó.

—No seas tonta, soy mayor que tu padre —dijo esta.

—Mira, bonita —se enfrentó a su amiga—. Como hagas daño a mi padre, te juro que te dejaré la piel más blanca que mi culo, ¿entendido?

La bruja no supo qué decir. Karesh soltó una fuerte carcajada que contagió a toda la sala. Jen abrazó a su amiga. Estaba feliz por ellos. Se alegraba de que su padre no estuviera solo.

—Solo os pido una cosa: jamás me contéis qué hacéis juntos, ¿entendido? —pidió la chica.

—¡A sus órdenes! —fingió un saludo militar.

—¿Alguien más tiene algo que confesar? —habló el demonio—. ¿Ray? ¿Xiu? ¿Aaron? —acentuó este último nombre. Ninguno dijo nada.

Xiu se percató de que el kahli no dejaba de mirar a su mejor amigo. ¿Sabría que Aaron ocultaba algo que no quería contar a nadie? Y si así era...,

¿qué estaría escondiendo? No entendía cómo podía mentirle a él también.

Jen también se dio cuenta de ello, por lo que la decepción que sentía por Aaron aumentaba cada vez más. Lo tenía decidido. Hasta que él no le confesara lo que estuviera ocultando, no volvería a hablarle.

Sin decir nada, la muchacha cogió de nuevo sus zapatos y se marchó de allí. No tenía ganas de seguir en aquel lugar. Se respiraba nerviosismo y eso le incomodaba. Nadie mencionó el pacto entre Karesh y el príncipe Nikklai y ella no iba a ser quién para hacerlo.

Aaron quiso ir tras ella, pero el demonio impidió que atravesara la puerta. Le agarró con fuerza del cuello,

y aunque se moría por arrancarle la cabeza, enseguida le soltó.

—No quiere verte, ¿no te has dado cuenta? —amenazó la criatura.

—¡Vaya! ¿Y sí va a querer ver al kahli que ha pactado a saber el qué con un licántropo? —arremetió el cazador.

—Desde luego que sí. Aún no sé qué planes tiene Axel para ayudarnos, pero en cuanto los sepa, ella será la primera. Es mi amiga y no pienso decepcionarla —le soltó.

Nathaniel observaba el nerviosismo que Aaron mostraba sin ser consciente. Karesh tenía razón, su mejor cazador ocultaba algo y no quería revelarlo. Estaba preocupado. ¿Y si hacía daño a su hija o acababa con la existencia de

los *Venatori Noctis*? Debía averiguar qué se traía entre manos antes de que fuera demasiado tarde.

Jen ya había decidido dónde pasaría unos días. No tenía ganas de ver a nadie ni se encontraba demasiado bien. Karesh entró en su dormitorio y se llevó una gran sorpresa. La cazadora estaba sentada en su sofá.

—¡Vaya! Parece que te gustó la fiesta de anoche... —bromeó.

—Cállate un rato, anda. Me duele la cabeza —se masajeó las sienes.

—Eh, no tienes buena cara —se sentó a su lado y le tocó la frente—. Jen, estás más caliente que yo después de quedarme un rato mirándote.

—¡Idiota! No tiene gracia... —le golpeó con fuerza en el hombro.

—Es en serio, tienes fiebre. No debí haberte llevado a la Torre Eiffel...

—No digas tonterías. Lo pasé muy bien. ¿Te importa que me quede aquí? No creo que nadie se atreva a entrar en tu dormitorio...

Él no supo qué decir. No esperaba semejante petición por parte de ella. Se le hacía raro que una mujer estuviese en su cama por su propia voluntad y sin hechizos de por medio.

—Claro, quédate cuanto tiempo necesites, yo dormiré en el sofá. Ahora quítate el vestido y échate un rato a dormir. Iré a buscarte algo de ropa más cómoda.

Jen se puso en pie sin ganas e intentó quitarse el vestido, pero recordó que tenía cremallera en la espalda y no llegaba.

—¿M-Me harías el favor de bajarla?
—pidió en voz baja.

El demonio sintió su corazón palpar con fuerza. No sabía si levantarse de allí o no. Pero lo hizo, necesitaba su ayuda. Ella se apartó el cabello para que tuviera mayor facilidad para bajarla, y Karesh agarró la pieza de metal y la bajó lentamente, disfrutando del roce de su piel en su dedo hasta el final de su columna. Después se apartó, pues había comenzado a pensar cosas algo subidas de tono y no quería que ella pensara que era un aprovechado.

—Gracias —agradeció la muchacha.

Se dirigió al dormitorio y cerró la puerta. Entonces el kahli desapareció de allí en busca de la ropa que le había prometido.

Cuando regresó, llevaba diferentes prendas en su brazo: vaqueros, camisetas, *shorts*, *leggings*... Llamó a la puerta, pero ella no contestó. Abrió despacio, para que no se asustara. Entonces la vio tumbada en la cama y arropada con las sábanas. Dejó la ropa sobre el diván que había al fondo del cuarto y se sentó a su lado. Estaba sudando a causa de la fiebre.

Se cambió de ropa, se puso unos vaqueros y una camiseta gris. Entró en el baño y preparó un poco de agua fría y

unos trapos. Se sentó de nuevo en la cama y mojó la tela, para a continuación ponérsela sobre la frente. Tenía que bajar como fuera su fiebre, no quería que Axel apareciera por allí y la encontrara enferma. Era cierto que el príncipe Nikklai le debía un favor, pero no se fiaba en absoluto de él.

Se dio cuenta de cuánto le gustaba esa mujer. Era valiente y fuerte, no mostraba miedo a nada ni a nadie, ni siquiera a él, el poderoso kahli. Y eso era digno de respetar. ¿Podría ser posible que se hubiera enamorado de ella más de lo que creía? No, a él también le gustaba la compañía masculina... Le gustaba sentirse querido tanto por hombres como por mujeres, pero con ella era diferente.

Cada vez que estaba a su lado olvidaba qué era y cuál era su cometido en aquel mundo mortal. Deseaba hacerla suya y compartir el resto de la eternidad con ella.

—Mierda...

Podría hechizarla para que ella le amara, pero no sería justo para ninguno de los dos. Quería conquistarla, regalarle las estrellas si hacía falta, pero deseaba que aquella mujer se enamorara de él por sí sola. Tenía la desventaja de que ella tenía pareja y le quería, por mucho que dijera que estaba enfadada con él. Pero aquello era una lucha contra Aaron y en cualquier guerra todo vale. Tenía que pensar qué iba a hacer para lograrlo.

En ese momento Jen se movió y abrió los ojos.

—Gracias —agradeció con una sonrisa.

—Jen... Deberías hablar con...

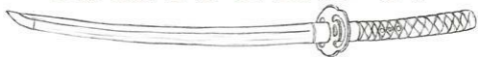
—Lo sé... Pero te ruego que me des algo de tiempo...

—No pienso dejar que te muevas de aquí con la fiebre que tienes —sentenció, sin dejarle opción a responder.

De pronto escucharon un fuerte golpe procedente del saloncito de la habitación. Alguien había entrado y se dirigía hasta allí.

Aaron.

CAPÍTULO 11



Tenía que contarle la verdad a Jen, ella no se merecía lo que estaba ocurriendo. Que estuviera enfadada con él lo estaba matando, por lo que buscó a la joven por todo el edificio, pero no la encontró.

—Aaron, ¿has mirado en la habitación del demonio? Parece que han hecho muy buenas migas ellos dos... — le respondió Xiu, bastante molesto.

¿Jen y Karesh en el mismo dormitorio? Ni soñarlo. A toda velocidad regresó al piso de arriba y abrió con fuerza la puerta de un golpe. Se encontraba en un pequeño saloncito y

allí no había nadie; entonces escuchó voces en la habitación contigua y se dirigió allí. Era cierto. Jen se encontraba tumbada en la cama y el demonio estaba sentado a su lado.

—Apártate de ella —amenazó Aaron.

—Ni lo sueñes —respondió Karesh sin mirarle.

El cazador dio varios pasos hacia él, sacó su cuchillo de plata de su bota y le amenazó.

—Estás tan ciego que no ves ni lo que pasa a tu alrededor, ¿verdad? —le dijo el kahli, que ni se inmutó.

Entonces, Aaron miró a Jen. Tenía mala cara y vio en su frente las gasas húmedas.

—¿¡Qué le has hecho!?

—Aaron —la chica se incorporó—. No me ha hecho nada, al contrario, está preocupado. Tengo fiebre y está intentando bajarla...

—¿Es eso cierto? —miró al kahli.

Este le mostró las gasas y el agua.

—Si has venido a molestar, márchate, por favor —pidió de buenos modos el demonio mientras apartaba el cuchillo de su garganta.

—Quiero hablar con ella.

Karesh miró a la muchacha, que asintió. Dejó el agua sobre la mesita y se puso en pie, dispuesto a marcharse de allí.

—Lo que tengas que decir, puedes hacerlo delante de él —dijo ella—. Karesh, no te marches, por favor.

—No es de su incumbencia. —El cazador comenzó de nuevo a sentir ira hacia el maldito kahli.

—Aaron, sigo muy enfadada y no estoy para tonterías. Dime lo que tengas que decir —se incorporó en la cama y se cruzó de brazos.

—Jen, creo que es mejor que lo habléis a solas —comentó el demonio. Acababa de leer la mente del chico y desde luego era algo que a él no le interesaba en absoluto—. Os dejaré tranquilos.

Karesh salió del dormitorio y cerró la puerta. Cogió un vaso, se echó un poco de *whisky* y puso rumbo al balcón. Se apoyó en la blanca balaustrada y observó el cuidado y hermoso jardín,

donde un laberinto lucía sus altas paredes de hiedra.

Mientras tanto, en el cuarto, Aaron no dejaba de dar vueltas alrededor de la cama. No encontraba la forma de contarle aquello que le atormentaba.

—Aaron, por Dios, ¡me estás poniendo nerviosa! ¡Dime de una vez qué te pasa! —pidió ella.

—Jen..., yo... —Se sentó a su lado y le cogió de las manos—. No podemos seguir juntos.

—¿A qué viene eso? —no entendía nada.

—Jennifer... Ya no siento esas cosquillas en el estómago cuando estoy contigo...

Jen abrió los ojos de par en par y se

soltó bruscamente de él.

—¿Cómo has dicho? —No estaba segura de haberle escuchado bien.

—Nuestra relación está entorpeciendo nuestra complicada misión...

La joven se puso inmediatamente de pie y él la imitó.

—¿Me estás diciendo que durante todo este tiempo me has estado mintiendo?

—No exactamente...

De pronto ella le dio un fuerte y sonoro bofetón, que le dejó ojiplático y sin poder decir ni una palabra.

—Entonces... ¿no es cierto que estás enamorado de mí?

—Me gustas mucho, Jen,

muchísimo... Pero es complicado de explicar... Por eso lo mejor es que esto se acabe cuanto antes. No quiero que sigas haciéndote ilusiones conmigo.

Él no dijo ni una palabra más y agachó la cabeza en silencio.

—¡Serás gilipollas! —ella le empujó con fuerza—. ¡Maldito capullo! ¡He desperdiciado mi vida contigo!

Se dispuso a abofetearle de nuevo, pero Karesh apareció rápidamente en el cuarto convertido en humo y le agarró de la cintura, apartándole de él.

—Eh, tranquila. Deja de pegarle, no se lo merece —respondió el demonio.

—¿Tú lo sabías? —preguntó ella.

—Quise decírtelo, pero creo que él era el que te debía una explicación, no

yo. Pero Jen... —Le obligó a volverse y a mirarle—. Es difícil intentar ocultar algo así. Siempre tratas de no dañar a la gente que te importa. Durante años procuré ocultarle a Aidan lo que él era y lo que era yo, hasta que se lo conté. Es hora de que tú también seas sincera con él.

—¿Yo? —no entendía a qué se refería.

—Tampoco estás enamorada de él; si lo estuvieras, habrías luchado por vuestra relación.

Jen miró a Aaron. Karesh tenía razón. Le gustaba mucho. Lo pasaba de maravilla con él y le quería. Pero no le amaba.

—Eso no le exime de que esté

cabreada con él por todo lo que me ha ocultado durante tanto tiempo —respondió ella.

—Tienes razón —habló el cazador—. Tu padre nos pidió a todos que no habláramos contigo de esos temas. Te juro que me moría de ganas de hacerlo, pero nunca encontré el momento adecuado. Lo siento.

—Jen, es posible que tomaran esa decisión porque te conocen. Hubieras buscado venganza, tal y como yo o cualquier otro haría —Karesh defendió por primera vez al cazador.

—Sé que te decepcionado, Jen, pero tenía que ser sincero contigo —dijo Aaron, arrepentido de todas las mentiras.

—Aaron... Quiero disculparme contigo. He sido una borde...

—Soy yo quien tiene que pedirte perdón. Nunca quise hacerte daño, te lo juro. Lo siento, de veras. —La cogió de las manos—. Si decides odiarme, lo entenderé.

—Aaron, somos adultos. No te voy a negar que me siento dolida..., pero no pasa nada. Chicos... —se llevó la mano a la cabeza—. Estoy algo mareada...

Entre él y el demonio la tumbaron en la cama. Karesh comprobó que aún tenía fiebre y le puso otra gasa húmeda en la frente.

Aaron se marchó con la cabeza gacha. Había sido sincero con ella, no merecía que siguieran con aquella falsa relación.

Jen, al ver cómo se marchaba el que hasta hacía unos minutos había sido su novio, se sintió triste y traicionada.

Aaron fue en busca de Xiu. Necesitaba hablar con un amigo; lo que acababa de hacer no había sido sencillo para él. Había confundido sus sentimientos, ilusionando a la chica.

—Según dices, se lo ha tomado bien —dijo el japonés.

—Eso parece. Sé que es fuerte. Me quiere, pero espero que olvidemos todo esto, como si no hubiera pasado.

—Ya... ¿Y ahora con quién piensas desfogarte? Si ya te dije yo que estabais mejor como amigos con derecho a *kiki* en lugar de novios...

—Bah, cállate ya, no digas chorradas.

—¿Qué harás si algún otro se acerca a ella?

—Es libre de elegir.

—Has hecho bien. Ahora, cíñete al plan.

Aaron asintió. Tenían que deshacerse de aquel demonio de una vez por todas.

La fiebre de Jen duró dos días más, durante los cuales Karesh fue su enfermero particular. Estaba preocupado por ella, pues no quería hablar, ni comer ni moverse de la cama, donde pasaba la mayor parte del tiempo.

—Jen, es hora de que lo sueltes — dijo el kahli mientras corría las cortinas del gran ventanal de su habitación.

—No me apetece —se tapó la cabeza con la sábana.

—Si no lo haces, te carcomerá la culpa toda tu vida. Vamos, tu baño está listo —tiró de la sábana hasta destaparla por completo.

La obligó a levantarse e ir al lavabo, donde Karesh le había preparado la bañera hasta arriba de agua caliente con mucha espuma. Él salió del servicio para dejarle algo de intimidad. Jen se quitó la ropa y se metió despacio en el agua. Estaba ardiendo, tal y como a ella le gustaba. Hacía tanto tiempo que no se daba un baño como ese que ni siquiera lo recordaba.

Cuando su cuerpo estuvo completamente cubierto por el caldeado

líquido, avisó a la criatura, que entró de nuevo. Este, sin quitarse la ropa, se metió también en el agua.

—¿Qué coño haces? —preguntó ella de malos modos.

—Obligarte a hablar de lo ocurrido.

—Déjame en paz. ¡Largo!

—Ni lo sueñes. Sé que estás dolida y que tienes mucha rabia y dolor acumulado en tu pecho. Deja que salga de una vez.

Y entonces, pasó. Lágrimas amargas rodaron por sus mejillas.

—¿Estás contento? Me has hecho llorar... —Intentó secárselas, pero solo consiguió mojarse más los mofletes.

—No, quiero que me digas cómo te sientes. Vamos.

—Pues me siento una mierda, Karesh. Creí que nos iba bien, que éramos novios.

—Nunca lo habéis sido, Jen. Una pareja no es sólo acostarse juntos. Una pareja es disfrutar por estar juntos, salir de vez en cuando, observar las estrellas, regalarte flores...

—Nunca me ha regalado flores...

—¿Nunca? ¿En serio?

Ella asintió. Las lágrimas no dejaron de caer durante unos minutos.

—Bueno. Ya encontrarás a otro. Hay muchos peces en el mar, pequeña — sonrió.

Pero, de repente, el demonio saltó hacia ella, colocándose entre sus piernas y tapando sus labios con su mano. Sus

cuerpos estaban demasiado juntos, tanto que el hombro de él rozaba sus pechos.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¡Apártate de mí! —gritó mientras le empujaba, pero él le tapó de nuevo la boca.

—¡*Shhh!* Hay una criatura en mi salón...

El cuerpo de Jen se movió inquieto bajo el agua. Él apartó sus manos de los labios de la chica y juntos se pusieron de pie. Karesh venció la tentación de disfrutar de las vistas de su cuerpo desnudo. La muchacha se puso rápidamente una toalla alrededor.

—No te muevas de aquí y echa el cerrojo en cuanto desaparezca —ordenó él.

Karesh se convirtió en humo, momento que ella aprovechó para cerrar la puerta con llave. El baño no tenía ventanas, por lo que el monstruo que aguardaba fuera no podría entrar. Se secó rápidamente y se puso la ropa que el demonio le había preparado, aunque tenía un problema: carecía de armas de plata para defenderse...

Se acercó a la puerta y apoyó la oreja sobre la madera, intentando escuchar algo, pero no pudo oír nada. Todo estaba en silencio. Entonces quitó el cerrojo y abrió lentamente. Miró bien por todas partes, confirmando que no había ninguna criatura en la habitación. Salió del baño y se dirigió hasta el diván, donde acababa de ver su *katana*.

Karesh debió de ponerla ahí en algún momento, porque no recordaba que ella la hubiera llevado encima. Cogió su arma y la desenvainó, dispuesta a usarla si hacía falta.

De repente, el demonio apareció frente a ella, asustándola. La chica levantó el brazo con la espada en alto, dispuesta a defenderse.

—Tranquila, soy yo —dijo él.

—¿Qué ocurre? —bajó el arma—. ¿Qué criatura ha entrado?

—Era un lobo. No he podido reconocerle, no puedo asegurar que sea del clan de Axel.

—¿Un lobo? ¿Crees que Axel le habrá enviado por algún motivo?

—No estoy seguro.

En ese momento irrumpieron en la habitación Raven y Nathaniel, seguidos por Aaron y Xiu. Llevaban sus armas listas para la pelea.

—Hay que sacar a Jen y a Aidan de aquí —dijo el padre de la joven.

El pequeño, en brazos de Xiu, saltó al suelo nada más ver a Karesh y corrió hacia él, abrazándole con fuerza la pierna. La criatura lo cogió en brazos e intentó tranquilizarle.

—Hay muchos... —gimió el niño, agarrándose con fuerza al cuello de su padre.

—Salgamos fuera, será más fácil acabar con ellos al aire libre —respondió el japonés. Tenía ganas de ir de caza.

—¿Crees que tu amigo Axel prepararía una emboscada? —habló Aaron con sorna, recalcando con desprecio la palabra «amigo». No fue capaz de mirar a Jen a los ojos. Ella tampoco pudo mirarle.

—Es hombre de palabra, jamás ha incumplido una promesa —comentó el demonio—. Y no es *mi amigo*, tan solo me debe una.

—Lo que tú digas. Nos vemos abajo —sentenció el cazador saliendo a toda prisa del dormitorio.

Raven y Xiu le siguieron, pero Nathaniel se quedó unos segundos más.

—Karesh, si los lobos pretenden atacar, por favor, saca a Jen de aquí —pidió el hombre.

—Si he de hacerlo, lo haré —explicó el demonio.

Nathaniel asintió. Se marchó rápidamente para reencontrarse con los cazadores supervivientes y miembros del Consejo, a los que explicó los planes.

Karesh escondió a Aidan en un hueco secreto tras la pared del armario.

—Vendré a por ti en unos minutos, ¿de acuerdo?

El niño asintió y él le besó en la frente. Después tapó el escondite, donde nadie podría encontrarle.

Jen salía del dormitorio cuando Karesh la agarró del brazo.

—Ten cuidado, por favor. No me fio de ningún lobo —dijo él.

—Tranquilo, pronto sabremos qué quieren —sonrió.

Juntos bajaron con rapidez por las escaleras, pero Karesh desapareció convertido en humo. Entonces, Jen se vio acorralada en la entrada del edificio por seis hombres. Uno de ellos le era completamente familiar. Imposible no reconocer aquellos ojos azules que parecían dos océanos.

—Vaya, vaya... ¡Pero si eres una *Venatori Noctis*! ¡Quién lo hubiera imaginado! —rio él.

—Tú eres Axel, ¿cierto?

—Así es, *cara*. No nos han presentado oficialmente —dio un paso hacia ella y le cogió de la mano, besándosela después—. Soy Axel,

príncipe Nikklai. Encantada de conocerte, Jennifer.

Ella se soltó de inmediato.

—¿Qué hacéis aquí? Te prohíbo que hagas daño a mi gente.

—¿Así que la cazadora de sombras nocturnas se atreve a ordenar algo a un licántropo? *Cara*, no sé qué te habrán contado tus mayores, pero un Nikklai no cumple órdenes de un mortal.

—Pues esta mortal no piensa hacer lo que tú desees —le hizo frente.

—Vaya, cada vez me gustas más. Me pareces interesante.

—Pues tú me pareces lo más desagradable del mundo. Además, hueles a perro —soltó sin cortarse un pelo.

Axel se carcajeó, contagiando a sus hermanos. Pero ella no rio. Lo decía en serio. Se cruzó de brazos y le miró.

—¿Se puede saber a qué has venido? Te están buscando, si doy la voz de alarma te meterás en un buen lío.

El hombre caminó hacia ella y se paró a tan solo unos centímetros de su menudo cuerpo.

—¿Dónde está tu demonio? No le encuentro por aquí... —insinuó llevando su mano hacia la entrepierna de la muchacha.

Ella, indignada, le abofeteó con fuerza.

—Nadie está entre mis piernas, gilipollas. Dime a qué has venido —no se amedrentó.

Los demás hombres se quedaron sorprendidos con ella. No mostraba ningún miedo ni respeto hacia su príncipe, pero se preocuparon porque este no había hecho nada para hacerse respetar.

—Vaya, nos has salido juguetona... Pues divirtámonos un rato —Axel dio un paso hacia la muchacha, pero ella dio otro hacia atrás.

—Ni se te ocurra volver a tocarme —amenazó.

—¿Y si lo hago? —el licántropo rio de lado.

Jen le enseñó la *katana* que escondía tras su espalda.

—Pues te la meteré por el culo. Capullo.

—Guapa, *sexy* y deslenguada. Me encanta. —Estiró su mano hacia ella sin dejar de mirarla.

Entonces, Jen levantó su rodilla y golpeó con fuerza la entrepierna del hombre. Inmediatamente salió de allí.

Axel estaba cabreado, tanto que sus azules ojos brillaron con intensidad. Su respiración se agitaba cada vez más, al tiempo que sus colmillos comenzaban a crecer. Se iba a convertir.

Jen corrió hacia la entrada. Abrió con rapidez la puerta mientras escuchaba un terrible crujir de huesos; no se atrevió a mirar atrás. Salió al jardín, donde encontró a sus compañeros, incluso a Karesh, rodeados de enormes lobos.

Con la *katana* en mano y dispuesta a

usarla, avanzó hasta el grupo, pero de pronto sintió un fuerte dolor en su mano izquierda. Algo tiró de ella hacia atrás y la hizo caer al suelo de espaldas. Un gran lobo negro aferraba su brazo entre sus largos y afiladísimos dientes. Ella gritó con fuerza.

El animal gruñía, rabioso. Enseguida la rodearon los demás lobos. Alzó su arma y la hoja silbó en el aire alcanzando el morro de la criatura, que inmediatamente soltó su brazo.

La plata hizo su efecto al dañar la piel del lobo, el cual dio unos pasos hacia atrás.

Karesh escuchó los gritos de la muchacha y el suelo tembló bajo sus pies. Sus ojos se convirtieron en negros

iris y sus colmillos crecieron más de lo habitual. Los lobos dieron un paso hacia atrás, pues aquella criatura iba a mostrar su forma original.

El lobo negro aulló e inmediatamente se marcharon de allí. Al verlos desaparecer, el demonio recuperó el semblante y corrió hacia la chica, a la que ayudó a ponerse en pie.

—Jen, estás herida... —dijo mientras observaba la herida; por suerte no era demasiado profunda, pero sangraba en abundancia.

—Me ha mordido uno de los lobos —respondió ella.

—¿¡Un lobo!?! ¿De qué color era?

—No lo sé...

—¡Joder, Jen! ¡Tienes que decírmelo!

¿Era negro? ¡Contesta! —la agarró de los brazos y la zarandeó.

—¡No lo sé! ¡Ha sido todo tan deprisa que no lo recuerdo! —Comenzó a asustarse por su reacción—. ¿Qué más da de qué color sea? ¡Me ha mordido un puto lobo, maldita sea!

Pero él no dijo nada. No era el mejor momento para contarle lo que eso significaba. Nathaniel y Raven corrieron hasta donde ellos se encontraban y vieron la fea herida.

—Hay que curarte eso —dijo Raven mirando con detenimiento su brazo y la hemorragia—, o te desangrarás.

—Karesh, llévala dentro, por favor —pidió Nathaniel.

El demonio le obedeció y,

convertidos en humo, los esperaron en el salón. Enseguida llegaron la bruja y su padre cargando una caja en las manos. Raven se sentó al lado de su amiga y Karesh limpió la herida con un poco de *whisky*. Jen gritó con fuerza.

—Lo siento, es lo primero que he encontrado —se disculpó el kahli mientras la miraba fijamente.

Raven preparó una pasta que echó sobre la herida.

—Te quedarán unas marcas muy feas... —comentó esta—. Al menos ya no sangra. —Tocó su frente—. Y sigues teniendo fiebre.

En ese momento irrumpió en el salón Aidan, que corrió hacia su padre y se abrazó a él. Después miró a Jen con el

ceño fruncido.

—Esa herida no voy a poder curártela... —musitó el pequeño.

—No te preocupes —acarició su cabello rizado—. Estoy bien. ¿Tuviste miedo? —El niño negó con la cabeza—. Eres muy valiente —sonrió—. Chicos... No me encuentro bien... —indicó mientras se llevaba la mano buena a la sien.

—Deberías echarte un rato —le aconsejó Raven—. La pasta que te he echado tiene un fuerte calmante para el dolor. ¿Dónde está Aaron? —le buscó con la mirada, pero no le vio—. Que te lleve a vuestra habitación.

—No quiero saber dónde está —respondió Jen.

—¿Por qué? —preguntó Nathaniel—. ¿Ha ocurrido algo?

Ella no respondió. No estaba de humor.

—La ha plantado —explicó el demonio mientras cogía en brazos a la muchacha, quien se agarró a él medio dormida.

—Karesh —Nathaniel le agarró del brazo—. Vigila su herida, por favor. Si empeora...

—No os preocupéis, averiguaré quién le mordió. Rezad a vuestro Dios para que no haya sido Axel. Si ha sido él, le arrancaré las entrañas.

Sus cuerpos desaparecieron convertidos en humo, reapareciendo en el dormitorio del kahli. Jen parpadeó

varias veces hasta que abrió los ojos y se encontró sentada en el sofá del saloncito de Karesh, que se encontraba de pie tras ella.

La muchacha se miró la mano, donde aquel lobo le había mordido.

—Karesh..., ¿crees que endurecerá?
—tocó con sus dedos la pasta.

—Si me la chupas, seguro que sí —
respondió él con una enorme sonrisa.

—¡Pero serás imbécil! —Se puso en pie y se acercó hasta él—. ¡Eres insoportable! —le golpeó con fuerza en el pecho con su mano buena—. Gilipollas.

—Qué le voy a hacer, vengo así de fábrica. Las reclamaciones se las planteas a don Haylel, alias Lucifer —se

encogió de hombros.

—Ya te gustaría que te la chupara, pedazo de idiota. —De nuevo se sintió mareada—. Joder, esta mierda de Raven me está adormilando...

—Anda, tumbate en la cama y descansa. Tu fiebre aún no ha desaparecido. —Intentó ayudarla y acompañarla al dormitorio, pero ella se zafó.

No estaba de humor para sus tonterías, y si le decía una sola palabra más, sería a él a quien le metería la *katana* por cierto agujero.

Karesh se dio cuenta de que estaba enfadada y la dejó tranquila. Ella se tumbó en la cama, procurando no manchar las sábanas con la pasta, y

cerró los ojos. Se rindió al sueño enseguida.

No supo cuántas horas había dormido, pero despertó algo más tranquila. Se puso en pie y se asomó a la ventana; estaba anocheciendo. Jen buscó a Karesh en el dormitorio, pero no le vio, ni siquiera estaba dormido en el sofá. Salió del salón hasta el pasillo, pero allí tampoco había nadie. Bajó las escaleras y atravesó la puerta de la entrada, pues pensó que estarían fuera. El jardín se le antojó inmenso, pero allí tampoco los encontró. En su lugar vio un gran muro de hiedra... ¿Qué se escondía tras él?

Llegó hasta las hermosas paredes cubiertas de verde enredadera. Notó el

frío bajo sus pies, sintiendo el húmedo césped en su piel. Miró hacia abajo y vio que estaba descalza. Sin importarle, continuó caminando por los estrechos pasillos mientras el viento mecía su oscuro cabello, haciendo que sus ondas bailaran en el aire.

Parecía desorientada, y en unos minutos, al volver la vista atrás, se dio cuenta de que se encontraba dentro de un laberinto. Su inconsciente le había llevado hasta allí, pero ¿por qué?

Recordó una historia sobre un laberinto que una vez le contó Raven. Decían que cuando entrabas en uno, dentro podías hallar aquello que tanto anhelas, pero por otro lado, podías encontrarte con tu mayor temor. Y que si

conseguías salir de él con vida, tu mayor deseo se haría realidad.

Durante un fugaz segundo pudo ver una sombra tras ella. Se giró y no vio nada. Al volver al camino, pudo distinguir de lejos una figura que reconocería en cualquier sitio.

—¿Aaron? ¿Eres tú?

La figura no respondió y desapareció.

—¡Aaron! ¡Espera!

Corrió tras él y cuando estaba a punto de alcanzarle, él se esfumó.

De repente comenzó a escuchar sonidos extraños. Ruidos que la acechaban entre la maleza. ¿O era tras los muros de hiedra? No sabía si continuar hacia adelante para buscar la salida o volver tras sus pasos. Estaba

asustada.

Eligió volver, pero cada vez que cruzaba un pasillo, se encontraba con dos más, uno con salida a la derecha y otro hacia la izquierda, por lo que decidió seguir adelante nuevamente. Por un momento se sintió como aquella muchacha que debía rescatar a su hermanito de las garras del rey de los goblins.

Su corazón latía cada vez con más fuerza, pues no hallaba la salida. Era imposible encontrarla con tantos corredores, que parecían cambiar de dirección cada vez que daba un paso.

El miedo comenzó a apoderarse de ella. ¿Realmente sería capaz de salir de allí? Intentó gritar para que pudieran

encontrarla, pero ningún sonido salió de su garganta.

La oscura noche cayó sobre sí. ¿Cuánto tiempo llevaba allí dentro? Tan solo parecían unos minutos. El frío y el temor se instalaron en ella, y entre lágrimas, encogida y temblando, cayó al suelo.

Cerró los ojos con fuerza, pues temía que si los abría se encontrara con su peor pesadilla. Pero entonces, lo escuchó: algo o alguien la llamaba en el laberinto. Oía su nombre en el viento, a través de las hojas de la hiedra.

Era una dulce voz que le repetía una y otra vez lo mismo.

Abrió los ojos despacio, rezando por que no fuera ninguna extraña criatura, y

gracias a Dios ahí no había nada, tan solo estaba ella. Escuchó de nuevo su nombre y se puso en pie. No pudo reconocer la voz, pero no podía evitar querer averiguar quién le llamaba.

Atravesó cada pasillo siguiendo aquella voz, pisando sobre piedras y ramas rotas, haciéndose pequeños cortes en las plantas de sus pies. La hiedra, en algunas zonas, se convirtió en ramas, con grandes espinas que arañaban sus brazos desnudos.

Una vez en el centro del laberinto, entró en un círculo de piedras que, tras unos segundos, comenzaron a arder, creando un gran anillo de llamas a su alrededor.

Tenía mucho calor. Sabía que no

podía escapar de ellas, por lo que esperó.

«*Jen...*», dijo la dulce voz. La muchacha sonrió, pues ahora sí lo había reconocido.

Karesh atravesó el anillo de fuego como si nada. Estaba cubierto de sangre y parecía herido.

«*Karesh, ¿qué te ha pasado?*», preguntó ella sin tener que hablar.

«*Soy un monstruo, pequeña, no quiero hacerte daño.*»

«*Nunca me harás daño, lo sé.*»

«*¿Cómo puedes estar tan segura?*»

«*Porque me amas. Tanto como yo a ti.*»

El demonio se acercó a ella mostrando sus colmillos, y con los

labios cubiertos de sangre, la besó dulcemente. Se separó de él y a su espalda pudo ver a Aaron, con una hermosa *katana* en su mano derecha.

Se acercó a ellos y miró a los ojos a la muchacha.

«*Dime que no me amas*», le rogó el cazador.

Jen no pudo decirle nada. Era cierto, le quería, pero no le amaba. Los quería a los dos. Aaron se acercó a ella, atravesando el círculo de fuego sin quemarse siquiera, y la besó.

Pero aquel beso no le supo a nada...

«*No se puede amar a dos personas a la vez*», le dijo Aaron. «*Tienes que elegir a uno de nosotros*».

Ella se supo incapaz de escoger. Su

mente estaba nublada y aún no se encontraba muy bien.

Pero entonces, una tercera figura apareció al otro lado del círculo. Axel.

«Cara, ¿por qué dudas? Tu corazón es el que manda. La mente solo es un estorbo», habló el príncipe Nikklai.

No se inmutó. Miró a Aaron, después al licántropo y por último al kahli.

¿Qué demonios querían que hiciera? ¿Estaban los tres allí por alguna razón que ella aún trataba de entender? Karesh había desaparecido de su lado y ahora se encontraba junto a los otros dos hombres. Cerró los ojos con fuerza intentando buscar una explicación coherente a lo que estaba ocurriendo, pero cuando los abrió, las tres criaturas

habían desaparecido, dejándola sola dentro del círculo de fuego, que comenzaba a cerrarse. Intentó saltar y salvarse de morir allí, pero resultaba imposible, era como si una fuerza invisible le impidiera moverse de su sitio. Sentía sus pies clavados al suelo. Gritó con fuerza, pero no sirvió de nada. Las llamas la alcanzaron y quemaron su sedosa piel.

De repente abrió los ojos, le dolía todo el cuerpo. Miró a su alrededor y vio que se encontraba en la cama de Karesh, en perfecto estado. Todo había sido un sueño. Una horrible pesadilla.

El demonio estaba allí con ella, sentado en una silla mirando por la ventana, observando el cielo, pensativo.

Cuando le oyó llamarle, se levantó y se sentó en la cama a su lado.

—Has tenido otro sueño astral... — dijo él, apartándole los cabellos que tenía pegados a la frente a causa del sudor.

—¿También lo has visto?

—Sí. También he visto a dos personas más, pero no he podido distinguir quiénes eran. ¿Podrías decírmelo?

—Eran Aaron y Axel.

—¿Axel? ¿Qué coño pinta Axel en tus sueños?

—Ni lo sé ni me importa. No quiero saber nada de él. No sé si fue buena idea que le metieras en esto. —Se tumbó de nuevo en la cama.

—Me estoy arrepintiéndome de ello... ¿Te lo encontraste? Nosotros no le vimos.

—Me rodearon en la entrada, parecía bastante interesado en mí.

—¿Interesado en qué sentido?

—Supongo que en el mismo sentido que os interesamos las mujeres a todos los tíos, da igual que seáis humanos o criaturas.

—Ya, claro... No todos estamos salidos, pequeña.

—¡Ah, claro! Como que tú eres un santito...

Jen se puso en pie; necesitaba beber algo, fuera lo que fuese. No le importaba si era *whisky*, ron, un refresco o agua, pero tenía mucha sed.

Su cuerpo aún no estaba recompuesto del todo y trastrabilló con sus propios pies. Si no hubiera sido por la rapidez de Karesh, habría caído de morros contra el suelo.

Él la sujetó con fuerza. La había cogido por la cintura y Jen sintió cómo las manos de Karesh la sujetaban con suavidad.

La ayudó a incorporarse, manteniendo el abrazo. Sus rostros estaban demasiado juntos. El demonio podía sentir el latir del corazón de ella, a pesar de llevar una camiseta. Se miraron tensos unos segundos y la mirada de Jen bajó hasta los carnosos labios de él. Enseguida la apartó.

Karesh soltó la cintura de la

muchacha y le dio la espalda. Respiró hondo varias veces y, sin pensarlo, se volvió hacia ella para besarla. Aquel beso, que comenzó como un simple roce, se volvió cada vez más apasionado mientras sus lenguas bailaban al mismo son.

Entonces el demonio se apartó con rapidez.

—Lo siento —dijo él, completamente arrepentido—. No volveré a hacerlo, te lo juro.

—Más te vale. No tengo fuerzas, pero la próxima vez te daré un buen puñetazo —le empujó con suavidad.

—Tan solo lo haré si me pides que te bese.

—No sueñes con ello. Ahora, déjame

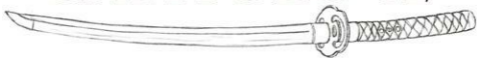
en paz.

Jen regresó a la cama, donde se tumbó dándole la espalda. No quería que él viera su rostro, rojo de vergüenza.

Karesh la dejó sola y se marchó al salón. Se tiró en el sofá y se recostó. La noche iba a ser demasiado larga. No se explicaba cómo había tenido el valor de besarla, pero ya no le importaba. Lo hecho, hecho está, se dijo a sí mismo, deseoso de que ella no se hubiese enfadado de verdad y deseara acabar con su vida antes de lo previsto.

Cerró los ojos y se quedó dormido. Era la primera vez en años que lo conseguía.

CAPÍTULO 12



Jen no pudo dormir en toda la noche. Seguía sin comprender por qué Karesh le había besado, pues sabía perfectamente lo que sentía hacia Aaron. Era cierto que él se lo dejó muy claro, pero los sentimientos no podían cambiar de la noche a la mañana y el demonio lo había hecho para molestarla. Y lo había conseguido; estaba enfadada con él. Deseaba golpearle con todas sus fuerzas para que dejara de hacer el imbécil, pues solo estaba consiguiendo acortar su vida. Una más y ella misma le mataría con su *katana*.

Se dio la vuelta y a su lado se encontró con Aidan, que dormía como un bebé. Ella sonrió. Era un pequeño con un gran corazón y un poder excepcional. Se preguntó si los híbridos crecían como los niños humanos o si era diferente. Acarició su mejilla y se levantó de la cama. Se sentía muchísimo mejor. Miró su mano; aquella pasta verdosa había hecho efecto y por el momento no le dolía.

Salió del dormitorio y entró en el saloncito. Caminó hasta el sofá, donde imaginó que se encontraba el demonio, pero se equivocó. No estaba allí. Se dirigió hasta el balcón, pero tampoco hubo suerte. Le buscó por el jardín y le vio. Vestía unos vaqueros y una

camiseta blanca, y jugaba con el cachorro de pastor alemán que había regalado a Aidan. El animal corría tras él y Karesh le incitaba a seguirle.

El perrito ladraba de vez en cuando, mientras luchaba por mantener su rosada lengua dentro de la boca, que caía a un lado. Estaba muy gracioso. Jen sonrió, apoyó los codos sobre la balaustrada y los observó un rato más.

Karesh sintió que alguien le vigilaba y dirigió la mirada hacia su balcón, descubriendo allí a la muchacha, que no dejaba de mirarle. Acarició al perro con cariño y después le lanzó la pelota con la que jugaban. El animal salió disparado en su busca.

Se puso en pie y la saludó con la

mano. Jen le devolvió el saludo. Él, con un gesto, le pidió que bajara. Entonces ella se metió de nuevo en el salón. No sabía qué hacer, Karesh le había besado y ella estaba enfadada con él por eso, pero quizá sabía quién la había atacado el día anterior, por lo que, tras una rápida ducha y cambiarse de ropa, bajó al jardín, donde el kahli le esperaba.

—Buenos días —saludó él.

—Hola —dijo algo seca. No estaba segura de cómo tratarle en aquel momento.

—¿Ocurre algo?

—Karesh..., ¿cómo quieres que te mire después de lo que pasó ayer?

—Ya me disculpé. Fue un error. No debí haberlo hecho.

—Desde luego que no. Jamás podremos estar juntos, ¿entendido?

—Entendido. Pero no te preocupes, en mis sueños siempre hay un lugar para ti —le guiñó el ojo.

Ella intentó golpearle, pero él se apartó. Después tocó su frente.

—Ya no tienes fiebre —sonrió, y dejó a la muchacha sin aliento.

¿Desde cuándo su sonrisa le parecía de lo más *sexy*? Sacudió la cabeza para borrar aquel pensamiento.

El kahli le cogió de la mano y observó el lugar donde debería estar la pasta que Raven le había echado, pues la sustancia se había deshecho con el agua. Miró bien la herida, que era bastante fea. Tenía las marcas de los

cuatro colmillos incrustados en su piel, los cuales por suerte no habían dañado el hueso; si lo hubiera hecho, apenas podría mover la muñeca.

Acarició con suavidad el relieve de las profundas cicatrices y después la miró a los ojos.

—Buscaré al que te lo ha hecho y le mataré, te lo juro —advirtió él.

—Nunca sabremos quién fue, Karesh. Me he esforzado por recordar el color del lobo y no soy capaz.

—No te preocupes, los mataré uno a uno. Así no habrá ningún problema —sonrió.

—Y de paso te los comerás, ¿no? —ahora fue ella quien rio.

—Hablando de comer... Vamos,

tienes que desayunar. Nos vamos de caza. —Sin soltarla de la mano, tiró de ella hasta el interior de la vivienda.

En la entrada a la cocina se toparon con Aaron, que los vio cogidos de la mano. Jen se dio cuenta y se soltó rápidamente.

—Aaron, tenemos que hablar —dijo ella.

—Veo que has estado ocupada —respondió el cazador meneando la cucharilla en su taza de café.

—No te hagas líos —advirtió el demonio—. Volvemos al club, encontraré al lobo que hirió a Jen.

—¿Ahora? —Karesh asintió—. Me apunto. —Dejó su bebida sobre la encimera—. Avisaré a Xiu y a Raven.

Ray, que estaba allí también, decidió quedarse al cuidado de Aidan, tal y como el demonio le acababa de pedir. Al pelirrojo no le importó, le encantaban los niños. Además, el pequeño ángel le recordaba a sus hermanos pequeños.

Poco después ya estaban preparados y armados.

—Tened cuidado —pidió Nathaniel, que tenía a Aidan en brazos.

—Siempre podremos desaparecer de allí si la cosa se pone fea —comentó el demonio—. Vamos.

Salieron de la casa y se dirigieron al garaje, pero antes de que Karesh pudiera salir, Nathaniel le agarró del brazo.

—Protege a mi hija, te lo ruego —

pidió el hombre.

—Lo haré.

Y salió de allí. Le esperaban junto a la gran puerta del edificio. El demonio abrió la puerta y todos se quedaron maravillados con los coches que allí había, en especial Aaron y Xiu.

—¡Es un Impala del 67! —Xiu acarició la negra y brillante carrocería del Chevrolet.

Aaron prefirió el elegante Ferrari F12 Berlinetta de color rojo. Sin embargo, a Jen y a Raven les llamó más la atención el enorme BMW X1, también blanco y con asientos de cuero en color caqui.

—¡Qué pasada! —el japonés alucinaba con los vehículos.

—Me gusta coleccionar coches. He

tenido muchos más, pero me deshice de ellos. Estos son mis pequeñines, mis favoritos. —Acarició el capó del Impala y enseguida se montó en el BMW—. Vamos, no quiero perder más tiempo.

Jen fue rápida y se sentó como copiloto a su lado. Detrás lo hicieron los demás. Karesh miró a través del retrovisor la cara que Aaron tenía; una mezcla entre rabia y tristeza. Pero ¿a qué se debía? Había sido él quien lo había dejado con Jen. Tampoco le hizo demasiado caso, por lo que encendió el motor y sacó despacio el coche del garaje. Cuando salieron de la finca, aceleró y marcharon a toda prisa hacia el centro de la ciudad.

Jen no entendía por qué iban en coche

si tardaban mucho menos si el demonio los teletransportaba convertidos en humo. En realidad no le dio importancia, le gustaba la velocidad.

Llegaron antes de lo que imaginaban y el kahli aparcó el todoterreno frente a la entrada del local, que ahora se encontraba cerrado. Bajaron y se dirigieron a la puerta trasera, por donde días antes habían entrado. Allí se encontraba el mismo gorila de la vez anterior.

—¡Vaya! ¿Otra vez estáis de vuelta?
—sonrió sarcástico el licántropo.

—Si no quieres que te rompa el cuello de nuevo, te aconsejo que nos dejes pasar —advirtió.

—Que te jodan, demonio de mierda.

Karesh apretó los puños, ese desgraciado lobo le estaba enfadando. Jen le agarró del brazo y él se dio cuenta de sus intenciones. Entonces, le dejó hacer.

La muchacha caminó sensualmente hasta el licántropo, que se movió nervioso donde se encontraba.

—Quisiera pedirte, por favor, que nos dejaras pasar. Prometo que seremos buenos, no montaremos ninguna escena. Y... si lo haces... —dijo acercándose más a él y bajando el escote de su camiseta hasta que el encaje de su sujetador fue bastante visible—, te dejaré jugar un ratito. ¿Qué me dices? —Se mordió el labio.

El gorila tragó saliva. Movi6 su mano

hasta uno de los pechos de la joven, pero ella le golpeó.

—Después —le miró con una arrebatadora sonrisa.

—De acuerdo, podéis pasar. Os doy treinta minutos —al final cedió el hombre.

—Me sobrarán veintinueve —amenazó Karesh.

El licántropo abrió la puerta y fueron entrando uno a uno, excepto Jen, que fue la última en hacerlo, momento que la criatura aprovechó para tocarle el trasero. Ella se volvió, y aunque deseaba cortarle la mano, fingió una nueva sonrisa.

Una vez dentro, la puerta se cerró.

En la pista de baile había más de

treinta lobos alimentándose. Raven estaba asustada, al igual que Xiu, pero Karesh no tenía miedo y caminó entre los animales, que levantaron sus cabezas y comenzaron a mostrar sus colmillos entre sus bocas cubiertas de sangre. Los demás le siguieron mientras Aaron vigilaba la retaguardia, con sus armas en mano.

El demonio sabía dónde se encontraba Axel: en aquel reservado algo apartado de la pista, cerca de la barra. El príncipe sintió su presencia, pero no salió de su escondite.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo habéis entrado? —habló este.

—Tu lobito tiene una cita caliente con la cazadora —le respondió el demonio,

sin gracia.

—Este hombre es imbécil... ¡Anda que dejarse seducir por una *Venatori Noctis*! —rio—. Decidme, ¿en qué puedo ayudaros?

—Tus criaturas nos tendieron una emboscada. Uno de ellos atacó a Jennifer —explicó Aaron, impidiendo que Karesh hablara.

—¿Cómo sabéis que fueron de los míos? —Axel se puso en pie. Los observaba tras las cortinas del reservado.

—No te hagas el estúpido. No hay ningún otro clan por aquí —respondió Raven enfadada.

—Mataré a todos y cada uno de ellos si el responsable del ataque no da la

cara —amenazó Karesh.

Axel apartó las cortinas, socarrón. Le encantaba crear confusión entre sus enemigos y lo estaba consiguiendo. Pero entonces, Jen se fijó en su cara. Tenía una fea herida en la mejilla izquierda, justo donde ella atacó al lobo.

—¡Fuiste tú! —gritó la muchacha, lanzándose hacia él con la *katana* en la mano, que silbó a un milímetro de la garganta del príncipe—. ¡Maldito seas, Axel! —Blandió de nuevo la hoja de plata, pero él fue rápido y la esquivó.

Los ojos de Karesh se abrieron de par en par. No podía ser cierto. No. No podía haber sido él... El demonio agarró a Jen de la cintura y la apartó del lobo.

—Axel, por lo que más ames en este mundo... No me jodas, dime que no fuiste tú —el kahli no estaba seguro de si quería saber la respuesta.

—¡Me dio una patada en los huevos!
—intentó defenderse el licántropo.

—¿¡Y por eso decidiste pasarte nuestro trato por el forro de los cojones y atacarla!? ¡Estás loco! ¿Sabes lo que has hecho, desgraciado?

Axel apartó la mirada. Claro que lo sabía, pero no había sido consciente de las consecuencias. Karesh le cogió de la camiseta y le apartó de los cazadores.

—No tiene por qué ocurrir nada —
continuó el licántropo con las excusas.

—Sabes que siempre existe esa posibilidad. No siempre funcionan sus

hechizos.

—Hace años que un cazador no se convierte...

—Por tu propio bien, espero que así sea. Si noto el mínimo síntoma, te arrancaré la piel a tiras. —Le empujó con fuerza.

Sin que ninguno de los dos pudiera evitarlo, Jen se lanzó de nuevo hacia Axel. Estaba dispuesta a matarlo, pero Karesh se lo impidió. La agarró de la cintura y la colocó sobre sus hombros, como un saco de patatas.

—¡Bájame, Karesh! ¡Voy a matar a ese cabrón!

—Hoy no, pequeña. Llegará el momento y te dejaré que lo hagas. Axel, más te vale que busques una solución a

lo que has hecho y encuentres la forma de atrapar a mi padre. Vámonos —les dijo a los cazadores mientras atravesaba el pasillo de lobos aún con Jen sobre su hombro.

—¡Bájame, joder! —repetía una y otra vez ella mientras se removía y le golpeaba.

Axel pensó que se había librado de ellos, pero no fue así. El puño de Raven impactó contra su mejilla herida, de la que comenzó a manar de nuevo sangre.

—Eso es por Jen. Imbécil.

El lobo no supo cómo reaccionar. Sus leales servidores se prepararon para atacar a los intrusos, pero Axel, con un movimiento de mano, se lo prohibió.

La puerta se abrió con tanta fuerza

que la arrancó y acabó estampándose contra la pared del edificio cercano; después, Karesh salió por ella.

—Eh, cazadora, es hora de nuestro trato —habló el licántropo.

Pero el kahli no le permitió acercarse a ellos. Estaba tan cabreado que su poder aumentó, y con solo levantar la mano que tenía libre, el hombre salió disparado por el aire, golpeándose con fuerza contra el mismo muro. La criatura cayó inconsciente al suelo.

Los demás vieron la escena y ninguno se atrevió a decir nada.

De camino al coche, Karesh no soltó a la cazadora en ningún momento, aunque ella le golpeaba sin parar y sin dejar de insultarle. No le importó.

Cuando llegaron al vehículo, abrió la puerta del copiloto y sentó a la chica, atándole el cinturón de seguridad.

—¡Debiste haber dejado que le matara! —Jen le golpeó en el pecho.

—No es una buena idea... —respondió Raven.

—¿Por qué? ¿Acaso sus lobitos piensan atacarme? ¡Los mataré también! —Enfadada con él, puso la radio y la música a todo volumen.

—Debes contárselo, Karesh —pidió la bruja.

—Lo haré.

Xiu y Aaron no sabían a qué se referían su compañera y la criatura. Si el demonio no había hecho nada por evitarlo, no era buena señal. Raven

prometió contárselo a todos, incluido Nathaniel, el Consejo y los demás cazadores.

Durante el camino de vuelta nadie habló, ni siquiera se bajó el volumen de la música. Jen estaba furiosa, se notaba porque no dejaba de acariciar la hoja de plata de su *katana*.

Llegaron al nuevo hogar de los *Venatori Noctis*. El demonio no había metido el coche en el garaje cuando Jen abrió la puerta en marcha y se bajó. Clavó con fuerza su espada en el verde césped del jardín y corrió a refugiarse al que ahora era su dormitorio compartido.

Aaron bajó del BMW y cogió el arma. No estaba seguro de si devolvérsela en ese momento sería lo

más correcto, pero finalmente lo hizo. Subió hasta el cuarto del kahli y llamó a la puerta. Al no obtener respuesta, abrió y entró. La encontró en el saloncito, sentada en el sofá, cruzada de piernas y mirando hacia el ventanal.

—Jen... —Dejó la *katana* en la mesita y se sentó a su lado—. Tiene que haber una razón.

—Todo son misterios, Aaron. Todo mentiras —ni le miró.

—Es por tu bien. No me excuso de haberte mentado, lo siento de veras, pero era lo mejor.

—¿También es para mí lo mejor que después de tanto tiempo me dejes así como así? —se volvió hacia él—. Dame una razón coherente, por favor.

Aaron no sabía qué responderle. Había dejado claro que no quería estar con ella, pero cierto era que no le había dado un buen motivo.

—Jen... Pensé que estaríamos bien como novios, pero sabes que lo nuestro era más en plan esporádico. Era *sexy* y divertido. Ser oficialmente pareja creo que me sobrepasó. Nunca había tenido una novia. No estoy hecho para comprometerme con nadie. Pero eso no significa que no podamos vernos de vez en cuando...

—¿Estás tonto? ¿Pretendes que después de haberme dejado vaya a ir detrás de ti cuando me apetezca echar un polvo? ¡Ja! Ni lo sueñes. Sabes que no soy de dar segundas oportunidades. Por

mucho que te quiera, no pienso darte ninguna. Ahora, márchate de mi vista y déjame sola, o acabaré estampando mi puño en tu bonita cara —le amenazó.

—No hay duda de que eres metro sesenta de mala leche...

—Es lo que hay. Si no te gusta, me importa una mierda. Largo de aquí.

Aaron se dio cuenta de que no había forma de mantener una conversación normal con ella, así que se marchó del dormitorio. No pensaba discutir, algo que parecía que la chica sí quería hacer. No entendía por qué se ponía así, había sido sincero con ella...

Según salió por la puerta, chocó contra Karesh, que vigilaba la escena apoyado en el marco. El cazador le

miró. El demonio tenía cara de pocos amigos. Prefería no cabrearle, por lo que salió a toda prisa de allí.

—Jen, ¿estás bien? —Ella no respondió—. Tenemos que hablar. Cuando te encuentres con ánimos, estaré en el garaje.

Y también se fue de allí. Jen se levantó, se echó un poco de *whisky* en un vaso y lo bebió de un trago.

—Karesh dijo que bebía para ahogar las ganas de matar... ¿Y si...? —Pensó en beberse la botella entera, pero no estaba segura de que quisiera pillarse una buena cogorza, por lo que la dejó sobre la mesa y caminó descalza hasta el balcón.

El sol comenzaba a ocultarse, se

apoyó en la balaustrada mientras disfrutaba del atardecer. Un arcoíris decoró el cielo. Cerró los ojos y respiró profundamente. Entonces, recordó lo que Karesh le acababa de decir. ¿De qué quería hablar con ella? ¿Le daría una razón por la que no le dejó matar a Axel? Deseaba que así fuera.

Regresó al salón y tras ponerse las *Converse*, salió de allí, en busca del demonio. Tenía rabia contenida y él iba a pagar las consecuencias.

Entró en el garaje y allí le encontró, limpiando el motor del Impala. Llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta de tirantes de color azul marino.

—Karesh...

Este levantó la cabeza y la vio. Con

una sonrisa se limpió las manos llenas de grasa con un trapo.

—Has tardado menos de lo que esperaba. —Le ofreció una lata de cerveza fría.

—Dijiste que teníamos que hablar. Desde luego que sí. Aún no puedo creer que me apartaras de Axel, se lo m...

—Si él muere, tú también —la cortó.

—¿Qué has dicho?

—Cuando el príncipe Nikklai muere a un humano, este acabará convertido en uno de ellos.

—¿Estás diciéndome que voy a ser un licántropo? —escupió. Él asintió—. ¿Y el hechizo de protección de nuestro ritual?

—Es la realeza, los hechizos no

sirven con ellos. Tampoco sirven conmigo.

—¿Cómo? ¡Te vinculé!

—Me refiero a que si deseo convertirte en demonio, tampoco funcionaría. Supuestamente no podéis transformaros en vampiro, espectro, y cualquier otra criatura. Pero olvídate de eso. Lo que importa es que si tú eres la elegida, no puedes convertirte en licántropo. Si eso ocurriera...

—¿Qué?

—No sé qué pasaría... —dijo apesadumbrado.

Jen dejó la cerveza sobre el capó del Impala.

—¿Y si me convierto? ¿Qué pasará? ¡No quiero transformarme en algo que

odio! ¡He sido entrenada para matar criaturas! ¡No puedo ser uno de ellos!

Karesh notó que comenzaba a ponerse demasiado nerviosa y se acercó a ella.

—Jen, mírame. —Le cogió de las mejillas y la obligó a clavarle los ojos—. No es definitivo que vayas a convertirte. Tendrás que vigilar tu estado de ánimo, si tienes algún dolor extraño o si alguno de tus sentidos se desarrolla más de lo normal.

Pero ella no estaba dispuesta a admitirlo.

—No, Karesh. Prefiero que me mates ahora mismo antes de que pueda hacer daño a los que quiero...

Entonces, él la cogió de las piernas.

—¿Qué haces?! —gritó mientras la

elevaba.

Él no le respondió y acto seguido la sentó en el capó del Impala, agarrando de nuevo su cara entre sus manos.

—No voy a permitir que te conviertas y nadie más morirá, ¿de acuerdo? Te juro que si ocurre, encontraré la forma de romper el hechizo. No podemos matar a Axel, pues si lo hacemos, tú morirás, te hayas convertido o no. Es la maldición del clan Nikklai. Lo siento, Jen.

—Júrame que si me convierto, acabarás conmigo.

—Ni lo sueñes, pequeña —soltó su cara—. No pienso hacerlo.

—¡Júramelo! —le agarró con fuerza de la camiseta—. ¡Tienes que hacerlo!

—¡Por Satán! ¿No piensas callarte?

—¡No hasta que me lo prometas! —
replicó empujándole con suavidad.

Karesh, sin decir palabra alguna, la besó con avidez. Ella le apartó.

—¿Qué coño haces? —Jen no podía creer que la hubiera besado de nuevo.

—Algo que llevo deseando hacer desde hace tiempo —respondió él, callándola de nuevo con un profundo beso.

Sus lenguas jugueteaban mientras él la tumbaba sobre el capó. Las manos de él recorrieron las piernas y los muslos de Jen, hasta llegar a su entrepierna. Jen no entendía qué le pasaba. No quería que ese momento terminase nunca. Pero algo hizo «click» en su mente y le apartó de

ella. Se bajó del coche y se alejó.

—¿Dónde vas? —preguntó él mientras la cogía del brazo.

—¡Déjame! —se soltó y dio otro paso para apartarse del demonio.

Entonces él la agarró de nuevo del brazo haciendo que se diese la vuelta, y acto seguido la volvió a besar.

—Karesh, ¿puedo...?

En ese mismo instante apareció Xiu. Jen le vio y se apartó rápidamente del kahli.

—Xiu... No es lo que parece... —intentó excusarse.

Pero el japonés no quiso saber nada más. Se marchó corriendo de allí. La muchacha fue tras él, no iba a permitir que creyera algo que no era cierto.

—¡Xiu, espera, por favor! —gritó mientras atravesaban el jardín.

El chico paró de repente, esperándola.

—¿Qué? ¿Me vas a mentir diciendo que no os estabais besando? —espetó Xiu.

—No lo voy a negar. Pero te juro que fue él, Xiu. Intentaba explicarme la razón por la que no podía matar a Axel. Me puse tan nerviosa que creo que lo hizo para calmarme y no pensar en ello... —se excusó.

—Ya, claro...

—Además, ¿qué más te da? Tu mejor amiguito me ha dejado. No está hecho para comprometerse con nadie. —Enfadada, se cruzó de brazos.

—¿Estás de broma?

—¡¿Tú crees que estoy de broma?!

Xiu se dio cuenta de que su humor había cambiado. Siempre era borde, pero también muy cariñosa, y en ese momento era un auténtico monstruo cabreado.

—No tenía ni idea... Lo siento, Jen...

—No tienes que sentir nada. Le he mandado a la mierda. Oye, Xiu..., ¿podemos hablar?

Él asintió.

La noche había caído y el cielo estaba completamente despejado. Podían ver los millones de estrellas que brillaban en el oscuro firmamento. Los dos amigos paseaban por el jardín en silencio, hasta toparse con una bonita fuente de mármol

con dos sirenas que soltaban chorros de agua por sus bocas. Entonces se sentaron en el borde.

—Tengo que contarte algo que quizá no te guste... —dijo ella mientras jugaba con el agua.

—Sea lo que sea, eres mi mejor amiga, te apoyaré en lo que haga falta.

Jen cogió aire y le contó lo que Karesh le había explicado sobre Axel y la maldición.

—Por eso te pido que si llego a convertirme en lobo, no dudes ni un instante y me arranques la cabeza —pidió ella—. Aaron no lo hará. Y mucho menos Raven o mi padre. Prométeme que lo harás. No quiero haceros daño a ninguno de vosotros.

—Jen, ¿te das cuenta de que estás pidiendo que mate a mi mejor amiga, a mi hermana?

—Lo sé...

—No dejaré que te conviertas, eso sí puedo prometértelo.

—¿Y si me convierto en una de ellos y acabo matándoos a alguno?

Xiu la abrazó con fuerza.

—Eso no ocurrirá. Karesh tampoco lo permitirá.

—No estoy segura de ello...

—Le gustas, Jen, ¿no te has dado cuenta de cómo te mira? No solo está cuidando de ti por el hechizo.

—Es el kahli. No puedo fiarme de él... Nunca sabré si lo hace por diversión o por el vínculo...

—No debería decirte esto..., pero quizá deberías dejar que tus sentimientos sean quienes manden ahora mismo... Haz caso a tu corazón, Jen. Te voy a ser sincero: me alegro de que no estés con Aaron. Ha cambiado, hay algo en él que no me gusta... Es como si nos lo estuviera ocultando y no quiero que te haga más daño.

—Yo también creo que algo le ocurre. Estábamos bien juntos y de repente... Por cierto, ya que estamos hablando de ello..., ¿cuándo piensas lanzarte con Ray? Te mira como si fueras un helado al que lamer —le abrazó por los hombros.

—¿Estás hablando en serio?

—¿No te habías dado cuenta? —Él

negó con la cabeza—. Llevas tiempo sin estar con un chico, creo que te mereces un buen revolcón —le guiñó un ojo a la vez que daba un suave codazo.

—Veo que tu mala leche se ha convertido en buen humor —rio él.

—No te creas... Aún quiero partirle la cara a Axel. No podré matarle, pero sí puedo pegarle una buena paliza —se carcajeó.

—Me apunto a ello —sonrió.

Ella le abrazó con fuerza. Xiu era el único en el que confiaba en aquel momento. El único que no le había mentado, el pobre vivía en la más pura inopia y no se enteraba de lo que pasaba más allá de sus narices. Incluso Raven, a la que consideraba su hermana mayor, le

había engañado, ocultándole que salía con su padre. Pero no le importaba. Xiu era especial y le quería por ello.

El chico, tras besarla en la mejilla, se marchó.

Quería estar sola en aquel momento, pues lo necesitaba. Se sentía extraña. Tenía un extraño revoltijo en su estómago. Entonces, inconscientemente se llevó los dedos a los labios, allí donde Karesh la había besado.

—No puede ser...

Pegó un salto y sus pies tocaron el suelo. Corrió cuanto pudo hasta el garaje. Deseó que el demonio aún estuviese arreglando el motor del Impala, y allí estaba. Ajeno a su presencia, se sobresaltó cuando Jen le

agarró del brazo y le obligó a volverse. Cogió su cara entre esas pequeñas manos de tacto cálido y sin decir nada le besó, dejándole alucinado.

—¿Qué haces, Jen? —no se le ocurrió nada mejor que decir.

—No... No lo sé... —Ignoraba por qué lo había hecho, pero deseaba repetirlo una vez más—. Karesh, bésame.

Él no lo dudó ni un segundo y cumplió sus órdenes. La besó con pasión, quedándose sin respiración entre cada roce de sus labios.

Karesh se apoyó en el capó del coche y la atrajo hacia él. Sus manos se perdieron debajo de su camiseta, acariciando su espalda. Sus labios se

apartaron de su boca y recorrieron su cuello y su hombro, regresando después hasta la comisura de sus labios.

Entonces, abrazados, se convirtieron en humo, apareciendo en el dormitorio del demonio. La cogió del trasero y la colocó sobre su cintura. Ella le rodeó con sus piernas, sin dejar de besarle.

Caminó hacia la cama y se sentó con ella a horcajadas sobre sus rodillas. Jen se apartó y le miró a los ojos.

—Karesh...

—Una vez te dije que te daría placer, y eso es lo que pienso hacer —sonrió y la besó de nuevo.

Con rapidez le quitó la camiseta, dejándola en sujetador; con un ágil movimiento, se deshizo de él.

Karesh la cogió de la cintura y la tumbó sobre la cama, colocándose inmediatamente sobre ella sin dejar de besarla. Sus labios dejaron un reguero de besos por su cuello, su hombro, sus pechos... Su lengua dibujó un camino por su estómago y su vientre, mientras acariciaba sus piernas. Desabrochó el *short* que ella llevaba y después él se quitó su camiseta y bajó la cremallera de sus vaqueros. Sus zapatos habían desaparecido hacía segundos.

Los pantalones y la ropa interior de Jen se esfumaron de pronto. Estaba completamente desnuda, dispuesta para él. El demonio regresó a sus labios. Sus lenguas jugaban en sus bocas, deseosas de más. Su mano libre bajó a través de

sus caderas y acariciaron la cara interior de sus muslos, en busca del lugar donde toda mujer es vulnerable. Cuando sus dedos rozaron aquel punto, Jen se arqueó con un gemido.

—Karesh... —era un susurro de súplica. Deseaba sentirle dentro con urgencia, quería tenerle solo para sí.

Él se dio cuenta de lo que provocaba en Jen, por lo que, sin poder esperar más, se adentró en ella lentamente, sin dejar de besarla.

Ambos se movían al mismo compás hasta que ninguno de los dos aguantó más, alcanzando juntos el clímax. Sus respiraciones agitadas eran signo de haber disfrutado del momento.

Karesh la besó dulcemente y le apartó

el pelo del rostro. Ella le imitó, intentando arreglarle un poco el cabello.

Minutos después, Jen apoyaba su cabeza sobre el musculoso pecho de él, mientras el demonio la abrazaba con una amplia sonrisa.

—Te amo, Jen —dijo en voz baja.

Pero no obtuvo respuesta. La muchacha se había quedado dormida.

CAPÍTULO 13



Los primeros rayos de luz entraban a través de la ventana. Una suave brisa hacía bailar las cortinas del dormitorio. Karesh fue el primero en despertar.

Tras desperezarse, se volvió hacia Jen, creyendo que había sido otro de sus sueños astrales, pero no era así. Ella estaba dormida a su lado, desnuda y boca abajo, con una sonrisa en los labios y su pelo oscuro alborotado. La arropó con la sábana hasta la cintura, le apartó el pelo de los ojos y acarició su mejilla; después, recorrió con la yema de sus dedos su espalda desnuda, hasta más allá de donde la fina tela tapaba su

piel.

En su mente surgieron las imágenes de la noche anterior. Llevaba tanto deseando ese momento... Él la amaba desde hacía tiempo, pero aquella era la prueba definitiva de que la cazadora también sentía lo mismo.

Apoyó el codo sobre la almohada y puso sobre su mano su cabeza. No podía dejar de mirarla, era tan bonita...

Decidió despertarla. Besó con suavidad su hombro desnudo y su costado, acercándose peligrosamente hasta sus caderas. Enseguida ella se despertó y vio aquellos ojos azules frente a su rostro. Entonces se incorporó y fue consciente de lo que había pasado.

—¡Mierda! —gritó a la vez que se

ponía en pie, tiraba de la sábana y se la enrollaba en el cuerpo.

—¿Qué ocurre? —el demonio no entendía por qué estaba tan nerviosa.

—¿Tú y yo...? —no pudo terminar la frase.

—¿No recuerdas lo que pasó anoche?

—¡Claro que lo recuerdo! Joder...

Karesh se puso sus *boxers* y gateó sobre el colchón hasta situarse frente a ella.

—Jen, ¿qué te ocurre? —Comenzó a preocuparse.

—Karesh, esto no está bien... No, no puedo...

—Pues anoche no dijiste eso, bonita. Fuiste tú quien vino en mi busca.

—¡Ya lo sé! Pero...

—¿Pero qué? —Cada vez entendía menos a los humanos.

—Esto no puede volver a pasar.

—¿Y por qué no? No me avergüenza desearte. Y sí, he anhelado tocarte y abrazarte durante mucho tiempo, y quiero hacerlo otra vez. —Levantó la mano y acarició su mejilla con suavidad—. Quiero despertarme a tu lado cada mañana. Jen, has conseguido que me enamore de ti.

La joven se sentía hechizada por sus palabras y por el calor que desprendía su ser. Era todo cuanto había deseado en mucho tiempo, pero no estaba segura de lo que hacía.

—Ese es el problema —se apartó de él—. Acabo de darme cuenta de que

cada vez que rozas mi piel me siento viva... No puedo permitirme sentir algo por ti. Estás condenado a muerte, Karesh, y eso no podemos evitarlo.

—Mientras tanto, puedo hacer algo para hacerlo más llevadero. —La besó en la comisura de los labios—. He estado esperándote durante cientos de años, Jen... —le susurró al oído—. Cada segundo de espera ha merecido la pena. No pienso dejarte escapar. —Ahora besó sus labios con cariño.

De nuevo ella le apartó.

—Aún quiero a Aaron... —agachó la cabeza, evitando mirarle.

—Pero no le amas. Y lo sabes al igual que lo sé yo. No luches contra tus sentimientos.

—Has dicho que llevas años esperándome, ¿es cierto?

—Siempre he estado a tu lado, solo que no has sido consciente de mi presencia. Te he visto nacer y crecer, pero nunca supe que te habías convertido en una *Venatori Noctis* hasta que nos vimos en el restaurante.

—Si me viste, ¿por qué razón me atacaste?

—Estaba ciego de rabia. Me di cuenta al verte en la celda. Pero olvida el pasado, piensa en el presente, Jen. Piensa en el hoy, a mi lado.

Acercó sus labios al cuello de ella y lo besó despacio, mientras la abrazaba por la cintura.

—Eres la voz que escucho dentro de

mi cabeza... —susurró ella mientras sentía cómo cada beso se quedaba tatuado en su piel.

—Pues deja que sea mi voz quien te guíe...

—Me siento tan poderosa cuando estás aquí, cerca de mí... —gimió.

—Entonces déjame formar parte de ti.

—¿Y qué será de mí cuando llegue el día de tu muerte? No puedo permitirme llorar por un hombre o criatura... —le miró fijamente, esperando una respuesta que le hiciese olvidar lo que acababa de decir.

—Te convertiré en mi reina. O puede que pida a tu bruja que me convierta en mortal —sonrió con picardía—. Yo tampoco pienso permitirme dejarte

escapar, ya te lo he advertido. Ahora, dime qué deseas y te lo concederé.

—¿Lo que sea? —Él asintió—. En tal caso..., deseo que me beses de nuevo. —¿En serio le había pedido eso? ¡Se estaba volviendo completamente loca!

Con una sonrisa, lo cumplió. La besó con fervor. Ella se agarró a su cuello, dejando que la sábana cayese al suelo, dejándola desnuda de nuevo. Pero entonces paró Karesh y se agachó para cubrir su cuerpo con la fina tela.

—Ahora no. Estoy muerto de hambre.

Jen sabía que no era una buena idea tentar a un demonio hambriento, por lo que con la sábana enroscada se metió en el baño y se dio una rápida ducha. Tras ella fue él. Mientras tanto, la muchacha

aprovechó para hacer la cama, hasta el momento en que sintió las fuertes manos del demonio en sus caderas. Rápidamente la cogió en brazos y ella se sintió tan ligera como una pluma. Karesh la besó con cariño.

En ese mismo instante, Aidan apareció corriendo por el saloncito, dirigiéndose hasta ellos. Karesh dejó caer a Jen sobre la cama; lo hizo con tanta fuerza que ella rodó por el colchón y cayó al otro lado, golpeándose la frente con la mesita de noche.

—*¡Papiiii!* —Aidan saltó sobre el colchón y se abrazó a su padre.

—¡Aidan! No vuelvas a darme un susto así.

—Lo siento...

Karesh miró a Jen, que estaba sentada en el suelo, de espaldas a ellos. La muchacha se llevó la mano a la cabeza.

—Jen, ¿estás bien? —preguntó el demonio.

—Creo que me he hecho una brecha...

En ese mismo momento llegó Ray, sofocado tras la carrera. Cuando se serenó, al fin abrió la boca:

—Siento no haberle podido coger... ¡Es muy rápido el condenado! No quería molestar... —dijo, ya más calmado—. Jen, tienes sangre en... —señaló su propia frente.

Aidan bajó de los brazos de su padre y pisó la cama, haciéndolo por el lado donde ella se encontraba. Puso su

pequeña manita sobre la frente de la chica, y Jen sintió un reconfortante calor sobre la herida. El dolor que sentía fue remitiendo poco a poco, hasta que desapareció por completo.

—Ya no tienes nada —sonrió el niño. Jen besó su moflete con cariño.

—Gracias, Aidan. Ray —se dirigió al pelirrojo—, busca a Xiu, creo que quería hablar contigo.

—¿Conmigo? —Ella asintió—. Creo que está en la cocina con Nathaniel. ¡Voy a buscarle!

El muchacho salió disparado de allí. Karesh cogió en brazos a Aidan y ayudó a ponerse en pie a Jen, que se metió en el baño para limpiar la sangre seca que había caído por su sien. Al salir, el

demonio ya no estaba.

Se encogió de hombros y bajó a la cocina; necesitaba un café con urgencia. Allí estaba Raven, sentada en el regazo de Nathaniel. Xiu y Aaron comían unos bollos, Karesh preparaba un vaso de leche al pequeño y ella se sentó en una de las sillas libres.

Xiu vio su cara de felicidad y guiñó un ojo a su amiga. Llenó una taza de café y se la ofreció.

—Gracias, Xiu. Ray te buscaba — dijo ella.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Le he dicho que querías hablar con él —sonrió picarona mientras daba un trago a su café.

—Eres una zorra...

—Lo sé, pequeña —le sacó la lengua y meneó de nuevo la cuchara en la taza.

En ese mismo momento, apareció el pelirrojo. Olía a perfume a distancia, algo que agradó al japonés.

—Xiu, Jen me ha dicho que tenías que hablar conmigo —dijo el recién llegado.

—Yo... —miró a Jen, que le guiñó un ojo y levantó su pulgar, dándole ánimo —. Ray...

—¿Sí?

Pero Ray no pudo decir nada, tan solo agarró su cara entre sus manos y le besó con ganas. Los ojos de Aaron se abrieron de par en par, al igual que su boca. Estaba alucinando.

El que no tenía palabras y se había quedado de piedra era el pelirrojo, que

no esperaba para nada lo que acababa de pasar.

—Lo siento, yo... —el japonés se apartó unos centímetros de él.

Pero entonces Ray le devolvió el beso. Jen, Raven y Nathaniel aplaudieron y gritaron de alegría.

Los dos muchachos se apartaron, avergonzados de que todos hubieran visto aquella escena. Xiu miró a Jen, que reía con ganas.

—Putá...

—¡Yo también te quiero, nena! —bromeó la chica, pues sabía que él se había dado cuenta de que ella lo había preparado todo.

—Papi, ¿por qué se besan dos chicos? —preguntó Aidan, que tenía la

marca blanca de la leche sobre su labio, como si fuera un bigote.

—Se besan porque se quieren — respondió su padre limpiándole los restos de su desayuno.

—Entonces, ¿Jen y tú os habéis besado porque os queréis, no?

Todos miraron a Jen, quien acababa de atragantarse con el café, que le provocó una tos tremenda. Después dirigieron sus miradas hacia Karesh, que agachó la cabeza y no dijo nada. La cazadora, al sentir aquella presión sobre ella, dejó su tazón en la mesa y salió corriendo de allí. Nathaniel quitó a Raven de su regazo y corrió tras su hija. Cuando la alcanzó la agarró del brazo.

—Jen, espera —pidió su padre. Ella

se paró y se volvió, pero no se atrevió a mirarle—. Jen...

—No voy a excusarme, papá.

—Creí que estabas con Aaron...

—Me dejó plantada. No quiere comprometerse con nadie.

—Te sientes despechada. No hagas algo de lo que puedas arrepentirte — acarició su mejilla, pero ella se apartó.

—Nunca me arrepentiré de mi decisión. Cuando estoy cerca de él me siento protegida.

—Es por vuestro vínculo.

—Es el único que no me ha mentado y me ha dicho las cosas tal y como son, me gusten o no.

—Inconscientemente es su obligación.

—Entonces romperé el vínculo. Si no

siente lo mismo, le mataré con mis propias manos.

—¿Y si es él el que acaba contigo? Quizá te esté usando para sus propios planes. No quiero que te haga daño, pequeña.

—Vosotros me habéis hecho más daño. Así que asumiré el riesgo —se cruzó de brazos.

—Has caído en sus redes... Te has enamorado de él.

—Creo que sí... ¿Tan terrible es? Sé que es un demonio, he sido entrenada para matar criaturas, pero... Él es diferente... ¿Crees que una criatura demoniaca amaría a un ángel que le ha dado un niño que es medio ángel?

—Eso no puedo negártelo. Es un buen

padre, mejor de lo que yo he sido contigo. —Bajó la mirada, arrepentido de todo el daño que había causado a su hija.

Jen dio un paso hacia él y le obligó a levantar la cabeza.

—Eres un padre genial. Divertido, cariñoso y estricto, como deben ser todos, no te cambiaría por nada del mundo, pero estoy dolida contigo y vuestras mentiras. No vuelvas a ocultarme nada más o desapareceré para siempre.

—No permitiré que te alejes de mí. Nunca. Eres mi única hija, la que cualquier padre desearía tener. Perdóname, te lo ruego.

Pero ella no contestó. Le abrazó con

fuerza. Las palabras sobraron en aquel momento.

Mientras tanto, en la cocina, Raven miraba de soslayo a Karesh, que hacía como si no hubiera pasado nada. Sin embargo, Aaron estaba tenso, tanto que a punto estuvo de tirar la taza de café al suelo y destrozarla. Finalmente optó por dejarla sobre la encimera y caminó con los puños apretados hacia el demonio, al que agarró con fuerza de la camiseta.

—Maldito seas, kahli. ¿Qué clase de hechizo has usado contra ella? —gritó el cazador.

Xiu, al ver que se iba a liar una buena, cogió a Aidan y le pidió a Ray que se lo llevara fuera.

—No he usado ningún hechizo, *Venatori*. Ella misma fue en mi busca —sonrió socarrón.

—¡Mientes! —Aaron estaba furioso.

—Creo que es algo que no debe importarte —espetó el demonio.

—Karesh tiene razón, Aaron. Tú plantaste a Jen. Merece ser feliz, ¿no crees? —Xiu, cruzado de brazos, defendió al kahli.

Raven no podía creer lo que estaba escuchando. Aaron, que decía querer a Jen, había roto con ella y esta se había aliado con aquella criatura.

—¡Cállate, maricón! —gritó con ira.

Xiu, que jamás había escuchado aquellas palabras de boca de su amigo, se enfureció. A este nunca le había

importado que él fuera gay, incluso bromeaban muy a menudo al respecto, pero escuchar que ese insulto salía de sus labios le hizo darse cuenta de lo falso que era. Deseaba golpearle hasta dejarle inconsciente. Y así lo hizo. Corrió colérico hasta él y le propinó un fuerte puñetazo en la mandíbula que lo dejó atontado. El japonés aprovechó y le golpeó en el estómago, doblegándolo de dolor. En ese momento entraron Jen y su padre y vieron a Xiu dispuesto a darle una fuerte patada en el pecho a Aaron. Ella corrió hacia el que había sido su pareja e intentó apartarle de su mejor amigo, antes de que este le hiciera aun más daño, pero Aaron empujó a la muchacha.

Nathaniel agarró a Xiu por la espalda, pero no pudo evitar que le diera la patada.

—¡Karesh, haz algo! —ordenó Jen.

El demonio, que observaba la escena sin inmutarse, miró a la muchacha y asintió.

De pronto unas gruesas cadenas se enroscaron en los cuerpos de los dos chicos, evitando que pudieran golpearse una vez más.

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí? —quiso saber Nathaniel, al ver a Aaron con el labio partido y sangrando. Después miró a Xiu, que aún mostraba rabia en su rostro.

—Lo que pasa es que tu hija es una puta, Nathaniel. No ha tardado en

olvidarme y follarse al puto demonio —
escupió Aaron.

Jen le soltó un bofetón.

—¡Gilipollas! No sé qué coño pasó por mi cabeza el primer día que me enrollé contigo —gritó ella, dispuesta a golpearle de nuevo, pero Karesh le agarró de la muñeca, evitando que lo hiciera.

—Aaron, quedas relevado de tu puesto. Pasarás un tiempo encerrado —sentenció Nathaniel.

—¡Al fin podré usar mis mazmorras! —rio Karesh, pero Jen le golpeó en el hombro—. ¿Qué? Llevan tiempo vacías... —dijo con sarcasmo y fingida tristeza.

—Puedes hacer los honores —pidió

Nathaniel, dándole permiso.

El demonio sonrió maliciosamente. El cazador y él se convirtieron en humo y aparecieron en una oscura y sucia celda. Allí las cadenas que rodeaban al chico desaparecieron. Karesh aprovechó y le propinó un fuerte puñetazo en el estómago. Aaron cayó al suelo de rodillas.

—Jen es más mujer de la que mereces. Capullo —espetó el kahli.

—La chupa muy bien, ¿sabes? Dile que te haga una mamadita, verás qué gozada —el cazador rio con ironía.

Karesh le dio una patada en el estómago.

—Con las mujeres hay que ser delicado, imbécil. Son más poderosas y

fuertes de lo que te imaginas. Tenía que haber dejado que te diera una buena patada en los huevos. Ojalá te pudras en esta celda. ¡Oh, no! Mejor... Tengo hambre, ¿sabes? Llevo días sin probar bocado —se relamió los labios.

Sus colmillos crecieron con rapidez, a la vez que caminaba hacia él.

—Karesh —la voz de Jen a su espalda evitó que cometiera una estupidez—. Déjale ahí, vamos, te conseguiré alguna criatura para alimentarte.

Le cogió de la mano y entrelazó sus dedos con los de él, bajo la atenta mirada de Aaron. Tiró de él fuera de la celda y esta se cerró con la magia del demonio.

—Tenías que haberme dejado darle un bocadito... —bromeó.

—Irás con mi padre de caza. Las criaturas que atrapéis serán solo para ti.

—*Mmmm*. Me apunto, pero antes...
—Paró de repente, haciendo que ella también se detuviera. Sin soltar su mano, con la que tenía libre la agarró por la nuca y la atrajo hacia él. La besó con ganas, dejándola sin aliento—. Ahora puedo marcharme. Te veré a la noche.

Y sin que ella pudiera decir nada, Karesh desapareció.

—Raven, por favor, quédate con Aidan. Xiu y yo saldremos a comprar provisiones, apenas queda comida para todos —pidió Jen.

—Claro. ¿Podrías traer velas y salvia? —dijo la bruja.

—Por supuesto —respondió Xiu—. Nos vemos luego.

Raven se quedó con el niño, que en ese momento se encontraba pintando unos dibujos que ella le había hecho. Xiu acompañó a Jen al dormitorio que ahora compartía con el demonio.

—Jen..., ¿en serio te has acostado con él? —quiso saber el muchacho.

—Fue delicado y cariñoso... Con Aaron todo era en plan aquí te pillo, aquí te mato. No sé... Fue diferente. Me sentí bien.

—¿Quién no se iba a sentir bien con ese pedazo de maromo? Sea demonio o no, yo también le echaba un buen

polvo... Dime, ¿la tiene grande?

—Joder, Xiu, tú siempre pensando en lo mismo... ¡Tírate a Ray de una vez! — le empujó con suavidad. Luego se puso a buscar ropa en el armario—. Aquí está.

—¿Un vestido de fiesta? ¿Para qué? Solo vamos a hacer unas compras...

—¿No querías partirle la cara a alguien? Pues vamos a por Axel.

—¿Estás loca? ¡Dos contra uno! Nos matará en el primer asalto...

—Tengo un plan infalible... Tú sígueme la corriente en todo lo que te diga. Le vamos a hacer sudar la gota gorda... —sonrió ella mientras doblaba el vestido y lo guardaba en una mochila.

—Definitivamente, estás como una puta cabra.

—Y me quieres por ello —le dio un rápido beso en la mejilla—. Vámonos.

El Impala paró frente al *Inferno*. No había ni un alma alrededor del edificio.

—Las puertas están cerradas —apuntó Xiu mientras apagaba el motor.

—Lo sé.

Jen se volvió hacia el asiento trasero y cogió la mochila. Se quitó la camiseta y se quedó en sujetador. Después hizo lo mismo con el pantalón y las zapatillas. Se vistió con rapidez y salió del coche. Una vez fuera se ajustó el vestido, que tenía un generoso escote y era demasiado corto.

—Por Dios, hija, pareces una putilla...

—Es la intención, pequeño. Quiero pillar desprevenido a ese imbécil. —Se colocó bien los pechos y se soltó el cabello, dejando que las ondas cayeran por su espalda. Después se puso unos zapatos de tacón—. ¿Qué tal?

—Lo que te digo, una putilla en busca de clientes.

—Perfecto. Vamos.

—Voy en vaqueros... ¿Me dejarán pasar? —bromeó.

—Claro, vienes con un putón, ja, ja, ja —le cogió de la mano y cruzaron la calle.

Cuando estuvieron frente a la gran puerta del local, tiró de esta, pero estaba cerrada, tal y como habían supuesto. Jen cogió de su cabello unas horquillas e

intentó forzar la cerradura; no le fue nada fácil.

—¿Puedo ayudaros en algo? —dijo una voz a sus espaldas.

Los dos cazadores se volvieron de inmediato. Frente a ellos se encontraba la imponente figura del príncipe Nikklai.

—¡Vaya! ¡Pero si son los *Venatori Noctis*! Jen, estás... despampanante. —Axel la miró de arriba abajo y soltó un silbido—. Después carraspeó y tu rostro se tornó serio—. ¿Qué cojones hacéis intentando forzar la puerta?

—Venía a disculparme —respondió ella con voz melosa—. Xiu me acompaña para que no me pase nada. Creo que aceptaríamos una copa.

Axel puso los ojos en blanco y cogió

a Jen de la mano y tiró de ella. La muchacha hizo lo mismo con Xiu. Dieron la vuelta al edificio, pero por el lado contrario a la salida de emergencia por donde ellos ya se habían colado en varias ocasiones. Entraron por una puerta de metal roja. El lugar estaba bastante oscuro, pero podían ver. Allí dentro había un pequeño grupo de lobos durmiendo. El japonés apretó la mano de su amiga; estaba asustado. Ella le miró e intentó infundirle valor. Subieron por unas oxidadas escaleras hasta el segundo piso y cruzaron otra puerta de hierro que dio a un pasillo. Frente a ellos había una puerta de madera blanca con dos diosas griegas talladas. Cuando Axel la abrió, entraron en el salón. A

Jen le encantaron las enormes columnas, mientras que al chico le gustaron las estatuas griegas. El licántropo se sentó en el sofá negro.

—Poneos cómodos. ¿Una copa entonces?

Ella asintió mientras se sentaban. Rezó a todos los dioses que conocía para que el príncipe no los drogara o envenenara. Axel se dirigió a los dos gorilas que vigilaban la puerta pequeña.

—No quiero que nos molesten —los advirtió. Estos asintieron y desaparecieron por la puerta. Axel llenó de *whisky* tres vasos y se los ofreció—. Bien, repetiré mi pregunta: ¿qué hacéis aquí? Si os llega a encontrar alguno de mis hombres, os hubieran hecho

picadillo.

—Dudo que lo hicieran —respondió Xiu.

Axel le miró con mala cara.

—Quiero decir que no lo hubieras permitido —dijo con rapidez.

—Eso es cierto. Dime, Jen, ¿has empezado a sentir algún síntoma?

—No por el momento... Pero... —
Dejó su vaso en la mesita de té. Xiu la imitó—. Verás, ya que es posible que me convierta en uno de vosotros... —Se pasó la mano por la suave piel de su pecho, mientras él la miraba con detenimiento—. Ni Xiu ni yo nos lo hemos montado con un licántropo. Dicen que sois verdaderas bestias en la cama...

Axel se removió incómodo en su sitio. Miró a los dos intrusos en busca de algo que le dijera que lo que estaba pasando no era cierto.

—A mi amigo le gustan los chicos, pero no quiere decir que no podamos montar un trío —cogió la mano del japonés y le obligó a tocarle los pechos—. Es nuestra forma de disculparnos.

Xiu ya sabía por dónde iban los tiros, así que imitó todos sus pasos. Los dos se pusieron de pie y se besaron frente al licántropo, que parecía disfrutar de la escena por cómo se mordía el labio.

Después la pareja se separó. Cada uno se sentó a un lado de la criatura. Jen comenzó a besar su cuello mientras acariciaba su pecho. Sin embargo, Xiu

le besó en los labios mientras rozaba su muslo, acercándose peligrosamente a su entrepierna.

Axel se separó de ellos y se quitó con rapidez la camiseta, dejando al descubierto un torso perfecto. Ninguno de los dos podía negar que el licántropo estaba bastante bien...

Los dos amigos regresaron a lo que estaban haciendo. El príncipe estaba disfrutando, eso era obvio, hasta que, de repente, sintió un fuerte dolor en el pecho, cerca de su corazón. Con un grito se puso en pie y se miró en el lugar de donde provenía: tenía una pequeña chapa metálica que había atravesado su dura piel.

—¿¡Qué coño me has hecho, hija de

p...!?

—Es de plata —le cortó ella—. Un detonador hecho con plata bañada en sal. Si te conviertes, estallará. —Se puso en pie y caminó hasta él—. Ya estamos en paz. Yo tengo posibilidades de convertirme en lobo, y tú estarás muerto si te conviertes en uno.

Axel intentó extraérselo, pero el dolor que sentía en sus dedos al rozar la plata era un suplicio.

—Si te portas bien, prometo quitártelo. —Le guiñó un ojo mientras veía cómo la sangre recorría el pecho perfecto del príncipe—. No intentes arrancarlo, será una tortura —sonrió maliciosamente—. Te aconsejo que tus lobitos no salgan de aquí si no es para

encontrar la forma de atrapar a Lucifer. De lo contrario, te haré pedacitos.

—¡Zorra! ¡Si yo muero, mueres tú! — gritó colérico mostrando sus dientes. Estaba tan enfadado que en cualquier momento podría transformarse.

—Lo sé. Pero moriré cumpliendo con mi misión: matar criaturas. Respira hondo, pequeño —le dio unos golpecitos en la cabeza, como si se tratara de un perrito, pero él le agarró velozmente de la muñeca—. Nos veremos pronto. Karesh vendrá a buscarte en dos días, así que espero que tengas un buen plan.

Se soltó con fuerza de él y le dio la espalda. Caminó con lentitud, meneando sensualmente las caderas en modo de

burla. El licántropo miró a Xiu, que se encogió de hombros.

—Ella es la que manda —se justificó, y se fue tras su amiga; ambos salieron como si nada del salón.

Cuando bajaron las escaleras, el grupo de lobos había despertado al escuchar el grito de su príncipe. Los miraban amenazantes, mostrando sus afilados y blancos dientes, pero los dos cazadores no mostraron ningún temor; al contrario, caminaban entre ellos como si fueran los dueños del lugar.

Uno de los hombres abrió la puerta principal del local, por la que salieron de allí con total impunidad bajo la atenta mirada de Axel, que los observaba desde las escaleras con la cara

desencajada de dolor.

—Es valiente, fuerte y decidida. Será una buena reina —dijo en voz alta a sus criaturas, que aullaron por la buena noticia que les había dado su príncipe.

CAPÍTULO 14



Raven esperaba con ansias que todos llegaran bien. Estaba sentada en una de las sillas de la cocina, mirando una revista de coches que estaba sobre la mesa, cuando irrumpió Karesh seguido de los cazadores. El demonio tenía sangre en los labios, signo de haberse desayunado algunas criaturas. Aaron limpió sus armas llenas de sangre con su camiseta.

—¿Aún no han llegado Jen y Xiu? —preguntó Nathaniel mientras se dejaba caer en otra de las sillas.

—Todavía no... Y estoy empezando a preocuparme —respondió la bruja

cerrando la revista.

—Pues no os deberíais preocupar más, va a entrar en casa enseguida, puedo sentirla —comentó el kahli sin mirar a nadie. Se limpió la sangre de la boca con el dorso de la mano.

En ese mismo instante entraron Jen y el japonés, sonrientes y con varias bolsas en las manos.

—¡Que se joda! —gritó Xiu haciendo un obsceno gesto con su dedo corazón, sin darse cuenta ninguno de los dos de que no estaban solos.

—¿Quién debería joderse? —quiso saber la bruja.

Los recién llegados se sobresaltaron y las bolsas cayeron al suelo.

—¡Nadie! Una vieja que se nos quería

colar —respondió rápidamente el muchacho.

—Mientes muy mal —dijo Karesh mientras se acercaba despacio hacia él sin dejar de mirarle.

El chico se amedrentó y bajó la mirada.

Jen recogió las bolsas del suelo y las puso sobre la mesa.

—Raven, aquí tienes todo lo que me pediste. No falta nada —sacó una a una todas las compras.

Karesh se fijó en un detalle: la muchacha tenía sangre seca en la mano derecha. Bruscamente y con fuerza, la cogió de la muñeca.

—¿Y esto? —la voz del demonio había cambiado, ahora sonaba

peligrosamente amenazante.

—No es nada... —se soltó veloz.

La criatura se colocó frente a ella, cogió un mechón de pelo castaño y se lo llevó a la nariz. Aspiró profundamente. Entonces arrugó la nariz; le dio tanto asco que soltó el cabello y dio un paso hacia atrás.

—Has estado con lobos... —dijo el kahli sin poder creerlo.

—¿Es eso cierto? —la expresión de Nathaniel cambió. Estaba entre sorprendido y enfadado.

Pero ninguno de los dos respondió.

—No voy a volver a repetirlo: quiero una respuesta inmediata —avisó la criatura.

—Hicimos una visita a Axel —musitó

Xiu en voz baja.

—¡Xiu! ¡Eres un puto chivato! —Jen le golpeó con fuerza en el pecho. Después se volvió hacia ellos—. Sí. Es cierto, ¿y qué más da? —confesó finalmente mientras se cruzaba de brazos.

—¡Pasa que eres estúpida, Jen! —gritó Karesh enfadado—. ¡Podía haberos matado!

—Estad agradecidos, no podrá convertirse hasta que yo lo decida —metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un detonador—. ¿Veis? Le tengo bien domesticado.

Karesh le quitó el aparato de las manos y la abofeteó. Todos se quedaron sorprendidos. Jen se llevó la mano a la

cara; había pasado tan deprisa que ni siquiera había podido defenderse.

—Karesh... —Nathaniel se acercó al demonio y le susurró algo al oído. Este asintió.

Acto seguido, el kahli cogió con fuerza a la muchacha de la mano y desaparecieron convertidos en humo.

Cuando Jen abrió los ojos, ambos se encontraban en una vacía habitación. Karesh no había soltado aún su mano. Le miró con cautela. Tenía los ojos negros y el ceño fruncido; estaba enfadado, muy enfadado.

—Karesh, ¿dónde estamos? —quiso saber ella.

—Es una celda. Tu celda —recalcó.

—¿Mi...?

Dejó de sentir la presión en su muñeca: Karesh se había ido. Miró hacia la puerta y vio al demonio al otro lado. Corrió hasta la puerta e intentó abrirla.

—¡Karesh! ¿Qué te crees que haces? ¡No puedes dejarme aquí encerrada! — tiró con fuerza del oxidado acero intentando abrirla, pero no pudo.

—Estoy poniéndonos a todos a salvo. Nos traerás la desgracia, Jen.

—¡No lo dirás en serio! ¡Abre la maldita puerta! —la golpeó con los puños el metal—. ¡Vamos!

Pero Karesh hizo caso omiso a sus palabras y se marchó de allí.

—¡Karesh! ¡Abre la puerta o romperé

el puto vínculo! —estaba furiosa.

De pronto, el demonio regresó y a través de los barrotes agarró el cuello de la muchacha.

—Si rompes el vínculo, todos a los que amas morirán. Yo mismo daré permiso para que Haylel entre en el mundo mortal y lo destruya. Tú serás la primera. —Y la soltó, desapareciendo de allí como por arte de magia.

Jen se quedó sola y dolorida en aquella mugrienta celda.

—¡Vaya! Tu amadísimo demonio te ha dado una buena patada en el culo. Me alegro —respondió una voz frente a su celda.

—Que te den, Aaron. Eres un gilipollas que no tiene ni puta idea de

nada —respondió ella dejándose caer en el suelo.

—Cada uno tiene lo que se merece, Jen.

—Cierra tu puñetera boca o te la partiré gustosamente.

—Temblaría si te tuviera frente a mí y fueras a cumplir tu promesa, pero, ¡oh!, estás encerrada en una celda como una perra.

—¡Cállate ya, joder! Cada vez me doy más cuenta de que eres un auténtico pringado.

—Al menos he disfrutado todo este tiempo lamiendo tus pezones...

—Cállate. No pienso volver a repetírtelo —se estaba comenzando a enfurecer.

—Metértela con ganas...

Jen se puso inmediatamente en pie, se asomó al hueco que había en la puerta y frente a ella se encontró con él, que sonreía maliciosamente.

—Es lo único para lo que vales, Jen, para desfogar a un pobre cazador. O incluso a un demonio.

—¡¡He dicho que cierres la puta boca!!

De pronto el edificio entero comenzó a temblar. Aaron tuvo que agarrarse a los barrotes del hueco de la puerta; bajo sus pies el suelo se había sacudido de tal manera que parecía que el pavimento se resquebrajaba.

—¿Es necesario encerrarla? —

preguntó Xiu preocupado por su mejor amiga.

—¿Por qué fuisteis? —quiso saber Nathaniel.

—Queríamos darle una lección a ese imbécil. ¡Teníais que haberle visto! Estaba encantado de que Jen pudiera convertirse. Entonces, lo hicimos.

—¿Hicisteis? ¿Qué coño hicisteis? —Karesh seguía muy enfadado.

—Le engañamos. Le hicimos creer que haríamos un trío con él y Jen le clavó en el pecho el detonador.

De pronto Karesh soltó una fuerte carcajada.

—¿De qué te ríes? —dijo Raven cruzándose de brazos.

—Axel nunca cambiará. Le da igual

que sea hombre o mujer... Es un gilipollas. —El kahli se encogió de hombros—. Os habéis expuesto al peligro, no pienso pasarlo por alto —avisó.

—¿Cuánto tiempo estará Jen en la celda? —preguntó Nathaniel.

—El que se me antoje. Advertí que se haría a mi manera y no me lo estáis permitiendo. Estaré hechizado y tendré que obedecer a Jen, pero yo soy quien tiene el poder suficiente para...

Un fuerte temblor sacudió el edificio entero. Copas y tazas cayeron al suelo haciéndose añicos. Aidan, que jugaba en el salón con el cachorro, corrió gritando hasta la cocina, en donde se agarró a la pierna de su padre.

—¡Ya están aquí! —gritó entre lágrimas el pequeño.

Karesh le cogió en brazos.

—¿Quiénes vienen, cielo? —intentó calmarle.

—¡Los arcángeles! —Hundió la cabeza en el pecho de su padre—. Me buscan. También al último *Electos Lucem*.

El temblor cesó de inmediato.

—Entonces, es cierto... —Raven no podía creer que realmente existieran los ángeles guerreros y los elegidos de la luz, portadores de gran poder.

—Claro que es cierto. Existen los demonios, ¿no? Pues ellos también —aclaró Karesh.

—Dice que buscan al elegido, pero

¿quién de nosotros es? —Xiu estaba muy intrigado con ese tema.

—No lo sé. Su poder no ha despertado aún... —respondió el pequeño de ojos azules.

—¿Cómo han encontrado a Aidan? Raven les hizo un hechizo —dijo Nathaniel, preocupado.

—Sólo hace efecto cuando están juntos o como mucho a cinco metros de distancia —comentó Raven—. Deberían estar lo más cerca posible, Karesh, si no, tendremos problemas... Nunca nos hemos enfrentado a un ángel, no sabemos con qué armas atacar... o defendernos.

—Xiu, por favor, lleva a Aidan a mi cuarto. Raven, ve con ellos. Tengo una

idea... —dijo Karesh mientras le daba al japonés el niño y desaparecía de pronto.

El suelo dejó de moverse bajo sus pies. Jen miró por todas partes, buscando una razón aplicable a lo que acababa de ocurrir, pero solo se le ocurrían estupideces. ¿Había sido ella quien había creado el temblor? Imposible.

De pronto, Karesh apareció.

—¡Por Dios, Karesh! ¡Menudo susto me has dado! —se llevó la mano al pecho—. ¿Qué ha sido eso?

—Arcángeles. Vamos. —La cogió de la muñeca y tiró de ella.

—¿Has dicho arcángeles? —preguntó Aaron al otro lado—. ¡Sácame, puedo

ayudar!

Pero Karesh le ignoró completamente y desapareció de allí, llevándose a Jen consigo.

—¡Maldita sea, demonio! ¡Sácame de aquí! —golpeó con fuerza los barrotes, dándose por vencido.

Cada vez que se convertían en humo, su cuerpo se descomponía y le daban náuseas al regresar a su estado material.

—Estos viajesitos me van a matar... —protestó Jen mientras intentaba incorporarse.

—Venga, deprisa —apremió él.

Sin soltar su mano atravesaron el pasillo rumbo al dormitorio del demonio, donde Xiu y Raven los

esperaban.

—Entra —la empujó dentro.

—No hace falta que me trates así, imbécil —se defendió ella—. ¿No me habías castigado?

—Y sigues encerrada. Raven, haz un hechizo para que no pueda salir de aquí. No podrás atravesar ni las ventanas ni la puerta. Al balcón sí dejaré que puedas salir, pero no podrás saltar, lo siento —le mostró una malvada sonrisa—. Además, tendrás que estar pendiente de Aidan las veinticuatro horas del día.

—¿De qué coño va esto? —Jen no entendía nada.

De pronto, el edificio tembló de nuevo, esta vez más fuerte que la vez anterior.

—Raven, date prisa —ordenó el kahli.

Esta pronunció unas extrañas palabras con los ojos cerrados mientras el suelo seguía temblando bajo sus pies.

—Raven... —Xiu comenzaba a asustarse.

—Se están acercando... —Aidan tenía mucho miedo. Se abrazó a la pierna de Jen y no la soltó.

—Ya está. Jen, intenta salir fuera del dormitorio —pidió la mulata.

Jen puso los ojos en blanco y con los brazos cruzados sobre el pecho caminó hasta la puerta. Convencida de que no iba a dar resultado, intentó atravesar la puerta, pero para su sorpresa, algo la frenó. Una fuerza mágica le impedía

cruzar al otro lado, como si hubieran instalado un fino y transparente cristal.

Aidan también lo intentó y tampoco pudo, pero lo que a Jen le parecía un terrible castigo, para él era extraño y divertido.

De pronto, *Patitas*, el cachorro de pastor alemán, corrió por el pasillo y se adentró en la habitación.

—Papi, ¿por qué *Patitas* sí puede entrar? —quiso saber, curioso, el pequeño, mientras acariciaba al animal.

—Tan solo vosotros dos estáis hechizados —aclaró Raven—. Jen, si estáis juntos, ninguna criatura podrá encontraros.

Entonces, el temblor cesó.

—Se han marchado... —Aidan se

dejó caer, exhausto, al suelo, donde cerró los ojos y se quedó dormido, como si se le hubiesen agotado las pilas.

Karesh entró en el cuarto y cogió a su hijo en brazos. Le llevó hasta la cama y lo tumbó, arropándole con la sábana.

—Esta noche dormiré con Aidan. No sé qué tendrás pensado hacer tú, pero ahí tienes el sofá —le dijo Karesh de malos modos. Aún estaba muy enfadado con ella.

—Lo prefiero, la verdad —respondió la joven en el mismo tono a la vez que se alejaba de allí y se sentaba en el sillón con las piernas cruzadas.

Xiu tomó asiento a su lado y pasó su brazo por los hombros de ella, atrayéndola hacia él.

—Es por el bien de Aidan, no te enfades —dijo el japonés con suavidad.

Karesh cogió en brazos al cachorro y, junto a la bruja, abandonaron el dormitorio dejando a los dos amigos solos.

—Lo sé... Pero no entiendo por qué se ha molestado tanto. Lo que hicimos nos da ventaja. Tenemos a Axel cogido de los huevos. —Esa excusa sonaba estupendamente en su cabeza.

—Quizá no sea tan fácil como nosotros creemos... La magia es extraña, ya lo sabes.

—Te juro que hay veces que desearía dejar todo esto, ser una chica normal que va a fiestas con sus amigas, que trabaja o estudia, que encuentra a su

amor verdadero, se casa y forma una familia... —había tristeza en sus palabras.

—Elegiste lo que eres, Jen, nadie te obligó. Por mucho que se empeñen en negarlo, eres especial. Eres fuerte y valiente, y aunque no los tengas físicamente, tienes los cojones bien puestos. —Su amiga sonrió—. Te juro que cuando estuvimos intentando abrir la puerta del Infierno, casi me cago en los pantalones.

—Bah, no es verdad. Tú también eres muy valiente, si no, ni hubieras accedido a pegar al que se suponía que era tu mejor amigo.

—Te confesaré algo: al principio me hice amigo tuyo porque iba tras Aaron.

Me gustaba mucho, hasta que descubrí que no eras tan zorra como creía.

—¡Vaya! Me alegro de que ya no lo sea —se carcajeó.

—No, ahora eres mi pequeña zorrita de metro sesenta.

Ambos estallaron en una fuerte carcajada, pero tuvieron que dejar de reírse —algo imposible cuando empezaban así— o despertarían a Aidan.

—En serio, me alegro de que ya no estés con él. Se ha convertido en un auténtico gilipollas —confesó el chico.

—Y yo me alegro de que sigas siendo mi amigo a pesar de haberte robado al chico —sonrió—. ¿Habéis hablado ya Ray y tú?

—La verdad es que sí. ¿Crees que será demasiado rápido si le digo que duerma conmigo?

—Xiu..., ¿no es muy pronto para acostaros juntos?

—¡He dicho dormir! En qué estarás pensando, ¡cochina! —se cruzó de brazos, divertidamente indignado—. ¿Qué vas a hacer con Karesh?

—Haré que me pida perdón por haberme abofeteado y haberme encerrado en aquella maldita celda, y, para colmo, frente a Aaron.

—¡Eso! Cada vez que pases por su lado, haz que tiemble el diablo y diga: «¡Mierda!, ¡esta hija de puta ya se levantó!».

Jen abrazó a su amigo. Le encantaba

tenerle cerca; era como un hermano para ella.

—Tengo que irme... Voy a pasear con Ray, me dijo que tiene algunas ideas para atrapar a Haylel. Si las veo factibles, os las contaré. —La besó en la mejilla y se fue del cuarto, dejándola sola.

La muchacha se tumbó en el sofá, estirada, y se frotó los ojos. Los mantuvo cerrados un rato, intentando dejar su mente en blanco. Sin darse cuenta, se quedó dormida. Y soñó.

Paseaba por el jardín como cada día desde que estaban en la casa de Karesh. Ya había amanecido hacía horas, pero esa mañana era diferente. Ella se notaba distinta, sentía los pies livianos y los

miró. Tal y como había supuesto, estaba descalza. Cuando levantó la mirada, se encontró frente a un joven de cabellos rubios y cortos y ojos azules. Medía algo más que ella e iba ataviado con una larga túnica blanca, sujeta por un cinto del que pendía una espada plateada. Una lustrosa capa roja caía sobre sus hombros, ondeando al viento cual estandarte. El muchacho tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Le miró a la cara, pero no encontró familiaridad en su rostro.

—¿Quién eres? —preguntó ella, impávida.

—¿No me reconoces? —le contestó el chico con una suave voz.

Negó con la cabeza, dando unos pasos

hacia atrás e intentando así alejarse de él.

—Pronto te darás cuenta —sonrió de felicidad. Entonces desenvainó su espada, que de pronto se convirtió en llamas.

—Una espada celestial... —Jen no podía creer lo que estaban viendo sus ojos—. Entonces, tú...

De la espalda del joven salieron dos grandes alas, bancas como la nieve más pura y suaves como las de un cisne.

El chiquillo caminó lentamente hacia ella. La cazadora ya no sintió ningún miedo. Se quedó en su sitio, absorta con la hermosa espada, hasta que el ángel se detuvo frente a ella. Este levantó su mano libre y acarició el rostro de la

chica.

—*In tenebris lux tua natus est...* —
Tomó la pequeña mano de Jen y con un rápido movimiento cortó la palma con la espada celestial.

Jen soltó un aterrador grito de dolor, pidiendo, inconscientemente, ayuda a Karesh.

Pero entonces, despertó con unas fuertes sacudidas.

—¡Jen, despierta! —El demonio la zarandeaba hasta que abrió los ojos—. ¡Por Lucifer, qué susto me has dado!

—Karesh... Creo que he tenido otro sueño astral... —Se llevó la mano a la cabeza, pues se sentía un poco mareada.

—He escuchado tu voz, me llamaste pidiendo auxilio... ¿Qué ha pasado?

Entonces, Jen se miró la palma de la mano. La sentía dolorida, pero no había ninguna herida o cicatriz, ni siquiera sangre.

—He visto un ángel... —dijo ella mirando al demonio—. Tenía una espada celestial.

—¿Una espada celestial? ¿Cómo era?

—Muy hermosa... Su hoja era muy fina y plateada. Las llamas no eran del color del fuego, sino de un tono blanquecino, con motas de color plata.

—Jamás he visto una. Has sido afortunada, Jen. Que un ángel te visite en sueños es todo un honor —sonrió—. ¿Te dijo algo?

—Me dijo algo como... *In tenebris lux tua natus est.*

—*Tu luz nacerá en medio de la oscuridad...*

—¿Qué habrá querido decir con eso?

—No tengo ni la menor idea. Espero que tu ángel no sea uno de los arcángeles... Si lo es..., será porque ha encontrado a Aidan y quiere poseerte en sueños. Y si lo hace... —calló unos segundos.

—Si lo hace..., ¿qué? —no le gustaba aquel silencio.

—Si lo hace, puede atraparle a través de ti...

—Entonces no dormiré nunca más —sentenció Jen, decidida. No iba a permitir que un pequeño inocente muriera por su culpa.

—No digas estupideces. Le diré a

Raven que haga un hechizo para avisarnos de nuestros sueños astrales. De todos.

Karesh abrió de nuevo la boca para decir algo, pero no lo hizo. Su apacible rostro cambió; volvía a estar enfadado.

Se puso en pie y sin decir nada, ni siquiera despedirse, se marchó de allí.

Jen estaba decepcionada. Por una parte deseaba que se quedara junto a ella, pero aún estaba dolida por el bofetón que le había dado.

La tarde le resultó aburridísima, cambió la televisión de canales incontables veces, escuchó música sin ganas. Incluso cuando Aidan despertó, aunque estaban entretenidos pintando y

jugando con *Patitas*, se le hizo interminable. Tampoco tuvo ninguna visita, tan solo Karesh le envió un mensaje preguntándole si su hijo había despertado y ella le respondió confirmándole que sí. No hablaron más.

—Jen, no te enfades, es mi culpa que estés aquí castigada —dijo Aidan con su infantil voz.

—No es culpa tuya, cielo. — Ella le abrazó con fuerza—. Le prometí a tu papá que te protegería y eso estoy haciendo. Lo que pasa es que... —No sabía cómo explicarle cómo se sentía en ese momento—. No es nada. Mira — sacó su móvil del bolsillo—, ¿nos hacemos unas fotos? Así siempre podré recordarte.

—¡Síiiiiiii! —el niño estaba eufórico y aplaudió con ganas.

Jen, con una gran sonrisa, preparó la cámara y disparó. Sacaron la lengua, ella se hizo la bizca, se pusieron nariz de cerdito...

—Mándale una a mi papá. Quiero que vea lo feos que estamos —rio.

Y así lo hizo. Le envió la última foto que se acababan de hacer.

Hacía un buen rato que Raven había subido la cena y les había hecho compañía durante hora y media, pero pronto llegó Xiu, que relevó a la bruja. Esta últimamente se sentía incómoda al lado de la chica que había cuidado como a su propia hija. No le gustaban las estupideces que estaba haciendo, todas,

obviamente, realizadas desde que el kahli entrara en sus vidas.

Aidan se quedó dormido en el sofá y Jen le acostó en la cama, pero el pequeño aferró su mano, tal y como la sujetó la primera noche que pasaron en aquel edificio, que creían que era un hotel.

—Me tiene agarrada con fuerza —le dijo la muchacha a su amigo mientras intentaba soltarse.

—No importa, hablemos aquí —se sentó en el otro extremo de la cama, cruzado de piernas.

Ella lo hizo al lado del pequeño, apoyando su espalda en el cabecero.

—Tengo que contarte algo... —dijo el chico.

—¿Es sobre las ideas de Ray?

—Eso viene después... Fui donde habíamos quedado y él no estaba, entonces subí a su cuarto y... ¿A que no sabes qué? —Ella negó—. ¡Me esperaba desnudo en su cama!

—¿No me dirás que...? —Él asintió, con una sonrisa de oreja a oreja y sonrojado—. ¡Felicidades! Y parecía tímido el pelirrojo —rio.

—Eso creía yo.

—¿Y qué tal? Sin detalles, por favor —bromeó.

—Fue maravilloso, te juro que nunca me había sentido tan bien. Creo que es la primera vez que he sido feliz en mucho tiempo. Es cariñoso y atento.

—¡Eso es genial! Ya era hora de que

encontraras un buen chico.

—¿Y tú y Karesh?

—Sigue enfadado conmigo —dijo con tristeza mientras bajaba la cabeza.

—¿No vas a hacer nada?

—No lo sé... Si él decide no volver a hablarme, lo respetaré. Ahora mi misión es esconder al híbrido.

—¿Qué poder crees que acabará desarrollando? —preguntó Xiu, esperando la respuesta de su amiga.

—No lo sé. No sé qué elementos influirán en tal decisión. Si sigue con nosotros puede que gane el lado bueno, si lo encuentra Haylel... podría ser la destrucción de la humanidad.

—¿Y los arcángeles? ¿Cuál crees que será el motivo por el que le quieran a su

lado?

—No tengo ni la menor idea, pero lo que sí sé es que ambos bandos podrían acabar con nosotros. Y hacerle daño a él, y no lo voy a permitir.

—Sabes que donde tú vayas...

—... yo voy —terminó la frase por él —. Lo sé. Por eso te quiero, pequeño — sonrió alegre.

Xiu se puso en pie y se acercó hasta ella, la abrazó con fuerza y la besó en la frente.

—Es tarde, a dormir —le dijo el chico como si se tratara de su padre.

—Eso, a dormir. ¡Y usa protección! —se rio de él.

El chico le hizo un corte de mangas y le sacó la lengua. Le encantaba que ella

se preocupara por él.

Cuando su amigo se marchó, se dio cuenta de que no le había contado los planes de Ray y puso los ojos en blanco; ninguno se había acordado de eso. Intentó de nuevo soltarse de Aidan, pero seguía apretándole con fuerza; decidió tumbarse y se echó a su lado. El niño se movió, acopló su cabecita en su pecho y se abrazó a su estómago.

Jen se sintió bien al lado del pequeño. Cerró los ojos y disfrutó de la paz interior que sentía en aquel momento.

Karesh no podía dejar de mirar la foto que Jen le había enviado. Ella y Aidan estaban felices y sonrientes. Su corazón palpitaba con fuerza cada vez

que estaba cerca de la chica. Nunca había sentido algo así desde que conoció a Anazel. Por un segundo se imaginó cómo sería un hijo de él y Jennifer. Si Aidan era hermoso, aquella criatura debía de ser increíble. Sonrió ante la idea, pero entonces se dio cuenta de la realidad; eso jamás pasaría. Los cazadores se habían marchado a sus habitaciones y él había bajado a las mazmorras para dar de cenar a Aaron, que no se atrevió a abrir la boca y, sin embargo, devoró la comida.

El demonio tampoco habló absolutamente nada, pues no podía dejar de mirar la foto que tenía en la pantalla de su móvil.

Tenía que hablar con ella.

En lugar de convertirse en humo, decidió subir a pie, así pensaría mejor qué iba a decirle. No podía seguir haciendo lo que le diera la gana o acabarían todos muertos. Ella la primera. Y eso no pensaba consentirlo.

Cuando entró en el saloncito se dio cuenta de que había demasiado silencio. Se asomó al dormitorio y encontró a la muchacha y a Aidan abrazados, dormidos en la cama.

—Vaya dos... —sonrió.

Caminó hacia el lado donde Jen estaba y apartó a Aidan de ella, dejándola libre del pequeño. Besó la frente de su hijo y se volvió. Ya hablaría con ella cuando despertara.

Como era costumbre, no tenía ni una

pizca de sueño, por lo que salió al salón, donde se descalzó y se quitó la camiseta, dejando su pecho desnudo.

Cogió su vaso y se echó un buen chorro de *whisky*, que fue bebiéndose a cortos tragos.

Lo llenó de nuevo y con el móvil en la mano se dirigió al cómodo sofá, donde se dejó caer como si le pesara el cuerpo. Puso sus pies descalzos sobre la mesita de té de cara madera de ébano.

—¿Karesh? —una somnolienta Jen salió del cuarto, restregándose los ojos y descalza.

Este se sorprendió, tanto que su móvil cayó al suelo y casi vertió el *whisky* sobre sus pantalones.

—Siento haberte despertado —dijo

él. Bajó los pies de la mesa, dejó el vaso sobre esta y recogió el teléfono.

—Estás en mi cama —respondió ella, bostezando.

—No puedo dormir, regresa con Aidan —estaba claro que no tenía intención de moverse de donde estaba.

Entonces ella se sentó a su lado.

—¿Bebes para ahogar las ganas de matarme? —bromeó la chica.

—No —dijo secamente—. Ahogo las ganas de besarte y hacerte el amor ahora mismo. —No se atrevió a mirarla, si lo hacía, se lanzaría como un tigre hacia ella.

—Oh... —Jen se quedó paralizada, sin saber qué decir.

Acabó su bebida de dos tragos y

volvió a dejar con suavidad el vaso en la mesa, tras lo que se puso de pie y anduvo hacia el ventanal. La luna llena iluminaba el oscuro firmamento, cuya hermosa luz se reflejaba en la gran fuente del jardín. Tenía que hacer algo. Deseaba de verdad besarla, pero aún se sentía traicionado. Entonces notó las calientes y pequeñas manos de la muchacha rozando su cintura y abrazándole por la espalda. Sus dedos se entrelazaron sobre el pecho de él, cerca de su cicatriz.

—Karesh... Lo siento de veras. No quiero que sigas enfadado conmigo. Tenías razón, hicimos mal, pero no culpes a Xiu, le pedí que me acompañara —apoyó su mejilla en la

fuerte espalda de la criatura—. Perdóname, te lo ruego.

Karesh agachó la cabeza. Sintió la tristeza que había en sus palabras; estaba completamente arrepentida.

—Aun así, no negarás que lo que hice fue mala idea...

Entonces él se volvió y la miró a los ojos.

—Jen... Siento mucho haberte golpeado. —Acarició la mejilla donde la abofeteó, en la que un color morado comenzaba a asomar—. Me asusté y fue una reacción demasiado impetuosa, lo lamento. Te dije cosas horribles, deberías ser tú quien me perdone a mí.

—Entiendo por qué lo hiciste, y tenías razón. Pudimos haber muerto, pero Axel

tampoco parecía querer deshacerse de nosotros, nos pilló intentando colarnos. Él nos invitó a entrar.

—Eso no es normal en él. Algo trama.

—Karesh... ¿Estamos en paz entonces?

—No.

—¿Qué más tengo que hacer para que me perdones?

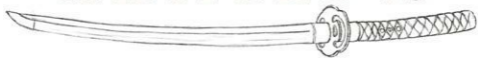
—Bésame.

Con una gran sonrisa ella se agarró a su cuello y le besó con ganas. Él la agarró de la cintura y la atrajo hacia él. Jen se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos la presencia del kahli.

Estar entre sus brazos realmente la hacía sentirse fuerte y protegida.

Sí. Ahora ya estaban en paz.

CAPÍTULO 15



Un trueno despertó a Aidan. Buscó a Jen, pero no la encontró. Entonces se levantó y corrió hasta el saloncito, pues había una pequeña luz en él. Se acercó al sofá y vio a su padre y a la cazadora tumbados. Estaban dormidos y abrazados. El pequeño sonrió.

—Gracias por cuidar de papá —dijo el niño, apartando un mechón del rostro de la chica.

De pronto, otro trueno rebotó sobre sus cabezas y Aidan gritó. Le daban miedo las tormentas.

Karesh y Jen despertaron y vieron al niño asustado, mirando hacia la ventana.

—No tengas miedo, cielo —
respondió Jen tomándole de la mano—.
Ven, tumbate con nosotros —hizo un
pequeño hueco y él se recostó a su lado.

Ella le abrazó con fuerza, intentando
calmar el frenético corazón del ángel y
evitando así también que se cayera al
suelo.

—Este sofá no es apto para tanta
gente... —rio Karesh—. Estaremos más
cómodos en la cama.

Aidan se levantó; estaba de acuerdo.
Jen le imitó y le cogió de la mano
mientras le llevaba hasta el dormitorio.
Karesh fue tras ellos y apagó la pequeña
luz de la mesita.

Jen se tumbó a un lado de la cama, el
demonio al otro y el niño en medio.

—No tienes que temer a las tormentas, solo son nubes chocando entre sí. Suenan tan fuertes porque están altas y hay mucho eco —intentó tranquilizarle la cazadora.

—No es verdad... Es Dios que está enfadado. Los truenos son los golpes que da en las nubes y los rayos son luces que manda para encontrarme... —explicó el chiquillo más que convencido.

—Sabes que tiene razón, no intentes mentirle porque de eso conoce él más que nosotros —dijo el demonio posando su mano en la cadera de Jen.

Deseaba hacerla suya, pero su hijo era su prioridad esa noche.

De pronto, una torrencial tormenta

cayó sobre la ciudad. A Jen le fascinaba. El sonido que más le gustaba, además del silencio y las olas del mar, era el de la lluvia cayendo. Le hubiera encantado bajar al jardín y dejar que las frías gotas la empaparan, pero no podía, tenía que estar cerca de Aidan. Además, no podía salir de aquel dormitorio.

El pequeño se sentía tan protegido entre ellos que, a pesar de los fuertes truenos, se quedó dormido enseguida.

Cuando amaneció, Karesh despertó el primero. Aidan ya había desaparecido, como era costumbre. Se levantó y se asomó a la ventana. El niño se encontraba en el jardín, contemplando cómo el sol salía por el horizonte. Estaba acompañado por Xiu, que

también se había unido a esa costumbre. En esa ocasión Ray se encontraba con ellos.

Entonces regresó a la cama; aún tenía un buen rato para estar con Jen a solas.

Ella le daba la espalda. La camiseta de tirantes y su cabello recogido en coleta le dejaban al descubierto un tatuaje en la nuca que el demonio no había descubierto en ocasiones anteriores.

Era un bonito y elaborado atrapasueños en blanco y negro, con sus plumas y cuentas. Dibujó con la yema de sus dedos el hermoso motivo, rozando su fina piel. Jen sintió que aquella caricia le recorría el cuello, el hombro y el brazo, erizándole el vello.

—Si sigues así vas a tener un serio problema —dijo ella en un susurro.

—¡Oh, sí, nena! ¡Me encantan los problemas! —bromeó a la vez que la agarraba del brazo y la obligaba a volverse.

Él sonreía divertido y se colocó a horcajadas sobre ella.

—¿Y Aidan? ¿Cómo ha podido salir del dormitorio? —respondió sin entenderlo.

—No te preocupes por él, está viendo el amanecer. Tengo al menos una hora... —se agachó y la besó con ganas.

Sus labios dejaron un reguero de besos por su mejilla, su cuello y su escote.

—Karesh... —sus besos comenzaban

a encenderla.

Y la calló con otro beso. Una de sus manos se escondió bajo la camiseta de la joven, buscando sus pechos.

En ese momento Raven irrumpió en la habitación.

—Karesh, tienes que... —No pudo terminar la frase al ver a la pareja de aquella guisa.

Rápidamente Jen se apartó del demonio, que, enfadado, con un movimiento de su mano cerró la puerta de un fuerte portazo. El cerrojo se giró solo, dándoles intimidación.

—¡Vuelve en dos horas! ¡Estoy muy ocupado! —gritó con fuerza para que la bruja le oyera bien claro.

Escuchó cómo la mujer se marchaba.

Pudo leer sus pensamientos. Estaba avergonzada, tenía que haber llamado antes.

—¡Karesh! ¿Por qué has hecho eso?
—le recriminó.

—Tengo mejores cosas que hacer en estos momentos —dijo antes de regresar a sus labios.

Sus lenguas jugaban con auténtico frenesí. Ambos querían más. Deseaban unirse y formar un solo ser. Y así lo hicieron. Karesh la desnudó con prisas y después se deshizo de su ropa; no quería perder ni un segundo.

Lamió y besó sus pechos con ganas, y entre húmedos besos se adentró en ella. La ayuda de los movimientos de cadera de la joven arrancaron un gemido al

demonio.

—Jen... —susurró en su oído.

Sus embestidas cada vez eran más rápidas y acompasadas, pero ella le obligó a parar. Le hizo tumbarse y se colocó a horcajadas sobre él, teniendo ahora ella todo el poder. Karesh no podía dejar de mirarla... Eran tan hermosa...

A Jen solo le había ocurrido algo así con él: llegaron juntos al orgasmo. La joven, exhausta, se apartó de él y se tumbó a su lado.

—Esto es a lo que deben de referirse con empezar bien el día, ¿no? —el demonio besó sus labios.

—Creo que se refieren exactamente a eso —rio ella—. Necesito una ducha.

Se metió en el baño y salió en unos minutos. Apareció con una toalla enrollada en la cintura y con otra para secarse el pelo.

—No debería estar tan lejos de Aidan... —dijo ella, buscando ropa interior en el armario.

—Aún no te has dado cuenta, ¿verdad?

—¿De qué? —se volvió para mirarle. Seguía sin vestirse, pero al menos había tapado sus zonas íntimas con la sábana.

—No hay ningún hechizo, Jen. Has estado en este cuarto por voluntad propia.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—Compruébalo tú misma.

Jen dejó la ropa sobre la cama y, tras

quitar el cerrojo, abrió la puerta del dormitorio. Caminó descalza por el saloncito y entornó la puerta que daba al pasillo. Su mano atravesó el umbral sin problemas.

—¿Ves? —dijo Karesh a su espalda.

Ella se giró y le miró. Ya estaba vestido, se había acostumbrado a los vaqueros y a las camisetas en lugar de los caros e impecables trajes. Pero ahora no llevaba camiseta y estaba descalzo.

—¿Y el escudo que me impidió salir?

—Todo está en tu cabeza, Jen. —Con su dedo índice señaló la sien de ella—. No querías salir de aquí, por eso creíste lo del hechizo.

Pero ella no sabía qué decir, pues

tenía razón. Desvió la mirada, que inconscientemente se dirigió al perfecto pecho del demonio. Con sus finos dedos rozó la marca que demostraba el hechizo de vínculo, el cual ardió bajo sus dedos. Después dibujó la larga cicatriz que recorría su torso entero. El pecho del kahli se movía con rapidez.

—Debieron de dolerte mucho... — dijo ella por fin.

—Menos que lo que sentiste cuando te abofeteé —llevó su mano a la mejilla donde la golpeó—. Lo siento tanto...

Ella cogió su mano y besó sus nudillos.

—Ya te dije que no te preocupases, soy más fuerte de lo que imaginas —sonrió.

—Jen...

—¿Sí?

—¿Qué pasará cuando cumpla vuestras órdenes?

Jen no había vuelto a pensar en eso. No quería hacerlo, pero no estaba segura de qué pasaría si rompiera el vínculo. ¿Y si los mataba a todos? Pero él no lo haría, Aidan no se lo permitiría, amaba demasiado a su hijo como para ignorar los deseos del pequeño.

—No quiero pensar en ello... —dijo ella con sinceridad.

Karesh le abrazó con fuerza. Deseaba que aquel momento durase para siempre, que el tiempo se congelara para retenerla por toda la eternidad entre sus brazos. Era tan gratificante estar a su

lado que resultaba fácil olvidarse de todo lo demás.

Entonces, el demonio notó que el calor que desprendía el cuerpo de la cazadora no era normal. Era como si tuviera fiebre. Incluso ella se dio cuenta y rompió el abrazo.

—No me encuentro bien... —se llevó la mano a la frente mientras se apartaba de él.

Karesh dio un paso adelante y cogió su cara entre sus manos y la miró fijamente.

El verde de sus ojos ya no era tan intenso. Motas de color rojo salpicaban sus iris y sus pupilas se hacían más grandes de lo habitual.

—Oigo tu corazón latir a mil por hora

—dijo ella apoyando su mano sobre el pecho del kahli.

—¿Cómo te sientes? —quiso corroborarlo.

—Estoy algo cansada... Y me duele un poco la cabeza, necesito sentarme.

Se dirigió hacia el sofá y se dejó caer sobre él. Karesh, sin embargo, se quedó de pie observándola. Estaba enfermado de nuevo.

—¿Quieres que le pida a Raven algún calmante?

Ella asintió y se tumbó.

Karesh salió de allí a toda velocidad hasta la cocina, donde sabía que se encontraría la bruja. Esta, que no esperaba su visita, se asustó al verle. Todo lo que tenía en sus manos cayó al

suelo.

—¡No vuelvas a darme esos sustos! Eres demasiado silencioso..., y no me gusta. —Se agachó a recoger los enseres.

—Olvídate de eso. Necesito que prepares algún tipo de relajante; si es para elefantes, mucho mejor.

—¿Qué? ¿Quieres que te mate?

—Si queréis sobrevivir, hazme caso. No desearás saber que...

No pudo seguir; un fuerte grito resonó en todo el edificio.

—¡Haz inmediatamente lo que te he pedido! —ordenó el demonio.

Raven se dio cuenta de que algo grave ocurría y se puso manos a la obra mientras Karesh desaparecía de la

cocina.

El inconfundible humo negro apareció frente a ella, que estaba en el suelo, retorcida de dolor. El demonio se agachó a su lado.

—Jen...

—Karesh... ¿Qué me está ocurriendo? El dolor de cabeza es insoportable... Me duelen las piernas y los brazos...

Él se sentó a su lado y colocó la cabeza de la chica sobre sus piernas cruzadas.

—Le he pedido a Raven que te traiga algo para mitigar el dolor.

—Me estoy convirtiendo, ¿verdad?

Pero él no respondió. Cerró los ojos y apartó la mirada. Su silencio confirmó sus sospechas.

—Tienes que matarme. No quiero hacer daño a nadie —pidió ella con seriedad, agarrándole de la camiseta.

—No voy a matarte y tampoco harás daño a nadie. Estaré a tu lado pase lo que pase, te lo prometo.

—Llévame lejos de aquí, te lo suplico. No quiero dañar a Aidan.

—No te preocupes por él, está a salvo. No voy a consentir que te conviertas.

—Sabes que eso es imposible...

De pronto, su cuerpo se encogió. Otra fuerte oleada de dolor se instaló en lo más profundo de su ser. Intentó ahogar un grito, pero un horrible sonido salió de su garganta mientras su columna se arqueaba.

El kahli se puso en pie y con un ligero movimiento de mano, la mesita de cristal y el sofá se movieron por el suelo, alejándose de ellos. Ella necesitaba espacio.

—Aunque te duela, respira hondo. —
Se puso de cuclillas frente a ella, que estaba arrodillada. Por su postura, parecía que Jen estaba rezando.

Pero aquello no era exactamente lo que estaba haciendo: maldecía a Axel. Una ristra de malsonantes insultos salieron por su boca.

—Respira hondo —insistió Karesh, que tenía el corazón desbocado.

—¡Cállate! —gritó ella—. ¡Si sintieras que millones de agujas se clavan en tu piel no dirías lo mismo!

—Sé cómo te sientes. Llevo siglos sintiendo dolores en cada poro de mi piel. Retener al monstruo que llevo dentro es doloroso, tanto que estoy tan acostumbrado a él que ya ni lo siento. — Acarició su cabeza—. No aguantes el dolor, deja que la bestia salga.

Los finos dedos de la muchacha se estaban convirtiendo en afiladas garras mientras su espalda seguía arqueada y otra oleada de ardiente dolor se instaló en lo más profundo de su alma. Un nuevo grito rompió aquel silencio tan extraño que solo ella parecía escuchar.

De pronto, Karesh sintió la presencia de Raven, que caminaba temerosa hasta ellos. Tenía miedo. Mucho miedo.

—T-Traigo el calmante. —Se agachó

a su lado y le entregó un vaso con un líquido verdoso, parecido a un té—. Jen, tienes que tomarte esto.

La aludida levantó como pudo la cabeza y miró a su amiga. Las lágrimas surcaban sus mejillas y ahogaban sus ojos ahora rojizos.

—Llévatelos lejos de mí —le ordenó al demonio.

Sus dientes se convertían en afilados colmillos.

—No pienso irme de tu lado —dijo la bruja, decidida—. Bebe. Te dolerá menos.

Jen levantó su mano, convertida en garra. Hizo amago de coger el vaso, pero en lugar de hacerlo, lo golpeo con fuerza y este salió despedido a metros

de distancia.

—¡He dicho que te los lleves! —gritó con furia, pero Karesh la ignoró.

En ese momento, Nathaniel entró a toda prisa en el dormitorio y corrió hacia su hija, pero Karesh no se lo permitió.

—Jen, cielo...

—Papá... Tenéis que ir de aquí. En cuanto me convierta, no sé qué pasará... No quiero haceros daño. Karesh, si no los alejas, juro que serás el primero al que devore.

—¡Vaya! Me gustan las tigresas. Además, me encanta que me devoren, muy lentamente, como un helado.
Mmmmm.

Jen rio. Sabía que lo hacía para

quitarle importancia, pero en el fondo él era consciente de que lo que tenían entre manos resultaba ser un gran problema.

Entonces aparecieron Xiu, Ray y los miembros del Consejo armados hasta las cejas. Raven había dado el aviso de emergencia. Incluso Aaron estaba allí.

—¿Quién coño ha sacado a Aaron de la celda? —gritó el demonio.

—He dado la orden —dijo Raven—. Si hay algún imprevisto, necesitaremos toda la ayuda posible.

De pronto, Aidan apareció por la puerta y corrió hasta Jen. Karesh intentó apartarle, pero el niño le miró. El pequeño mostraba más tranquilidad que todos ellos.

Se arrodilló frente a Jen y cogió su

rostro entre sus manos. La miró fijamente a los ojos mientras ella parecía calmarse.

—No puedo curarte... Tu alma ya no es pura... —se entristeció. Limpió sus lágrimas y apartó sus manitas—. Lo siento...

Un horrible crujido obligó a la muchacha a incorporarse. Aidan, asustado, se apartó de ella. Raven le cogió en brazos y se alejó de ellos.

—¡Desapareced ahora que podéis! —ordenó el demonio.

—No pienso dejar a mi hija sola —sentenció Nathaniel.

—Es mi hermana. Tampoco pienso dejarla caer —Xiu dio un paso hacia adelante.

Nadie más habló. Tenían miedo, pues no sabían qué podría pasar. Todos estaban hechizados y mezclar magia de brujas y espíritus con criaturas podía desencadenar algo desconocido para ellos.

Robin, una de las supervivientes del Consejo, quitó a Aidan de los brazos de Raven.

—Te necesitarán. Yo me encargaré del pequeño —dijo la mujer. Aidan confiaba en ella y se abrazó a su cuello.

—Cuando se convierta estará hambrienta, por lo que deberíais esconderos —avisó el kahli.

—Somos un equipo. Tenemos que ayudar a nuestros hermanos —habló Ray.

—Os lo ruego... Matadme... —pidió Jen entre lágrimas.

Nathaniel se arrodilló junto a ella y acarició su rostro.

—No pienso dejar que pases por esto tú sola. Eres mi hija y siempre estaré a tu lado.

—Papá...

Otro crujido sonó en el cuerpo de la muchacha.

—Ya comienza —dijo Karesh con temor—. No será agradable la conversión... Os aconsejo que salgáis de la habitación si no queréis asistir a un espectáculo verdaderamente horrible. —Se cruzó de brazos, intentando calmarse.

Nathaniel se puso en pie y caminó hacia la puerta. Los demás fueron tras

él. Estarían preparados por si algo ocurría.

—Si os ataca o lo intenta..., matadla.
—Le dolió tanto pronunciar la orden que se llevó la mano al pecho.

—Nat, es tu hija... —Aaron, que había mantenido la boca cerrada, al fin la abrió.

—Es lo que ella desea... —Xiu estaba de acuerdo con Nathaniel. Había que respetar la decisión de los miembros del clan. El Consejo estaba de acuerdo.

Jen sentía que sus pulmones le ardían cada vez que respiraba. Cuando estuvieron a solas, se desmoronó.

—Karesh..., ¡tengo mucho miedo! —le miró con ojos vidriosos, mientras las lágrimas caían por sus mejillas.

—Eh, eh, tranquila —acunó su dulce cara entre las manos—. No va a pasar nada. No voy a dejarte sola, me quedaré aquí hasta que todo pase.

—Si te mato, nunca podremos encontrar a tu padre —intentó decir entre sollozos.

—No importa si no le atrapáis, jamás encontrará a Aidan, eso es lo que importa.

—Sí...

El demonio la abrazó de nuevo. Sintió cómo los músculos de Jen se tensaban. Entonces ella se convulsionó. No tenía intención alguna de romper aquel abrazo, pasara lo que pasase. Un fuerte grito salió de la garganta de la muchacha a causa de la primera oleada de dolor,

diferente a las que había estado sintiendo.

Notó que sus huesos se rompían, encogían y crecían, recolocándose a su antojo. Un lacerante dolor acudió a ella. El demonio veía cómo la blanquecina piel de la muchacha se tornaba más morena y cómo se cubría con rapidez de una gruesa capa de pelaje marrón oscuro.

Los dedos de sus manos, que agarraban con fuerza la camiseta de él, se deformaron por completo, convirtiéndose en afiladas garras que se clavaron profundamente en la piel del demonio, haciéndole unas terribles heridas. Pero él ni se inmutó. No le importaba nada más que ella.

Su menudo cuerpo se fue convirtiendo a gran velocidad. Un sonido similar al de una rama quebrándose, las vértebras de su columna se desencajaron, arrancando un extraño sonido que salió de sus entrañas.

El color de sus ojos había cambiado. Un tono rojizo ocupaba por completo sus iris. Ya no era ella, sino una enorme bestia de cuatro patas entre los brazos de un demonio.

Karesh intentó retenerla unos minutos más, quería calmarla, pero aquel animal estaba hambriento, pues sus afilados colmillos se clavaron en su brazo derecho.

El dolor no era nada comparado con el que sentía su corazón en ese instante.

—Calma, pequeña, pronto te alimentarás y saciarás tu hambre. —
Atrajo a la loba hacia él, intentando tranquilizarla, pero solo consiguió que dejara su brazo y se lanzara a su cuello. Él fue más rápido y soltó al animal.

Karesh le miró a los ojos.

—Eres una cobarde, Jen. Has permitido que la loba te consuma. Si luchas contra ella, volverás a ser humana —mintió. Sabía que era imposible, pero ella no lo sabía. Tenía que intentarlo como fuera..

La criatura le miró fijamente mientras arrugaba el hocico y mostraba sus afilados dientes manchados de sangre. Gruñó enfadada.

—Jamás permitiré que te vayas de

este mundo sin mí.

El demonio dio unos pasos hasta ella, sin amedrentarse al quedar frente a frente con una loba de más de un metro veinte de alto.

—Encontraré la forma de romper el hechizo —le prometió Karesh. De pronto, un «clic» sonó en su mente—. ¡Eso es!

Jen aprovechó el despiste para salir corriendo de allí. Se dirigió hacia la terraza y saltó por el balcón. Karesh se dio cuenta demasiado tarde. Corrió hasta donde la loba había desaparecido y la vio atravesar el jardín en dirección al laberinto.

El demonio se convirtió en humo y se manifestó en el gran salón, donde los

cazadores esperaban preparados para atacar.

—¿Dónde está? —preguntó Nathaniel.

—Ha huido. No he podido alcanzarla, corre como un demonio —rio.

—No tiene gracia, Karesh —el hombre no estaba para bromas.

—Tenemos que separarnos y encontrarla —comentó Aaron mientras cargaba su ballesta con flechas de madera con punta de plata bañada en sal.

Entonces, un largo y fuerte aullido sonó fuera del edificio. Raven se asomó al gran ventanal y cerca del laberinto distinguió dos brillantes ojos rojos.

—Puedo verla —dijo la bruja—. Está

enfadada, pero no entiendo por qué. Creo que está deseando atacarnos.

—Cuando un humano se convierte, suele ser más adiestrable y tranquilo. Pero ella no es una humana cualquiera —respondió Karesh mientras cogía entre sus manos una afilada daga de plata que dejó caer sobre la mesa, pues sus dedos se quemaron.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Xiu afilando su *katana*.

—No es una humana cualquiera. Es una *Venatori Noctis*. Está hechizada. Eso quiere decir...

—La magia de brujas y espíritus no es compatible con la magia mohem... —le cortó Raven—. Ambas magias juntas pueden crear muchos problemas...

—¿Magia mohem? ¿Qué es eso? —a Nathaniel no le gustaba nada cómo sonaba.

—Es la magia de linaje. Axel tiene el poder de dar vida, por decirlo de alguna manera. Él puede convertir a alguien en licántropo y nombrarle heredero... O reina.

—¡Hijo de puta! —gritó Nathaniel—. ¡Quiere convertirla en su reina y que le seamos fiel! Porque si él muere, ella también, y sabe que no vamos a permitirlo.

—Eso es cierto, pero no habéis entendido la importancia del poder de Axel: tiene el poder de dar la vida y convertir...

—¡Y también la tiene para quitarla!

—Ray respondió a la gran incógnita que ninguno era capaz de resolver.

—¡Punto para el pelirrojo! Solo tengo que encontrarle y obligarle a que rompa el hechizo —explicó el demonio.

—No creo que Axel esté por la labor de ayudar. —Raven no veía ni pies ni cabeza al plan.

—Sí si voy con esto —sacó de su bolsillo el detonador que le quitó a Jen días antes—. Iré yo solo.

De pronto, el cristal del ventanal se hizo añicos y Aidan, que abrazaba a *Patitas* ajeno a su conversación, gritó con fuerza.

El lobo estaba frente a ellos, así que prepararon sus armas. El animal caminaba hacia donde estaban cuan

pantera. Los miraba fijamente mientras arrugaba su hocico, dejando a la vista una ristra de afilados dientes.

Aidan parecía no tener miedo de la criatura en la que Jen se había convertido. Dio unos pasitos hacia ella y se detuvo. La Jen lobuna olisqueó al pequeño.

Karesh estaba tan asustado que todos sus músculos se tensaron. Estaba preparado para lanzarse contra ella si veía la mínima posibilidad de que atacara a su hijo.

Pero el niño no estaba asustado. Levantó su manita y acarició el hocico de la loba, que era casi tan alta como él.

Jen sintió un estaño dolor y dio un paso hacia atrás con un triste lamento.

—Papá encontrará la forma de que vuelvas a tener dos piernas —intentó abrazar al animal, pero la loba empujó con el hocico al niño y le hizo caer al suelo.

No quería hacer daño al ángel, y tampoco al demonio, pero ardía en deseos de comer carne humana.

«Karesh, sé que puedes oírme». La voz de Jen apareció en la mente del demonio.

Este la miró, sin creer que fuera cierto.

«No puedo haceros daño a ti y a Aidan, sois criaturas como yo... Sabes cómo me siento. Deseo la carne humana, su sangre...»

«Jen, no puedes hacerles daño, son

tu familia», respondió el kahli mentalmente mientras caminaba hacia ella. «*Es tu padre. Está muy preocupado por ti.*»

«*¿Preocupado? Si lo estuviera, no me estaría apuntando con una ballesta que puede matarme.*»

«*Tienen miedo, nunca antes un cazador se había convertido y eso puede ser un grave problema.*»

«*No importa. No seré un problema.*»

«*No permitiré que les hagas daño.*»

«*Llévate a Aidan. Es una orden.*» Se apartó de él y miró a su padre, al que le temblaba el pulso mientras le apuntaba con su arma.

—Jennifer, soy yo, papá... Tenemos la forma de curarte. Karesh, encuentra a

Axel, por favor —pidió Nathaniel.

—Si me marchó, no podré ayudaros —dijo el aludido.

«*¡He dicho que te marches!*» El grito de Jen retumbó en la mente del demonio.

—Podemos contenerla y encerrarla —dijo Xiu en voz baja, algo que parecía que Jen no había escuchado.

Karesh cogió en brazos a su hijo y, obedeciendo la orden de la loba, desapareció de allí.

—Empieza la fiesta —Aaron preparó su ballesta, dispuesto a atacar.

Jen vio por el rabillo del ojo cómo el dedo del que había sido su novio se dirigía hacia el gatillo. Sus fauces se abrieron con fuerza y con un gutural sonido se lanzó hacia él.

El chico no esperaba el ataque y dejó caer el arma al suelo. El cuerpo del lobo cayó sobre el suyo y ambos rodaron por el suelo, pero ella era más fuerte y acabó encima de él. Agarró con fuerza el hocico del animal, intentando con todas sus energías que no le arrancara la cabeza.

Intentaron disparar sus ballestas, pero estas no funcionaban. Entonces, Nathaniel lo entendió:

—¡Hijo de puta! ¡Las ha hechizado!
—gritó el hombre tirando con fuerza el arma al suelo—. ¡Raven, haz algo!

La bruja intentó lanzar un hechizo al animal, pero su mente estaba bloqueada.

—¡Maldito sea!

Ella tampoco tenía poder.

Xiu intentó acercarse y clavarle su *katana*, pero no pudo. Era su mejor amiga. No podía hacerle daño.

—¡Separémonos! ¡Debemos encerrarla! —Ray salió corriendo del salón.

Era una buena idea. Todos corrieron por parejas en dirección contraria, pensando que eso despistaría al lobo, pero no fue así. Seguía obcecada con Aaron.

—¡Jen! ¡Vuelve con nosotros! ¡Tú no eres así, no eres como ellos! ¡No le des ese placer a Axel! ¡Quiere convertirte en su reina! —gritaba el chico, intentando convencer a la loba que intentaba matarle.

Pero ella ya no era humana, sino una

bestia hambrienta. Sus afiladas garras se clavaron en el pecho del cazador. Un fuerte grito de dolor salió de su garganta. La criatura disfrutó del pánico que mostraban sus ojos. Necesitaba más. Deseaba sentir el sabor de la sangre recorrer su garganta. Lanzó una fuerte dentellada hacia el rostro del joven, que, como acto reflejo, levantó su brazo izquierdo para cubrirse. Decenas de dientes se clavaron en su carne. El dolor era insoportable, tanto que pensó que se iba a desmayar.

Intentó coger con su mano derecha el puñal que escondía en su bota. Lo alcanzó y con rapidez lo clavó en el flanco derecho del animal.

Jen sintió un terrible dolor en su

costado y se apartó de él, soltando su brazo.

Aaron aprovechó para incorporarse mientras el animal intentaba sin éxito arrancarse aquella hoja de plata que le quemaba la piel y los órganos.

Estaba débil, momento que el chico aprovechó para arrancárselo y clavárselo de nuevo, pero no fue capaz. Aquel monstruo de cuatro patas le miraba fijamente, cada vez más enfadado. La espuma de su boca confirmaba que estaba enfurecida.

La daga cayó al suelo y él retrocedió mientras se sujetaba el brazo herido, que no dejaba de sangrar.

La loba se relamió el hocico, manchado del líquido carmesí.

—Jen, por lo que más quieras, ¡lucha contra ello! ¡Si sigues así, nos matarás a todos! —Retrocedió hasta que chocó contra la pared—. Jennifer... Hazlo por tu padre, por Aidan. Sin nosotros no podrás volver a ser humana...

Pero ella no atendía a razones. No era ella. El monstruo se había apoderado de su alma.

—Te quiero...

Sus últimas palabras fueron de corazón. La quería. La amaba. Pero ya era demasiado tarde. Cerró los ojos mientras las lágrimas recorrían sus mejillas. La loba agachó la cabeza, y con una extraña risa saltó sobre él con las fauces abiertas.

Xiu y Ray habían escuchado el grito

de Aaron y fueron en su ayuda, pero cuando, a escondidas, se asomaron por la puerta, descubrieron al gran animal descuartizando a su compañero.

Xiu se tapó la boca ahogando un grito; sin embargo, Ray no pudo contenerse y un fuerte chillido salió de su garganta, descubriendo así su escondite.

Jen se giró hacia la puerta y pudo ver cómo los dos jóvenes salían de allí a toda prisa. Dejó caer el trozo de carne que tenía en el hocico y corrió tras ellos. Habían conseguido esconderse en una de las habitaciones que ella pasó de largo, no sin antes olisquear el ambiente en busca de sus nuevas presas.

—¡Lo ha descuartizado! ¡Joder! ¡No puede ser cierto! —gritaba Ray

completamente alarmado.

Se llevó las manos a la cabeza y se tiró de su rojizo cabello.

—¡Está muerto! —era imposible. No era capaz de tranquilizarse.

Xiu lloraba en silencio apoyado en la puerta. Aquello tenía que ser una pesadilla. No podía ser verdad. Era imposible que su hermana se hubiera transformado en un monstruo. Ella, que odiaba a las criaturas desde lo más profundo de su alma.

—¡Joder, joder, joder! —el pelirrojo daba vueltas por la habitación, poniendo más nervioso aún al japonés.

—¡Cállate de una puta vez! —contestó el chico con furia a Ray—. ¡Si no cierras la maldita boca nos matará a

nosotros también!

De pronto la puerta se vino abajo. La pareja gritó del susto, pero enseguida se tranquilizaron al ver que se trataba de Raven y Nathaniel.

—¿Dónde está? —preguntó el hombre, vigilando el pasillo.

—Hace unos minutos nos siguió —respondió Xiu.

—¿Y Aaron? ¿Consiguió escapar? —quiso saber Raven.

Xiu los miró con los ojos anegados en lágrimas. Entonces, lo comprendieron: Jen había acabado con la vida de una de las personas que más quería.

—Tenemos que escondernos hasta que Karesh regrese con Axel. —El japonés se limpió las lágrimas con el

dorso de la mano.

—Hay que encerrarla en una de las celdas, así estaremos seguros.

Entonces, escucharon un aullido demasiado cercano a donde se encontraban.

—Xiu, Raven, Ray, tenéis que distraerla; yo iré directo a los calabozos, le tenderemos una trampa. Cuando esté dentro con ella, nos encerraréis —dijo el líder.

—Estás loco si piensas que voy a dejar que hagas eso —espetó Raven.

—Lo harás. Es una orden —sentenció con semblante serio.

Los dos muchachos se prepararon. Salieron de la habitación mientras vigilaban que ella no los encontrara.

—No voy a hacerlo —la bruja plantó cara a su pareja.

—Claro que vas a obedecer. Es la única forma de atraparla. Vamos, ve con ellos, nos vemos abajo. —la besó fugazmente en los labios y se fue en dirección contraria.

Ella, cabreada, corrió en busca de sus compañeros, que estaban junto a la cocina, al otro lado del salón. Ninguno de los tres se atrevió a mirar hacia allí. Si lo hacían, se desmoronarían.

—¡Jeeeeeen! ¡Estamos aquí! ¡Ven a por nosotros! —gritó Ray mientras cogía una afilada espada.

Xiu tenía su *katana* en la mano y Raven cogió otra espada, algo más pequeña que la del pelirrojo.

—Deberíamos ir hacia los calabozos —comentó Ray asomándose por la puerta, para comprobar que Jen no los había seguido—. Si permanecemos aquí, no tendremos escapatoria.

Los tres juntos salieron cubriéndose las espaldas. Xiu vio a la loba; bajaba las escaleras desde el piso de arriba.

—¡Corred! —gritó el chico dirigiéndose al sótano.

Raven y Ray le imitaron. La criatura los vio y con un fuerte impulso saltó los diez escalones restantes, pero patinó al caer al suelo. El mármol ralentizaba su carrera y no fue capaz de alcanzarlos. Los tres cazadores llegaron al piso de abajo rápidamente.

—¡Tenéis que esconderos! —ordenó

Nathaniel sacando su cuerpo de una celda grande—. Cuando esté dentro conmigo, cerrad la puerta; saldré con rapidez y la dejaremos encerrada. ¡Vamos!

Los jóvenes se escondieron en una de las celdas cuya puerta era completamente de acero, al igual que esa en la que el líder se escondía.

—¡Aquí! ¡Jen, estoy aquí! —gritó su padre, llamando su atención.

La loba gruñó desde lo alto de las escaleras. Seguía hambrienta y estaba disfrutando con aquel juego. Le gustaba la caza, fuera humana o criatura. Bajó las escaleras despacio, sin prisa. Sabía dónde se escondía su presa.

Nathaniel sacó la cabeza por fuera de

la celda para que el animal pudiera verle. Y ella lo hizo. Entonces el paso de ella fue cada vez más rápido, hasta que llegó a la puerta. Olisqueó el interior y descubrió aquel delicioso olor a miedo.

—¡Ahora! —gritó Nathaniel.

Sus compañeros salieron de su escondite y cerraron la puerta, atrapándolos en el interior. Raven le entregó su arma.

—Lo siento mucho, cariño, pero es necesario hacer esto —dijo el hombre.

La loba, al fondo de la celda, se movía inquieta. No le gustaban las jaulas y aquella era la misma en la que Karesh le había encerrado. Arrugó la nariz y mostró sus dientes. Su padre

tembló al ver el hocico del animal manchado de sangre.

—Abrid la puerta, rápido —apoyó la espalda en el frío acero mientras vigilaba los movimientos de su hija.

Entre los tres intentaron abrir la puerta, pero les fue imposible.

—¡Está atascada! ¡No se puede abrir! —dijo Xiu desesperado. Había sido de todos el más tranquilo, pero su entereza comenzaba a flaquear.

—¡Raven, haz algo! —pidió Ray mientras pegaba patadas al fuerte metal, tratando de conseguir que se abriese.

Raven intentó un hechizo, pero no tuvo suerte.

—Mi magia sigue bloqueada... —sus ojos comenzaron a humedecerse.

—No importa... Marchaos, id en busca de Karesh y Axel —ordenó el hombre.

—No voy a dejarte solo, Nathaniel. Eres el padre que nunca tuve y no voy a permitir que te pase nada —dijo Xiu agarrándose a los barrotes y mirando al interior de la celda.

—No tenéis opción. Obedecedme, o cuando salga de aquí tendréis un severo castigo.

—No somos niños que puedas castigar sin ver la tele, Nat —habló Raven, cabreada.

—Puedo encerraros. Y sabéis que puedo hacerlo. ¡Vamos! ¡Largo de aquí! ¡No quiero que estéis cerca de mí o lo pagaréis caro! —gritó furioso.

El japonés soltó los barrotes. No podía creer lo que su líder les pedía. Estaba completamente loco, él solo no podría enfrentarse a la loba. Jen había matado a Aaron, el mejor cazador de todos, ¿cómo no iba a acabar con él, que ya no tenía treinta años? Pero él era el líder, no obedecerle podía acarrear graves consecuencias.

—Volveré con Karesh. Te lo juro — prometió el chico.

Le entregó su arma. Ya tenía dos para poder defenderse si lo necesitaba.

Raven fue la primera en marcharse de allí. No tenía intención de decirle adiós. No podía imaginarse que aquello podía ser una despedida. Tras ella lo hizo Xiu, y por último Ray.

Las piernas le temblaban. No era capaz de hacer daño a la bestia que tenía frente a él y que le miraba fijamente. Era su pequeña. Pero sabía que ya no lo era, no lo sería nunca más si Karesh no encontraba a Axel.

—No quiero hacerte daño, no tienes por qué atacarnos —dijo el hombre—. Tan solo necesito que te quedes aquí, te prometo que te daré de comer, pero tienes que escucharme.

La loba se sentó sobre sus patas traseras y ladeó la cabeza. Le estaba escuchando, tal y como él había pedido.

—Te prometí que acabaría contigo si hacías daño a alguno de tus hermanos. Y he de cumplir mi promesa. Aaron ya no está con nosotros. Le atacaste, le has

matado, Jen. Has acabado con él sin detenerte a luchar. Sé que bajo esa capa de pelo está Jennifer Hunter, mi hija, la mejor entre las mejores, una mujer fuerte y decidida. Tienes que intentarlo al menos... Hazlo por tu madre, recuerda que juraste vengarla matando a Haylel. Si eres una bestia, jamás podrás hacerlo...

Entonces escuchó un triste lamento. La loba lloraba. Se removía inquieta en su sitio. Era como si le pidiera ayuda.

«¿Papá? ¿Me escuchas?» La voz de la muchacha sonó en su cabeza.

«¡Te escucho! Cielo, te oigo en mi mente...»

«¡Tengo tanto miedo! ¡No recuerdo nada de lo que ha ocurrido!»

«Todo está bien, solo tienes que quedarte aquí unos minutos más. Karesh trae ayuda.»

«No aguanto más estar dentro de este cuerpo... Siento cómo la bestia se apodera de mí...»

Nathaniel dejó caer las armas al suelo. Las afiladas hojas de plata chocaron contra el cemento, formando un fuerte estruendo. Caminó lentamente hacia la loba, que agachó la cabeza a modo de redención.

Cuando estuvo cerca de ella, pudo ver sus ojos. Tenían aquella tonalidad verde de su hija humana. En una milésima de segundo, sus iris se tornaron rojos y con un fuerte gruñido abrió las fauces y se lanzó con velocidad hacia él.

Su padre no pudo hacer nada para defenderse. Cerró los ojos con fuerza, esperando su doloroso final.

CAPÍTULO 16



Karesh, que llevaba a Aidan en brazos, hizo un simple movimiento con la mano ante la gruesa puerta del local, que se abrió con brusquedad y gran estruendo. Aquellas criaturas, convertidas en lobo, dormitaban hasta ese momento. La visita del demonio los volvió agresivos, más que de costumbre.

—Quiero saber dónde está el cabrón de vuestro príncipe. ¡Ahora! —rugió furioso el kahli.

Pero las bestias no tenían intención de responder al hijo de Lucifer.

—No me hagáis hacer algo de lo que podáis arrepentiros —avisó de nuevo.

De pronto, padre e hijo se vieron rodeados de hambrientos y enfadados lobos.

—Papi... —El niño se abrazó a su cuello. No tenía miedo, pero temía por lo que su padre pudiera hacer.

—No lo repetiré más veces: tengo que hablar con él. Es importante — intentó tranquilizarse para no asustar a su retoño.

Las voces de aquella manada hablaban al unísono en su mente. Insultos y amenazas, excepto alguno que pedía ayuda. No todos eran felices siendo criaturas nocturnas.

De pronto, un lobo gris se lanzó hacia ellos. Karesh detectó su movimiento antes de realizarlo, por lo que pudo

evitar que les hiciera daño.

Su fuerte mano se cerró alrededor del cuello de aquel impetuoso lobo, que por su tamaño y actitud acababa de ser convertido.

Empezó a hacer fuerza, tanta que el animal intentó zafarse de él, pues comenzó a faltar el aire en sus pulmones.

—¡Axel! ¡Maldito cobarde! ¡Sal de tu escondite o mataré a tu lobita! —gritó con rabia mientras buscaba a su alrededor al príncipe.

La loba intentaba recuperar su forma humana. El sonido de sus huesos recolocándose revolvió el estómago del chiquillo, que se tapó los oídos y hundió su cabeza en el cuello de su padre.

Finalmente, una pelirroja muchacha, de piel blanca, con curvas y grandes pechos se debatía entre la vida y la muerte. Karesh tenía en sus manos su último aliento.

De repente, los lobos se hicieron a un lado, dejando paso al soberano de ojos azules, que caminaba hacia ellos en su forma humana.

«Suéltala, te lo ruego. Es imprudente, pero buena chica». La voz de Axel retumbó en la mente del kahli.

El demonio abrió su mano, dejando libre a la joven, que cayó al suelo intentando intentando recuperar el aliento.

—Necesito tu ayuda —dijo el recién llegado más tranquilo.

«¿Es tu hijo?», quiso saber el Príncipe Nikklai. «Puedo sentir su aura angelical, pero también la demoníaca».

—Preferiría hablar contigo en privado. Odio tener que leeros la mente —pidió.

—Tú dirás —Axel se cruzó de brazos con el ceño fruncido.

—Mucho mejor —rio el demonio.

—¿Y bien? ¿Se puede saber a qué cojones vienen tus amenazas?

—Necesito que escondas a mi hijo.

—¡Vaya! Sí que debe de ser importante... ¡Sacha! —gritó.

La pelirroja, que convertida en loba se había lanzado hacia él, se acercó a ellos. Ahora llevaba puesta una bata de seda de color turquesa, como sus ojos.

—¿Qué deseas, mi príncipe? —dijo la joven.

—Cuidarás del pequeño y lo protegerás con tu propia vida. Como alguien le toque un mínimo pelo al niño, no vivirá para contarlo. ¡¿Entendido?! —gritó dirigiéndose a sus súbditos, que agacharon sus peludas cabezas.

Aidan bajó de los brazos de su padre y se acercó a la chica. No le tenía miedo. Podía sentir su aura y era completamente inofensiva. No le haría daño alguno.

Antes de que Axel pudiera decir nada más, Karesh le agarró. Tenía un mal presentimiento, así que desaparecieron de allí en un abrir y cerrar de ojos.

Aparecieron en la entrada del edificio.

—Mierda... —aquel maravilloso olor penetró en sus fosas nasales.

Sangre.

Karesh siguió el delicioso aroma hasta el salón y sus ojos se abrieron de par en par. No podía creer lo que veía: restos de carne y huesos por todas partes. Manchas carmesí decoraban las paredes y el suelo.

Axel se adentró en la habitación.

—Vaya... Alguien ha tenido un buen festín —rio el licántropo—. ¿Quién era?

—Aaron.

Karesh salió de allí entre asqueado y preocupado. Entonces, vio huellas de sangre en el suelo. Eran de un lobo.

Siguió con la mirada aquella pista, sin que Axel se percatara. Distinguió a Xiu junto a las escaleras que daban al sótano. El chico se percató de su presencia y corrió hasta ellos.

—¡Karesh! ¡Está abajo con Nathaniel, nos prohibió ayudarle!

—¿Y en serio le habéis hecho caso? ¡Seréis idiotas! ¡Tú! —gritó a la criatura que le acompañaba mientras le agarraba—. Vienes conmigo.

Y una vez más, desaparecieron de allí.

Axel odiaba esos malditos viajes, le daban dolor de cabeza. Cuando abrió los ojos, vio que se encontraba dentro de una celda, pero Karesh no estaba a su lado.

Su mirada se acostumbró enseguida a la oscuridad y se encontró con una grotesca visión: un ensangrentado brazo se hallaba frente a él.

Un lobo marrón hincaba sus afilados colmillos en el muslo de alguien que le era bastante conocido: Nathaniel.

Karesh intentaba con todas sus fuerzas apartar al animal del cazador, pero era imposible.

—¡Jen! ¡Suéltame! ¡Por Dios, Karesh, haz que pare, te lo ruego! —gritaba el hombre. Tenía el rostro cubierto de sangre y húmedo por las lágrimas de dolor.

Pero el demonio no era capaz. Cada vez que lo intentaba, los colmillos arrancaban trozos de piel y músculos.

Solamente vislumbró una solución.

Encontró la *katana* cerca del brazo que había cercenado de un bocado y la cogió, dispuesto a clavársela en el costado.

La fina y afilada hoja silbó en el aire.

«¡No!», gritó Axel mentalmente al demonio, que paró a tan solo unos centímetros de la piel del animal.

Con una simple mirada, el kahli entendió. Axel se encargaría de ella.

—¡Jennifer! —dijo el príncipe Nikklai. Estaba furioso.

La loba levantó las orejas. Reconocía aquella voz.

—¡Suelta inmediatamente a tu padre!
—le ordenó.

Nathaniel sintió cómo su mandíbula

se relajaba y soltaba su muslo. El dolor de los colmillos hincándose en su carne había cesado.

—¿Cómo...? —Karesh no entendía que la hubiera convencido tan rápido.

«Él es mi príncipe. Solo atiendo a sus órdenes», dijo la loba mentalmente mientras se acercaba hasta Axel y se sentaba a su lado.

El licántropo acarició su peluda cabeza.

—Jen, ¿te has comido a Aaron? —bromeó Axel.

«Tenía mucha hambre y él estaba junto a mí...», dijo ella como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Y por qué has atacado a tu padre?
«Solo tengo un creador y ese eres

tú». Ladeó su cabeza mientras miraba a Nathaniel.

—Eres una loba mala, Jen. No te puedes ir zampando a quien se te cruza por el camino.

Karesh, celoso de Axel, cogió en brazos a Nathaniel y le sacó de la celda. En la cocina, Raven se mordía las uñas mientras Xiu intentaba calmar a Ray. Al ver a Karesh, que traía en brazos a su compañero, se alegraron.

—Ha perdido mucha sangre... No podemos hacer nada por su brazo —le tumbó sobre la gran mesa, ahora vacía.

Raven sufrió un ataque de ansiedad al ver a su líder cubierto de sangre, sin brazo izquierdo y una horrible herida en el muslo derecho. Su piel pálida

confirmaba lo que Karesh le había dicho.

—Usa uno de tus hechizos, haz que deje de sangrar. —Y salió de allí.

—¿Se puede saber dónde vas? —intervino Xiu.

—Tengo que ocuparme de un asunto. Volveré enseguida.

Y desapareció.

En el momento en el que Karesh reaparecía en la celda, Axel intentaba convencer a la loba de que se convirtiera en humana.

—Vamos, el juego ha terminado —ordenó.

Pero la loba no tenía intención de obedecerle, se lo estaba pasando bien así, por lo que se puso a jugar, como si

se tratara de un cachorro.

—Jen, no estoy para tonterías. Si no te conviertes, te obligaré a que lo hagas y será muy doloroso.

El animal soltó un lamento.

«*Aguafiestas*», dijo ella mentalmente.

Su cuerpo se retorció. El crujir de sus huesos era una buena señal. En unos minutos que se hicieron interminables para el demonio, Jen, completamente desnuda, se erguía ante ellos. Sus iris seguían teniendo color rojizo y sus manos y su rostro estaban manchados de sangre.

Karesh la vistió con su magia; ahora llevaba un vestido negro.

—Tienes que romper la maldición, Axel —dijo el kahli dando un paso

hacia ellos.

—Ah, así que para eso me necesitabas...

—¿Qué te creías? ¿Que iba a adoptarte como mascota?

—Pensé que sabías que tengo un plan para atrapar a tu padre.

—Eso también me interesa. Vamos, rompe el hechizo. Es peligroso que siga siendo un chucho.

—Sin faltar, demonio. No podrás negar que es una loba astuta, fuerte y preciosa... —acarició el rostro de la muchacha, que sonrió.

—Es mejor cazadora que lobo. No te lo repetiré otra vez. —Se cruzó de brazos.

Axel dio unos pasos hacia él y le

plantó cara.

—Si no, ¿qué? —aquellas palabras eran una clara amenaza hacia el demonio.

Pero este no dijo nada, tan solo sacó del bolsillo de su pantalón el detonador que decidiría si el príncipe Nikklai vivía o no.

Axel dio un paso hacia atrás.

—¡Adelante! Mátame. Si lo haces, ella morirá.

—No si puedo evitarlo. ¡Hazlo! —gritó.

Axel era valiente, temeroso y muy listo, y aunque tenía total impunidad en todos los sentidos, sabía que no era nada inteligente hacer enfadar a la mano derecha de Lucifer. Siempre le había

tenido respeto, en especial desde el día en que le salvó la vida. Con su verdadera forma, aquella mole de fuego cuidó de él para darle una nueva oportunidad. Sin él, su clan habría desaparecido para siempre, pero necesitaba una reina para continuar con el linaje.

Como si Karesh hubiera leído sus pensamientos, se adelantó y le cogió con fuerza la camiseta.

—No permitiré que la conviertas en una maldita máquina de hacer lobos, gilipollas. Ahora, rompe el hechizo. — Sus ojos se tornaron completamente negros y sus colmillos se afilaron.

Su respiración estaba demasiado agitada. Intentó controlarse, pero estaba

a punto de mostrar el verdadero monstruo que llevaba dentro.

—Eh, cálmate, sólo bromeaba. —Era evidente que Axel le tenía miedo.

Mientras, Jen, que parecía que estaba en otro mundo, daba puntapiés al brazo que estaba en el suelo.

—¡Por Satán, Jen! ¡Estate quieta! —Karesh comenzaba a cabrearse de verdad.

Ella se sobresaltó y se volvió hacia ellos.

—¡Es que tengo hambre! —dijo como si se tratara de una niña que no había merendado.

—Ven, pequeña, yo te daré de comer —Axel le ofreció su mano y ella la cogió sonriente, colocando su cuerpo

junto al suyo.

El licántropo se remangó la manga de la camisa hasta el codo y después se lo ofreció a la joven.

—Mi sangre te saciará.

Ella le miró no muy convencida. Pero era su príncipe, ¿por qué iba a mentirle? Entonces cogió el brazo de su señor y sus afilados colmillos, que ya habían crecido lo suficiente, se clavaron en la carne de él.

En cuanto su lengua saboreó la sangre de Axel, ella se apartó. Le ardía la garganta. No podía apenas respirar, aquel líquido le quemaba la tráquea y le provocaba arcadas.

Cayó de rodillas al suelo entre náuseas. Finalmente acabó vomitando

toda la sangre que había en su estómago.

—Axel... —intentó hablar, pero otra arcada se lo impidió.

El aludido se agachó a su lado y acarició su cabello.

—Ya acaba, pequeña. Lo siento.

De pronto sintió un fuerte mareo y se desmayó.

Karesh la cogió en brazos mientras Axel se acercaba a él y le agarraba del brazo. Solo quedó en la celda un rastro de humo negro.

La cocina se había convertido en un improvisado hospital. Raven cosía con cuidado el muñón que Nathaniel tenía a la altura del codo, mientras que Ray hacía presión sobre la herida del muslo.

Cuando las criaturas aparecieron allí, Xiu corrió hacia ellos; necesitaba ver que Jen estaba bien.

—Se ha desmayado —le tranquilizó Karesh.

Entonces el japonés corrió hacia el salón, y evitando mirar hacia donde permanecían los restos del que había sido su mejor amigo, cogió uno de los sofás de una pieza y lo arrastró hasta la cocina; allí el demonio la sentó con cuidado.

—Pronto despertará —dijo Axel cruzándose de brazos.

—Por tu bien espero que la maldición se haya roto —le amenazó el kahli.

—Solo hay una pega... Ahora podréis matarme cuando queráis.

—Si cumples tu promesa, juro que te quitaré ese detonador —prometió Karesh.

—Yo cumpliré mi parte del trato. Tú también lo harás —también había amenaza en sus palabras.

El demonio se acercó a la mesa, donde Nathaniel se debatía entre la vida y la muerte.

—No podrás hacer nada por salvarle. Ni tu poder ni el de Aidan podrán hacerlo —dijo éste, observando con detenimiento la herida del muslo del cazador.

—Haré cuanto pueda —dijo Raven mientras preparaba una especie de manzanilla—. No dejaré que muera sin haberlo intentado al menos.

—Hay una solución... —susurró Karesh, pero nadie le escuchó.

En ese momento, Jen gimió. Se estaba despertando. Xiu y Karesh se agacharon a su lado.

La muchacha se frotó los ojos. Por suerte, estaba de espaldas a donde Nathaniel yacía; si no, se hubiera encontrado de bruces con él.

Abrió los ojos y parpadeó con rapidez, hasta que su vista consiguió enfocar.

—Jen, ¿estás bien? —quiso saber Xiu.

Karesh acarició su rostro y le apartó el cabello.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

Entonces vio sus manos manchadas de

sangre seca.

—¿Y esta sangre? ¿Estoy herida?
¡¿Alguno de vosotros está herido?! —se
puso rápidamente de pie.

—¿No recuerdas nada? —el demonio
cogió sus manos, intentando evitar que
se girara.

—Recuerdo estar en el balcón... La
fiebre y dolor...

—Te convertiste, Jen —dijo por fin
el japonés.

—Te zampaste al rubito y luego
quisiste terminar la faena con tu padre
—rio Axel.

—¿Rubio? ¡¿Aaron?! —entonces lo
recordó todo. El sonido de la carne
rasgándose, huesos rotos, el sabor de la
sangre—. No. No. No. No es cierto...

¡Decidme que no es cierto! —su corazón latía a mil por hora.

No podía ser verdad lo que escuchaba. No. Era una de las bromitas de Karesh.

—¡Mientes! ¡¿Por qué iba a matar a Aaron?! —cada vez estaba más alterada.

—No eras consciente, Jen... Intenté hacerte entrar en razón, pero también me atacaste —el demonio le enseñó sus heridas en el brazo, que ya comenzaban a cicatrizar.

—¿Y mi padre? ¡¿Dónde está?! —empujó a Karesh y se dio la vuelta, encontrándose con aquella terrible estampa.

Y lo recordó. Las imágenes aparecieron en su mente como si se

tratará de una película de terror. Cómo arrancaba de un bocado su brazo y sus colmillos hincándose en la blanda carne de su pierna.

—Dios mío... —se llevó las manos a la boca.

Sus ojos se nublaron a causa de las lágrimas que amenazaban con salir. Avanzó hacia él, pero a mitad de camino, Karesh cogió su mano y la obligó a mirarle.

—No tienes que hacerlo.

—Necesito verle, por favor...

Sin soltar la mano del demonio, se acercaron hasta la mesa. Raven vertía el verdoso líquido sobre las heridas.

—¿Vi-Vivirá? —intentó decir mientras las lágrimas rodaban por sus

mejillas.

—Ha perdido mucha sangre —dijo la bruja—. Estoy haciendo todo lo que se me ocurre...

—Raven, no te molestes, perderás tiempo y gastarás tu poder. —Karesh, como siempre, directo y dañino.

—¿No sobrevivirá? —Jen hipó limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Le quedan pocas horas, Jen. Sabes que no puedo mentirte —respondió la criatura—. Pero si queréis que viva..., tengo que hacer algo que posiblemente no os guste...

—¿Aidan podrá hacer que se cure? ¿Tal y como hizo con mis heridas?

—No sobrevivirá a menos que...

—¡Lo que sea! ¡Haz lo que sea! —le agarró de la camisa—. Sálvate, ¡te lo ordeno! —le gritó.

—Puede que no te guste la solución.

—No me importa —seguía sin soltar su camisa—. Por favor...

Y rompió a llorar de nuevo.

—¡Teníais que haberme matado! ¡Os lo ordené! ¡Si lo hubierais hecho, nada de esto habría pasado, pedazo de imbéciles! —estaba fuera de sí—. ¡No podéis ni imaginar cómo me he sentido! ¡He sido yo misma! ¡Libre y feliz en esa forma!

—Lo intentamos, Jen. Tu padre lo ordenó. Y en serio que lo intentamos...

—Los ojos de Xiu comenzaron a humedecerse—. Conseguimos encerrarte

en la celda y tu padre se ofreció como cebo.

—Y funcionó. Casi se lo come. Y ya está la maldición rota. Dejad de llorar de una vez, joder, parecéis críos. — Axel estaba aburrido de oír tantas tonterías—. Dile ya de una puñetera vez que la única forma de que viva es convertirle.

—¿Convertirle? —Jen se limpió las lágrimas con un pañuelo de papel que Ray le ofreció.

—Si Axel o yo le convertimos, sus heridas curarán, pero ya no será el mismo —explicó Karesh.

—¿Estáis diciendo que la única forma de que viva es convertirse en un zombi o en un chucho? —Raven no daba crédito

a lo que oía—. Prefiero verle muerto. Ni lo soñéis.

—Cierra la puta boca, Raven. No eres quién para decidir sobre la vida de mi padre. —Se dirigió a las dos criaturas—. ¿Podría...?

Karesh sabía a qué se refería.

—Si le convierto en demonio, no podrá vivir con vosotros, tendrá que quedarse en el Infierno... —dijo el kahli.

—Y si lo convierto yo, podrá vivir como uno más..., pero con ganas de comeros a todos, como si fuerais caperucitas rojas —bromeó Axel—. Puedo entrenarlo y evitar que os ataque. Recordad que sois cazadores y nuestro instinto de supervivencia es muy fuerte. Siempre tenemos ganas de zamparnos a

los de vuestra calaña.

—Hazlo —la esperanza comenzaba a tranquilizar a Jen—. Axel, convierte a mi padre. Tú te encargarás de adiestrarle —caminó hacia él y le miró fijamente a los ojos—. Por favor...

—No me mires así, o al final mandaré a tu demonio al Infierno y te volveré a convertir en loba —sonrió con picardía mientras le guiñaba un ojo.

«*Axel*». La seria voz de Karesh retumbó en su cabeza.

—Pero qué aburridos sois... —Se apartó de ella y caminó hasta la mesa donde Nathaniel estaba.

La respiración del cazador comenzaba a ser demasiado irregular.

—¡No puedes hacerlo! —gritó Raven

— ¡Él no lo permitiría! ¡Apártate, chucho sarnoso! —le empujó.

—Raven, ¿en serio que quieres a mi padre? —preguntó Jen.

—¡Por supuesto! —se sintió ofendida.

—Si de verdad le amaras, harías lo que fuera para que siguiese a tu lado.

La bruja guardó silencio. Tenía razón. Entonces, se apartó de la mesa.

—Axel, por favor —pidió la joven cazadora, que aún tenía el rostro y las manos cubiertas de la sangre de su padre.

—No puedo convertirle si no soy lobo... —confesó este.

Con un rápido movimiento, Karesh clavó sus dedos en el pecho del licántropo. Éste gritó cuando sintió

cómo arrancaba el detonador. Tuvo que apoyarse en la mesa y respirar hondo.

—Gracias —gimió con ironía.

Karesh dejó el aparato sobre la encimera.

—Vamos —le ordenó.

Axel movió su cuello y lo hizo crujir. Estaba preparado para convertirse.

—No creo que a los bomboncitos les guste verlo —avisó.

Jen, Xiu y Ray cerraron los ojos.

De pronto, el edificio tembló.

—¿Qué ocurre? —Ray se agarró al brazo del japonés.

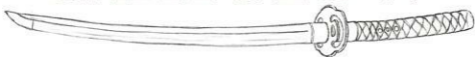
El temblor cesó, pero inmediatamente regresó con más intensidad.

Jen corrió a los brazos del demonio, que no entendía qué pasaba. No sentía

ninguna presencia angelical o demoníaca.

En un instante, un enorme y oscuro vórtice apareció bajo sus cuerpos y la oscuridad los engulló sin que ninguno pudiera hacer nada por evitarlo.

CAPÍTULO 17



Sus cuerpos cayeron estrepitosamente al duro asfalto, desde una altura de más de dos metros.

Xiu, dolorido, se incorporó y se llevó la mano a la cabeza para comprobar que no tenía ninguna herida.

—¿Dónde estamos? —preguntó Raven, que se ponía en pie con ayuda de Ray.

Karesh miró a su alrededor.

—Es el Infierno —dijo, extrañado—. ¿Cómo...?

Miró a su alrededor. No podía ser cierto. Era imposible...

—Karesh, ¿nos has traído tú? —

inquirió Jen.

—No. Tan solo podría traerlos desde el portal. Alguien con el suficiente poder ha abierto uno.

—¿Tu padre? —Axel se sacudió la suciedad de la ropa.

—No tiene tanto poder. Es imposible. Debe de haber encontrado una fuente más poderosa que le ayude —explicó el demonio.

—¡¿Dónde está mi padre?! —gritó Jen al no ver el cuerpo de Nathaniel por ninguna parte.

Todos buscaron alrededor, pero no había rastro. Karesh tenía un mal presentimiento. Dio varios pasos y se dirigió hacia uno de los edificios, donde unos diablillos los miraban expectantes.

Habló con ellos en una lengua que ninguno de los humanos entendió. Una de las criaturas se lanzó hacia su creador, dispuesta a darle un buen bocado en el brazo, pero el kahli fue más rápido y con un movimiento de su mano salió disparada a más de veinte metros de donde él se encontraba.

Aquello no le gustó ni un pelo. ¿Desde cuándo sus criaturas se alzaban contra él?

Regresó con rapidez hasta los mortales, que tapaban su nariz con las manos o la ropa, evitando respirar el fétido aire del inframundo.

—Aquí ocurre algo que se te escapa, ¿verdad? —Axel parecía impaciente por salir de allí. Una cosa era tener

impunidad por ser el príncipe Nikklai y otra muy diferente era enfrentarse a miles de diablillos hambrientos, a los que les daba igual si eras humano, lobo o unicornio—. ¿No puedes hacernos regresar?

—Desde luego que sí.

Decidido, el demonio les pidió que se agarraran de las manos. Los haría viajar en un agotador vórtice. Mas nada ocurrió.

—Pero... ¿Qué...? —la criatura no podía entender qué había ocurrido y lo intentó de nuevo.

Tampoco sucedió nada.

Se miró las manos. Las cadenas de plata habían desaparecido, pero no se dio cuenta de ello. Notaba un gran vacío

en su interior, como si le hubieran robado el alma.

—Oh, oh... —Soltó el demonio.

—¿Cómo que *oh, oh*? ¿Qué ocurre?

—Xiu empezaba a pensar que algo malo ocurría.

—Alguien ha neutralizado mi poder —rio sarcástico.

—¡Eso no tiene gracia! ¡Gracia tendría que Axel se te mease en la pierna como un chucho, pero no eso! —Jen comenzaba a hiperventilar.

—Eh, eh, eh, dejadme fuera de vuestras peleas de enamorados —aclaró el aludido—. ¿Estás seguro?

Karesh cerró los ojos e intentó recuperar su auténtica forma, la gigante mole de fuego. Abrió un ojo y vio a

todos frente a él.

—Pues sí, mi poder ha desaparecido... Vamos a buscar a mi padre. Pienso meterle un palo por el culo. ¡O mejor aún! ¡Le arrancaré el corazón con mis propias manos!

Se dio media vuelta y se apartó de ellos. De pronto, no pudo continuar; un muro invisible le impedía hacerlo. Su mano se topó con el hechizo y entonces miró al suelo. Sal.

Siguió con la mirada los restos de sal y se dio cuenta de todo. Era una trampa.

—Oh. Genial. ¡Mierda! ¡Te juro que te mataré, pedazo de cabrón! —gritó al cielo.

—¿Qué pasa? —Jen se había acercado hasta él.

El demonio cogió su cabecita entre sus manos y la obligó a mirar el pavimento.

—Es... ¿Es un estrella invertida? —Él asintió—. ¿Una trampa?

Entonces el demonio empujó a Jen contra el muro. Ella tampoco pudo atravesarlo. Vio a Raven cerca de ellos e intentó agarrarla del brazo, pero no pudo. Ella estaba fuera del dibujo de sal. Karesh le miró. Ahora lo entendía todo.

—Vaya, vaya. ¡Al fin te das cuenta!
—rió la bruja.

—Maldita seas, hija de p...

—¡No entiendo nada! Raven, ¿qué estás haciendo? —le cortó Jen.

—Está muy claro: entregarle a Lucifer

el último *Electos Lucem*.

—Elegido de la luz —susurró Axel —. ¿Es ella? ¡Lo sabía! —rio.

—¿Elegida de la luz? ¿Y eso qué es? —quiso saber Xiu, que había llegado al lado de Jen—. Raven, ¡eres una maldita traidora!

—Ella es especial, no es como vosotros —dijo la mulata—. En su sangre corre poder. Un poder inimaginable.

—¡Estás completamente loca! —gritó Jen—. ¿Te crees que somos estúpidos? ¡Sácanos de aquí! —golpeó con fuerza el muro invisible.

Pero ella los ignoró y les dio la espalda mientras se alejaba. De pronto se convirtió en humo negro y

desapareció de allí.

—Será broma, ¿no? ¿Os habéis dejado engañar por una bruja? —Axel enarcó una ceja.

—No es una bruja normal. Es una levita —el demonio se llevó los dedos al puente de la nariz y cerró los ojos.

—¿Qué es una levita? —preguntó Ray.

—Es la hija de una bruja y un demonio —explicó la criatura—. Pero... ¿qué demonio se acostaría con una hechicera? Es algo antinatural... — Se sentía decepcionado consigo mismo. No había sido capaz de reconocerla. Estaba tan obcecado con Jen que se había olvidado del resto del mundo.

—Por eso los hechizos de sal no le

afectan... —Xiu se dio cuenta de ello—. Pero... ¿Y nuestras armas? ¿No pueden dañarla? ¿Y qué vamos a hacer ahora? —se mordía las uñas. Eso demostraba que estaba completamente acojonado.

—Hablaré con mi padre. No es cierto que seas la elegida —Karesh se dirigió a la cazadora, hablando en voz baja.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Y si realmente lo soy? —Jen se cruzó de brazos.

—Si lo fueras, lo sabría —susurró.

—¿Y si te equivocas? ¿Eres tan listo que lo sabes todo? —Se cruzó de brazos y le miró cabreada.

Karesh comenzaba a enfadarse. Iba a soltarle una burrada cuando, de pronto, el suelo tembló. Era como si algo colosal se dirigiera hacia ellos. El

demonio se dio la vuelta. Y lo vio: Lucifer caminaba con su forma humana con Raven a su lado, agarrada de su brazo.

Su padre tenía una sonrisa triunfante.

—¿Ese es Satán? Vaya, estoy algo decepcionado. Esperaba un rabo, cuernos y que fuera de color rojo —rio Axel con ganas.

—Yo que tú no bromeaba con eso —le avisó Karesh—. Suele tener peor humor que yo...

—¡Vaya familia de capullos! En fin, Einstein, ¿qué coño piensas hacer? Mi plan era fingir un intercambio, pero me da que va a ser un poco complicado si estamos atrapados en este dibujito de sal que, por cierto, comienza a quemarme

los pies —Axel se miró las suelas de los zapatos.

—Pues ponte donde no hay sal, imbécil —le soltó Xiu, mirándole con mala cara. Empezaba a cabrearle de verdad.

—¡Qué maravilla! ¡Tengo en mi poder diferentes y poderosas criaturas! —El señor de las tinieblas los miraba con aquellos inquietantes ojos azules—. Volvemos a vernos, hijo. La última vez me encadenaste y me atacaste.

—Vaya... Pues no lo recuerdo —mintió.

—¡Maldito seas, Lucifer! ¡Mataste a nuestros amigos! —le gritó Xiu con ganas. Odiaba a aquel ser con toda su alma.

—Ahora no tienes ningún poder para salvarlos —ignoró al japonés y continuó hablando con su hijo.

—Estaba hechizado, padre. Pero, dime, ¿por qué te has aliado con una bruja?

—¿Aún no te has dado cuenta? —Raven atravesó con su mano el muro invisible y le agarró del brazo, tirando de él hacia afuera—. Es cierto que estás enamorado. El amor nubla todos tus sentidos y poderes, idiota.

La bruja subió la manga de su jersey hasta el codo, dejando a la vista una mancha de nacimiento que parecía un tridente, idéntica a la que Karesh lucía en su antebrazo izquierdo.

—No puede ser... —El demonio no

lograba entender lo que veía—. Entonces, tú...

—Yo soy la hija primogénita, hermano.

Jen no entendía cómo no había sido capaz de ver aquella marca en la piel de su mejor amiga. ¿Acaso lo había ocultado con un hechizo? Raven, que tenía el mismo poder que Karesh, leyó su mente:

«*Muy lista, Jennifer*», su voz se clavó en su cabeza.

Karesh no daba crédito a lo que estaba escuchando. Miró a su padre, interrogante.

—Una noche de Halloween, como vosotros lo llamáis, subí al mundo mortal y allí la conocí. Viana, la madre

de Raven —abrazó a su hija—, iba vestida de bruja, con escoba y todo, ¡qué ironía! Me hizo tanta gracia que la seguí. Y bueno, lo demás, pues podréis imaginarlo. Su madre dio a luz meses antes de que yo te creara, Karesh, y la ocultamos en el plano terrenal hasta que Jennifer nació. Y sí, pequeña —se dirigió a la aludida—, tú eres diferente a las demás, te quería para mí. Por eso maté a tu madre. Ella se dio cuenta de todo y tenía la intención de arruinar mis planes...

—¡Maldito hijo de puta! ¡Te mataré!
—la cazadora se lanzó hacia él, sin recordar que la magia le impedía salir del círculo—. ¡Te lo juro!

—Yo sola no podría haberlo hecho.

Aaron me ayudaba, pero tuvimos un pequeño contratiempo con él... — respondió la bruja al Diablo.

—¿Qué ocurrió? ¿Por eso habéis tardado más de lo que habíamos acordado? —dijo éste.

—El Nikklai la convirtió y, bueno... Ella despertó con mucha hambre... — rio.

—¡Vaya! ¿Y ahora? ¿Sigue siendo loba?

—No, el príncipe rompió la maldición.

—Estupendo —se frotó las manos—. Karesh, hijo mío, ¿estás dispuesto a suplicar perdón y unirte de nuevo a mí? —posó su mano sobre el hombro del demonio.

Karesh sintió una fuerte opresión en el pecho. Era como si todo lo que estaba ocurriendo fuera un sueño. Más bien una pesadilla. No podía creer que hubiera estado viviendo en una mentira durante tanto tiempo.

—¿Acaso crees que encontrarte con ella en el restaurante fue casualidad? — siguió hablando la mulata—. No, hermano. Aaron y yo lo planeamos. Sabía que estarías allí y lo organizamos todo, solo que creímos que la traerías al Infierno, pero no. Te dejaste encandilar por ella y te atraparon. Eres un estúpido.

—¿Qué ganas tú con esto, Raven? — Jen apoyó sus manos en el muro invisible—. Éramos como hermanas, ¿por qué tantas mentiras?

—Los mortales queréis saberlo todo, ¿eh? —se burló el demonio.

—¿Para qué necesitáis al *Electos Lucem*? ¿Qué hace exactamente? —Axel se sentó en el suelo con las piernas cruzadas.

—El elegido de la luz tiene el poder suficiente como para convencer al híbrido de que despierte su poder oscuro y me lo entregue —confesó Haylel—. Me hago viejo y aún necesito tiempo para mostrar a mis hijos la clase de poder que tienen.

Karesh estaba desconcertado, tanto que pensó que su padre estaba completamente loco.

—¡No permitiré que utilicéis a Aidan! —gritó Jen con furia—. ¡Es solo un

niño!

—No te daré más oportunidades, Karesh. Únete a mí y perdonaré tus pecados. Juntos conquistaremos el mundo —ignoró las voces e insultos de la chica—. ¿Qué decides?

El demonio miró a su padre a los ojos. Se arrodilló frente a él y agachó la cabeza.

—Suplico tu perdón, padre —dijo entre dientes.

El Diablo sonrió maliciosamente. Jen y Xiu no podían creer lo que sus ojos veían. Los había vendido.

—¿Se puede saber qué haces, Karesh?! ¡Te ordeno que nos ayudes! —chilló la chica.

La criatura se puso en pie y esperó la

aprobación de su padre, que posó la palma de su mano sobre la frente de su hijo. El chico notó cómo su poder regresaba a su cuerpo. Se sentía infinito. Después, se dirigió hacia ella.

—¡Estás bajo el hechizo! ¡Debes obedecerme! —gritó de nuevo.

—Jen, jamás he estado hechizado.

—¿Cómo?

—¿Crees que el hijo de Lucifer se doblegaría ante un hechizo de una bruja novata? —rió maliciosamente—. Sin ofender, hermana.

La aludida se cruzó de brazos. Ni siquiera se había molestado en escucharle ni tenía intención. Solo quería hacer feliz a su padre.

—Karesh... Hazlo por ellos. —Jen

señaló a Ray y Xiu—. Hazlo por mí. — La palma de su mano rozó el traslúcido velo que los separaba, esperando a que hiciese lo mismo.

Y él lo hizo. A través de aquella mágica capa sintió el calor que desprendía su piel. De pronto, con un rápido movimiento, su mano atravesó el muro y se cerró con fuerza alrededor del cuello de la muchacha. Tiró de ella hacia él, sacándola del hechizo.

—¡Jen! —Xiu intentó agarrarla, pero aquel ser había sido más rápido.

—K-Karesh... —intentó decir mientras golpeaba con fuerza el brazo de él.

Sus pies dejaron de tocar el suelo. Sentía cómo le faltaba el aire, presagio

de su muerte...

—Suéltala —ordenó su padre.

Pero el demonio no atendía a razones. Ella pudo ver cómo sus ojos se volvían negros como la noche a la vez que sus colmillos crecían con rapidez.

—¡Suéltala te he dicho! —el Diablo pidió a su hija que hiciera algo y ésta lanzó un hechizo.

Karesh sintió una fuerte opresión en la cabeza, que rápidamente se convirtió en un dolor insoportable. Inconscientemente, soltó a la chica, que cayó al suelo de rodillas.

Jen sentía tal suplicio que apenas podía respirar.

—¡Padre! ¿Por qué lo has hecho? —el dolor de cabeza remitió.

—La necesito viva, idiota. Raven, hija, tráeme a mi nieto.

—No. No le utilizarás —sentenció Karesh, plantando cara a su padre—. Si no sale bien, todos moriremos.

—Bah, correremos ese riesgo —se encogió de hombros.

Definitivamente, estaba loco. ¿Cómo iba a usar a un niño y convencerle de que ser malo estaba bien? Aidan no era tonto y sabía que la oscuridad era peligrosa. Por eso llevaba tanto tiempo oculto bajo un hechizo.

Raven, con una maléfica sonrisa, desapareció en una nube de humo. Karesh se volvió y miró a Axel, que negó con la cabeza; no podrían encontrar al niño, estaba bien escondido.

De pronto la bruja reapareció. Llevaba a Aidan bajo el brazo, como si llevara una pelota de baloncesto; el pequeño lloraba con fuerza. En la mano derecha la bruja llevaba algo que obligó a Axel a ponerse en pie: la cabeza cercenada de Sacha, la pelirroja encargada de proteger y esconder al híbrido.

—Sacha...

No entendía cómo había conseguido encontrarla. Tenían túneles escondidos bajo el edificio, impenetrables en forma humana.

—Se resistió, la muy idiota, y mira cómo ha acabado. —Tiró la cabeza al suelo, que rodó hasta las piernas de Jen, la cual aún intentaba recuperar el

aliento.

De una patada la alejó de ella y se arrastró hasta que chocó contra el velo transparente. Con la ayuda de la pared se puso en pie.

—No hagáis daño al niño, os lo ruego. Haré lo que queráis —rogó Jen.

Este, al escuchar su voz, levantó la cabeza. Se alegró de verla.

—Me hace *daño* —dijo el pequeño entre lágrimas.

Karesh llegó rápidamente hasta él y de un empujón apartó a la bruja, cogiendo al niño entre sus brazos, pero se revolvió. No quería estar con él. De un salto cayó al suelo, corrió hasta Jen y se abrazó a sus piernas.

—Aidan, cariño —el demonio se

agachó a la altura de su hijo—. No voy a hacerte nada, ven.

—Tú no eres mi padre. Eres un ser malo que quiere hacernos daño —se escondió tras la chica.

—Solo necesito que nos ayudes —dijo Haylel—. Si lo haces, podrás marcharte con Jennifer, si quieres.

—No le hagas caso, te está mintiendo —le susurró la cazadora.

La paciencia de Lucifer se estaba acabando. Levantó su mano y se escuchó un crujido y un fuerte grito. Se giraron hacia el pentagrama. El brazo izquierdo de Ray tenía un extraño y doloroso ángulo: se lo había roto. Xiu se apartó, estaba tan asustado que no fue capaz de reaccionar. Al ver que ninguno hacía

nada, con otro chasquido su pierna derecha se dobló. Jen tapó los ojos al niño y él giró la cabeza para no ver nada, escondiéndose en las piernas de ella.

—¡Para, por favor! ¡Te lo suplico! —
Ray lloraba de dolor.

Pero Haylel no tenía intención de hacerlo. Aquel juego comenzaba a gustarle. Una nueva y ardiente oleada sacudió su cuerpo. Su brazo derecho y su pierna izquierda también se quebraron como ramas al pisarlas. El Diablo disfrutaba con el dolor. Una maliciosa sonrisa se dibujó en su rostro. Deseaba más. El último chasquido puso el vello de punta a Jen, que no se atrevió a mirar. Sabía lo que había ocurrido, sus

ojos se habían humedecido tanto que apenas podía ver. No le importaba nada en aquel momento, tan solo quería proteger al niño que se abrazaba con pavor a ella.

—Aidan, si no nos ayudas, seguiré haciendo daño a tus amigos —habló de nuevo el señor del Infierno.

El niño, con lágrimas rodando por sus mejillas, le miró. No iba a permitir que nadie más sufriese y mucho menos la gente a la que quería. Soltó sus piernas y, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano, caminó hacia su abuelo.

—¡No, Aidan! ¡No lo hagas! —Jen intentó ir hacia él, pero sus pies no se movían, era como si se hubieran pegado al suelo.

Intentó con todas sus fuerzas levantar una de sus piernas, sin éxito. La magia de Raven se lo impedía.

—¡Karesh! ¡No dejes que lo haga! —rogó la muchacha mientras intentaba en vano correr hacia él.

Pero Karesh no hizo nada.

Haylel levantó su mano. Movidos por una fuerza poderosa, los brazos de la chica se levantaron, como si la hubieran clavado en una cruz.

—Aidan, si no invocas tu poder y el del elegido, haré daño, pero mucho daño, a Jen —amenazó Lucifer.

—¡No lo hagas, Aidan! ¡Me matará aunque cumplas sus órdenes! —gritó la chica, intentando moverse.

Entonces, Jen sintió en la palma de su

mano derecha un terrible dolor y gritó. Vio que en su piel aparecía un estigma, como si le hubieran fijado un clavo con una pistola.

—¡No sucumbas a él! ¡No importa cuánto me haga! —seguía sin poder moverse.

Otra oleada de dolor apareció en su brazo izquierdo. Dos heridas similares acababan de aparecer en su piel. Ahogó un grito. No pensaba darle el placer de volver a oírla chillar.

Haylel se dio cuenta de que era fuerte y valiente y no le importaba dar su vida por los demás. Había sido entrenada para ello.

Nuevas heridas aparecieron en el cuerpo de la joven, esta vez en las

piernas, muslos y abdomen. Eran mucho más grandes y profundas, agujereaban la carne como afilados cuchillos. Aidan escondió su cabeza tras las piernas de su padre, que se había acercado a él. Estaba muy asustado.

«*Karesh*». La voz de Axel retumbó en la mente del demonio. «*¿En serio piensas dejarla morir?*»

«*No me importa su vida, tan solo la de mi hijo. No permitiré que se convierta en algo peor que yo.*»

«*Mientes muy mal. Creo que soy el único que puede escuchar tu corazón palpar a mil por hora. Temes por su vida.*»

«No», dijo secamente.

«*Joder, Karesh, si es la elegida, ella*

es nuestra salvación.»

Pero el demonio agachó la cabeza y la sacudió, haciendo que la voz del licántropo desapareciese de su mente.

Xiu continuaba en shock. Estaba pálido. No podía dejar de mirar el cuerpo sin vida de Ray. Luchaba contra las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. No podía perder también a su mejor amiga.

No era consciente de que Jen sufría hasta que sintió la mano de Axel sobre su hombro. Entonces, la vio. Esa escena ya la había vivido anteriormente. Estaba perdiendo mucha sangre y moriría en unos minutos.

—Karesh... —intentó decir. No podía apenas hablar. Su vida se

escapaba por momentos—. Mátame...
Te lo suplico...

El demonio fijó los ojos en ella, pero enseguida apartó la mirada. Observó a su padre, que se encogió de hombros; le daba la oportunidad de hacer con ella lo que deseara. Dio un paso al frente. Aidan, al sentir que su padre se alejaba, entendió lo que iba a hacer.

—¡No, papá! ¡No lo hagas! —agarró con fuerza su pierna, pero rápidamente Raven le cogió por la cintura y lo apartó de su hermano.

El ser caminó decidido hasta la mujer que amaba. Se quedó a unos centímetros de ella y miró sus ojos esmeralda, anegados en lágrimas de dolor.

—¡Karesh! ¡No lo hagas! ¡No seas tan

gilipollas! —le gritó el licántropo.

—Te quiero —susurró ella, y sonriendo, añadió—: Capullo.

La criatura colocó su mano izquierda en la nuca de ella y la besó con ganas.

—Lo siento, pequeña. Yo también te quiero —le dijo tan bajo que nadie pudo oírlo, excepto ella.

De pronto sintió cómo un horrible dolor atravesaba sus entrañas, rasgando su piel, músculos y órganos. Expulsó sangre a través de la boca, a la vez que sus ojos se cerraban.

—Gracias... —dijo en un hilo de voz. Y tosió sangre de nuevo.

«No permitas que hagan daño a Aidan...» Su dulce voz se grabó en la mente del demonio.

Una última lágrima rodó por su mejilla. Una lágrima de felicidad. Ahora podría estar con su madre y con su padre, y con todos aquellos a los que había perdido.

Karesh sacó su mano del cuerpo de la chica, que cayó sin vida sobre sus brazos. Miró a Xiu y a Axel, que le miraba entre alucinado y decepcionado. El licántropo podía escuchar el corazón del demonio. Antes palpitaba con nerviosismo, ahora, de repente, había dejado de latir. Había perdido la única razón por la que vivir. Vio cómo sus azules ojos se inundaban en lágrimas de dolor. Un tormento que le perseguiría durante toda su existencia.

Entonces, Aidan se dio cuenta de lo

ocurrido al ver a su padre dejar con cuidado el cuerpo sin vida de Jen. Golpeó con fuerza a Raven en el estómago y ella le soltó. Corrió hasta la chica y se arrodilló frente a ella.

—¿Jen? No, no me dejes, por favor. ¡No quiero que te vayas! —dijo el pequeño posando sus manitas sobre la herida, intentando curarla con su poder, pero no funcionó.

Al ver que no lo conseguía, lloró desconsoladamente, hasta que se giró hacia su padre, que estaba inmóvil sentado en el suelo con los brazos apoyados sobre las rodillas y con el rostro húmedo por las lágrimas, la mirada perdida. Inconscientemente se llevó la mano cubierta de sangre a la

cara, manchándose con el caliente y rojo líquido carmesí. El pequeño comenzó a golpearle con todas sus fuerzas, lleno de rabia por lo que había hecho. Él ni siquiera se defendió.

—¡Te odio! ¡La has matado! —gritó Aidan una y otra vez—. ¡La has matado! ¡La has matado! —comenzó a hacerse daño en las manos de tanto golpearle.

Y gritó. Aquel alarido los obligó a taparse los oídos, excepto a Xiu.

—¡Maldito seas, Karesh! —bramó el japonés.

Apretó con fuerza los puños y su mandíbula, y lanzó una mirada asesina a Lucifer y a Raven, a quien había tratado como a una hermana más.

De pronto, las criaturas sintieron un

extraño poder a su alrededor, pero no pudieron identificar de dónde provenía. Miraron al pequeño, que lloraba sobre las rodillas de su padre, aún paralizado. Él no daba señales de mostrar esa energía.

Y entonces, ocurrió. Aquel inmundo lugar se inundó con un poder inimaginable. Xiu acababa de desplegar sus blancas e impolutas alas.

CAPÍTULO 18



Todos se quedaron estupefactos ante tal espectáculo.

—¡Vaya con la mosquita muerta del gay! —rio Axel, pero estaba tan alucinado que casi se arrodilla ante él —. Eres una auténtica caja de sorpresas.

—¿Eres un ángel? —Haylel no podía articular palabra.

—Soy el Arcángel Samarel —dijo el aludido con seriedad—. Y no permitiré que Aidan escoja un bando. No comenzará la guerra que anhelas, Haylel.

—¿Samarel? ¿Por qué nunca he oído hablar de ti?

—Soy un Ángel Custodio. Nadie conoce de mi existencia, excepto mis hermanos.

En la palma de su mano se dibujó un pequeño círculo de fuego, y rápidamente apareció una espada celestial en ella, con brillantes y poderosas llamas plateadas.

—He estado años oculto entre los *Venatori Noctis*, protegiéndolos.

—No lo has hecho demasiado bien... ¿No crees? Has perdido a Aaron... — Lucifer contó con los dedos de la mano —. Ray, Nathaniel, todos vuestros cazadores cuando mandé a mis diablillos, y a Jennifer... Magnífico trabajo —aplaudió con sorna.

—Esa no era mi labor. Dios tiene un

cometido para cada uno de ellos. —El ángel salió del pentagrama y con el pie desdibujó el círculo de sal, momento que Axel aprovechó para salir de allí.

—Si tu labor no era protegerlos, ¿qué trabajillo te encomendó tu Señor? —quiso saber Raven.

—Debía permitir que todo esto ocurriera —señaló a su alrededor.

—¡Son ciertos los rumores de que Dios no existe! ¡Ja, ja, ja, ja! —el Diablo soltó una carcajada de triunfo.

—No te daré ninguna explicación, puesto que no lo mereces. Aidan, ponte en pie —ordenó el arcángel.

El pequeño, que aún lloraba en brazos de su padre, se levantó inmediatamente. Miró el cuerpo sin vida de Jen. Una

sonrisa dibujaba su marmóreo rostro.

Karesh sintió una fuerte quemazón en el hombro; Samarel le amenazaba con su arma. El demonio se puso en pie de inmediato y se apartó del lugar.

—Axel, no permitas que se mueva —
pidió el custodio.

El licántropo obedeció. Sin que el otro pudiera rechistar o escapar, se colocó tras él y le agarró del brazo derecho, mientras su mano izquierda, convertida en garra, clavó sus afiladas uñas en el pecho del ser.

—Si te mueves, te arrancaré el corazón —amenazó el príncipe Nikklai. Karesh ya no tenía ningún motivo para morir. Si Axel le extirpaba su muerto corazón, sería menos doloroso que

seguir viendo el cuerpo sin vida de la mujer que amaba.

Lucifer y Raven intentaron rescatar al demonio, pero Samarel incrustó con fuerza la espada en el pavimento. Como si se tratara de un rastro de gasolina, las llamas plateadas de la espada se dirigieron hacia las criaturas, encerrándolas en un poderoso círculo de fuego. Si rozaban aquellas llamas, sería su fin.

—Aidan, ya sabes qué debes hacer — dijo el arcángel, cogiendo su espada y entregándosela al pequeño. El arma encogió hasta un tamaño que se adecuara a su mano. Ahora tenía el parecido de un puñal.

—¡Aidan, no lo hagas! —suplicó

Haylel—. ¡Si lo haces, todos moriremos!

El niño miró a su padre, que mantenía la mirada fija en él. No entendía qué se traía el arcángel entre manos.

«Haz lo que creas que debes hacer, hijo mío», le dijo mentalmente el demonio.

El chiquillo echó una última mirada a Samarel y, sin pensarlo dos veces, clavó el puñal en su pequeño corazón. No emitió ningún grito. No tenía miedo. No sentía ningún dolor.

—*¡Nooooo!* —gritó furioso Haylel, que intentó salir fuera del círculo de fuego, cuyas llamas quemaron su demoníaca piel

—¡No, padre! —Raven agarró a su

progenitor del brazo y le apartó con rapidez, antes de que se calcinara por completo—. ¡Si mueres, no podremos hacer nada!

Su hija tenía razón. Esperarían el momento indicado para atacar.

De pronto, una fugaz luz cubrió el cuerpecito del pequeño Aidan y segundos después desapareció. Ante ellos se erguía un joven ángel vestido de blanco, con azules ojos y cabello rubio. Sus blancas alas se desplegaron. El color y textura de sus plumas eran incluso más puras que las de Samarel, que sonreía, orgulloso del chico.

Karesh no podía creer lo que veían sus ojos, incluso Axel estaba boquiabierto. Este último, sin ser

consciente, había dejado libre al demonio.

—¿Aidan? —preguntó el demonio.

—Hola, papá. Siempre deseaste que no despertara mi verdadero poder... Lamento decepcionarte...

—No me decepcionas, sino todo lo contrario. No has podido elegir un bando mejor —acarició su rostro.

—¿Estás preparado para lo que viene a continuación? —Aidan sonrió maliciosamente y miró a su alrededor.

Estaban rodeados de furiosos y hambrientos demonios.

«*Jen...*». Una voz la llamaba.

La reconoció al instante. Abrió los ojos lentamente mientras intentaba

incorporarse. Sintió un fuerte dolor en el estómago y se llevó las manos a él, en busca de sangre, pero no encontró nada. Se sentía extraña.

«Jennifer, estoy aquí.»

Buscó alrededor, pero no pudo ver nada. Se puso en pie y entonces se dio cuenta de dónde estaba. Bajo sus pies descalzos sintió el frío piso. Se encontraba en un lugar repleto de columnas de mármol blancas, igual que el suelo. Aquel espacio le recordó a un templo griego.

—¿Papá? ¿Eres tú? —dio un paso hacia el frente. Por primera vez, no tenía miedo.

Sintió su cuerpo tan ligero como una pluma, era como si volara sobre suaves

nubes. Desde allí no veía nada más, solo una nívea y pura luz, tan blanca e impoluta como el vestido largo que llevaba puesto.

—No puedo verte —le buscó alrededor.

Entonces, Nathaniel apareció frente a ella. Su brazo volvía a estar en su lugar. Lucía una pálida túnica hasta las rodillas y una coraza dorada, que protegía todo su pecho y estómago, e iba descalzo. Parecía un antiguo soldado romano.

—¡Papá! —con una sonrisa de oreja a oreja corrió hacia él y se fundieron en un fuerte abrazo—. Estamos muertos, ¿verdad?

—Sí, pequeña. ¿Sabes qué lugar es

este? —Ella negó con la cabeza—. Es el Cielo, cariño. El hogar de los ángeles.

Entonces, los ojos de su hija se humedecieron.

—No pude proteger a Aidan... No he sido una buena *Venatori Noctis*. Lo siento —agachó la cabeza avergonzada y arrepentida.

—Eh... —Levantó su barbilla y la obligó a mirarle. Le apartó un mechón del rostro—. Has cumplido con tu obligación. Dios escribió nuestros destinos, aunque algunos labraron el suyo propio...

De pronto, una tercera persona se acercó a ellos. Vestía idéntico a su padre, pero su ropa era de color azul y una espada colgaba de su cinto.

—Al fin ha despertado —dijo el recién llegado, de cabello largo y rubio y ojos color miel—. Bienvenida al Cielo, Jennifer.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó ella, sorprendida.

De repente, unas grandes y blancas alas se desplegaron tras él.

—¿Eres...? —Jen se quedó boquiabierta. Nunca había visto un ángel en todo su esplendor.

—Cariño, es Miguel —sonrió.

—¿Miguel? ¿El...? ¿El Arcángel Miguel? —se quedó atontada. Jamás pensó que conocería al ángel que encerró una vez al diablo—. Yo...

—No tienes por qué sentirte así. Eres uno de los nuestros. —El ángel le

dedicó una amplia sonrisa.

Ella se quedó fascinada con su belleza, sin entender realmente lo que este le había dicho.

—Espera... —cayó en la cuenta—. ¿Has dicho... uno de los nuestros? ¿Qué quieres decir?

—No podíamos contarte la verdad, Jen —dijo su padre—. Pero ya es hora de que lo sepas: no somos mortales.

—¿Me estás diciendo...?

No pudo articular palabra. Unas blancas plumas aparecieron a su alrededor. Las alas de su padre la arrojaron.

—Somos ángeles, pequeña. Tu madre también lo era. Te contamos una mentira piadosa, nadie podía enterarse de tu

nacimiento.

—Entonces... ¿Yo también soy un ángel? —Su padre asintió—. ¿Y por qué no tengo alas como vosotros?

—Aún no se ha completado tu viaje —comentó el arcángel.

—¿Mi viaje? Estoy muerta, estoy en el Cielo, ¿y aún queda algo más?

—Sí. Tu muerte terrenal.

Jen no entendía nada, pero no se atrevía a seguir preguntando. Todo lo que había creído era mentira. Su madre no era bruja, su vida había sido una farsa...

Otro ángel apareció tras ella. Tenía el pelo corto y moreno, con unos cuidados rizos y ojos verdes. Gabriel, el mensajero, se alzaba ante ellos.

—Gabriel, hermano, dinos, ¿a qué se debe esa cara? —Nathaniel intentó descifrarlo, pero no fue capaz.

—Tengo malas noticias...

—¿Qué ocurre? —preguntó Jen.

—Bienvenida al Cielo, Jennifer — saludó a la chica—. Samarel y Aidan han abierto sus alas frente a Haylel...

—¿Samarel? ¿Quién es Samarel? —la joven estaba una vez más perdida. No se enteraba de nada.

—Hija, Xiu también es un ángel. Es un Ángel Custodio. Su misión era que tú murieras para que Aidan decidiera su destino —le explicó su padre.

—Entonces, ¿Aidan se ha convertido en ángel? ¿Y ahora qué pasará?

—Los demonios se han alzado contra

ellos. Necesitan nuestra ayuda. Tu ayuda. —Gabriel colocó su mano sobre el hombro de la muchacha.

—¿Mi ayuda? ¿Y yo qué puedo hacer? —¿Cómo iba a ayudarlos si ni siquiera había podido proteger a un niño?

—Nos ayudarás a acabar con el mal. La oscuridad debe desaparecer. —Otro arcángel, vestido de violeta, apareció tras Miguel. Sus ojos ambarinos, enmarcados en su cabello castaño, la miraron con frialdad.

—Zadquiel, no la mires así o se asustará —rió Gabriel.

—Lo siento, es la costumbre. Intento ver en su interior, pero me es imposible —dijo el recién llegado.

—Juraste a Karesh que cuidarías de su hijo. Es hora de que cumplas tu promesa —señaló su padre.

—Sabéis que nunca he roto una promesa. Haré lo que sea —respondió ella.

—Tienes que estar dispuesta a todo. A todo. ¿Entiendes? Ahora, dime, ¿lo estás? —Zadquiel, el justiciero, necesitaba escuchar aquellas palabras de su boca.

—Lo estoy. Estoy preparada para lo que sea. Total, ya estoy muerta... —se encogió de hombros.

La muchacha, que aún se encontraba algo aturdida con lo que acababa de descubrir, no tenía ni idea de lo que se le venía encima...

Axel no había perdido ni un segundo y se acababa de convertir en lobo. Para él era mucho más fácil moverse en aquella forma que siendo humano.

—¿Estás preparado? —Samarel se dirigió a Aidan, que cogió su espada celestial.

—Sí.

El muchacho se agachó sobre el cuerpo sin vida de Jen y se sentó a horcajadas sobre ella. Cogió su arma y la elevó sobre su cabeza.

—Aidan, no lo hagas —pidió su padre—. Si lo haces, jamás volveré a verla... —Había tristeza en sus palabras, pero su hijo no le escuchaba. Solo escuchaba las voces en su cabeza,

aquellas que le ordenaban que lo hiciera —. Aidan... ¡No! —amenazó el demonio mientras caminaba hacia él.

—¿Se puede saber qué tiene pensado hacer? —Raven intentaba destruir con su poder de bruja aquel círculo de fuego celestial, sin perder detalle de lo que el chico hacía.

—Cállate y sácanos de aquí —ordenó Lucifer.

Los diablillos y muertos vivientes se acercaban a ellos a paso lento, esperando la orden de su Rey de las Tinieblas o alguno de sus príncipes, pero Karesh no era consciente de lo que pasaba a su alrededor, solo tenía ojos para el cuerpo de la mujer a la que amaba, la que él mismo había matado.

—Adelante —dijo Samarel,
esperando a que el chico lo hiciera.

Aidan sujetó la espada. Era demasiado poderosa para él y no sabía si sería capaz de hacerlo. Entonces, cerró los ojos y respiró hondo. El arma se clavó con fuerza en el pecho de Jen.

—*¡Noooooooooooooooooooooooooooo!* —
gritó el demonio lanzándose a su hijo y apartándole de ella.

De pronto, su inerte ser se convirtió en una potente luz que los cegó a todos. Karesh cubrió sus ojos con el brazo y cuando la luz desapareció, Jen seguía allí. Se puso de rodillas junto a ella y cogió su mano. Pero ella ya no era Jen. Su cuerpo se había convertido en ceniza blanca, tan pura como la nieve. El polvo

cayó entre sus dedos, como si de arena se tratase, y entonces sus restos volaron alrededor de él, movidos por un torbellino invisible que elevó la ceniza hacia el oscuro cielo que cubría el Infierno.

Las lágrimas acudieron a sus ojos. El azulado mar de sus iris se ahogaron y las amargas gotas cayeron en el lugar donde ella yacía segundos antes, mojando el asfalto. Sentía rabia. Estaba decepcionado consigo mismo. ¿Por qué había acabado con su vida en lugar de habérsela dado? Podía haberla convertido y haberla hecho su reina.

Pero ya no importaba. No volvería a verla nunca más. ¿Estaría en el Cielo?, se preguntó mientras se limpiaba las

lágrimas con el dorso de la mano. Entonces, lo vio: el colgante que Jen llevaba al cuello, el prisma de cuarzo rosa cubierto por florituras plateadas, estaba ahí. Lo cogió entre sus manos y se lo llevó al pecho, como si hubiera encontrado un gran tesoro. Después se lo puso al cuello y lo escondió dentro de la camisa, creyendo que así estaría protegido.

—Karesh... ¿¡Estás de broma!? ¿En serio te enamoraste de ella? ¡Cómo has podido! —gritó su padre, furioso—. ¿Pretendías transformar su cuerpo mortal en tu eterna pareja?

Su hijo le miró con furia e inmediatamente se puso en pie, y dando grandes zancadas se dirigió hacia el

círculo sagrado.

—¿Y si lo hubiera hecho, qué? —
estalló en cólera—. Ya no tienes el
poder suficiente para ordenarme nada.
Eres viejo y te estás muriendo. Ojalá los
arcángeles se enterasen de ello y Miguel
te derrotara de nuevo —sus ojos azules
se convirtieron en oscuridad.

—¡No hables tan alto, Karesh! —
intervino su hermana Raven—. Si lo
hacen, moriremos, incluido tú.

—Me importa una mierda morir.
Nunca había estado tan vivo a su lado, y
tú —señaló con rabia a su padre— me
la has arrebatado. Destruiré el Infierno,
sin importarme a quién me lleve por
delante —prometió.

Miró a la bruja. Estaba asustada.

Nunca había visto a Karesh tan enfadado. Temía que se convirtiera, pues si lo hacía, ardería el averno. Literalmente.

Jen se encontraba rodeada de ángeles. Era una sensación extraña y tenía miedo, pero a la vez se sentía protegida, pues su padre estaba a su lado.

Zadquiel, el justiciero, estaba frente a ella. Rafael y Uriel, vestidos de color verde y rojo respectivamente, se encontraban a la derecha de su hermano, junto a Gabriel, mientras que Chamuel, de rosa, y Jofiel, de amarillo, estaban a su izquierda, con Miguel.

Tenían plegadas sus alas, al igual que el resto de seres celestiales.

Detrás de ellos había un hermoso y cuidado árbol, de blanco y ancho tronco con grandes hojas del mismo color. Llamó mucho la atención de la chica, quien no podía dejar de mirarlo.

—Hermanos, nos hayamos aquí, ante el Árbol de la Sabiduría, para recibir a Jennifer entre nuestros brazos. Ven, pequeña —pidió Jofiel, el guardián del árbol.

Ella miró a su padre, que agarraba su mano con cariño. Se la apretó infundiéndole valor y obedeció. Caminó hacia ellos mientras el frío suelo de mármol le hacía cosquillas en las plantas de sus pies desnudos, como si caminara sobre nubes. El ángel le tomó de la mano con cuidado, como si fuera a

romperse como un frágil cristal.

Miguel se movió de su puesto y se puso frente a ella, pero no la miró, sino que levantó la vista al cielo. Entonces, una lechuza de blanco plumaje descendió y se posó en el árbol. Aquella era la señal que todos esperaban.

—Puede que te duela —dijo Miguel mirando fijamente sus ojos verdes.

—¿Dolerme? —ella no entendía.

De repente sintió un fuerte dolor. Se llevó la mano al pecho y miró al ángel. Notó cómo el latir de su corazón iba cada vez más lento, lo que le dificultaba continuar respirando. Jofiel soltó su mano y ella cayó de rodillas al suelo, luchando por respirar.

Jen dirigió su mirada hacia su padre,

que tenía los brazos cruzados y se mordía las uñas de la mano derecha. Estaba visiblemente nervioso.

Tosió desesperada, pues el oxígeno no conseguía entrar en sus pulmones. Le dolía todo el cuerpo, pero ese tormento no era tan inaguantable como el haberse convertido en lobo.

Entonces, a su mente acudieron imágenes que no recordaba. Su madre Rosel estaba allí, con ella en brazos; sus alas estaban plegadas, pero el bebé no tenía. Su padre la besaba con cariño.

Otra imagen diferente apareció. Haylel irrumpió en el cielo y se llevó a varios bebés recién nacidos. Intentó arrancar su cuerpecito de los brazos de su madre, pero ella le defendió con uñas

y dientes, hasta que Lucifer acabó con su vida.

Nathaniel había mantenido oculta a su hija durante mucho tiempo. Xiu, en realidad el Ángel Custodio Samarel, la había protegido desde entonces, pero ella no lo recordaba.

Y de pronto, su corazón se paró. Sintió una dolorosa descarga en su pecho, que la obligó a caer al suelo. Un cosquilleo le recorrió la columna vertebral hasta la nuca. Cerró los ojos esperando su muerte, pero esta nunca llegó.

—Hermanos... —oyó a lo lejos.

Rafael, arcángel de la sanación, y Chamuel, arcángel del amor, ayudaron a la chica a ponerse en pie. Jen intentó

abrir los ojos, pero no podía. Sentía su cuerpo liviano; entonces escuchó aquellas palabras que un ángel le dijo en uno de sus sueños astrales: «*In tenebris lux tua natus est*», susurró Chamuel.

—Tu luz nacerá en medio de la oscuridad... —tradujo Rafael, dibujando con su pulgar una cruz en la frente de ella.

Y unas hermosas y níveas alas crecieron en su espalda. Entonces abrió los ojos. Parpadeó varias veces hasta que reconoció la figura que tenía enfrente.

—Jen, cariño —su padre acarició su mejilla—. ¿Cómo te encuentras?

Los dos ángeles se habían apartado de ella para dejar espacio a sus alas.

—Me siento... bien. Genial —sonrió. Miró su ropa; ahora era idéntica a la de los arcángeles, pero en color negro. Su armadura era dorada como el sol.

Movió una de sus alas hasta que pudo tocar sus suaves plumas.

—Papá, ¿por qué brillan tanto mis alas?

Gabriel se acercó a ella y rozó con sus finos dedos su blanco plumaje.

—No eres un ángel cualquiera —dijo éste.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nathaniel.

—Dios tiene una gran misión para ti. Te ha nombrado Ángel de la destrucción —respondió el mensajero.

Todos los allí presentes se

sobresaltaron y comenzaron a cuchichear.

—¿Ángel de la destrucción? Eso suena a ángel caído —Jen torció el gesto.

—Al contrario —Miguel se adelantó hasta ella—. Eso quiere decir que tú serás quien destruirá al Diablo.

—Ese es tu trabajo, no puedo hacerlo —dijo la chica agachando la cabeza.

—No lo entiendes: es el mayor honor que podrías tener. Él te quiere a mi lado, Jen —el arcángel cogió su mano. Entonces, una espada celestial apareció en la palma de la joven—. Recuerda tus promesas.

Ella se quedó embobada mirando su arma; las llamas plateadas no quemaban

su piel, sino que le producían un agradable cosquilleo.

—Entonces, ¿ella es el último *Electos Lucem*? —quiso saber Nathaniel.

—No, hermano. El elegido se encuentra entre tus hombres —habló Gabriel. De pronto, guardó silencio. Los demás le imitaron—. Debemos acudir en su ayuda.

—Jennifer, ¿estás preparada? —preguntó Chamuel.

—¿Preparada para qué? —sopesó si lo estaba, pero en el fondo sabía que sí.

—Comienza la batalla —Miguel sonrió maliciosamente.

Dos diablos se lanzaron hacia Axel,

que no dudó ni por un instante en defenderse. Las criaturas se enzarzaron en una pelea de garras y mordiscos. En un abrir y cerrar de ojos, el lobo se había deshecho de ellos.

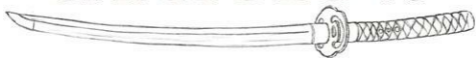
De repente, del cielo cayeron objetos blancos, contrastando en aquella oscuridad. Uno de ellos fue a parar sobre la mano de Lucifer, quien lo observó con terror.

«*¿Plumas blancas?*», resonó la voz del licántropo en la mente de Karesh mientras olisqueaba una de ellas.

—Mierda... —el Diablo golpeó con fuerza el suelo, que retumbó bajo sus pies.

Llegaba la caballería.

CAPÍTULO 19



El Infierno se cubrió de una cegadora luz blanca. Algunos demonios huyeron del lugar, pues sabían lo que aquello significaba. Otros, sin embargo, estaban preparados para pelear.

Aidan miró a Samarel, que sonreía feliz; sus silenciosas plegarias habían sido escuchadas.

—Padre, escondámonos ahora que podemos —dijo Raven a Haylel, muy preocupada. No tenía ni la menor idea de qué pasaría a continuación.

—No pienso huir. Miguel me atrapó una vez y me encerró aquí sin poder salir. No permitiré que lo haga de

nuevo.

—Son más poderosos que nosotros. Y nos ganan en número —insistió ella agarrándole del brazo.

—Pues moriremos en batalla —sentenció su padre, zafándose.

Una fina lluvia de plumas cayó sobre sus cabezas. Una de ellas lo hizo sobre el hocico del lobo, que estornudó exageradamente.

«No me jodas... ¡Me dan alergia los ángeles!», gritó mentalmente Axel. Los aludidos le miraron. *«Sin ofender.»*

Aidan rio. Le caía bien el licántropo.

Los arcángeles hicieron su aparición. Miguel iba en cabeza, sujetando su espada celestial. Jofiel iba a su derecha y Nathaniel a su izquierda.

—¿Nathaniel? —Karesh se sorprendió al verle convertido—. ¿Eres un arcángel?

Éste asintió. Aidan corrió hacia él y le abrazó con fuerza. Samarel también lo hizo.

—¡Vaya! ¡Hermano! —vociferó Lucifer desde su celda de llamas blancas—. Has recuperado tus alas... Creí que nunca lo conseguirías cuando te las arranqué.

—Nunca las perdí, Haylel. Me alegro de volver a verte —sonrió de medio lado.

—Pues yo no. Sabes que no soy creyente, los ángeles no tenéis poder sobre mí.

—¿Tan seguro estás? —Miguel se

plantó frente a él—. Si es cierto, comprobémoslo.

Chamael, Rafael, Gabriel, Uriel y Zadquiel aparecieron también, portando sus espadas celestiales.

Miguel deshizo con su arma el dibujo de fuego, que desapareció al instante.

De pronto, ninguno fue consciente de la señal que Raven había hecho a los demonios y estos se lanzaron hacia los ángeles, iniciando la batalla que estos querían evitar. Las espadas silbaron, cercenando cuantos cuerpos encontraban a su paso. Gabriel y Jofiel cubrían las espaldas de Aidan, que luchaba como un auténtico guerrero.

Miguel no perdía de vista a Haylel, el cual huía veloz de allí. Era tan cobarde

que había enviado a sus criaturas en lugar de enfrentarse él mismo a ellos. Pero entonces se dio la vuelta. No pensaba desaparecer sin acabar antes con la vida de quien le encerró en aquel maldito lugar.

Al estar fuera del círculo sagrado, había recuperado su poder e invocó a su espada de fuego, que apareció inmediatamente en su mano derecha.

Le gustaba aquel cuerpo humano, era mucho más fácil y ágil moverse con él que con su auténtica forma, así que continuó así. Ya encontraría el momento de convertirse.

Giró la espada con la muñeca y se lanzó hacia el arcángel Miguel, que intentaba acabar con dos diablillos a la

vez.

—¡Miguel! ¡A tu espalda! —gritó Gabriel avisándole del peligro que corría.

Este se giró justo a tiempo para repeler el ataque con su espada. Las armas chocaron con violencia, sonando como dos fuertes truenos.

—Estás en forma —dijo Miguel lanzando otra estocada.

—He tenido mucho tiempo para mejorar —rio sarcástico—. Pero, como comprobarás, tengo un pequeño ejército que ha estado haciendo de las suyas en el mundo terrenal.

—¿Por qué no te atreviste a subir tú mismo? —ahora fue el ángel quien detuvo otro fuerte golpe.

—Siempre es mejor que el trabajo sucio lo haga otro. Ahora...

¡Devuélveme a mi *Electos Lucem!* — dio una fuerte patada al arcángel en el estómago con la que lo arrastró unos metros lejos de él—. ¡Devuélveme a la chica!

—Ella no es tu elegida. ¿Quieres tu salvación? Pues allí lo tienes —señaló con la espada el cuerpo sin vida de Ray.

—¿Él? ¡Mientes! —Haylel estaba furioso—. ¿Cómo no iba a reconocer al elegido? —Su golpe fue tan fuerte que el arcángel acabó con una rodilla en el suelo, sujetando su espada por encima de su cabeza.

—Si te hubieras molestado en acercarte a él, hubieras sentido su poder

—este atacó y Lucifer dio un paso hacia atrás.

—¿No sentiste su poder? —le preguntó a su hija, que se defendía de los ataques de Gabriel.

—¡No! —dijo Raven, repeliendo un ataque del ángel.

—Ahora está muerto, vuestro plan nunca se llevará a cabo —rio quien ya había atrapado en una ocasión al Diablo.

Jen observaba con atención lo que ocurría en el Infierno, esperando una señal de Jofiel para que ella los ayudara.

Jaysel, un ángel rubio de ojos verdes, estaba a su lado. Ella no tenía permitido participar en la batalla, por lo que se

quedó custodiando a la recién convertida en arcángel.

—¿Sabes? Yo conocí a tu madre —le dijo Jaysel, intentando calmar el nerviosismo de la joven.

—¿En serio? ¿Y cómo era? — consiguió dejar de mirar por un momento el vórtice que la llevaría hasta el inframundo.

—Muy guapa. La verdad es que te pareces tanto a ella... Es una pena que no pudieras conocerla.

—Si era un ángel, ¿por qué no he podido verla aquí?

—Cuando un ángel o arcángel muere a manos de la espada de fuego de Lucifer, lo hace para siempre. Ni siquiera Rafael, el sanador, es capaz de

devolverle a la vida.

—Entonces es cierto que Haylel mató a mi madre...

—Sí. Si pudiera, mataría con mis propias manos a ese bastardo. Rosel era mi hermana. Yo le ayudé a dar a luz. Fui la primera en tenerte entre los brazos, y ella murió también entre ellos... Y yo fui quien te entregué a Raven —sus ojos se humedecieron y comenzó a llorar. Se sentía tan avergonzada y culpable de ello que se tapó el rostro con las manos.

—Jaysel... No llores, por favor. Lo hiciste bien. Mírame, soy un arcángel, todos habéis cumplido vuestra misión.

La abrazó con fuerza para calmar al ángel, que sonrió feliz entre sus brazos.

—Tu madre estaría muy orgullosa de

ti.

Una lágrima rodó por la mejilla de Jen. Se sentía bien, era feliz. Al fin tenía las respuestas que durante tantos años había estado buscando.

Los demonios superaban en número a los arcángeles. Chamael tenía un puñal clavado en su muslo derecho y Rafael presentaba una fea y profunda herida en el hombro derecho hasta el pecho.

Miguel comenzaba a cansarse a causa de un corte en su mano derecha, donde sujetaba su arma.

Raven había usado uno de sus poderosos hechizos de bruja para aturdirlos, circunstancia que aprovecharon los demonios para atacar

con más fuerza.

Axel se defendía como podía, pero también estaba herido.

Los demás ángeles parecían estar ilesos, exceptuando cortes o hematomas.

Karesh era un mar de dudas. Ahora que Jen ya no estaba, le importaba realmente poco proteger a los arcángeles, pero por otro lado, no deseaba seguir los pasos de su padre. No estaba muy seguro de lo que hacer.

Miró a su hijo, que de repente se había convertido en un auténtico guerrero, demostrando su fuerza y poder. Se sentía orgulloso de él.

Entonces, tomó una decisión.

Se dirigió hacia su hermana, que usaba su magia para atacar a Gabriel.

Sin que el ángel pudiera darse cuenta, Karesh se encontraba detrás de él.

—Yo me encargo —dijo el demonio, cuyos ojos azules habían desaparecido, consumidos por la oscuridad.

Raven le hizo una reverencia, satisfecha por la decisión de su hermano.

Su mano se cerró con fuerza alrededor del cuello del ángel, que abrió los ojos sorprendido. Jamás pensó que se alzaría ante ellos. Gabriel intentó atacar al demonio con su espada celestial, pero él fue más rápido y agarró su muñeca con la otra mano.

Raven aplaudía, contenta. Pero entonces, su hermano cogió la espada y la hoja silbó en el aire: la cabeza de la

bruja cayó a sus pies mientras su cuerpo se desplomaba.

Soltó la espada con rapidez, pues la plata había quemado la palma de su mano, creando unas horribles y dolorosas ampollas.

Lucifer sintió una fuerte opresión en el pecho y se llevó la mano al corazón. Entonces se dio cuenta de lo que había ocurrido.

El cuerpo sin vida de su primogénita yacía en el suelo y su cabeza reposaba a unos metros de ellos, junto a Gabriel, que recogía su espada mirando fijamente a Karesh, el cual intentaba curar su herida.

Haylel no era consciente de que su propio hijo había acabado con la vida

de su hermana.

—¡Noooooooooo! ¡Raven! —su espada chocó con fuerza contra la de Miguel, que acabó perdiendo su arma—. ¡Lo pagaréis, malditos ángeles! —estaba furioso.

Karesh temía lo peor. Tenía miedo de la verdadera forma de su padre, terriblemente más poderosa que él. El demonio sintió que el poder de su creador aumentaba por segundos.

—Si queréis sobrevivir, desapareced ahora que podéis —advirtió el kahli a Gabriel, que miró a sus hermanos, todos ellos heridos.

—Demasiado tarde —respondió el arcángel.

—¿Demasiado tarde para qué?

Los allí presentes sintieron una nueva ola de poder, pero ésta no provenía de Haylel, que comenzaba a mostrar su verdadero cuerpo...

Un ángel llegaba volando a toda velocidad, portando su espada celestial, pero esta no tenía llamas plateadas, sino azuladas.

Karesh no fue consciente de la presencia de aquella criatura, pues había prendido con fuego el cuerpo de su hermana sin ningún remordimiento.

Entonces, una blanca pluma cayó a unos centímetros de sus ojos. Levantó la mano y dejó que ésta se posara en su palma. Miró al cielo. Pensó que serían los ángeles que habían decidido abandonar la batalla, pero, para su

sorpresa, no era así. Otro ángel bajaba hasta el Infierno para unirse a la lucha...

Y reconoció de inmediato aquellas mechass rojas.

—¿Jen?

Los pies del arcángel rozaron el suelo y este tembló. Ella fijaba su mirada en el deforme ser en que se estaba convirtiendo Lucifer. Albergaba tanto odio hacia él que no era capaz de ver nada más.

—¡Jen! —gritaron a la vez Aidan y Samarel.

Ella se giró y los vio. Con una enorme sonrisa corrió hasta ellos y se fundieron en un fuerte abrazo.

—Tardabas demasiado —el japonés estaba feliz de verla allí.

Jen acarició la mejilla de Aidan con cariño.

—Así que tú eras el ángel de mis sueños —le contestó él con una gran sonrisa.

Samarel dio un codazo a la chica y le indicó con la cabeza que mirara hacia atrás. Ella lo hizo.

Karesh se encontraba a menos de tres metros de ella, con cara de pasmado, pues no podía creer lo que veía. Él corrió hasta ella y la abrazó con fuerza. Jen le devolvió el gesto, enterrando la cabeza en su pecho. Una vez más, se sentía protegida a su lado.

Karesh rompió el abrazo y cogió su rostro entre sus manos para besarla con ganas.

—Pensé que te había perdido para siempre —dijo él por fin.

—Bicho malo nunca muere —bromeó ella—. ¿Creías que te ibas a librar de mí?

—Siento haberte...

—Era necesario, Karesh —le cortó—. Si no lo hubieras hecho, no podría haberme convertido en el arcángel que soy —sonrió.

Samarel carraspeó.

—¿Qué tal si dejáis eso para otro momento? Tenemos un problemilla —señaló al enorme demonio de fuego en que se había convertido Lucifer.

Su cuerpo y poder eran superiores a los de Karesh.

«*Necesitamos ayuda*». Axel se había

acercado hasta ellos.

Jen miró al lobo.

—¡Tú! Tendrás tu merecido cuando salgamos de aquí —le señaló acusadoramente con el dedo índice.

«Sí, sí, sí, lo que tú digas. No estoy de broma. Tengo suerte de que mis heridas se curan con rapidez, pero las vuestras no tanto... Un golpe más y algunos caerán», dijo el licántropo mentalmente. *«Dejaos de sentimentalismos, necesito a mis chicos... Pero no sé cómo traerlos.»*

—Yo lo haré —dijo Karesh.

«No. Necesitamos tu ayuda aquí», ordenó el príncipe Nikklai.

—Yo iré —Samarel no dio tiempo a que rechistaran y salió volando a toda

velocidad.

Karesh hizo aparecer en su mano la espada de fuego que su padre había perdido al convertirse en el gigantesco ser de fuego.

Lucifer bramó enfadado. Su grito retumbó en todo el Infierno.

—¿Estáis preparados? —rio el kahli—. Solo le mataréis si vuestras armas atraviesan su corazón —les explicó llevándose la mano al pecho.

Los diablillos los miraban con atención, pero no atacaban, algo que extrañó a la criatura. ¿Estarían esperando una señal del Diablo? ¿O es que se mantenían al margen? Karesh sabía que temían a los ángeles, pero aquellos no eran unos seres celestiales

cualquiera, sino poderosos arcángeles, hijos de Dios.

El joven usó su poder y destruyó a algunos de ellos, a modo de aviso, que se apartaron más aún.

De pronto, la mole de fuego habló, pero nadie le entendió, excepto su hijo. Los maldijo con alevosía.

Entonces, una manada de cien lobos apareció tras los ángeles, dispuestos a proteger a su líder y príncipe, y así asegurar también sus propias vidas.

Furiosos, se lanzaron hacia los diablos, que huyeron temerosos, pues odiaban y temían a los licántropos como si fueran la mismísima muerte.

Los ángeles, Karesh y Axel formaron un círculo y planearon un rápido ataque.

—Axel, tú y algunos de tus lobos atacadle por las piernas —dijo Miguel—. Chamael y Uriel, los brazos. Gabriel y Zadquiél, la cabeza. Rafael, Jofiel y Samarel, atacadle por la espalda. El resto, vamos directos a su pecho.

Todos asintieron preparados para acabar con el mal.

Axel llamó mentalmente a seis de sus hermanos, que acudieron al instante. Tras recibir órdenes de su líder, con un conjunto de aullidos se lanzaron a la carrera contra las piernas del demonio, que se habían convertido en fuertes patas de carnero de enormes pezuñas. Le mordían con hambre y saña. Una de ellas se levantó, dispuesta a aplastarlos. Cuando tocó el suelo, el Infierno entero

tembló, haciendo tambalearse a todos los allí presentes.

Chamael y Uriel alzaron el vuelo hacia el ser, cada uno a por un brazo. Chamael a por el derecho y su compañero a por el izquierdo. El fuego que cubría su cuerpo había desaparecido casi por completo. Su cabeza, con enormes cuernos y afilados dientes, estaba cubierta de llamas.

Las garras de Haylel intentaron agarrar a Uriel. Este estuvo a punto de conseguirlo, pero el ángel se defendió lanzando una estocada a la palma de su mano, haciendo una profunda herida. El fuego celestial de la espada los quemaba, y no había forma de regenerar y curar los cortes.

Chamael imitó los pasos de su hermano, hiriendo al ser en el antebrazo. El Diablo gritó de dolor y consiguió atrapar al arcángel entre sus garras. Uriel, al ver a su hermano en apuros, voló hacia él y atacó al demonio, al que clavó su arma en la muñeca, pero este no soltó su preciada presa.

Sus fauces se abrieron, dejando a la vista varias hileras de afilados colmillos. Rápidamente se llevó al ángel a la boca. Chamael se protegió con sus alas y Haylel devoró una de ellas, arrancándosela de cuajo.

El arcángel profirió un grito de dolor.

Su hermano atacó de nuevo y cortó varios dedos, lo que le obligó a soltar al ser que aún gritaba, pues para los

ángeles era más doloroso perder sus alas que cualquier herida que recibieran.

Chamael cayó con fuerza al suelo y Lucifer levantó su pata dispuesto a aplastarle, pero Karesh fue más rápido y le hizo desaparecer de allí y volver a aparecer a unos metros de distancia.

Entonces el resto de hermanos atacó a la vez, sin permitir que ninguno de ellos fuera herido nuevamente.

Gabriel y Rafael ensartaron sus armas en la espalda del demonio, que intentó apartarlos como moscas, momento que Jofiel aprovechó para herirle en el ojo derecho. Haylel profirió un grito y se llevó las zarpas a la cara.

De pronto, escupió una gran llamarada de fuego que calcinó a lobos

y diablos. Axel se libró por los pelos, pues una de sus criaturas le empujó con fuerza hacia un lado, dando la vida por su príncipe.

Zadquiel y Samael volaban por encima de la cabeza del monstruo, pensando cómo atacarle desde arriba, pero Haylel los vio y escupió más fuego; aunque ambos se apartaron veloces, algunas plumas de Samael se habían chamuscado.

—¿Te encuentras bien? —se preocupó Zadquiel.

—Sí, tranquilo. Vamos a acabar con este capullo.

Su hermano asintió y se lanzaron en picado hacia él, clavando sus espadas en ambos hombros. Nathaniel y Miguel

cercenaron su mano izquierda, la que aún conservaba sus cinco dedos.

Jen y Aidan esperaban ocultos en lo alto de uno de los edificios cercanos el momento oportuno para atacar.

Karesh destruía sus criaturas sin remordimientos. Elevaba su mano y con ese simple gesto los diablos se hacían pedazos, como si una mina hubiera explotado desde sus entrañas. Ya no sentía ningún dolor al acabar con sus vidas, sino al contrario: estaba disfrutando con sus muertes. Después de haber perdido a Jen y a su hijo una vez, no iba a permitir que les hicieran daño. Caminaba con la cabeza bien alta, sin importarle que le atacaran, pues lo único que conseguían era cabrearle aún más.

Jen y Aidan fueron interceptados por cuatro diablos, pero se deshicieron de ellos con rapidez. Entonces vieron el momento de atacar. Haylel intentaba atrapar a los ángeles que volaban sobre su cabeza, dejando al descubierto su pecho y su corazón.

Se lanzaron a toda velocidad, con sus espadas en la mano. Tan solo les faltaban unos metros...

Haylel se dio cuenta del engaño y golpeó con fuerza el cuerpo de Jen, que se estrelló a toda velocidad contra el muro de uno de los edificios, agrietándolo y formando un buen boquete en la pared.

La chica cayó al suelo con rapidez. Los cascotes del edificio se derrumbaron

sobre su cuerpo.

—*¡Jen!*—gritó Aidan.

Los arcángeles escucharon los gritos del joven y Karesh y Nathaniel llegaron rápidamente hasta donde los escombros cubrían a la muchacha. Entre los dos quitaron piedras y ladrillos tan rápido como podían.

—*¡No la veo!* —gritó Nathaniel.

El kahli pudo distinguir el blanco color de las alas de la chica, y retiró con celeridad los restos del edificio hasta que dejó la cabeza libre.

—*¡Jen!*

Los dos hombres la cogieron en brazos y la apartaron de allí, temerosos de que lo que quedaba en pie del edificio se derrumbase sobre ellos.

El demonio le golpeó suavemente las mejillas.

—¡Jen! ¡Despierta, por favor! —rogó la criatura.

De repente, Aidan gritó de nuevo. Sus miradas se dirigieron hacia donde el muchacho se encontraba y vieron que Haylel le había encerrado entre su mano.

Los arcángeles que volaban sobre ellos le atacaron, intentando rescatarle, pero el demonio les lanzó una larga bocanada de fuego.

—¡Papáaaa! —el grito del ángel desgarró el corazón del demonio.

Ninguno de los presentes pudo evitar que Lucifer se tragara al chico.

—¡Aidan!

Karesh cogió la espada de Nathaniel,

sin importarle las quemaduras que le provocaba, y la lanzó con fuerza y rabia en dirección al pecho de su padre, clavándola directo en su corazón. Lucifer profirió un fuerte y agudo grito e intentó quitarse el arma.

Jen despertó y vio al enorme ser revolverse contra los ángeles, que se alejaban de él esperando su exterminación. Esperaron a que los diablos desaparecieran, pero no ocurrió nada. Haylel consiguió arrancarse la espada y la lanzó hacia su hijo. Ésta se clavó en el suelo entre sus piernas.

—Karesh, ¿qué ocurre? ¿Por qué no lo hemos destruido? —La muchacha, con ayuda de su padre, se puso en pie.

—No lo entiendo... —el kahli no

encontraba la razón por la que su padre no había desaparecido. ¿Y si se habían equivocado después de todo y Haylel había recuperado sus fuerzas?

—¿Aún no lo entendéis? ¡No puedo morir! ¡Ja, ja, ja, ja! —rió su padre con ganas.

Su aliento de fuego se dirigió hacia ellos, pero el demonio protegió a los dos ángeles con su propio cuerpo, pues las llamas del Infierno a él no podían dañarle.

La risa del maléfico aún taladraba sus oídos. Entonces, sonó un clic en su cabeza.

—Jen, al final vas a tener que cumplir tu promesa antes de tiempo —dijo el kahli.

—No voy a matarte, Karesh —afirmó Jennifer con seriedad. ¿Acaso estaba loco? Acababa de recuperarle y no iba a permitir que nadie le alejara de él.

—Tienes que hacerlo. No lo comprendes: él me ha dado todo su poder, soy su hijo, su auténtico hijo creado con su cuerpo. Nunca os traicionaría y sin embargo lo he hecho, porque él era quien me manipulaba. Soy parte de él, él me dio la vida. Y yo se la quitaré. Vamos, coge tu espada y hazlo, clávamela en el corazón.

—No. No pienso hacerlo —apartó el arma de su cuerpo.

—Es la única manera de salvaros y salvar a Aidan. ¡Hazlo!

—¡No! —gritó ella.

—Jen, juraste ante los ángeles que harías todo lo necesario para acabar con el mal, no puedes romper tu promesa o morirás. Te convertiste en arcángel de la destrucción por una razón. Y es esta — insistió la criatura. ¡Claro que no deseaba morir! Pero aquella era la única solución...

—Lo siento, pero él tiene razón — dijo Nathaniel.

—No puedo hacerlo... ¿Cómo voy a quitarle la vida al ser al que amo? —sus ojos comenzaron a inundarse de lágrimas.

Karesh cogió con las dos manos la muñeca de Jen, en la que sujetaba su espada celestial, y apoyó la afilada hoja sobre su pecho. Empezó a sentir el dolor

que la plata causaba en él.

—Hazlo, te lo ruego. No puedo permitir que acabe con Aidan, él es vuestro hermano... —dijo un paso hacia ella, dejando que la espada se clavara en su carne.

—Karesh... —los ojos de Jen se abrieron como platos; notaba el dolor del demonio como si fuera el suyo propio.

Un paso más. Él sintió cómo su corazón era atravesado por el frío poder de la espada.

Un último paso más... Y la espada traspasó por completo su pecho.

El cuerpo de Haylel comenzó a cubrirse de luz. El ser gritó al sentir cómo sus entrañas se desgarraban.

Aquel sonido fue tan potente que los arcángeles tuvieron que taparse los oídos.

Entonces, del estómago de la infernal criatura en la que Haylel se había convertido, apareció una llama azulada que rajó su dura piel. Las carnes se abrieron y de su interior apareció Aidan, que cayó al suelo cubierto de sangre y vísceras. Los arcángeles fueron en su ayuda, tenían que apartarlo de allí.

Lucifer se convirtió en una blanca y fuerte luz; explotó, como una calabaza llena de petardos.

Karesh sintió que su fuerza se desvanecía y abrazó a la joven arcángel con fuerza.

—Te amo, Jen. —La besó con

suavidad en los labios—. Con tu amor has hecho que vuelva a creer que todo el mundo tiene salvación, incluso una criatura como yo... —La besó de nuevo.

—Karesh... —le devolvió el abrazo con fuerza—. Yo también te amo.

—Gracias por proteger a Aidan...

Jen cubrió sus cuerpos bajo sus alas, como si aquel gesto fuera a evitar que él muriera.

Los demonios habían desaparecido, convertidos en humo rojo. Él era el último.

De pronto Jen notó cómo el abrazo de Karesh perdía fuerza. No quería abrir los ojos; si lo hacía, se desplomaría. Dejó de sentir al demonio entre sus brazos y entonces los abrió.

Su cuerpo se convirtió en ceniza y la espada cayó al suelo. Su mano acarició por última vez la suave mejilla de ella y, sonriendo, desapareció entre sus dedos.

Jen seguía sin poder creer lo que había hecho. Cayó al suelo de rodillas y se tapó el rostro con las manos. Entonces gritó con todas sus fuerzas.

No quedaba nada de él, ni una mísera mota de polvo. Se había marchado. Para siempre.

Aidan, que había visto todo lo que había ocurrido, se puso en pie y corrió hasta ella. La abrazó con fuerza y lloraron juntos la pérdida de la criatura a la que amaban.

La batalla se había cobrado la vida de veinte lobos. Axel caminó hasta ellos,

tenía la pata delantera derecha rota y un terrible mordisco en el lomo. Soltó un quejido y un lamento, pero no por su dolor propio, sino por el de los ángeles. Sabía lo duro que era perder a alguien querido. Samarel, que estaba a su lado, acarició su enorme cabeza. El lobo se restregó en su pierna, a modo de disculpa.

Todos los arcángeles seguían con vida; aunque Chamael hubiera perdido un ala, estaban juntos; habían completado con éxito su misión..

—Salgamos de aquí —dijo Nathaniel, que apoyó la mano en el hombro de su hija.

Esta se levantó y sin soltar a Aidan, que escondió su triste rostro en su

pecho, alzó el vuelo y desaparecieron de allí.

—Dejadlos... Necesitan librar otra batalla ellos solos —pidió Chamael, agarrándose a Gabriel y a Rafael, que le ayudaron a salir de allí.

—Al final empezó a caerme bien el muy capullo —rio Axel, que acababa de recuperar su forma humana.

Estaba completamente desnudo y Miguel se quitó su capa. Se la ofreció y él se lo agradeció. Se la puso a modo de toalla y miró a Samarel, que se había quedado embobado admirando su cuerpo.

—¿Qué? ¿Piensas lanzarte o lo hago yo? —bromeó el licántropo.

Todos rieron, pero se llevaron una

sorpresa cuando el arcángel le besó.

—Gracias por tu ayuda —dijo este, dejando boquiabierto al príncipe Nikklai.

Y desapareció de allí.

—Creo que te has echado novio —se carcajeó Uriel.

Pero Axel estaba en *shock* y no fue capaz de responder. Ya tendría dos palabras con el arcángel... O no, quién sabe...

El infierno se cubrió de impolutas plumas blancas. Lobos y ángeles desaparecieron de allí. Todo había terminado.

El Infierno estaba vacío y sin vida, los edificios comenzaron a derrumbarse lentamente, dejando aquel lugar

devastado. Tan solo quedó algo intacto:
un trozo de cuarzo rosa.

Aquel era el comienzo de una nueva
era. Ya nada volvería a ser igual.

EPÍLOGO



Había pasado un año desde aquel día. Jen, Samarel y Nathaniel habían decidido continuar siendo *Venatori Noctis*, pues aún quedaban muchas criaturas malignas por destruir.

Ella había prometido proteger a Aidan pasara lo que pasase y los arcángeles habían permitido que se quedara con ellos.

Chamael recuperó su ala, gracias al poder divino de Dios; había sido valiente y merecía ese premio.

Los cazadores se trasladaron a un gran edificio en el centro de Nueva

York, donde reclutaban nuevos cazadores. Aidan, que aún mantenía su cuerpo adolescente, aprendía con rapidez lo que sus hermanos le enseñaban. Aún no se había convertido oficialmente en uno de ellos, pero no le hacía falta.

—Jen... No estoy preparado para esto... —dijo el chico.

—Claro que lo estás. Vamos —ella le obligó a salir del edificio.

Dios les había permitido seguir cazando a cambio de esconder sus alas en el mundo mortal. Los humanos los verían como a sus semejantes, mientras que las criaturas podían ver sus alas en todo su esplendor.

—Me da miedo...

—¡Venga! ¡Saliste de las entrañas de Lucifer, ¿y la ciudad te da miedo? Anda, tira —le dio unas palmaditas en la espalda.

El chico no estaba demasiado convencido de ello. Aunque su cuerpo era el de un muchacho de quince años, aún seguía siendo un niño en su interior. Uno muy valiente, pero todavía un chiquillo inexperto.

Caminaban despreocupadamente por Madison Avenue; se dirigían hacia el Museo de Arte Metropolitano, en Central Park, pues ella sabía que allí dentro encontrarían algo, alguna criatura que su aprendiz pudiera cazar. Allí fue donde ella vio por primera vez un espectro. Estaba tan aterrada que salió

corriendo, dejando a su padre solo contra la criatura. Sonrió al recordar aquel día.

Ya había anochecido y la calle estaba repleta de gente, trabajadores y turistas, ajenos a la profesión de la pareja que se cruzaba con ellos.

—Jen... Noto una presencia... —dijo el chico, buscando disimuladamente a su presa.

—Yo también puedo sentirla.

Era extraño ver la Calle 82 con tanta gente, y más a esas horas, pero tampoco les importó demasiado, pues ellos ya tenían sus planes y Jen no iba a permitir que nadie se los estropeará.

Siguieron el rastro del ser al que se enfrentarían, hasta que, de pronto, entre

la multitud Jen vio algo.

—¿Kareesh?

La chica corrió entre la gente, empujando a todo el que se ponía en su camino. Recibió insultos e incluso alguna amenaza, pero no le importó.

—¡Jen! ¿¡Dónde vas!?! —gritó Aidan corriendo tras ella—. ¡Esta mujer está loca!

Ella llegó al lugar donde había creído ver al demonio, pero allí no había nadie. Buscó a la criatura, pero había desaparecido; no había rastro de él. La gente la miraba como si se tratase de una loca.

—¡Jen! ¿Se puede saber por qué has salido corriendo? ¡Creí que te había perdido! —Aidan intentó recobrar el

aliento.

—He visto a Karesh... ¡Estaba aquí!

—¡Llevas un año entero diciendo lo mismo! ¡Allá donde vamos, lo ves! ¿No te das cuenta? ¡Te estás volviendo loca!

—el chico comenzaba a cabrearse. Nunca le había dicho nada, pero ya estaba cansado—. Jen, en serio, mi padre murió para salvarnos, déjale descansar en paz allá donde esté.

—Creo que tienes razón...

—Tendremos que pedir cita con Rafael... Tiene que mirarte esa cabeza, creo que el golpe de Haylel te dejó un poco tonta —rio el joven, intentando animarla—. Anda, volvamos a casa —cogió su mano y tiró de ella, apartándola de la mitad de la calle. Los conductores

la insultaban y pitaban, pues estaba parada en medio del paso de cebra.

Cuando estuvieron de regreso, Nathaniel los esperaba de brazos cruzados y bastante enfadado en la entrada del edificio.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando, Jen? —le recriminó su padre.

—Lo siento, ¿vale? Tan solo quería que empezara cuanto antes... —se defendió ella.

—Aún es pronto. Vamos, haz algo para separar a Samarel y Axel, no aguanto tanta ñoñería... —empujó a su hija hacia el interior.

Ella caminó callada y sin ganas por el pasillo, hasta el ascensor. Aidan y Nathaniel iban unos pasos tras ella.

—Nat, creo que Jen no está bien... Se ha puesto a correr como una loca. Dice que ha visto a Karesh —le dijo en voz baja el muchacho.

—¿Otra vez? —El hombre meneó la cabeza. Definitivamente, su hija no había olvidado al demonio.

—¿Crees que Rafael podrá curarla? —susurró para que Jen no pudiera escucharle.

—Quizá entre él y Uriel puedan manipular su mente... No es bueno que esté así. Si vuelve a llevarte con ella sin que estés preparado, acabaré encerrándola.

La puerta del ascensor se abrió y los tres entraron en él, en silencio. Aidan pulsó el botón del nivel trece, el ático,

que era su casa. Un enorme piso de quinientos metros cuadrados, donde cada uno de ellos tenía su propio dormitorio con baño personal. El piso inferior era la cocina y el comedor.

El resto de plantas tenían un gimnasio, la sala de armas y la de entrenamiento, y el resto, viviendas de licántropos y nuevos cazadores.

La puerta se volvió a abrir con un «clinc» y la chica salió primero, pues el ascensor tenía acceso directo a la vivienda. El comedor era enorme y estaba lleno de sofás y altas estanterías repletas de libros. Un gran televisor de pantalla plana estaba incrustado en la pared frente a los sofás, para poder disfrutarlo con tranquilidad.

Una chimenea, ahora apagada, daba un toque hogareño al piso.

—¡Diles algo, por favor! —gritó Nathaniel para que todos pudieran oírle.

Jen rio al ver a Samarel sentado en el suelo, acariciando al lobo negro que dormitaba en su regazo. Hacía cuatro meses decidieron dar el paso y formalizaron su relación. Eran felices, sin importarles lo que sus compañeros pensaban de ellos. Axel nunca había sentido por un hombre lo que sentía por el ángel custodio, así que no permitió que nadie se acercara a este.

—¡Qué escena más monaaaaaa! —dijo Jen con una gran sonrisa. Dio unas palmaditas de alegría.

La pareja, que creía estar a solas,

rompió su abrazo y Axel se apartó del chico, subiéndose en el sofá y acomodándose en él.

—¡Tú! ¡Bájate de ahí, chucho sarnoso! —gritó Nathaniel al lobo, que levantó la cabeza y le miró.

«No seas un viejo cascarrabias, Nathaniel. Es mi casa, al igual que la tuya», señaló este mentalmente.

—¡No soy un viejo! ¡Ni tampoco cascarrabias! —vociferó el aludido.

—Papá, sí que lo eres. Déjalos en paz, no están haciendo daño a nadie. Peor hubiera sido que los hubiéramos encontrado fo...

—*¡Yaaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Cállateeeeeee!*
—le cortó mientras se tapaba los oídos. Se metió en su dormitorio; no tenía

ganas de seguir escuchándolos.

Todos se echaron a reír, incluso el lobo soltó una risita y dejó caer su larga lengua rosa.

—¿Qué problema tiene tu padre? —dijo el japonés sin dejar de reír.

—¡Ni idea! No le hagáis caso... Vive en la edad de piedra —respondió la chica—. Me voy a dormir. Tú —se dirigió a Aidan, que se había sentado en el suelo junto a Samarel—, no te acuestes tarde. Y vosotros dos —dijo al lobo y al ángel—, no le entretengáis. No soy vuestra niñera. —Y se marchó.

Los dos ángeles hicieron un gesto de aprobación. Por supuesto que no tenían intención de obedecer... Esas horas eran sagradas para echarse unas partidas a

los videojuegos. Pero claro, ella no lo sabía.

Su cuarto no era uno de los más grandes, pero tampoco necesitaba mucho más.

Necesitaba despejarse, así que llenó la bañera de agua hirviendo y esperó hasta que estuvo a punto de rebosar. Se desnudó y se metió dentro. Adoraba que el líquido estuviese tan caliente, relajaba sus músculos más de lo que imaginaba.

Metió su cuerpo entero, incluyendo la cabeza. Cerró los ojos y dejó la mente en blanco. Pero no pudo, el recuerdo de Karesh seguía presente y se negaba a abandonarla. Aún recordaba el día de la batalla como si hubiera ocurrido hacía

tan solo unas horas.

Sus ojos comenzaron a humedecerse, pero luchó con todas sus fuerzas para no desmoronarse. Él ya no estaba. No podía hacer nada para traerle de vuelta. Ni siquiera las peleas que tuvo con Dios y los arcángeles sirvieron para ello. Esa misma noche se cumplía un año desde que todo ocurrió. Trescientos sesenta y cinco días desde que se convirtió en arcángel. Cincuenta y dos semanas sin él...

¿Y si Aidan tenía razón y se estaba volviendo loca? Las visiones que tenía eran tan reales que había comenzado a creer en lo imposible... Pero en el fondo de su corazón sabía que no podían ser ciertas. Estaba tan enamorada que no

era capaz de ver más allá de sus narices. Hablaría con Uriel, él era el observador divino, el que llevaba la cuenta de los sentimientos y actos de los seres humanos durante toda su vida; quizá él pudiera hacerle olvidar todo aquello que le hacía daño.

En aquel momento, Aaron y Raven acudieron a su mente. Los echaba de menos, a pesar de su traición. Ya no sentía remordimientos por haberse comido al chico, sin embargo, nunca habría imaginado que su mejor amiga los vendería al diablo. En cuanto a Ray, su padre le explicó que él era el *Electos Lucem*, el elegido de la luz. Él debía haber ayudado a aniquilar a Lucifer; quizá, si él estuviera vivo, hubiera

acabado con Haylel y Karesh no hubiera muerto. Pero ninguno de los dos estaba ya con ellos. Sin conocerle demasiado, todos le echaban de menos, en especial Samarel y Nathaniel.

De pronto, escuchó un ruido fuera del baño que la asustó. No estaba preparada para enfrentarse a ninguna criatura en esos instantes. ¿Es que no iban a dejarla descansar ni una sola noche?

Salió de la bañera y se puso una toalla alrededor del cuerpo. Siempre tenía escondida tras la puerta un arma, pues nunca se podía estar seguro de si tendría que usarla o no. Cogió la daga que había pertenecido a Aaron y entreabrió la puerta. Entonces, descubrió una sombra en el cuarto.

Empujó la puerta y esta se abrió golpeando con fuerza la pared. Lanzó su arma y sin que la criatura pudiera evitarlo, el cuchillo se clavó en su hombro.

Saltó sobre la cama y cogió de debajo de su almohada otro puñal de emergencia, que se dispuso a clavar a la sombra en el pecho, pero esta repelió su ataque.

Jen sintió que aquel ser la empujaba y cayó de espaldas, golpeándose la cabeza contra el piso de madera. Notó un peso sobre su vientre, como si se sentaran sobre ella. Era poderoso, tanto que sujetó con vigor sus muñecas contra el suelo. La sombra cobró forma, convirtiéndose en un ser de carne y

hueso. No podía ver su rostro, pues estaba oculto bajo una oscura capucha. La criatura se arrancó la daga del hombro como si nada, dejándola caer al piso.

Ella pateó y gritó con ganas, pidiendo ayuda, pero nadie la escuchó.

—¡Te mataré, maldito! —vociferó intentando golpearle con la pierna.

—Esperaba otro tipo de recibimiento... —dijo la criatura.

Jen se quedó en silencio. Su cuerpo se convirtió en piedra al escuchar aquella voz...

El ser se apartó y se puso en pie. Ella también lo hizo. La criatura se llevó la mano a la cabeza y apartó la capucha.

—Karesh... —No podía creerlo. ¡Era

él! Pero entonces, cayó en la cuenta—. No eres real... Yo te maté, acabé contigo y con el Infierno... ¡Me estoy volviendo loca! —Se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos con fuerza—. ¡Vete! —gritó a punto de echarse a llorar.

De repente sintió cómo unos brazos la rodeaban con cariño.

—Jen, soy real. Tan real como el latir de tu corazón, que parece a punto de estallar —dijo él.

La chica abrió los ojos y le miró. Sus ojos verdes estaban inundados en lágrimas. Seguía sin creer que aquello fuera cierto.

—Llevo un año entero soñando contigo, viéndote por cada lugar al que

voy... —Debía estar como una cabra, ¿cómo era posible que aquella visión fuera tan real?

—Hace tiempo que sigo tus pasos, cada día eres mejor —acarició su mejilla.

—Pero... —aquel suave gesto le erizó el vello. ¿En serio no era ningún sueño?—. ¡No puedes estar vivo!

—Sé que sigues dudando de mi existencia, pero... ¿Acaso importa? Estoy aquí, contigo, ¿no?

—No... ¡No es cierto! ¡Rafael! ¡Te necesito! ¡Tienes que borrar a Karesh de mi mente antes de que sea tarde! —gritó mirando al techo, esperando la respuesta de su amigo el arcángel.

—Jen, te juro que soy yo, Karesh. —

Cogió con suavidad el rostro de la muchacha y apoyó su frente en la de ella —. Estoy aquí, contigo. He vuelto para quedarme. No pienso volver a perderte.

El cuerpo de Jen temblaba y no podía dejar de llorar. Ahora lo sabía, sabía que era él, el kahli del que se había enamorado tiempo atrás. La criatura la envolvió con sus brazos y la atrajo hacia su cuerpo.

—Lo sé —Kareh le había leído el pensamiento—. Parece imposible, pero es real. Jen, jamás desaparecerá el Infierno, y, por lo tanto, jamás moriré. Para haber luz, siempre tiene que existir la oscuridad.

—Entonces... —Jen rompió el abrazo y le miró con ojos vidriosos y húmedos

surcos en las mejillas—. ¿Te quedarás conmigo?

Pero Karesh no respondió. Con una malévola sonrisa cogió la toalla de la chica y se la quitó. La prenda cayó a sus pies.

—¿Se puede saber qué haces? —ella le miró fijamente.

—Llevo un año sin poder tocarte, ¿tú que crees?

Y la besó con ganas, ya era hora de volver a tenerla entre sus brazos. Jen sintió cómo sus labios le devolvían la fe que había perdido tiempo atrás.

Y así se mantuvo el equilibrio en la Tierra. Cielo e Infierno enfrentándose por toda la eternidad.

FIN

AGRADECIMIENTOS

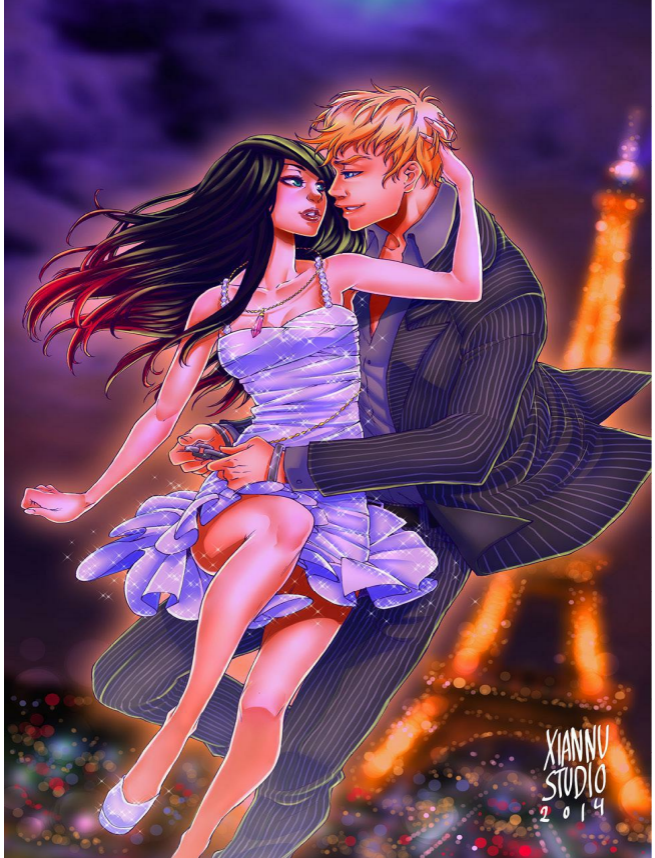
En primer lugar quiero agradecer al demonio con el que convivo cada día, que está grabado a fuego en mi corazón y mi alma. Gracias, Carlos, por compartir tu vida conmigo y aguantar todas y cada una de mis rabietas y estar a mi lado en los buenos y malos momentos.

En segundo lugar, gracias, Nisa, gracias, equipo de Ediciones Babylon por esta gran oportunidad. *Sombras nocturnas* es una novela a la que tengo especial cariño, pues me recuerda mis inicios en la fantasía y género

paranormal, con el que me siento muy a gusto.

Laura e Irene, (Xian Nu Studio) por esa preciosa ilustración de Jennifer y Karesh, de la que estoy completamente enamorada. Gracias, de corazón.

Y por último, tengo que agradecerte a ti, sí, a ti, que tienes esta novela entre las manos. Espero que la disfrutes tanto como yo lo hice al escribirla.



XIANNU
STUDIO
2014



[Facebook](#)



[Twitter](#)



[Youtube](#)

www.EdicionesBabylon.es

Table of Contents

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Fanart](#)

[Publicidad](#)